Alfredo Sáenz

LA NAVE Y LAS TEMPESTADES



6

La Reforma Protestante

A pedido de la Corporación de Abogados Católicos, el P. Alfredo Sáenz dictó en Buenos Aires un ciclo de conferencias sobre la Iglesia en las encrucijadas de la historia. Se incluye acá el noveno tema que lo integra.

Esperamos que las reflexiones del autor sean útiles no sólo para una mejor inteligencia de la teología de la historia, sino también de las circunstancias tan agobiantes que nos toca transitar. El libro, aunque lleno de dramatismo, está preñado de consolación.

LA NAVE Y LAS TEMPESTADES

A pedido de la Corporación de Abogados Católicos, el P. Alfredo Sáenz dictó en Buenos Aires un ciclo de conferencias sobre la Iglesia en las vicisitudes de la historia. Se incluye acá el noveno tema que lo integra.

Esperamos que las reflexiones del autor sean útiles no sólo para una mejor inteligencia de la teología de la historia, sino también de las circunstancias tan agobiantes que nos toca transitar. El libro, aunque lleno de dramatismo, está preñado de consolación.

Alfredo Sáenz

LA NAVE Y LAS TEMPESTADES

La Reforma Protestante

EDICIONES GLADIUS
2005

LA NAVE Y LAS TEMPESTADES

Tomo 1.
Primera Tempestad. *La Sinagoga y la Iglesia primitiva*
Segunda Tempestad. *Las persecuciones del Imperio Romano*
Tercera Tempestad. *El Arrianismo*

Tomo 2
Cuarta Tempestad. *Las Invasiones de los Bárbaros*

Tomo 3
Quinta Tempestad. *La Embestida del Islam*

Tomo 4
Sexta Tempestad. *La Querella de las Investiduras*
Séptima Tempestad. *La Herejía de los Cátaros*

Tomo 5
Octava Tempestad. *El Renacimiento y el peligro de mundanización de la Iglesia*

Tomo 6
Novena Tempestad. *La Reforma Protestante*

Imagen de portada

Martín Lutero, de Lucas Cranach
Galería Uffizi, Florencia (Italia)

Sáenz, Alfredo
La Nave y las Tempestades: la reforma protestante - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires - Gladius, 2005
488 p., 18 x 11 cm.
ISBN 950-9674-76-1
1. Historia de la Iglesia. I. Título
CDD 270

Fecha de catalogación: 10-11-05

Índice

Muchas son las olas que nos ponen en peligro, y graves tempestades nos amenazan; sin embargo, no tememos ser sumergidos porque permanecemos firmes sobre la roca. Aun cuando el mar se desate, no romperá la roca; aunque se levanten las olas, no podrán hundir la nave de Jesús.

San Juan Crisóstomo, Hom. antes de partir al exilio, 1-3: PG 52, 427-430

Muchas son las [illegible] ponen en peligro, y graves tempestades nos amenazan; sin embargo, no tememos ser sumergidos porque permanecemos firmes sobre la roca. Aun cuando el mar se desate, no romperá [illegible] no podrán hundir la nave de Jesús.

San Juan Crisóstomo, Hom. antes de pa[illegible] 427-430

Estudio Preliminar

Proceso de Protestantización del Catolicismo

> "Las desviaciones doctrinales actuales son análogas a las que efectuó en su época la reforma protestante".
>
> Pablo VI, alocución del 27 de junio de 1967

Federico Mihura Seeber, en su introducción al primer tomo de *La Nave y las tempestades*, observaba atinadamente que las olas y los embates sufridos por la Iglesia en el pasado serán los mismos que sufrirá más tarde, "sólo que mucho más graves". Lo que Mihura Seeber observa acerca de las primeras persecuciones y herejías, vale también para la novena tempestad que el Padre Alfredo Sáenz nos presenta en este volumen: *La Reforma Protestante.*

En efecto, son numerosas, desde diversos sectores, y muchas de ellas muy cualificadas, las voces que afirman que el catolicismo continúa sufriendo hoy *un proceso de protestantización*. Un proceso que, según algunas de esas voces, sería aún más severo y más grave hoy que en el pasado. Bien puede decirse, a creerle a esas voces, que el efecto de la Reforma protestante no ha terminado aún y que asistimos en nuestros días a nuevos capítulos de ese proceso y hasta a una radicalización del mismo. De ahí que lo que nos dice en este volumen el Padre Sáenz resulte tan iluminador para comprender muchos hechos de la vida del catolicismo contemporáneo. En muchos aspectos puede comprobarse que la historia continúa.

Creo que la historia nos enseña a descubrir que el espíritu protestante nació en el seno del catolicismo y que sigue naciendo en él y de él. La Reforma protestante brota y sale de la Iglesia católica. Se plantea en sus comienzos como lo auténtico frente a lo inauténtico.

Pero a medida que se aparta de su cuna católica, *lo protestante* se desvirtúa progresivamente, languidece y muere. Se nutre del vigor católico del que nace y con el que convive, aunque sea en oposición dialéctica. Por eso el protestantismo está decayendo en Europa junto con el catolicismo y en cambio es vigoroso en Latinoamérica donde florece a costa de los remanentes del vigor cultural católico que él consume y destruye a la vez. Se diría que la protestantización es el camino de la autodisolución de lo católico y que por eso lo protestante

no es, desde su raíz, algo exterior al catolicismo, sino de algún modo interior a él. Algo que le es tan necesario como las *divisiones necesarias* de que hablaba San Pablo o como el juanino: "Salieron de entre nosotros porque no eran de los nuestros pero esto sucedió para que se manifestara que no todos son de los nuestros" (1 Juan 2,19).

Por eso, no es mi intento acusar al protestantismo de ser el culpable de los males del catolicismo pasado y actual. Lo que corresponde es alertar al catolicismo acerca de sus propios males, de lo que está dentro de él y es capaz de salir de él y corporizarse en formas antagónicas exteriores después de haber protagonizado antagonismos intestinos. La ruptura de la comunión suele estar latente, y tiende de suyo a permanecer latente, antes de quedar de manifiesto. Quisiera, pues, poner estas líneas bajo el amparo de las numerosas advertencias de Jesucristo, cuando nos exhorta a vivir en guardia, velando y orando; y nos dice con solícita caridad, transida de preocupación amorosa de hermano mayor: "Cuídense, guárdense" (Marcos 13, 5.9.33.37).

El cuadro clínico de la dolencia protestante según San Ignacio de Loyola

Por protestantización, entendemos un cambio complejo de la fe, de la religiosidad, de la sensibilidad, la piedad y la cultura católica. Se manifiesta principalmente en una disminución del afecto y la

adhesión al Papa, a la Eucarística y a María. Este cambio consiste en una *ruptura* [1] latente con la tradición y la doctrina católicas que comienza como una exigencia de reforma y termina con la *ruptura manifiesta* con la comunión eclesial. Se ha señalado también que el lenguaje protestante es más bien dialéctico y contrapone los opuestos como disyuntiva: o, o; mientras que el lenguaje católico une los opuestos y los concilia: y, y.

San Ignacio de Loyola nos dejó un diagnóstico y una semiología de la Reforma protestante en sus: *Reglas para el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener*. El título mismo de estas Reglas, nos enseña que la protestantización se presenta ante todo y visiblemente como una crisis del *sentido común* eclesial, del sentir *católico*. Para Ignacio, la expresión tiene el mismo sentido que en Pablo, cuando habla de tener un mismo *sentir* entre los hermanos en la fe y con Cristo: "siendo todos de un mismo sentir [...] tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo Jesús" (Filipenses 2, 2.5). La tentación «protestante» entendida así, como ruptura de la unidad espiritual, está presente desde los orígenes. La quiebra inicialmente oculta, la ruptura con el *sentido común* católico, se manifiesta visible y exteriormente en forma de *desobediencia*: "depuesto todo juicio contrario [elemento interior oculto] debemos tener ánimo aparejado y pronto para *obedecer* en todo [mani-

1 El carácter *rupturista* de la Reforma delata su parentesco con la Modernidad, que más adelante veremos señalado por el entonces Cardenal Joseph Ratzinger.

festación externa] a la verdadera esposa de Cristo que es la nuestra santa madre Iglesia jerárquica" (EE 353). La existencia de una voluntad rebelde puede pasar inadvertida para el clínico, si se la toma como una inocente indisciplina.

Pero Ignacio percibió que la desobediencia de los reformadores era, en su esencia, 1) una crisis del sentido de comunión eclesial, 2) un defecto de la fe y 3) un error de la doctrina eclesiológica que implicaba: 4) otros dos errores, uno cristológico y otro pneumatológico.

San Ignacio percibió que la crisis de comunión –oculta bajo apariencia católica todavía o ya abiertamente protestante– pasaba en primer lugar por la pérdida del sentido de obediencia a la "Esposa de Cristo, nuestra santa madre Iglesia jerárquica" [Regla 1ª EE 353]. Una pérdida que se manifestaba en su comienzo principalmente como un debilitamiento de la adhesión al Papa y al sacerdocio ordenado y que podía llegar a convertirse en una aversión violenta y en una abierta rebelión. A esta debilidad o quiebre de la fe eclesiológica le subyace una debilidad paralela de la fe en el vínculo amoroso que une al Señor con su Iglesia y en la acción del Espíritu Santo en Cristo y en su Esposa: "creyendo –dice Ignacio– que entre Cristo Señor, esposo, y la Iglesia su esposa, es el mismo Espíritu que nos gobierna y rige" [Regla 13ª; EE 365]. No se trata pues de un mero problema disciplinar sino de una desobediencia que nace de un *espíritu* de impugnación; se trata de una rebeldía espiritual, que se origina en una debilidad de la fe y culmina

en la pérdida de la fe católica y una separación de la comunión eclesial.

De este afecto rebelde, observable también hoy tanto en algunos fieles católicos como protestantes, nacen todas las impugnaciones disciplinares y de aspectos particulares de la vida eclesial. La terapia del mal que propone Ignacio no pasa ni por la polémica ni por la impugnación. A este mal opone San Ignacio aquel afecto creyente y católico que aprueba y alaba los usos católicos impugnados. Alabanza de la práctica sacramental, confesar con sacerdote [2], comulgar con la mayor frecuencia posible, oír misa a menudo, cantos, salmos y oraciones en el templo y fuera de él, oficio divino y horas canónicas. Alabanza no solamente de los sacramento sino también de los sacramentales, puestos bajo sospecha o acusación de ser prácticas supersticiosas: vida religiosa y votos de religión, virginidad, continencia, devoción a los santos y a sus reliquias, invocación de su intercesión; peregrinaciones, indulgencias, cruzadas; agua bendita, incienso, escapularios y medallas, bendición de personas, de animales y de objetos, de imágenes, de casas y edificios; candelas encendidas, ayunos y abstinencias, tiempos litúrgicos; penitencias internas y más aún externas (cilicios, disciplinas); ornamentos litúrgi-

2 Es decir práctica frecuente de la confesión auricular y privada. Agreguemos: "Alabar el celibato sacerdotal", reiteradamente impugnado desde tiendas católicas. Los protestantes, en su mayoría, saben que el matrimonio por sí solo no hace mejores pastores, pues conocen en sus ministros casados crisis ministeriales semejantes a las del sacerdote.

cos, edificios de iglesias [3]. Hoy habría invitado a alabar el uso del velo para orar las mujeres, y de reclinatorios [4]. Alabar la abundancia de retablos e imágenes sagradas tenidas en veneración [5]. Alabar preceptos de la Iglesia, sus tradiciones y costumbres de los mayores. Alabar la teología positiva y también la escolástica [6].

Este elenco permite comprobar en qué y en qué medida, según los lugares, personas, parroquias, órdenes y congregaciones religiosas, estos usos han sido y siguen siendo impugnados, abandonados o combatidos, sea mediante cuestionamientos teóricos sea mediante burlas; o están en regresión o en proceso de desaparición. Y esto demuestra hasta qué punto permanece viva la tentación interior contra la comunión.

Para terminar señalemos un hecho: la protestantización es hoy una epidemia del catolicismo en

3 En la arquitectura religiosa "moderna" es manifiesta la ruptura con las tradiciones arquitectónicas católicas y la desacralización del espacio, así como la aparición de un arte religioso que está más al servicio de la decoración y la pretensión estética, que de la piedad, la devoción y la elevación orante, adorante y mística.

4 Hoy nos habría invitado a alabar el uso del velo para orar, abandonado por nuestras mujeres con evidente protestantización de la piedad femenina y desobedeciendo a la Escritura (1 Cor 11) y una Tradición apostólica bimilenaria. La ruptura con el pasado católico se manifiesta también en la abolición de los reclinatorios donde arrodillarse los fieles para orar en todo tiempo o para adorar a Cristo en la Eucaristía, ya sea durante la misa ya sea después.

5 Y que en muchos lados fueron removidas *después* del Concilio pero no *por orden* el Concilio.

6 Nombre que es hoy mala palabra en instituciones académicas de la Iglesia de donde, a pesar de la expresa recomendación del Concilio (*Optatam Totius* 16) ha desaparecido el estudio de Santo Tomás en la formación de los sacerdotes.

Latinoamérica donde asistimos a un verdadero éxodo de fieles católicos hacia los cultos pentecostales o evangélicos. Unos, en su mayor parte los profesionales e intelectuales, porque se han enfriado en su pertenencia católica debido a la transculturación a la cultura globalizada adveniente y dominante. Otros porque van a buscar fervor en los cultos pentecostales; o respaldo moral y solidaridad comunitaria en comunidades evangélicas. Otros porque caen en las redes de un pseudocristianismo sin cruz que les promete el *pare de sufrir*. Pero el actual abandono multitudinario de la comunión católica es el desenlace final de un mal que se venía incubando desde mucho antes debajo de las apariencias exteriores de la comunión eclesial católica.

Después de describir el síndrome protestante, sus síntomas y su naturaleza íntima, escuchemos las voces de atentos observadores de la realidad eclesial, que han señalado la presencia actual del mal y nos permitirán comprender mejor su naturaleza, sus causas y su desenlace.

Mons. Marcel Lefebvre

Comenzamos por la voz de quienes, debido a la alarma ante la gravedad del mal y por la vehemencia misma de su preocupación, terminaron, desgraciadamente, apartándose de la comunión eclesial. Tras la finalización del Concilio Vaticano II, Monseñor Marcel Lefebvre le había reprochado al *Novus Ordo Missae* de Pablo VI, haber abierto

el camino a la protestantización de la celebración eucarística católica. Fue ese uno de los motivos, aunque ni el primero ni el principal, por el que sus protestas terminaron en cisma. Diríamos que fue la gota que desbordó el vaso.

Su sucesor Mons. Bernard Fellay, en sus conversaciones con el Cardenal Darío Castrillón Hoyos, mantenidas con la esperanza de restaurar la unidad en ocasión del año jubilar del 2000, previno que, aun si volviese hoy a la unidad católica, seguiría combatiendo el modernismo y el liberalismo en la Iglesia y continuaría sosteniendo, entre otras cosas, que "la misa de Pablo VI tiene silencios que abren el camino a la «protestantización»" y que se seguiría oponiendo "a una forma de ecumenismo que hace perder la idea de la única Iglesia, con el peligro de una mentalidad protestante" [7]. Si volviera a la comunión no estaría solo en esta lucha en la que se siguen empeñando muchos católicos, como veremos a continuación.

Señalar la protestantización no significa ser lefebvrista

Dado que estas denuncias han sido casi una bandera del sector de creyentes cuyo sentir interpretaba Mons. Lefevbre y sus seguidores, han esti-

7 Noticia de ZENIT.org Ciudad del Vaticano, 2 junio 2002. Véase la Carta del cardenal Castrillón a monseñor Fellay, superior de la Fraternidad San Pío X de fecha 06-02-2002.

mado algunos que hablar de *protestantización* –ya sea de la celebración eucarística ya sea de otros aspectos del catolicismo– sería algo propio y exclusivo de una óptica "fundamentalista" y, por eso, un tópico que habría que desechar, so pena de incurrir en *lefebvrismo*.

Esta afirmación no resiste al examen. Porque no han sido solamente Monseñor Marcel Lefebvre y la Hermandad Pío X, quienes han señalado la tendencia protestantizante dentro del catolicismo actual. Coinciden en comprobar y reconocer lo mismo, con parecida alarma, numerosas voces eclesiásticas católicas nada sospechables de *lefebvrismo*, que señalan y resisten el proceso desde dentro de la comunión católica. Espiguemos algunas...

Monseñor José Guerra Campos

Mons. José Guerra Campos, destacada figura del episcopado español, que participó en el Concilio Vaticano II, comprobaba en 1980 que estaban ocurriendo ya "tantas cosas extrañas" en la Iglesia católica en la España postconciliar, "que su acumulación –decía– anula ya la extrañeza, convirtiendo lo deforme en algo acostumbrado". Y se preguntaba acto seguido: "¿No demuestra esto precisamente que está en marcha *un proceso de protestantización* de la Iglesia en España?" Proponía este prelado como medida imprescindible, con la finalidad de que las fuerzas sanas que había todavía en el catolicismo español contuviesen *el proceso*

de protestantización y consiguiesen en España un nuevo florecimiento de la vida católica, "la acción adecuada de la Jerarquía", para lo cual es –decía– "indispensable que los organismos dependientes de la Jerarquía no sigan albergando la oposición al Magisterio de la Iglesia" [8]. Es decir, que las tendencias protestantizantes habían penetrado y se albergaban, según el diagnóstico de este prelado, dentro mismo de las instituciones eclesiásticas oficiales y a vista y paciencia de la jerarquía española.

El Rin se vuelca en el Tiber

Si esto estaba empezando a suceder con el episcopado español del postconcilio, en otros episcopados la situación era de larga data. Ya dentro del aula del Concilio Vaticano II se puso de manifiesto una tensión, sin duda preexistente, entre la óptica de los obispos provenientes de los países de mayoría protestante por un lado y los provenientes del mundo latino y de mayoría católica por el otro. Ralph M. Wiltgen SVD, en su libro *El Rin desemboca en el Tiber. Historia del Concilio Vaticano II.* [9], ha mostrado documentadamente cómo la influencia pro-

8 Boletín Oficial del Obispado de Cuenca, febrero de 1980, pág. 49. También es de 1980 el artículo del P. Miguel Podarowski "La actual protestantización del catolicismo", *Verbo* (1980) Nº 181-182, pp.43-61.

9 Criterio Libros, Madrid 1999; Título original *The Rhine flows into the Tiber. A History of Vatican II.* Hawthorn Books, Nueva York 1967; TAN Books, Rockford (Illinois) 1985.

testantizante llegó a Roma desde los países bañados por el Rin (Alemania, Austria, Suiza, Francia y Holanda) y de la vecina Bélgica [10]. "Los cardenales y teólogos de estos seis países –afirma y documenta el Padre Wiltgen– consiguieron ejercer un influjo predominante sobre el Concilio Vaticano II." El Padre Wiltgen fue testigo de las luchas libradas dentro y alrededor del aula conciliar, a la que no eran ajenas las infiltraciones culturales del mundo y las presiones de la prensa y de los centros de documentación.

"La opinión pública sabe muy poco –afirma– de la poderosa alianza establecida por las fuerzas del Rin, factor que influyó de forma considerable sobre la legislación conciliar. Y se ha oído hablar todavía menos de la media docena de grupos minoritarios que surgieron precisamente para contrarrestar esa alianza."

Alrededor del Primado de Pedro: la Nota Explicativa Previa

Humanamente hablando, sin la acción moderadora del Espíritu Santo y del justo medio alcanzado gracias a su acción, se hubiera impuesto la visión de gran parte de los episcopados residentes en el mundo protestante. Esta tendencia se puso de ma-

10 Habría que agregar a los que enumera Wiltgen, los episcopados de países como Inglaterra, Estados Unidos, Canadá, Australia y Nueva Zelanda.

nifiesto no solamente alrededor del Concilio sino incluso dentro del aula, en forma de visiones eclesiológicas «episcopalistas» que amenazaba menguar la autoridad suprema, doctrinal y jerárquica correspondiente al primado del Papa. Pablo VI tuvo que moderar la fuerza de esa tendencia y de lo que había logrado en la redacción de la *Lumen Gentium*, mediante la *Nota explicativa previa* [11] referente al capítulo tercero de esa Constitución. Pablo VI salió así al paso de interpretaciones del texto conciliar que ya circulaban y que apuntaban a recortar la autoridad propia que la tradición católica reconoce al sucesor de Pedro y Vicario de Cristo, se pretendía relativizar el dogma de la Infalibilidad, proclamado por el Vaticano I.

La *Comisión Doctrinal*, "por Autoridad superior", es decir por mandato del Papa, declara en la *Nota explicativa* que: "El paralelismo entre Pedro y los demás Apóstoles, por una parte, y el Sumo Pontífice y los demás obispos, por otra, no implica la transmisión de la potestad extraordinaria de los apóstoles a sus sucesores ni, como es evidente, la igualdad entre la Cabeza y los miembros del colegio."

11 Al final de las ediciones de la Constitución conciliar *Lumen Gentium* aparecen *Notificaciones Comunicadas por el Exmo. Secretario General del Concilio en la Congregación general 123 (16 Nov. 1964)* que incluye una *Nota explicativa previa*. Por Autoridad superior [es decir del Papa] de acuerdo al sentido y tenor de dicha Nota "debe explicarse y entenderse la doctrina expuesta en dicho capítulo tercero" que como es sabido trata de la Constitución jerárquica de la Iglesia y particularmente del episcopado.

La necesidad en que se vio Pablo VI demuestra que lo relatado por Wiltgen se ajusta a la verdad histórica y que entre los mismos Padres conciliares había una fracción que, sin la intervención del Magisterio pontificio, hubiera podido excederse en la dirección que sale a vetar Pablo VI. Se había logrado un texto ambiguo que se prestaba a ser interpretado en la dirección de una eclesiología protestantizada, tendiente a recortar la autoridad Papal, nivelándola con la de los demás obispos.

De hecho, después del Concilio, y para dar satisfacción a esas aspiraciones en lo que tenían de justas y no se apartaban de la sana eclesiología, se crearon las conferencias episcopales y los sínodos periódicos de obispos.

Un buen conocedor del paño calvinista

Otra voz que señala la protestantización es la del cardenal primado de Holanda, Adrianus Simonis, quien, como holandés, es un buen conocedor del paño calvinista. En una entrevista a la revista *30 Días* publicada en octubre de 1995, afirmó: "La situación de la Iglesia es hoy dificilísima. Puede uno preguntarse si no está en acto, en el mundo del oeste, una sedicente *segunda Reforma*. Hablo de una situación semejante a la del siglo XVI, que laceró a la Iglesia. [...] Esta *segunda Reforma* me parece aún más peligrosa que la primera."

Quien recuerde lo sucedido con el catecismo holandés, con el sínodo pastoral holandés y con

el llamado a Roma de los obispos holandeses, comprenderá a qué se está refiriendo el cardenal Simonis. Sólo que él, en esta entrevista, no se refería solamente a la Iglesia en Holanda, pionera del proceso secularizador protestantizante, ni solamente a lo que señala Wiltgen sobre el Concilio, sino a un acontecer que ya se daba antes del Concilio y que eclosionó vigorosamente durante el Concilio, a raíz de él y después de él.

Mengua de la devoción eucarística

El Cardenal Basil Hume, según un informe de *The Catholic Herald* publicado el 3 de septiembre de 1999, lamentaba, muy poco tiempo antes de su muerte, el hecho de que los católicos de su país hubiesen perdido la devoción por la Eucaristía, base de la Fe católica, asimilándose así al cristianismo protestante. Esto sucedía no obstante el alerta de Pablo VI en su encíclica *Mysterium Fidei*, en la que el Papa había salido, ya en 1965, al cruce de "opiniones acerca del las Misas privadas, del dogma de la transubstanciación [y por consiguiente de la presencia real], y del culto eucarístico que turban las almas" [12]. Se trata de las mismas opiniones de Lutero.

12 SS Pablo VI, *Encíclica Mysterium Fidei*, del 3 de setiembre de 1965, tercer año de su pontificado. Por Misas privadas ha de entenderse las que celebra un sacerdote a solas, en privado.

Mengua de las vocaciones sacerdotales y de la vida sacramental

El Cardenal Godfried Danneels, de Bruselas, manifestó en una entrevista al *Catholic Times* el 12 de mayo de 2000, que la crisis de las vocaciones sacerdotales ha llegado a ser tan severa que pone en riesgo la existencia misma de la Iglesia católica en Europa y arriesga su reducción a un cristianismo de tipo protestante: "Sin sacerdotes, la vida sacramental de la Iglesia terminará por desaparecer. Vamos a transformarnos en protestantes, sin sacramentos. Vamos a ser otro tipo de iglesia, no católica." Como bien lo ha señalado el P. André Manaranche S.J., la ideología teológica de matriz protestante que está en la raíz de la crisis es la que equipara el sacerdocio ministerial con el sacerdocio común de los fieles [13].

El Cardenal Godfried Danneels ha percibido también el fenómeno de protestantización bajo la forma de una creciente pérdida del sentido de la economía sacramental que caracteriza a la fe católica. "Los sacramentos –afirma– han dejado de ser el centro de gravedad para la pastoral católica. De hecho, aunque los hombres y mujeres contemporáneos todavía entienden el poder de la palabra y la relevancia del servicio diaconal en la Iglesia, tienen muy poca comprensión y apreciación de la

13 André Manaranche S.J., *Querer y formar sacerdotes*, Ed. Desclée de Br., Bilbao 1996. Original: *Vouloir et former des Prêtres*, Ed. Arthème Fayard, Paris 1994.

realidad del mundo sacramental. Como resultado, la liturgia corre el peligro de ser dominada, en gran parte, por un exceso de palabras o, de ser considerada meramente como un modo de recargar las pilas para tomar parte en el servicio y en la acción social. La Iglesia parece ser nada más que un sitio donde uno habla y donde se pone al servicio del mundo. La vida sacramental está cambiando su puesto desde el centro de la Iglesia, a la periferia." Y concluye preguntando: "¿Será tal vez comparable a una lenta e inconsciente *protestantización* de la Iglesia desde adentro?" [14].

Con estas mismas apreciaciones del Cardenal Danneels coinciden tanto Max Thurian, figura célebre del ecumenismo, como el también célebre liturgista Pere Tena. Ambos lamentan, como el Cardenal, que la praxis litúrgica se haya hecho excesivamente verbalista, asemejándose en la práctica al culto protestante más allá e incluso contra la intención de los documentos conciliares y de lo que permite la Nueva Ordenación de la Misa de Pablo VI [15].

Indisciplina ritual y secularización de la liturgia

El Cardenal Joseph Ratzinger, caracterizando el grado de indisciplina litúrgica post-conciliar dentro

14 Card. Godfried Danneels en declaraciones a la revista *América*, julio 30 - agosto 6 de 2001.

15 AA. VV. *La Liturgia tiene misterio*, *Cuadernos Phase* 77, del Centre de Pastoral Litúrgica, Barcelona 1997.

del catolicismo, llegó a admitir en una oportunidad que "no hay dos misas iguales". Ahora bien, la falta de cánones litúrgicos comunes y fijos, bajo pretexto de libertad creativa, es característica del culto de las comunidades protestantes. En relación con esta deriva litúrgica en el catolicismo postconciliar, el Cardenal Ratzinger deploraba el hecho, cada vez más frecuente, de que: "No sólo los sacerdotes, a veces hasta los obispos, tienen la impresión de no ser fieles al concilio si oran con arreglo al misal." Y ejemplificaba: "han de introducir al menos *una* fórmula «creativa», por trivial que sea. El saludo civil a los asistentes y, a ser posible, también los mejores deseos a la despedida, son ya partes obligadas de la celebración litúrgica que nadie se atreve a eludir" [16]. La razón de todo ello la veía el Cardenal en el olvido de que, según la visión católica, la liturgia es *Opus Dei* y que como tal no es creación de la comunidad o de un grupo de creyentes ni está librada a la creatividad humana. "La liturgia es bella –afirmaba el Cardenal Ratzinger– precisamente porque nosotros no somos sus agentes, sino que participamos en lo que es más grande, nos envuelve e incorpora [...] toda liturgia es liturgia cósmica, un salir de nuestras humildes agrupaciones hacia la gran comunidad que abraza cielo y tierra." [17]

16 Card. Joseph Ratzinger, *Un canto nuevo para el Señor*, Ed. Sígueme, Salamanca 1999, p.135.

17 Card. Joseph Ratzinger, *O.c.*, p.203

Protestantismo y modernidad

En 1985, el periodista Vittorio Messori le preguntaba al Card. Joseph Ratzinger en la entrevista que se publicó como *Informe sobre la fe* [18]:

Messori: –Empiezo con una «provocación»: Eminencia, hay quien dice que se está dando un proceso de «protestantización» del catolicismo.

Card. Ratzinger: –Depende de cómo se defina el contenido de "protestantismo". Quien habla hoy de "protestantización" de la Iglesia católica, se referirá sin duda, en términos generales, a un cambio de eclesiología, a una concepción diferente de las relaciones entre la Iglesia y el Evangelio. Existe, de hecho, el peligro de semejante cambio: no es un mero espantapájaros montado por algunos círculos integristas.

Messori: –Pero ¿por qué precisamente el protestantismo –cuya crisis no es ciertamente menor que la del catolicismo– debería atraer hoy a teólogos y laicos que hasta el Concilio permanecían fieles a Roma?

Card. Ratzinger: –Desde luego no es fácil explicarlo. Me viene a las mientes esta consideración. El protestantismo surgió en los comienzos de la Edad Moderna y, por lo mismo, está más ligado que el catolicismo a las ideas-fuerza que produje-

18 Ed. BAC, Madrid 1986; título original: *Rapporto sulla fede*, Ed. Paoline, Milano 1985.

ron la edad moderna. Su configuración actual se debe en gran medida al contacto con las grandes corrientes filosóficas del siglo XIX. Su suerte y su fragilidad están en su apertura a la mentalidad contemporánea. No es extraño que teólogos, católicos, que no saben ya qué hacer con la teología tradicional, lleguen a opinar que hay en el protestantismo caminos adecuados y abiertos de antemano para una fusión de fe y modernidad.

¿Profetas del Rey?

Permítaseme interrumpir la entrevista e intercalar una reflexión en atención al tema que vengo tratando: El Cardenal le responde a Messori, concediendo que el peligro de protestantización del catolicismo es real, que existe y que no es una ilusión integrista. Pasa luego a dar una interpretación del fenómeno: hay una cierta congenialidad del espíritu de la Reforma protestante con el espíritu moderno. Esta observación sugiere que hay que ponderar los riesgos y repensar las condiciones de un aggiornamento para que no sea indiscreto, para que no sea una apertura al mundo ingenua e idílica y por ende suicida. La "protestantización" de tantos católicos tiene mucho que ver con una mimetización acrítica con el mundo moderno, a costa de la propia identidad. La protestantización derivada de este mimetismo con la cultura dominante es directamente proporcional a la falta de capacidad contracultural de los católicos de hoy. Sólo si logran ser contraculturales lograrán permanecer *fie-*

les católicos. Los *asimilados* engrosarán las filas de las sectas y las comunidades eclesiales protestantes.

Por mimetización acrítica y por incapacidad de contracultura, los cristianos terminan siendo lo que he llamado en otro lugar "el partido del mundo" dentro de la Iglesia [19], o "los profetas del Rey" [20]. Es lo que estamos observando en Latinoamérica, donde hasta la protesta política de los creyentes se ejerce a menudo desde una sumisión a lo político y no desde la libertad de los hijos de Dios. Pero continuemos con la entrevista de Messori al Cardenal Ratzinger.

Hoy como ayer, una desviación eclesiológica

Messori: –¿Qué principios entrarían en juego en esa opinión?

Card. Ratzinger: –*Hoy como ayer* [21], el principio de la *Sola Scriptura* desempeña un papel primordial. Para un cristiano medio hoy resulta más "moderno" y "evidente" admitir que le fe nazca de la

19 Horacio Bojorge, *En mi sed me dieron vinagre. Ensayo de teología pastoral y espiritual*, Edit. Lumen, Buenos Aires 2ª ed. 1999, capítulo cuarto apartado 13.1, pp.115 ss.

20 Horacio Bojorge, *Mujer: ¿por qué lloras? Gozo y tristezas del creyente en la civilización de la acedia*, Edit. Lumen, Buenos Aires 1999, Cap. 5.2, "La felicidad como asunto profético".

21 La cursiva es nuestra, queremos señalar que esta frase del Cardenal, expresa su visión de que es un mismo fenómeno que continúa.

opinión individual, del trabajo intelectual, de la contribución del especialista. Si ahondamos más, encontraremos que de tal concepción deriva lógicamente el que el concepto católico de Iglesia ya no es realizable, y que se debe buscar un nuevo modelo, en el sitio que sea, dentro del vasto ámbito del protestantismo.

Messori: –Así que desembocamos, una vez más, en la eclesiología.

Card. Ratzinger: –Ciertamente. Al hombre moderno de la calle le dice, a primera vista, más un concepto de Iglesia que en lenguaje técnico llamaríamos "congregacionalista" de "Iglesia libre" (*Freechurch*). De donde se sigue que la Iglesia es una forma mudable y pueden organizarse las realidades de la fe del modo más conforme posible a las exigencias del momento. Ya hemos hablado de ello varias veces, pero vale la pena volver sobre el tema: resulta casi imposible para la conciencia de muchos, hoy día, el llegar a ver que tras la realidad humana se encuentra la realidad divina. Éste es, como sabemos, el concepto católico de la Iglesia, que, ciertamente es mucho más duro de aceptar que el que el que acabamos de esbozar, que no es, por supuesto, "lo protestante sin más", sino algo que se ha formado en el marco del fenómeno "protestantismo"

Lutero hoy, ante la Congregación para la Doctrina de la Fe

Messori: –A finales de 1983 –quinto centenario del nacimiento de Martín Lutero–, visto el entusiasmo de alguna celebración católica, las malas lenguas insinuaron que actualmente el Reformador podría enseñar las mismas cosas que entonces, pero ocupando sin problemas una cátedra en una universidad o en un seminario católico. ¿Qué me dice de esto el Prefecto? ¿Cree que la Congregación dirigida por él invitaría al monje agustino para un "coloquio informativo"?

Card. Ratzinger (sonríe): –Sí, creo de veras que habría que hablar también hoy con él muy seriamente y que lo que dijo tampoco hoy podría considerarse "teología católica". Si así no fuera, no sería necesario el diálogo ecuménico, el cual busca precisamente un diálogo crítico con Lutero y plantea la cuestión de cómo cabe salvar los grandes principios de su teología y superar cuanto en ella no es católico.

Messori: –Sería interesante saber en qué temas se apoyaría la Congregación para la Doctrina de la Fe para intervenir contra Lutero.

Card. Ratzinger: –No hay la menor duda en la respuesta: "Aun a costa de parecer tedioso, creo que nos centraríamos una vez más en el problema eclesiológico. En la disputa de Leipzig, el oponente católico de Martín Lutero le demostró de modo irrefutable que su «nueva doctrina» no se oponía

solamente a los Papas, sino también a la Tradición, claramente expresada por los Padres y por los Concilios. Lutero entonces tuvo que admitirlo y argumentó que también los concilios ecuménicos habían errado, poniendo así la autoridad de los exegetas por encima de la autoridad de la Iglesia y de su Tradición."

Messori: –¿Fue en ese momento cuando se produjo la "separación" decisiva?

Card. Ratzinger: –Efectivamente, así lo creo. Fue el momento decisivo, porque se abandonaba la idea católica de la Iglesia como intérprete auténtica del verdadero sentido de la Revelación. Lutero no podía compartir la certeza de que en la Iglesia hay una conciencia común por encima de la inteligencia e interpretación privadas. Quedaron alteradas las relaciones entre la Iglesia y el individuo, entre la Iglesia y la Biblia. Por tanto, si Lutero viviera, la Congregación habría de hablar con él sobre este punto, o, mejor dicho, sobre este punto hablamos con él en los diálogos ecuménicos. Por otra parte, no es otra la base de nuestras conversaciones con los teólogos católicos: la teología católica debe interpretar la fe de la Iglesia; cuando se pasa directamente de la exégesis bíblica a una reconstrucción autónoma, se hace otra cosa.

¡Sí Eminencia! ¡Se hace teología protestante!

Hay que ser contracultural para permanecer católico

La entrevista de Vittorio Messori al Cardenal Ratzinger continúa ponderando las vicisitudes y posibilidades del diálogo ecuménico postconciliar. En un momento de esta conversación, el Cardenal Ratzinger afirma que al convivir protestantes y católicos, son los católicos los que corren mayor riesgo de deslizarse hacia las posiciones protestantes. "El auténtico catolicismo se mantiene en un equilibrio muy delicado, en un intento de compaginar aspectos que parecen contrapuestos y que, sin embargo, aseguran la integridad del Credo. Además, el catolicismo exige la aceptación de una mentalidad de fe que frecuentemente se halla en una radical oposición con la opinión actualmente dominante."

Mons. Luigi Giussani: la intelectualidad católica gravemente protestantizada hoy

También Monseñor Luigi Giussani, fundador de Comunión y Liberación, afirma la deriva protestantizante del catolicismo actual, especialmente de la intelectualidad católica; y hace un análisis de los principales rasgos que la ponen de manifiesto. Su señalación del hecho va acompañada de una descripción y caracterización de la esencia del mismo que coincide notablemente, salvas las diferencias de estilo y planteos, con la del Cardenal Ratzinger

en la entrevista con Vittorio Messori. Me detendré a exponerla aunque, necesariamente, en forma sintética, como una corroboración de la objetividad de lo que decimos: que el proceso de protestantización dentro del catolicismo es un hecho que sigue operándose.

En una de sus obras: *La Conciencia religiosa en el Hombre moderno* [22], afirma Mons. Giussani que no es solamente el Hombre moderno quien ha abandonado a la Iglesia sino que, de alguna manera, también la Iglesia ha abandonado o está por lo menos descuidando de alguna manera a la Humanidad. Ello es debido en gran parte, –opina Giussani– a que hoy "el hecho cristiano se presenta en el mundo profundamente reducido". Está lejos –dice– de ser aquella presencia en lucha contra la ruina del hombre que debería ser. "Hablo –dice– de una reducción del cristianismo en el modo de vivir su propia naturaleza." Y caracteriza esa reducción así: "A mí *me parece que el cristianismo en nuestro tiempo se ha visto como angustiado, debilitado, entorpecido por una influencia que podríamos llamar «protestante».*" Pero –advierte inmediatamente–, "no es éste el lugar adecuado para detenernos a describir la profundidad religiosa de la que nace el protestantismo o que puede alcanzar; esto que voy a decir es una crítica dirigida ciertamente no al mundo protestante, sino a la realidad católica, o más bien diría, a *la intelectualidad católica, que hoy se presenta gravemente protestantizada*".

22 Ed. Encuentro, Madrid 1986. Citamos de las páginas 57 a 63.

Tres caídas: subjetivismo, moralismo, debilitamiento de la unidad

Prosigue explicando Mons. Giussani el sentido de esta protestantización en estos términos: "la observación capital que motiva dicho juicio consiste en la reducción del Cristianismo a «Palabra» («Palabra de Dios», «Evangelio» o simplemente «Palabra»), [que sería lo más característico del espíritu protestante]. Esto da lugar a consecuencias decisivas para la cultura". ¿Cuáles? Giussani enumera tres consecuencias o *caídas*: 1) subjetivismo, 2) moralismo y 3) debilitamiento de la unidad orgánica, histórica y social, del hecho cristiano.

Tres *caídas* "que tienden a reducir desde dentro el hecho cristiano, y en particular, al catolicismo; que lo desmovilizan desde dentro y debilitan en él la lucha contra una mentalidad para la cual «Dios no tiene nada que ver con la vida»".

Tenemos que resignarnos con resumir aquí el iluminador análisis que hace de estas caídas protestantizantes:

1) *Subjetivismo* que deriva en sentimentalismo y pietismo, porque inevitablemente la Palabra se somete en último término a la interpretación personal, o en su defecto, a la interpretación de los exégetas. Pero no bastan los intelectuales para alcanzar la necesaria objetividad, ni la comunidad de base, ni siquiera la iglesia local.

2) *Moralismo* porque ¿qué comportamiento sugerirá la Palabra ante el embate de los problemas humanos y de la urgencia de la realidad social? La respuesta es, por desgracia, una sola: el comportamiento del hombre se verá guiado y verá medido su valor, por los ideales que apruebe la cultura dominante. Una concepción de vida avalada por el poder y reconocida, en consecuencia, por la mayoría. Si el cristianismo es reducido a palabra, viene a coincidir con una emoción de la conciencia que tiene el derecho de interpretarla, y tal conciencia no puede independizarse del flujo de los valores que más se estiman en el momento histórico en que vive. La moral termina siendo fijada por el poder real, por la identificación con los valores morales que la sociedad parece considerar evidentes. Y es así como la moralidad se convierte en *moralismo rabioso*.

Politización de los católicos proporcional a su creciente impotencia política

Viene al caso recordar aquí, en confirmación de estas observaciones de Mons. Giussani, lo que observa Gianfranco Morra acerca de las dificultades de muchos en aceptar la Doctrina Social de la Iglesia y de su relación con la mentalidad protestante. De una manera u otra se llega a desentenderse de la pretensión de la fe de configurar prácticamente el orden social y político concreto. Morra pone en relación estas posiciones mentales con lo que él lla-

ma «el escatologismo intratemporal protestante» [23]. Es en otras palabras esa postura doctrinal protestante lo que ha dado lugar al nacimiento de la teología de la secularización dentro del mundo protestante, como un producto que el mundo protestante pudo reclamar como genio y tarea propia por boca de Dietrich Bonhoeffer y Friedrich Gogarten.

En esta visión se combina el optimismo acerca del progreso moral del mundo emancipado de toda referencia religiosa cristiana con el pesimismo acerca de la iglesia y de la fe, con la consiguiente abdicación de la pretensión cristiana a configurar el mundo según sus ideales. Esta bina de optimismo y pesimismo se combina, a su vez, con otra bina de pesimismo y optimismo, cruzada con la bina anterior, dando lugar a una actitud compleja que, sin embargo, determina la conducta política de los creyentes. Junto al optimismo ante el orden político, se es pesimista respecto de que el orden político pueda admitir las directivas del orden espiritual cristiano. Y junto al pesimismo por la capacidad de la fe para incidir en el orden político, se es optimista respecto de que el orden espiritual cristiano pueda subsistir sin daños mayores dentro de un orden político y social que se edifica a sus espaldas. Podría verse aquí, subyacente, una nueva forma de la lucha entre los dos poderes, el político y el espiritual en el mundo de Occidente, y una reiteración de las diversas posturas adoptables –e histó-

23 Gianfranco Morra "Dottrina sociale e scristianizzazione" publicado en *Documenti di lavoro* n. 10, publicación de la *Scuola di Dottrina Sociale;* puede consultarse en Internet mediante buscador.

ricamente de hecho adoptadas– ante este problema. ¿No sería una postura semejante a la de Lutero frente al príncipe secular? ¿No sería, en el fondo, la tentación de quemar incienso al César? ¿Y no sería el error de entender el *aggiornamento* como asimilación?

¿Reforma a costa de la identidad?

3) La tercera caída que comprueba Mons. Giussani es el *Debilitamiento de la unidad* orgánica del hecho cristiano. Como consecuencia de la reducción del cristianismo a Palabra, se debilita el nexo que une el presente al pasado, se debilita el valor de la historia, de la tradición y, por consiguiente, de la organicidad del acontecimiento cristiano que hace viva la vida de la Iglesia. Se debilita también el sentido del primado pontificio, se introduce un cierto congregacionalismo o episcopalismo, con debilitamiento de la adhesión al Papa y por lo tanto de la unidad *catholica*, es decir *universal*. Pero he aquí que una iglesia «local» no puede mantenerse frente a una cultura dominante globalizada; sólo puede soportarla [¿puede?]. La Iglesia local solamente puede recibir sus valores de la Iglesia *catholica* o sucumbirá ante la cultura *global*. Mientras el gobierno mundial se globaliza, el del catolicismo corre el riesgo de fragmentarse en conferencias episcopales nacionales. Las «iglesias particulares», delimitadas y separadas por fronteras políticas, lingüísticas y socio culturales, corren el riesgo de fun-

cionar de espaldas las unas a las otras y de asemejarse a las iglesias nacionales protestantes.

El debilitamiento de la unidad católica se manifiesta, pues, en un debilitamiento de la comunión que es diacrónico y sincrónico a la vez. Diacrónico por debilitamiento de la comunión de la Iglesia de hoy con la Iglesia del pasado. Para algunos parecería que la Iglesia católica hubiese comenzado del Concilio Vaticano II en adelante. Sincrónico, por debilitamiento de la conciencia de comunión de las Iglesias particulares entre sí, con su cabeza y con el todo de la *Catholica*.

Ésta es, a grandes rasgos la descripción que hace Mons. Luigi Giussani del proceso endógeno de protestantización que, a su juicio, está sufriendo el catolicismo y de manera especial sus intelectuales: el clero, los religiosos, los teólogos, los catequistas, los centros académicos y educativos.

Augusto del Noce: una caída en la inmanencia

Para el filósofo Augusto del Noce la protestantización del catolicismo era una evidencia ya en la década del setenta. Se ocupa de ella en un escrito de 1974. Lo que afirmaba entonces este pensador es coherente con lo que diez años después plantearía Giussani al hablar de las tres *caídas* del catolicismo. También para Del Noce la protestantización del catolicismo equivale a una caída. Una caída en el inmanentismo.

Para el agudo observador de la realidad espiritual de nuestra época que fue Del Noce, "si es verdad que el modernismo es la penetración del protestantismo en el catolicismo, no hay que imaginársela, sin embargo como una protestantización del catolicismo; la penetración da lugar a un fenómeno nuevo, en el cual se eliminan los caracteres religiosos trascendentes tanto del protestantismo como del catolicismo" [24].

Lo que resulta, según del Noce, es la reducción de la teología a filosofía. El resultado, dice del Noce, es Friedrich Gogarten en el mundo protestante [la secularización como tarea para el cristiano] y J. B. Metz en el mundo católico [la teología política y su epígona latinoamericana, la teología de la liberación]. Los resultados son, respectivamente, el secularismo y la servidumbre política. El abandono del culto y de la trascendencia y el confinamiento en las tareas de la inmanencia. La plasmación, desde dentro del cristianismo, de la reducción hegeliano-gramsciana de lo trascendente a lo inmanente.

Aquí se afina la comprensión de la naturaleza de la congenialidad entre espíritu protestante y espíritu de la modernidad. La negación de la acción histórica del Espíritu Santo por parte de Marx, parece hija de la negación luterana y calvinista de su acción histórica en la Iglesia católica –y, a través de ella, en el mundo–; y es coherente con esta ne-

24 "Teologia della secolarizzazione e Filosofia" en *Archivio di Filosofia* 1974, p.168.

gación. Hegel es descendiente de Lutero. Pero Lutero nació católico. No se trata pues –como lo hemos advertido al comienzo– de acusar al protestantismo de ser el culpable de los males del catolicismo actual. Se trata de alertar al catolicismo sobre sus propios males.

Infidelidades en la Iglesia

De estos males del catolicismo actual, acaba de darnos un panorama el Pbro. Dr. José María Iraburu en su obra reciente *Infidelidades en la Iglesia* [25], con un fragmento de cuyo testimonio daremos fin a este elenco de voces que podría ampliarse más.

Observando la realidad eclesial presente, donde detecta confusión y división, se pregunta Iraburu: "¿Cómo es posible que nunca haya habido en la Iglesia un cuerpo doctrinal tan amplio, asequible y precioso, y que al mismo tiempo nunca haya habido en ella una proliferación comparable de errores y abusos? Parecen dos datos contradictorios, inconciliables. La respuesta es obligada: porque nunca en la Iglesia se ha tolerado la difusión de errores y abusos tan ampliamente."

La confusión no es católica. Es, en cambio, la nota propia de las comunidades cristianas protestantes. En ellas la confusión y la división son crónicas, congénitas, pues nacen inevitablemente del libre examen y de la carencia de Autoridad apostólica.

25 Fundación Gratis Date, Pamplona 2005.

El papa León X, en la bula *Exsurge Domine* (1520), condena esta proposición de Lutero: "Tenemos camino abierto para enervar la autoridad de los Concilios y contradecir libremente sus actas y juzgar sus decretos y confesar confiadamente lo que nos parezca verdad, ora haya sido aprobado, ora reprobado por cualquier Concilio" (n.29: DS 1479).

Partiendo de esas premisas, una comunidad cristiana solamente puede llegar a la confusión y la división. Este modo protestante de acercarse a la Revelación pone la libertad por encima de la verdad, y así destruye la libertad y la verdad. Hace prevalecer la subjetividad individual sobre la objetividad de la enseñanza de la Iglesia, y pierde así al individuo y a la comunidad eclesial. Es éste un modo tan inadecuado de acercarse a la Revelación divina que no se ve cómo pueda llegarse por él a la verdadera fe, sino a lo que nos parezca. No se edifica, pues, la vida sobre roca, sino sobre arena.

De hecho Lutero destrozó todo lo cristiano: los dogmas, negando su posibilidad; la fe, devaluándola a mera opinión; las obras buenas, negando su necesidad; la Escritura, desvinculándola de Tradición y Magisterio; la vida religiosa profesada con votos, la ley moral objetiva, el culto a los santos, el Episcopado apostólico, el sacerdocio y el sacrificio eucarístico, y todos los sacramentos, menos el bautismo...

Pero Lutero, ante todo, destroza la roca que sostiene todo el edificio cristiano: la fe en la enseñanza de la Iglesia apostólica. Y lógicamente todo el edificio se viene abajo.

La fe teologal cristiana es cosa muy distinta, esencialmente diferente, de la libre opinión de un parecer personal. Como enseña el Catecismo, "por la fe, el hombre somete completamente su inteligencia y su voluntad a Dios [...] La Sagrada Escritura llama «obediencia de la fe» a esta respuesta del hombre a Dios que revela (cf. Rm 1, 5; 16, 26)" (143)

"La fe cristiana es, en efecto, una «obediencia», por la que el hombre, aceptando ser enseñado por la Iglesia apostólica, *Mater et Magistra*, se hace discípulo de Dios, y así recibe sus «pensamientos y caminos», que son muy distintos del parecer de los hombres (Is 55,8)."

Resumen e impresión general

Después de escuchar estas preclaras voces y sus inteligentes diagnósticos de la situación, permítasenos terciar modestamente con la nuestra. Me parece percibir que está teniendo lugar un enfrentamiento de culturas, de maneras de ver la vida. Lo que está sucediendo, y muchos católicos que quieren seguir siéndolo padecen, es la expansión de la cultura anglosajona de matriz protestante sobre naciones y poblaciones herederas de la cultura hispana y latina, de matriz católica.

Vivimos un capítulo más en la historia multisecular de la expansión de la reforma protestante. Pero no es un fenómeno exclusiva ni principalmente religioso; aunque quien se queda mirando sola-

mente los hechos que se dan en ese campo, no logre ver sus conexiones con la penetración general; la que está teniendo lugar en todos los frentes de la vida y la cultura: la lengua, la literatura, la música, el folklore, las artes plásticas, el cine y la TV, la economía, la banca y el comercio, los recursos naturales y la facultad de disponer de ellos, la industria y sus normas, las ciencias del hombre, las relaciones laborales y familiares, los hábitos alimentarios y sexuales, el comportamiento humano, el derecho y la justicia...

En lo estrictamente eclesial, la deriva protestantizante, de la que no están libres ni las más altas esferas del clero, es reconocible dondequiera haya un receso de la devoción a la Eucaristía, a María y al Papa; de la piedad sacramental en general; una devaluación de las mediaciones, una disminución o pérdida del sentido de lo sagrado, un olvido o positiva aversión a "los que fueron antes", una pérdida de la memoria, un desamor por las tradiciones; una indisciplina exegética que huele a *Sola Scriptura*. Pero también en una deriva hacia la nacionalización y politización del catolicismo, en una tendencia al episcopalismo y a las Iglesias nacionales, rasgos propios del protestantismo histórico. ¿Un signo? La *Humanae Vitae*, que puso a dura prueba la autoridad de Pablo VI, confrontado por enteras conferencias episcopales. ¿Otro? la pérdida de la autoridad del obispo limitada por un lado por la Conferencia episcopal y por otro por el consejo de presbiterio. No se me oculta que hago afirmaciones polémicas. Pero creo que son hechos que fundamentan mis afirmaciones.

Está en curso un corrimiento cultural general desde la matriz católica de la que alguien procede, hacia la matriz protestante que invade el mundo en que vive. Si no la asume y se identifica, tendría que resistirla y padecer. Y eso, como la fe, no es de todos.

Son cosas a tener en cuenta para proceder con inteligencia de la naturaleza de los hechos. Y para actuar con misericordia y humildad. Pero también para resistir firmemente y defender los valores recibidos en herencia, los que nos hacen ser lo que somos. Y para apreciar la gracia de preservación de la que, hasta ahora, hemos sido objeto.

En conclusión

Hemos querido mostrar en este estudio preliminar cómo la exposición de la *Novena Tempestad* que nos hace el Padre Alfredo Sáenz en las conferencias sobre la *Reforma Protestante* recogidas en este volumen, es manifiestamente útil para orientarnos en la comprensión de la naturaleza de las derivas y tentaciones presentes en la vida de la Iglesia, ya que es un fenómeno espiritual que, como tantos y tan autorizados observadores de la realidad eclesial lo atestiguan, continúa y lo continuamos padeciendo.

Si el poder político de Constantino y sus sucesores se empeñó en lograr la unidad de la Iglesia católica como un bien político, parecería que el poder

político global del mundo moderno favoreciera, por serle más congenial, al cristianismo protestante y la protestantización del catolicismo.

Horacio Bojorge S. J.

Novena Tempestad

LA REFORMA PROTESTANTE

[illegible] global del mundo moderno [illegible]
[illegible] más [illegible], al cristianismo protestan
y a la protestantización del catolicismo.

Horacio Bojorge S.

ES muy probable que entre las grandes borrascas que la Iglesia ha tenido que ir afrontando en el transcurso de su devenir histórico, pocas hayan sido tan dolorosas como la que estalló en el siglo XVI con la aparición del protestantismo. Lamentable fue el cisma de la Iglesia bizantina en el siglo XI, y aún más quizás el sacudón del arrianismo. Pero la rebelión protestante, entendiendo por ella la de las diversas confesiones religiosas cristianas surgidas en el siglo XVI, tuvo resonancias inéditas.

I. Antecedentes históricos de la Reforma protestante

En el volumen anterior de la presente colección hemos tratado extensamente del Renacimiento, distinguiendo allí entre un Renacimiento sano, que

puede ser considerado como prolongación y florecimiento de la Edad Media, y un Renacimiento paganizante, que contagió con su mundanismo a vastos sectores de la Iglesia. Diríase que en torno al 1500, la Cristiandad parecía estar a punto de alumbrar una época gloriosa, copulando en sus entrañas lo medieval con lo moderno, lo teológico con lo humanístico, lo eclesiástico con lo civil. De las felices nupcias del Medioevo con la Edad Nueva, bajo la bendición de la Iglesia, podíase augurar la aparición de un mundo que, manteniendo la doctrina católica en su integridad, se abriese a nuevas problemáticas científicas, espirituales y culturales.

Era una época fecunda en descubrimientos e inventos, que abrían al hombre horizontes insospechados. La imprenta de Gutenberg multiplicaba los libros, facilitando su acceso a una multitud de nuevos lectores. Refiriéndose a ella decía en 1487 un médico de Augsburgo "que había embellecido con su arte y sus ricos adornos la vestidura nupcial de la Iglesia católica, esposa de Cristo". Mientras tanto, las carabelas de Colón ensanchaban las fronteras de la Cristiandad. "El curso de la civilización europea –escribe García Villoslada–, en progresiva purificación y elevación y sin renegar del Medioevo, se dirigía hacia cimas cada día más altas y luminosas. Pero las aguas, en vez de correr por el mismo cauce ensanchándolo y profundizándolo, se salieron de madre por efecto de una tempestad, y, consiguientemente, algunos pueblos y naciones no se mantuvieron fieles a los principios que habían engendrado a Europa."

Cuando se analiza la historia no siempre es fácil determinar las *causas* de los hechos que van aconteciendo, ni siempre se ve tan claro si algo fue realmente una *causa* o tan sólo una mera *condición* de los sucesos ulteriores. García Villoslada juzga que es mejor hablar de *raíces históricas*, intentando significar con esta expresión que entre unos fenómenos precedentes y otros ulteriores existe cierto nexo, cierta ligazón, cierto influjo o dependencia. Siguiendo de cerca a dicho autor, eminente historiador jesuita español, así como a otros pensadores, particularmente el alemán Ludovico von Pastor, trataremos de resumir y sistematizar dichos antecedentes.

1. *Raíces religiosas*

Cabe primero preguntarse por la situación religiosa en aquellos tiempos. La decadencia era cierta, pero no todo estaba destruido. Los fieles tenían a su alcance catecismos y opúsculos religiosos donde abrevar su piedad. Había sacerdotes y religiosos santos y apostólicos, así como numerosos predicadores, estables unos, itinerantes otros por villas y ciudades, que llevaban la Buena Nueva por doquier. Leonard, un calvinista francés, describe así el panorama general europeo: "La piedad de los fieles se mantenía con un ardor, una diversidad y una espontaneidad notables. Piedad que se fundaba, cuando el clero cumplía sus deberes –y el caso no era raro–, en una buena instrucción religiosa, mérito que se debe a la Iglesia docente de aquel

tiempo [...] La piedad tiene una fuerte base familiar en los cultos domésticos, presididos por el padre y nutridos por abundante literatura mística y catequética, que la imprenta pone pronto a disposición de amplios círculos." La antorcha de una sana "reforma" se había encendido en varias naciones, preanunciando una próxima primavera religiosa. Dicha tendencia trajo consigo un florecer del arte cristiano. La pintura logró reflejar una espiritualidad realista y de gran intimidad, como puede advertirse en Hans Memling, que trabajó en Brujas, en Hans Holbein el Viejo, en Matías Grünewald y en Albert Dürer. Tales artistas bastan para iluminar todo un siglo, el XVI.

Pero resulta innegable que en el campo religioso se advertían también síntomas negativos. Uno de los principales fue el *debilitamiento de la autoridad pontificia*, algo realmente grave, ya que la revolución sólo se hace posible cuando la autoridad viene a menos. ¿En qué momento se inició el declinar del Pontificado? Para algunos, a raíz del conflicto de Bonifacio VIII con el rey francés Felipe el Hermoso. Para otros, con motivo del traslado de los Papas desde Roma, su sede natural, a Aviñón, ciudad dominada por los reyes de Francia. Sea lo que fuere, cuando Lutero se enfrente con la cabeza de la Iglesia no encontraría a un Hildebrando ni a un Inocencio III, sino al florentino Juan de Medici, jocundo príncipe del Renacimiento.

El espíritu del Renacimiento no dejó de lesionar a la Iglesia. Algunos Papas de aquellos tiempos se vieron afectados por el carácter mundano del siglo,

el lujo, el mecenatismo esteticista, las ambiciones familiares, dejando en un segundo plano su misión sobrenatural o supeditándola a intereses demasiado humanos. De pontífices y pastores de almas se fueron convirtiendo en príncipes seculares, interesándose más en los asuntos políticos que en el incremento de la catolicidad. Con demasiada frecuencia recurrían a la pena de la excomunión, que así perdía su seriedad y su eficacia. Tal costumbre venía de tiempos atrás. Ya en 1328, por no haber pagado a Roma las deudas contraídas, fueron excomulgados o suspendidos no menos de un patriarca, cinco arzobispos, treinta obispos y seis abades. Todavía en el siglo XVI deploraba Juan de Ávila dicho abuso en su tratado sobre *Causas y remedios de las herejías*. Allí decía: "Cosa es de mucho escándalo para los fieles y herejes al sacar tan presto y tantas veces esta espada que tan delgados filos tiene que llega a cortar las almas. Cosa es digna de llorar que no haya Misa mayor en días de fiesta que no se lean siete, ocho o más de estas cartas de excomunión." Por eso Lutero, al recibir la bula donde se lo excomulgaba, la despreciaría y la escarnecería públicamente, respondiendo con insultos y vilipendios al Pontífice que declaraba heréticas sus doctrinas.

Pasemos al *alto clero*. El estado en que se encontraba vuelve verosímil la rápida propagación del incendio luterano. Sus desmedidas riquezas hicieron que la alta nobleza se aprovechase de la Iglesia para que sus hijos medraran, ocupando puestos elevados en el episcopado. Las sedes diocesanas se proveían casi exclusivamente con personas de

esa proveniencia, que a menudo no veían en las mitras sino una fuente de poder y de riqueza. Los príncipes lograban que algunos de sus hijos fuesen elevados a las sedes episcopales, de modo que cada vez eran más los obispos aseglarados, señores temporales antes que apóstoles de Cristo. Un libro notable de esos tiempos llamado *Onus ecclesiae* decía que aquellos dignatarios cubrían sus cuerpos con oro pero sus almas con basura. Esto pasó sobre todo en el último período que precedió a la gran revolución religiosa. Algo semejante acontecería con los cabildos catedralicios. Cada día ingresaban más jóvenes de familias nobles en el estado eclesiástico sin ninguna vocación, movidos solamente por el deseo de alcanzar un beneficio económico o mayor prestigio social. Estos canónigos, que a veces no habían recibido ningún orden sagrado, introdujeron en los cabildos un espíritu de aseglaramiento, sensualidad y avaricia, dando varios de ellos grandes escándalos por su conducta inmoral. Es evidente que tales personas opondrían por lo general escasa resistencia a cualquier novedad religiosa, y que más bien la aceptarían de buena gana, con tal que les permitiera conservar sus beneficios.

Quizás en ningún país era tan poderosa y opulenta la nobleza eclesiástica como en el Imperio germánico, precisamente el lugar donde nacería la Reforma protestante. Allí dicha nobleza mantenía sus antiguos señoríos feudales. En muchas ciudades y diócesis, la mayor parte de las tierras y campos eran propiedad de la Iglesia, es decir, de los obispos y abades. Un humanista alsaciano, Ja-

cobo Wimpfeling, asegura que los obispos de Estrasburgo tuvieron guardados durante más de cien años el báculo y la mitra, sus insignias episcopales. De uno de esos obispos se cuenta que no celebró misa casi durante treinta años; comulgaba una vez al año, por Pascua, mezclado con la servidumbre de su castillo, y vestía ordinariamente como los caballeros, con la espada al flanco. En un retrato que traza de los obispos alemanes, dice Erasmo en su *Elogio de la locura* que, olvidando los ritos de la liturgia, *"plane satrapas agunt"*, obran como sátrapas. Resultado de tal género de vida era el ausentismo de los pastores, una de las pestes más dañinas de la Iglesia antes del Concilio de Trento, así como la frecuente violación del celibato, la ambición y la codicia. Poco hicieron, pues, los obispos para prevenir la herejía que se anunciaba en el horizonte. Con tales dignatarios la Iglesia no estaba en condiciones de resistir eficazmente a la embestida avasalladora del luteranismo. La negligencia en las obligaciones pastorales que de todo ello resultaba, tuvo por natural consecuencia el abandono moral y religioso generalizado. Sin ello sería incomprensible, a pesar de todas las circunstancias que favorecieron la catástrofe, la facilidad con que gran parte del pueblo alemán se separó de la fe de sus mayores.

En cuanto al *clero inferior*, buena parte de sus integrantes, al menos en ciertas zonas, vivían en el mayor abandono, pobreza, ignorancia y corrupción. Su formación era mínima, ya que no habían pasado por ningún seminario ni otro instituto de formación clerical, que en aquellos tiempos no

existían. Constituían una especie de "proletariado eclesiástico". Convivían con el pueblo, trabajaban como obreros, artesanos o campesinos, participando de las costumbres de sus compañeros, y mirando con envidia al alto clero, que nadaba en las riquezas, lo que los predisponía a adherirse a cualquier revolución. Para colmo, eran demasiado numerosos, por lo que languidecían en el ocio más desmoralizador. Es cierto que no todos fueron por el estilo. Así como había excelentes obispos al lado de muchos indignos, hubo también, por todas partes, incluso en Alemania, tanto en el clero parroquial como en las congregaciones religiosas, sacerdotes virtuosos y sabios que permanecieron fieles a la Iglesia de siempre.

Si miramos la situación de las *abadías y monasterios ricos*, advertimos que eran los que más se habían alejado de su primitivo espíritu, incapaces de emprender una autorreforma saludable. Muchos de sus miembros vivían a su albedrío, al modo de jiróvagos, siempre fuera de los claustros. En cuanto a las monjas, algunos de sus conventos tenían fama deplorable, por lo cual no fue raro que no pocas de ellas abrazaran las nuevas doctrinas, quebrantando fácilmente sus votos y echando por la borda todo lo que hasta entonces habían considerado como intangible.

Algo semejante sucedía con los *religiosos* en general, por lo que, como luego veremos, con demasiada naturalidad muchísimos de ellos se pasarían a las filas de los luteranos, que predicaban una vida más libre, la abolición del celibato, la supresión de

la confesión auricular obligatoria, la inutilidad de los ayunos y mortificaciones, la negación de la jerarquía, etc. Incluso una Orden militar, antaño gloriosa, la de los Caballeros Teutónicos, que ahora abundaban en riquezas y habían perdido el sentido de su vocación, en su momento se pasaría en tropel al luteranismo, con su gran maestre Alberto Brandeburgo-Ansbach a la cabeza, quien sería el primer duque de Prusia. También los agustinos darían gran cantidad de sus miembros a la Reforma protestante, si bien ellos no tanto por relajación moral cuanto por afinidad de ideas y sentimientos con su colega fray Martín. En el ámbito de la Orden de San Francisco, recordemos la crisis que trajo consigo la aparición de la secta de los *"fraticelli"*, exaltados "espirituales", sedicentes herederos de Joaquín de Fiore, para quienes la suma perfección evangélica se cifraba en la pobreza absoluta. Ellos no vacilaban en atacar sin matices a la autoridad suprema de la Iglesia: el Papa era un "AntiCristo" o un "nuevo Lucifer", y la Iglesia de Roma la meretriz apocalíptica y la Babilonia, sinagoga de Satanás, que debería desaparecer para dejar paso a otra Iglesia más espiritual. Ese lenguaje crudo, rico en imágenes escandalosas y difamantes, lo heredaría Lutero, cargándolo de mayor virulencia antirromana, si cabe.

El siglo XVI fue, en verdad, un siglo doloroso. En 1540 se calcularían en cerca de 10.000 los sacerdotes apóstatas. Y con los pastores se irían numerosas ovejas, seducidas por las libertades que les ofrecía el nuevo cristianismo, creyendo ver en él la auténtica reforma que reclamaban tantas per-

sonas doctas y piadosas en toda la Cristiandad. La confusión de las ideas llegaría a tanto que, todavía a mediados del siglo XVI, no sería fácil discernir si algunos párrocos eran realmente católicos o luteranos; quizás a veces ni ellos mismos lo sabían, actuando en forma más bien luterana, bajo la obediencia externa de obispos católicos. No es, pues, de maravillar que la masa del pueblo que adheriría a las corrientes luteranas no se diese cuenta de que estaban abandonando la religión de sus padres.

Podemos detectar asimismo raíces lejanas del espíritu de la reforma protestante en el *misticismo germánico medieval*, que tanto atractivo ejerció sobre las almas más selectas. Siempre los cristianos de tendencias místicas, sobre todo si no son dóciles y humildes, corren peligro de buscar la unión con Dios prescindiendo de la mediación de la Iglesia, o sea, del magisterio y de los sacramentos. Pues bien, en el siglo XIV, e incluso en el XV, floreció en Alemania y países limítrofes, una especie de escuela mística que a veces degeneró en "misticismo". Lutero, que aborrecería a los escolásticos, no pudo menos de sentirse inclinado a algunos de aquellos autores. No que le hubiese interesado la mística patrística y tradicional. Según él, el Areopagita no había hecho sino jugar con alegorías; San Buenaventura era poco menos que un loco, porque había discurrido sobre la unión de Dios con el alma. Le resultaba irritante pretender expresar las relaciones de Cristo y del alma recurriendo al lenguaje nupcial. Amaría solamente a aquellos místicos que hablaban con menosprecio de la razón humana, de la filosofía, a los que proponían una

interpretación personal de la Escritura, a los que buscaban contactarse con Dios acentuando, a veces desmedidamente, su miseria e indignidad...

El más especulativo de los místicos alemanes del Medioevo fue el Maestro Eckhart, de la Orden de Santo Domingo, que vivió a fines del siglo XIII y comienzos del XIV. En varios puntos dicho autor se expresó de manera equívoca, con palabras de sabor panteísta, como cuando dice que el alma, transformada por la gracia, se aniquila en Dios, y el mismo Dios se aniquila en el alma. Pero no serían precisamente esas las ideas al gusto de Lutero. Mucho más le interesarían algunos expresiones aisladas del autor alemán que se refieren a la justificación, y otras de matiz quietístico con menosprecio de toda acción externa, donde parecía no atribuir valor alguno a las buenas obras. Tras su muerte, algunos textos de Eckhart fueron condenados por el papa Juan XXII. No parece que Lutero haya leído directamente nada del místico alemán, pero muy probablemente lo conoció de manera indirecta. En cambio sí sabemos que conocería y estimaría sobremanera al otro gran místico alemán del siglo XIV, Juan Tauler, también dominico, gran predicador de Estrasburgo, cuya doctrina puede decirse plenamente ortodoxa. El lenguaje de los místicos es, por lo general, oscuro; balbucean, como los poetas y los niños, no siendo precisos, a la manera de los escolásticos. Por lo demás, Tauler no escribía en latín, sino en lengua vernácula. Lutero, cultor eximio del idioma alemán, aprendería en dicho autor a conocer mejor su amada lengua, pero sobre todo a acentuar el reconocimiento de la propia na-

da, la desestima de las obras puramente externas, la confianza total en la misericordia divina, una cierta actitud pasiva ante Dios, quien por sí solo nos regenera, un marcado menosprecio del conocimiento racional y analógico de Dios. Tauler trata en sus escritos de la absoluta resignación con que el hombre debe abandonarse a la voluntad divina, aunque ésta sea de arrojarle al infierno por toda la eternidad. Lutero repetiría este atrevido aserto con casi idénticas palabras. Algunas afirmaciones del místico alemán, como por ejemplo la de que la naturaleza humana fue "envenenada" por el pecado original, y por tanto "nuestra justicia delante de Dios puede decirse injusticia e impureza", de modo que al hombre caído no le queda sino "su impotencia, su indignidad y su nada", le vendrían de perillas. Por cierto que Tauler había usado dichas expresiones sin llegar a afirmar la corrupción intrínseca de la naturaleza en el sentido totalmente negativo y pesimista que le daría Lutero. En algunas páginas, su manera de exponer es imprecisa, pero se corrige y completa en otros lugares, incitando a las buenas obras, y nunca olvidando la necesidad de la obediencia y de la sumisión al Papa y a la Iglesia.

Los católicos de los siglos XIV y XV necesitaban el aire fresco que les traían los místicos. Desconfiando de la teología escolástica, que había entrado en franca decadencia, buscaban en el Evangelio, en San Pablo y en los místicos un cristianismo más puro, más interior; no tanto un sistema teológico cuanto una exhortación a la vida espiritual. Se deseaba una vuelta al cristianismo primitivo, sin las

adherencias de las costumbres y rutinas agregadas, más allá de toda casuística.

Creemos, asimismo, que preparó la reforma protestante, sobre todo en los países germánicos, *un sentimiento generalizado de ansiedad, congoja y pavor*, muy bien reflejado en la famosa crucifixión de Grünewald. Se ha dicho que "Martín Lutero es hijo de la angustia germánica". No deja de resultar curioso que mientras el jocundo Renacimiento italiano, por el pincel de sus pintores y el verbo de sus poetas, entonaba himnos jubilosos a la alegría de vivir, como si el mundo fuese una primavera indeficiente o una aurora de bonanzas, siguiese todavía el cielo alemán encapotado con tristes presentimientos. El hombre germánico del otoño medieval tenía conciencia vivísima del pecado, sintiéndose profundamente pecador. ¿Se pecaba más que en otras épocas? Quizás no. Pero se pecaba mucho, y como la fe en Dios estaba profundamente arraigada –¿qué es el pecado sino una ofensa a Dios?–, surgía inevitablemente el remordimiento, que de suyo puede conducir el arrepentimiento, a la confesión, a la reconciliación con Dios. En tiempos de menos fe, el pecador se convierte fácilmente en libertino y llega a perder incluso la conciencia del pecado. Los siglos XIV y XV eran tiempos de fe. El cristiano pecaba, sabía que pecaba, y quería hacer penitencia. Es cierto que a veces esa sensación de saberse pecador podía volverse patológica y carcomer el espíritu sin permitir volver a levantarse.

En una situación de tanta ansiedad y de temor a veces servil de Dios, no podía menos de jugar un papel importante el *elemento demoníaco*. En todos los géneros literarios y artísticos de aquellos tiempos preluteranos, aparece frecuentemente la figura del diablo en sus formas más variadas. Se creía que los demonios más sutiles habitaban en el fuego y en el aire, y los más bastos en las cuevas, cavernas o profundidades de la tierra. Por eso los mineros tenían tanto miedo a los espíritus infernales, y el padre de Lutero, que durante un tiempo trabajó en las minas, lo transmitiría a su hijo Martín, a quien la obsesión del demonio nunca lo abandonó. Lo veía escondido en la selva, en los lagos y ríos, en las serpientes, en los monos, sobre todo en éstos, que a sus ojos no serían sino diablos degenerados. Según luego lo veremos, Lutero señalaría como armas contra el espíritu maligno las palabras de la Sagrada Escritura, y a veces, más humorísticamente, algún chiste o burla, al estilo del Dante, cuando en la *Divina Comedia*, al tratar del infierno, dice que el demonio *avea del cul fatto trombeta* (canto 21, 139).

Aquellos hombres buscaban la manera de liberarse de esa terrible obsesión. Algunos, si no eran buenos cristianos, lo hacían vendiéndole el alma al demonio, como Johannes Fausto, cuya figura se vio idealizada por la pluma de Goethe, pero que fue un hombre de carne y hueso, que nació hacia 1480, y que antes de ser "el Doctor Fausto" de la literatura, recorrió las ciudades y pueblos de Alemania, presentándose como un mago, embaucando a la gente con sus artes aparentemente tauma-

túrgicas y como sabio astrólogo que preveía el porvenir, si hemos de creer a la leyenda que se forjó muy pronto en su torno. Felipe Melanchton, que acompañaría tan de cerca a Lutero, calificaría a Fausto de *"turpissima bestia et cloaca multorum diabolorum"*, bestia repugnante y cloaca de muchos demonios. Hacia 1540 entregó su alma al diablo, a quien se le había vendido en vida. Asimismo el siglo XV conoció el auge de las *brujas*, que se reunían en aquelarres, y fueron severamente perseguidas. El mismo Lutero se referiría a ellas como personas bien reales, que tuvieron influjo en su propia familia, atribuyéndoles la muerte por maleficio de uno de sus hermanos menores.

2. *Raíces teológicas*

Tras el esplendor teológico de la Edad Media, con las grandes figuras de Santo Tomás y San Buenaventura, los siglos XIV y XV fueron de indudable decadencia. Desvinculándose de las fuentes escriturísticas y patrísticas, los profesores de las universidades perdían el tiempo enfrascándose en disputas estériles, plagadas de sofismas. Desde que Guillermo de Ockam, franciscano inglés del siglo XIV, junto con algunos compañeros, embistió con el ariete de su nominalismo la gran síntesis tomista, ese edificio trabajosamente construido comenzó a resquebrajarse. Los nuevos pensadores –más ideólogos que intelectuales– miraban con desdén la metafísica, negando a las ideas su valor objetivo; los conceptos no eran sino rótulos que enunciaban expe-

riencias sensibles; al fin y al cabo lo que interesaba no era lo real, que por otra parte resultaba incognoscible, sino lo apariencial, lo sensible y experimentable. Tales ideas abrían el paso a un peligroso subjetivismo, que luego mostraría sus terribles consecuencias. Con frecuencia subestimaban la capacidad de la razón para acceder a verdades naturales como la unidad e infinitud de Dios, la espiritualidad e inmortalidad del alma. Sólo la fe confería certeza sobre estos temas. Así se fueron deslizando hacia el fideísmo y el escepticismo filosófico, con lo que quedaba gravemente herida la concordia armónica entre la filosofía y la teología, entre la razón y la fe. No cabía ya una fundamentación racional de la fe.

Como luego lo señalaremos, Lutero seguiría esta escuela, profesándose discípulo del pensador inglés. *"Occam, magister meus"*, Occam, mi maestro, decía. *"Sum enim Occamicae factionis"*, porque soy de la facción de Ockam. "Occam, mi querido maestro, *mein lieber Meister*". Lo leería con asiduidad, asumiendo su teoría del conocimiento. Si se mostró tan pesimista respecto de la inteligencia humana, en lo que toca a la voluntad sería optimista a ultranza. También en esto seguiría a Ockam, para quien el voluntarismo divino es tan absoluto que raya en la arbitrariedad. Las leyes morales se fundan en la voluntad omnímoda de Dios. Los discípulos de Ockam negaban que las acciones fuesen buenas o malas en sí, por su propia naturaleza; el adulterio, el asesinato, el robo, la blasfemia, eran malos solamente porque Dios quiso prohibirlos; si así no hubiese sido, serían buenos; la oración, la

pureza, la caridad son buenas solamente porque Dios así lo ha decidido, es decir, buenas extrínsecamente, porque Dios así las quiere. Lutero aceptaría sin dificultad dichas doctrinas. Asimismo sostuvieron los nominalistas que en teoría Dios puede, aunque de hecho nunca lo hará, condenar al infierno a un hombre justo; y también que puede justificar al pecador, sin una previa purificación real, interior, por una simple aceptación exterior, lo que se parece no poco al concepto de Lutero de la justificación "*ex imputatione divina*".

Asimismo fue Ockam quien introdujo la doctrina del "conciliarismo", según la cual no es el Papa la suprema autoridad ni el juez supremo de la Iglesia, sino el Concilio general. Por lo tanto es lícito apelar de las decisiones de un Papa al tribunal superior de un Concilio. En su momento, Lutero alegaría la doctrina conciliarista para no someterse al Pontífice, aunque luego daría un paso más, negando la misma autoridad suprema de los Concilios.

En la segunda mitad del siglo XIV. y comienzos del XV, aparecieron dos importantes herejes, John Wiclef y Juan Hus, que si bien no tuvieron influjo directo en Lutero, con todo crearon en varias universidades un ambiente heterodoxo, con herejías semejantes a las que luego proclamaría la Reforma protestante. A juicio de Wiclef, teólogo inglés, cuyos escritos serían conocidos en Alemania, la única fuente y regla de la fe era la Escritura; asimismo sostenía que sólo los predestinados integraban la Iglesia, la cual, por lo tanto, era invisible; que el Papa no podía arrogarse el título de vicario de Cris-

to, ni la Iglesia romana era otra cosa que la sinagoga de Satanás; que en la Eucaristía no hay transustanciación; que la libertad humana no existe; que es fatuo creer en los sacramentos, las indulgencias, el culto de las reliquias, etc. Asimismo, según el pensador inglés, toda la revelación está en la Biblia, y nadie puede añadir nada a lo que allí se contiene; la Biblia sola basta para el gobierno de la Iglesia; todas las tradiciones y leyes humanas que no se fundan en la Biblia son superfluas e inicuas. El magisterio de la Iglesia puede equivocarse y de hecho se ha equivocado. ¿Qué hacer, entonces, para no errar? Atenerse a lo que enseñan los teólogos que conocen bien la Sagrada Escritura. Es decir que la Iglesia debe seguir a los teólogos y no los teólogos a la Iglesia.

Desaparecido el wiclefismo en Inglaterra, pronto rebrotó en Bohemia, a raíz de las traducciones de Juan Hus y las predicaciones de los husitas. También Hus era biblista, si bien más moderado que Wiclef. En lo que toca a su concepción de la Iglesia, sostenía que el Papado no era de institución divina, sino imperial; que el Papa no podía decirse vicario de Cristo si no vivía como Cristo; que no había de someterse a un Concilio quien tiene de su parte a la Biblia. El hecho de que casi toda una nación como la checa siguiese en masa a Hus, a quien consideraban su héroe y reformador, serviría de ejemplo para que la nación alemana corriese también multitudinariamente tras las huellas de Lutero.

Durante el siglo XV el nivel de los teólogos católicos siguió decayendo. Decayeron hasta en su mo-

do de expresarse, con un latín bárbaro, lo que provocaba la ira y la burla de los humanistas, enamorados del latín clásico. En pos de éstos vendría Lutero, quien despreciaría sin matices a todos los teólogos medievales, con Santo Tomás a la cabeza, juzgando que sus doctrinas fundamentales no eran sino opiniones falsas, apoyadas en la filosofía del "gran pagano Aristóteles" y no en el Evangelio de Cristo.

Por su parte, tomistas, escotistas y nominalistas se dedicaban a discutir entre sí, más para lucir sus habilidades que por hallar la verdad. Si un tomista afirmaba algo, enseguida lo refutaba un nominalista, y al revés. De ahí que muchas veces, después de largos debates, no se sabía si el tema en cuestión era una verdad dogmática, o sólo una opinión más o menos probable. Ello explica que Lutero y otros rechazasen luego como "opiniones escolásticas" muchas doctrinas que eran dogmas de fe o próximas a serlo. "Habiendo entre los escolásticos –diría Lutero– tantas sectas como cabezas y aun como cabellos de cada cabeza, ¿por qué a mí no se me concede el derecho que ellos se arrogan?"

Como se ve, el confuso ambiente teológico de la Cristiandad, más lleno de interrogantes y de cuestiones disputadas que de afirmaciones categóricas, fue preparando la aparición de Lutero y demás reformadores, con su rechazo de todo lo que oliera a racionalismo, a valoración de las obras externas, en pro de una vuelta a la Escritura, a un cristianismo más espiritual y menos intelectual.

3. *Raíces socio-políticas*

Refirámonos ahora a algunos de los antecedentes de índole histórica y política. Entre ellos podemos incluir la "Guerra de los Cien años", una lucha entre la dinastía de habla francesa que reinaba en Inglaterra, llamada Plantagenet, apoyada por las clases superiores, también de habla francesa, ya que dichas clases hablaron aún aquel idioma hasta fines del siglo XIV, y la monarquía francesa de los Capeto y las clases superiores de la misma Francia. Aquel enfrentamiento, que no dejó de producir una ebullición del sentimiento nacional, con el consiguiente desgarro inicial de la idea de Cristiandad, terminó con las campañas de Santa Juana de Arco y sus sucesores, juntamente con el fracaso de todas las pretensiones de los Plantagenet. Entretanto se produjo un hecho desolador, la terrible plaga llamada la "Peste Negra", que se manifestó en 1347, afectando a toda Europa, de este a oeste, donde murió la cuarta parte de la población adulta, o quizás más. La exaltación incipiente de las nacionalidades tuvo no poco que ver con la idea que la gente se hacía del Papa. Éste había comenzado a ser visto cual si fuera un príncipe italiano tanto como la cabeza de la Iglesia. El sentimiento nacional y racial sacó ventaja de dicha confusión, en movimientos religioso-políticos como el de los husitas, de Bohemia, al que acabamos de referirnos, donde se negaba el primado del Papa. Hus es considerado hasta ahora como un héroe nacional en Bohemia.

También debemos destacar la importancia que tuvo el traslado de los Papas a Aviñón, donde quedaron bastante sometidos a los reyes de Francia, lo que suscitó el desconcierto y la oposición por parte de otros príncipes, dándose pábulo a las teorías conciliaristas que iban erosionando cada vez más la autoridad pontificia. Dichas corrientes siguieron en aumento durante el cisma de Occidente, que en buena parte fue consecuencia del cautiverio de Aviñón. Dividida la Cristiandad en dos y aun en tres obediencias, los reyes de Francia y de Inglaterra, que estaban en guerra, las facciones civiles rivales en la propia Francia, y las autoridades menores de las ciudades-estados, se ponían ora de parte de uno de los pretendientes al Papado, ora del otro, con lo que la idea clara de una autoridad religiosa central quedaba vulnerada. El resultado fue el descrédito de la supremacía pontificia y la relajación general de las costumbres que se dejó notar especialmente al fin del cisma de Occidente, y fue en aumento hasta principios del siglo XVI, empalmando con la época de la aparición del protestantismo.

Así de traumático fue el paso del otoño de la Edad Media al Renacimiento. Sobre ello escribe Windham Lewis: "El ideal de la Edad Media había pintado la cúpula de nuestra vida mortal con los tintes místicos y hieráticos de los primitivos flamencos, demostrando lo vano de los placeres terrenales, los méritos de la abnegación, los goces de la fe y los estéticos placeres del Paraíso futuro. Por encima, borrándolo, el Renacimiento salpicó un gran carnaval, reluciente, a la manera de Rubens; una

comitiva de la carne, la procesión de los alegres dioses y sus concubinas, acicaladas y engalanadas entre el ruido de los timbales y la estridencia de las flautas, la danza de los amores y de las horas, y todo el báquico proceso en abigarrada confusión de opulentos miembros sonrosados, pezuñas y hojas de parra, en jubilosa exuberancia. A la Reina de los cielos sucedía la Reina de Chipre; al Divino Niño, Cupido; el llamamiento medieval a la disciplina pía fue ahogado por el argentino son de trompetas, que citaba al alegre goce de la vida, olvidando el mañana."

Todos estos acontecimientos y cambios de situación tuvieron no poco que ver con la aparición del protestantismo, fueron sus prolegómenos. Más directamente contribuyó a la eclosión de la Reforma la situación política que se vivió en el siglo XVI, especialmente en Alemania. La historia nos muestra, a partir del siglo XIII, una progresiva decadencia del Sacro Imperio, en razón de lo cual se había ido robusteciendo cada vez más la soberanía local de los príncipes territoriales. La decadencia se hizo notoria durante el largo período del reinado de Federico III, en el que las casas de los príncipes alemanes fueron afirmando su posición a costa de la potestad imperial, al punto de que ya no se quería reconocer al Emperador sino ciertos privilegios honoríficos de remota soberanía. Por lo demás, los príncipes juzgaban tener derecho a extender su señorío a las cosas eclesiásticas, y conforme al estilo de los antiguos emperadores romanos, colocar y destituir obispos, e interferir en el gobierno eclesiástico, como si tuviesen autoridad en dicho ámbito.

El duque Rodolfo IV. de Austria, ya en el siglo XIV, se había atrevido a decir: "Yo quiero ser en mi país papa, arzobispo, obispo, archidiácono y deán." Y el duque de Cléveris: *"Dux Clivensis est Papa in terris suis"*, el duque de Cléveris es papa en sus tierras. Recordemos lo que fue la querella de las investiduras. Así sucedió sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XV. A ello contribuyó el menoscabo de la autoridad de los Papas a que acabamos de aludir, sobre todo desde el gran cisma de Occidente, así como la debilidad del poder central del Imperio.

En lo que toca más particularmente a Alemania, cuando todas las principales naciones de la Cristiandad, como España, Francia e Inglaterra, se habían constituido ya en monarquías centralizadas, poniendo los Reyes bajo su señorío a los señores feudales, aquella nación se mostraba fraccionada en mil principados distintos, sin un soberano común, porque en la práctica el Emperador no ejercía verdadera autoridad fuera de los territorios hereditarios de su familia. Se llegó a decir que un capitán de soldados en Italia era más respetado que el Emperador del Sacro Imperio. Consiguiente a la debilidad política del Emperador era la penuria de sus medios económicos. Ello pasó aun durante el gobierno de Carlos V. El mismo Lutero diría: "El César no reina en Alemania, como el monarca francés o inglés en sus reinos; son los Electores..., esos septemviros, iguales al César en poder, aunque no en dignidad." Siete eran los príncipes electores *(die Kurfürsten)* que tradicionalmente disponían de la corona a la muerte del Emperador y disfrutaban

de una casi plena soberanía en su territorio: los arzobispos de Maguncia, Treveris, Colonia, el rey de Bohemia, el duque de Sajonia, el marqués de Brandeburgo y el conde del Palatinado; tres eclesiásticos y cuatro laicos. En su propio dominio el príncipe tenía un poder omnímodo, al punto de que, como ya lo señalamos, pretendían imponer su autoridad aun en materias religiosas.

Tal situación que, según se ve, venía preparándose desde tiempo atrás, haría posible que cuando aconteciese la rebelión de Lutero, varios príncipes se decidiesen a imponer por la fuerza la herejía en sus territorios, aun contra la voluntad del Emperador, según el axioma: *Cuius regio, ejus religio*. La oposición a Carlos V llevaría a muchos de ellos a abrazar el partido religioso contrario al del Emperador. "Hablando en general –refería en 1541 el embajador veneciano– todos los príncipes son contrarios a la grandeza del César, y por esa razón han prestado favor y apoyo a la herética secta luterana, no porque los mueva *zelus fidei* (el celo de la fe)." Bien señala García Villoslada que si Carlos V hubiese sido en Alemania como Francisco I lo era en Francia o Enrique VIII en Inglaterra, si hubiera podido jinetear con pleno señorío sobre el corcel germánico, el luteranismo no hubiese triunfado en Alemania; habría sido sofocado casi al nacer, porque el edicto de Worms, por el que el Emperador proscribió a Lutero del Imperio, se hubiese ejecutado puntualmente. No le faltó a Carlos V voluntad; le faltó poder frente a otros príncipes y pequeños Estados coligados contra él y favorables al luteranismo. Ni siquiera disponía de un ejército fuerte y bien

equipado. "Los verdaderos dueños de los países germánicos –escribe L. Febvre– eran los príncipes y las ciudades."

También favorecería la aparición del luteranismo en Alemania la situación de los *Caballeros, die Reichsritterschaft*, nobleza inferior pero muy influyente. No dominaban, por cierto, sobre grandes territorios, pero sí en sus castillos, juntamente con los campos colindantes. Su edad de oro había sido el siglo de los Hohenstaufen, cuando defendían la soberanía imperial. A partir del siglo XIV comenzaron a entrar en decadencia. Desde la invención de la pólvora, la caballería cedió mucho a la infantería de los lansquenetes, debiendo aquéllos ponerse al servicio de señores más poderosos. Justamente en ellos pensaría Lutero cuando en 1520 lanzase su manifiesto *A la nobleza de la Nación Alemana*. El más impetuoso y virulento de todos sería Ulrico von Hutten, caballero de noble familia venida a menos, joven vagabundo y aventurero, que se pondría al servicio del reformador alemán.

Al tiempo que el estamento de la caballería iba declinando, comenzaron a prosperar las *ciudades*, con sus industrias y comercios, donde se fue concentrando un nuevo tipo de población, tan diverso de la sociedad feudal y agraria. Algunas ciudades comenzaron a convertirse en pequeños Estados autónomos y empezaron a ser representadas en las asambleas deliberantes del Imperio. En Augsburgo residía la famosa familia de los Függer, banqueros de la curia romana y de los Habsburgos. Uno de ellos, Jacobo, "rey del comercio europeo", tenía

en sus manos buena parte de la producción minera. Es cierto que Lutero nunca simpatizaría con esa gente; con todo, el estamento de la burguesía apoyaría la revolución religiosa, al menos en un segundo momento, abriéndole las puertas de las ciudades.

El *campo*, donde vivían tres cuartas partes de los alemanes, estaba en la miseria, sujeto a diezmos y gabelas que imponían la nobleza y el alto clero. Se ocultaban allí peligrosos fermentos revolucionarios. En 1431, 3000 campesinos de la zona de Worms se levantaron en armas. En 1476 se rebeló un timbalero a quien vieron como liberador de pobres y humildes; propenso a la exaltación mística se dejó influir por varias personas, entre las cuales un cura de aldea y un husita, acabando por predicar "el verdadero evangelio": nada de autoridades, ni de emperador, ni de papa; nada de impuestos, muerte a todos los sacerdotes y distribución de sus bienes entre la comunidad. Sus cantos no eran propiamente piadosos:

> Nos lamentamos ante el Dios del cielo,
> *Kyrie eleison*,
> de no poder dar muerte a todos los curas,
> *Kyrie eleison*.

El joven caudillo acabó siendo vencido y condenado a muerte. Estos movimientos sediciosos fueron como los prolegómenos de la gran revolución de campesinos que estallaría en 1524, acaudillada por el anabaptista Tomás Münzer, ante la cual

Lutero tomaría una actitud cambiante, de simpatía primero y al fin de sanguinaria represión.

4. *Raíces culturales*

Se suele decir que el Humanismo fue una de las causas o factores históricos que prepararon la aparición del luteranismo. En parte es verdad. Pero enseguida en preciso hacer aclaraciones. Si vemos lo que acontecía en Italia, patria de las letras clásicas renacidas bajo el signo del "Humanismo", advertimos que allí no surgió revolución religiosa alguna parangonable a la de Lutero. Ninguno de los grandes humanistas italianos pensó jamás en separarse de la Iglesia católica. Es cierto que hubo entre ellos algunos de tendencia "paganizante", pero dicho "paganismo" estaba en las antípodas de lo que serían las posiciones de Lutero. Tampoco los humanistas ingleses, como Moro y Pole, ni los españoles, como Nebrija y Vives, tuvieron nada que ver con la Reforma protestante.

El humanismo alemán, en cambio, fue muy distinto. Al paso que los representantes de la antigua escuela, a pesar de todo su entusiasmo por la Antigüedad, se conservaron dentro de una cosmovisión cristiana, y buena parte de ellos pusieron al servicio de la fe la antigüedad clásica, en la que veían tan sólo un medio eximio de formación, en la moderna escuela de los humanistas el estudio de los clásicos se convirtió en fin sustantivo, y produjo en ellos no pocas veces una disposición

indiferente y aun hostil al cristianismo, o al menos al cristianismo tradicional. Su jefe de fila fue Desiderio Erasmo de Rotterdam. Dotado de gran erudición, pero de carácter débil, este hombre, matizado con todos los colores, ejerció un enorme influjo en su época, con sus muchos escritos y su "tercera posición", con la que creía quedar bien con todos. Si bien nunca se quiso apartar exteriormente de la Iglesia, se lanzó a combatir no sólo a la Escolástica decadente, sino a la Escolástica en general; sus venenosas burlas contribuyeron no poco a socavar el respeto a la autoridad eclesiástica y hasta a la misma fe, extendiendo su influencia no sólo a la juventud estudiantil que lo admiraba, sino a personas de cultura superior. Así preparó el camino en aquellos círculos al ímpetu brutal y apasionado de Lutero.

Detengámonos un tanto en el caso de Erasmo, porque es altamente instructivo. A los 21 años entró en los Canónigos regulares de San Agustín y a los 26 se ordenó de sacerdote. Pronto se olvidó de celebrar la misa. Al principio, Lutero y Erasmo parecieron aliados. ¿No tenían acaso los mismos enemigos? Melanchton le aseguraba a Erasmo la admiración que Lutero sentía por él, y entre ambos había mediado un intercambio de cartas muy cordiales. Erasmo llegaría a decir: "Saco más provecho leyendo una sola página suya que toda la obra de Santo Tomás", lo que sin duda era una broma; a ello añadió burlonamente: "Lutero no ha cometido más que dos errores: ha herido al Papa en su poder y a los frailes en el vientre." La postura del pensador de Rotterdam se mantuvo ambigua du-

rante mucho tiempo. Por una parte, negaba enfáticamente que él fuese, como se decía, un precursor de Lutero, cuyas doctrinas heréticas rechazaría siempre; por otra, parecía gloriarse de que casi todo lo que afirmaba Lutero lo había dicho él anteriormente, *nisi quod non tam atrociter*, sólo que no con tanta atrocidad. Lo malo de Lutero no era tanto lo que decía cuanto la forma hiperbólica como se expresaba.

Con el tiempo se fueron distanciando. Tan diferentes eran sus personalidades. Erasmo quería por sobre todo que no turbasen su tranquilidad. Pero ello no le hubiera bastado a Lutero, para el cual los malabarismos de Erasmo no eran más que vanidades narcisistas. "Erasmo miente cuando dice que es mi amigo. Detesto los rodeos y la astucia de este hombre." Lo que sin duda hería más a Lutero era el escepticismo del humanista. Éste, al conocer todo el desorden provocado por Lutero en nombre de la verdad, había murmurado: "La verdad... ¿Merece acaso que se convulsione todo el mundo por ella? A veces es mejor callarla; así, ante Herodes, Jesús guardó silencio." Semejante "prudencia", de tipo pilatesca, necesariamente tenía que llenar de furor a un alma de fuego como la de Lutero, para quien "nada había más miserable que la incertidumbre".

Pronto se mostraron las diferencias doctrinales. Erasmo confiaba en la naturaleza humana, creada por Dios a su imagen, portadora, según él, de una inclinación natural hacia la belleza y el bien. Pero para que esa tendencia ínsita alcanzara su plenitud

era necesaria la gracia, a la que debía abrirse la naturaleza, a fin de ser transfigurada. Este compendio de su pensamiento es suficiente para comprobar cuán contrario era al de Lutero. ¡Confiar en el hombre!, ¡en su natural inclinación!, ¡fundarse en la razón! Tales tesis no podían sino sonar como blasfemas a los oídos de Lutero. No, su cristianismo no era un humanismo. "Odio a Erasmo –repetiría hasta el fin de su vida–. Le odio desde el fondo de mi corazón!" "Oídme bien y sed mis testigos –les dijo a sus discípulos–: considero a Erasmo como el mayor enemigo de Cristo, como no lo ha habido igual desde hace mil años!" Así tuvo lugar la ruptura definitiva entre el humanismo católico y la Reforma protestante. Si hasta entonces las fronteras entre ambos movimientos no aparecían con nitidez, porque el humanismo se había adelantado a la Reforma protestante en el ataque a la escolástica, a los frailes, etc., ahora se vio claro que se diferenciaban radicalmente en sus principios y en sus aspiraciones, en su carácter, en su estilo y en sus métodos.

Refiriéndose al acercamiento inicial de los humanistas a Lutero, se pregunta García Villoslada: ¿obraban así en virtud del Humanismo? O, en otras palabras, ¿era su formación humanística la que los movía e impulsaba a la Reforma? ¿Veían acaso en fray Martín a uno de los suyos, a un buscador de ideales semejantes a las que ellos tenían? El historiador español juzga que a estas tres preguntas hay que responder negativamente. Si alguna vez se acercaron a Lutero no fue el Humanismo lo que a él les condujo. El caso de Erasmo es sintomático: de precursor que parecía en un primer mo-

mento se convertiría en decidido adversario. Hubo, por cierto, humanistas que se adhirieron a Lutero por un tiempo, en la idea de que aquel reformador, si bien no era de los suyos, tenía con ellos muchos puntos en común: el odio a los escolásticos, el menosprecio de la vida monástica, la apelación a la Biblia en su texto original, sin atender a la interpretación tradicional ni a la autoridad de la Santa Sede. Erasmo, que a la postre no veía en la cosmovisión de Lutero rastros de cultura clásica, ni apego alguno a la razón, todo ello en aras de la fe, acabó por asegurar que el Humanismo nada tenía que ver con la herejía luterana.

5. *Raíces del nacionalismo germánico*

Alemania miraba a Roma con recelo. Según señala Pastor, los Papas del siglo XV tuvieron su parte de culpa en esta animadversión. Con frecuencia hacían obispos al mejor postor, eligiendo personas indignas o ineptas, que se habían instalado en Roma en busca de tales prebendas; luego se los dispensaba de la obligación de residir en sus sedes. Se arruinaron también numerosas abadías ubicadas en Alemania, concediéndoselas en encomienda a cardenales o a otros personajes extraños al monasterio. Es cierto que no siempre la culpa debía recaer sobre los romanos, sino también sobre los mismos alemanes que, venidos a Roma, se introducían en los dicasterios de la curia para solicitar, mediante ciertos honorarios, nombramientos, dispensas, etc. Todo ello contribuía a que un profundo

disgusto del estado de las cosas eclesiásticas se extendiese a círculos cada vez mayores, en detrimento de los mismos Papas y de la curia romana. Esta repugnancia, que experimentaban los príncipes y los ciudadanos, fue quizás más intensa en el clero. Ello constituía, sin duda, el más grave peligro para el Pontificado, ya que sólo un clero descontento se hallaba en condiciones de arrastrar consigo a la apostasía, más allá de tales infortunios, al pueblo que vivía satisfecho de su fe. Estas corrientes antipapales, que se acrecentaron en tiempos de Alejandro VI, se dejaban advertir de manera más enfática en la Iglesia alemana que en la de otros países, aminorando la adhesión y el afecto del pueblo a la Santa Sede. Pero, con todo eso, la idea de separarse plenamente de Roma, no halló lugar alguno en el conjunto del pueblo alemán; más aún, en todas las quejas y reclamos que se elevaron, se acentuaba expresamente la necesidad de permanecer fieles al Papa. Por lo demás, el hecho de que la curia romana se permitiera, precisamente en Alemania, numerosos e injustificados excesos, se explica porque no se le oponía allí, como en Francia e Inglaterra, un poder político dotado de unidad y de fuerza.

Esta alergia germánica respecto de Roma venía de lejos. Ya en el siglo XIII, un poeta llamado Walter von Vogelweide reprochaba nada menos que a Inocencio III la expoliación del Imperio, y ponía arteramente en los labios del Papa palabras tan falsas como éstas: “El dinero alemán entra en mis arcas. Vosotros, sacerdotes, comed pollo y bebed vino, y dejad el ayuno para los alemanes.” Casi lo

mismo decía en igual siglo otro poeta llamado Freidark: "Ya Roma no desea las redes con que Pedro recogía peces. Hoy con las redes romanas se pesca oro, plata, ciudades, países, tesoros." El centralismo y el fiscalismo de la curia pontificia, con sus censos, tasas y tributos, envenenaron el corazón de muchos políticos y eclesiásticos, o por lo menos les ofrecieron fácil pretexto y ocasión para sus presuntas reivindicaciones. La historia conoce un nombre: *Gravamina Nationis Germanicae*. La palabra *gravamina* se traduce en alemán *Beschwerden*, en español "agravios". No eran exclusivos de Alemania, aunque allí se hizo clásico el nombre peyorativo de "gravamen", acentuándose la protesta en los años que precedieron a Lutero.

El disgusto que los católicos alemanes experimentaban por la conducta que seguía Roma, se acrecentó por haberse mezclado con el sentimiento nacional. En muchas esferas se había ido extendiendo un acerbo rencor contra los italianos en general, a quienes se acusaba de tener en poco al pueblo alemán y no pensar sino en explotarlo. Este pensamiento se manifestó ocasionalmente aun en personas fielmente adictas a la Iglesia, al paso que otros más radicalizados mostraban un desprecio profundo y hasta un odio visceral contra todo lo romano.

Parece indudable que el nacionalismo germánico, de larga data, imbuido en pasión antirromana, tuvo una parte considerable en la gestación de la rebelión protestante. El nacionalismo de por sí no tiene nada de malo; bien entendido, es parte de la virtud del patriotismo. Pero hay un nacionalismo

depravado, que se da cuando se nutre de odio a las otras naciones. En la Europa cristiana este nacionalismo de tipo negativo se fue engendrando a medida que los vínculos de la Cristiandad se aflojaban e iban surgiendo los monarcas absolutistas, es decir, en el ocaso de la Edad Media. Pues bien, el émulo del nacionalismo germánico era Roma, y en los tiempos que nos ocupan, la curia pontificia, encabezada por el Papa. Había en el alma germánica un sedimento antirromano, que sería tierra fértil para la predicación del nuevo evangelio. Como bien señala García Villoslada, no puede negarse que entre Alemania e Italia –dos naciones que se complementan y por eso tan fuertemente se atraen– ha existido siempre un antagonismo y un mutuo desprecio, que no excluye la estima recíproca. Gibelinos y güelfos fueron durante siglos algo más que dos partidos políticos. "La vieja aversión de la sangre latina por la sangre alemana", en frase de R. Ridolfi, o "la ancestral oposición entre el carácter germánico y el romano", según expresión de G. Ritter, se fundan en peculiaridades étnicas, sociales y culturales. ¡Con qué soberano desprecio le dice Lutero a un fraile que lo contrariaba: *"Dialogus ille tuus... plane totus italicus et thomisticus!"*, ese diálogo tuyo es completamente itálico y tomístico.

Lo triste es que en el siglo XVI se transfiriera aquella aversión al campo religioso, y se empezara a hablar de un "cristianismo germánico", en contraposición al "cristianismo latino", como si el espléndido cristianismo que conoció Alemania durante la Edad Media, tan pródigo en santos, teólogos y místicos, y tan adaptado al alma del pueblo alemán,

no se identificase en lo más profundo con el cristianismo romano. Entre Alberto Magno, "el Teutónico", y su mejor discípulo, el Aquinate, ¿existe acaso alguna diferencia sustancial de carácter religioso? Y la religiosidad de San Benito, alma romana por excelencia, ¿no dio sus mejores frutos en la Germania medieval? El romanismo llegó a compenetrarse felizmente con el germanismo, engendrando la gloriosa cultura y civilización romano-germánica, y en respaldo de ellas el Sacro Imperio Romano-Germánico. Pero desgraciadamente aquella armonía enriquecedora acabaría por romperse.

De hecho el nacionalismo germano se fue haciendo cada vez más antirromano. "Lo que más agrada a los alemanes –escribe un autor del mismo pueblo– es oír hablar contra Roma." Un poeta de comienzos del siglo XVI así escribía: "En territorio alemán, el Emperador solamente posee el señorío; pero el pastor latino es dueño único de los pastos. ¿Cuándo, oh Germania, recobrarás las antiguas fuerzas para que no te oprima ningún yugo extranjero?" Así cantaba aquel poeta, mezclando versos patrióticos con otros anticlericales.

Hemos ya mencionado a Ulrico von Hutten, aquel caudillo alemán, cultor del humanismo, que adheriría a la reforma protestante con todos los bríos de su alma llena de virulencia germánica. En cierta ocasión evocaría con emoción a aquel antiguo héroe, el teutón Arminio, vencedor de Varo y de sus legiones romanas en la selva de Teutoburgo. De von Hutten, que aspiraba al título de "Libertador de Germania", son las siguientes palabras, em-

papadas de odio. Tras afirmar que el Papa es un bandido y "la cuadrilla de ese bandido es la Iglesia", agrega, "¿A qué aguardamos? ¿Es que Alemania no tiene honor? ¿No tiene fuego? Si los alemanes no lo tienen, lo tendrán los turcos." Una tríada de males deseaba él a la Sede Romana: la peste, el hambre y la guerra. "Roma es la madre de toda impureza, lodazal de infamia, inagotable ciénaga del mal, para cuya destrucción hay que acudir de todas partes, como cuando se trata de una calamidad pública; hay que desplegar todas las velas, hay que ensillar todos los caballos, hay que atacar a fuego y hierro." En carta a un amigo le decía: "Hace ya tiempo que estoy atizando el fuego de un incendio, cuya explosión vendrá en su momento." En su opinión, había que atacar a los romanos con mayor odio que a los turcos. En este caso, fue el nacionalismo antirromano exacerbado lo que le impulsaría a ponerse de parte de Lutero, no las ideas religiosas.

Cuando apareciese Lutero muchos verían en él la encarnación de este espíritu declaradamente germánico. "A ti, oh Martín, yo te suelo apellidar el Padre de la Patria", diría Crotus Rubianus en 1519. Lutero se mostraría como el típico representante del pueblo alemán, llegando a creerse el héroe de su patria. "Yo soy el Profeta de los alemanes, título jactancioso, que en adelante debo escatimar para gusto y regocijo de mis papistas y borricos; quiero, sin embargo, amonestar a mis queridos alemanes." Su temperamento e índole psicológica, tan alemanes, con todos los defectos y cualidades de su raza, le ayudarían, sin duda, a encontrar un

generalizado en su patria. Sin embargo hay que dejar en claro que la fuente principal de su rebeldía no sería el sentido nacional antirromano sino su ideario e impulso religioso.

Cabe preguntarnos por qué este "complejo antirromano" se experimentó más en Alemania que en otros países, que también tuvieron que soportar los "gravámenes" de la curia romana. Fuera de aquella confrontación de idiosincrasias a que hemos aludido, no es fácil responder a dicha cuestión. En España, para poner un ejemplo, no se percibe una inquina semejante, según se refleja en las siguientes palabras del gran teólogo Melchor Cano, quien al ser consultado por Felipe II sobre la conveniencia o no de tomar represalias políticas y militares contra Paulo IV, respondería que, aunque era lícito declararle la guerra como a enemigo político de España, siempre resulta peligroso hostilizar al Papa, pues la aversión a Roma fácilmente se convierte en aversión al Pontificado, como aconteció en Alemania. Y prosigue: "La tercera dificultad hacen los tiempos [...], y más en lo que toca a esta tecla del Sumo Pontífice y su autoridad; la cual ninguno por maravilla ha tocado, que no desacuerde la armonía y concordia de la Iglesia, como, dexando exemplos antiguos, lo vemos ahora en los alemanes, que comenzaron la reyerta con el Papa so color de reformación y de quitar abusos y remediar agravios [...]; y aunque no en todos, no se puede dexar de decir y confessar que en muchos de ellos pedían razón y en algunos justicia. Y como los romanos no respondieron bien a una petición, al parecer suyo tan justificada, queriendo los alemanes

poner el remedio de su mano y hacerse médicos de Roma, sin sanar a Roma, hicieron enferma a Alemania [...] Su perdición comenzó de desacatarse contra el Papa, aunque ellos no pensaban que era desacato, sino remedio de desafueros [...]. En el cual exemplo, si somos temerosos de Dios, y aun medianamente prudentes, deberíamos escarmentar y temer que Dios nos desampare [...] Ni tampoco es bien que los que han hecho motines, y hoy día los hacen, en la Iglesia, se favorezcan con nuestro exemplo y digan que nos concertamos con ellos, y que nuestra causa y la suya es la misma, por ser ambas contra el Papa. Ellos dicen mal del Papa por colorar su herejía, y nosotros lo diremos por justificar nuestra guerra [...] Con los herejes no hemos de convenir en hechos, ni en dichos, ni en apariencias."

6. *Una rebelión doctrinal*

Hemos ido recorriendo diversos antecedentes o prolegómenos de la revolución luterana, antecedentes religiosos, teológicos, socio-políticos, culturales y nacionalistas. Sin embargo dichos antecedentes sólo fueron "ocasión", no "causas suficientes" de la Reforma protestante.

Con frecuencia se ha dicho que el levantamiento de Lutero y de los otros reformadores fue la respuesta a los desórdenes que ellos percibían en la Iglesia romana y en la Cristiandad. Refiriéndose a ello, Lucien Febvre, un historiador aconfesional,

escribió en 1929 que, sin negar, claro está, la existencia de abusos, no fueron éstos los que movieron a los reformadores a levantarse contra Roma. Lo que con frecuencia le reprochaban al sacerdote católico "no era su mala vida sino su mala creencia", es decir, la doctrina. Otro historiador, Gerhard Ritter, afirma que "para comprender el surgir de Lutero como reformador de la Iglesia y su actuación histórica es preciso ciertamente conocer la situación moral eclesiástica en el último medioevo, pero todas esas condiciones o circunstancias históricas no bastan para justificar y explicar satisfactoriamente su decisiva acción y su predicación religiosa".

Algo semejante opina Ludwig Hertling en la historia de la Iglesia que escribió en 1949, a saber, que los desórdenes y corruptelas que pululaban por aquellos tiempos no deben contarse entre las causas del luteranismo. "Los abusos en el gobierno de la Iglesia –escribe– frecuentemente condujeron a disputas y desobediencias, pero no al cambio de religión o a la herejía. Las numerosas herejías que hallamos en el curso de la Historia Eclesiástica, comenzando de los gnósticos y arrianos hasta los jansenistas, los «viejos católicos» y los modernistas, no eran propiamente reacciones contra abusos ni surgieron nunca en tiempos y lugares de mayor decadencia en la vida religiosa, sino más bien en una atmósfera de tensa religiosidad."

También García Villoslada se ha preguntado qué influjo tuvieron en la aparición de la Reforma protestante los escándalos y los abusos que caracte-

rizaron a la época que precedió a Lutero. Algunos pensadores –responde–, sobre todo protestantes, discurren así: Era tan profunda la decadencia moral de la Iglesia, con sus clérigos concubinarios, frailes relajados, obispos simoníacos, cardenales mundanos, Papas esclavos de la política y de las finanzas, que la conciencia cristiana de ciertos hombres religiosos no lo pudo soportar, y fue necesario que alguien se sublevase, protestando contra esa Iglesia degenerada y corrompida, que si llevaba el nombre de Cristo, no llevaba su espíritu ni la verdadera doctrina del Evangelio. Lutero, agregan, conocía bien los abusos que se cometían en Alemania, y en un viaje que hizo a Roma en los años 1510-1511 pudo contemplar durante un mes la depravación de la curia pontificia, las corruptelas administrativas, la ignorancia de los sacerdotes romanos, y fue ello lo que lo llevó a lanzar su grito de protesta, su convocatoria de reforma. Afán de reforma, pues, no otra cosa fue el luteranismo.

Semejante interpretación histórica, comenta el jesuita español, puede decirse absolutamente falsa, y ningún historiador digno de este nombre puede ya sostenerla. ¿Cómo, entonces, pudo ser tan fácilmente aceptada y sostenida por autores de muy diversas filiaciones? En muchos influyó, sin duda, el nombre mismo de "Reforma", que se le dio oficialmente al movimiento protestante, y de "reformadores" a sus dirigentes, lo que dio a pensar que efectivamente su intención era *reformar* a la Iglesia, liberándola de los escándalos y abusos que tantos buenos cristianos deploraban.

Pero no es así, afirma García Villoslada. El luteranismo quería ser y fue un movimiento esencialmente religioso, que venía a suprimir dogmas y a explicar de un modo totalmente diverso el modo comúnmente aceptado de las relaciones del alma con Dios, no una mera reforma de escándalos morales y abusos disciplinares. Los testimonios del mismo fray Martín en este sentido son tan categóricos como numerosos. Siendo todavía católico, en 1512, escribió un sermón para que lo predicara un amigo suyo, donde con acentos de profeta bíblico levantó su voz contra la corrupción dominante. ¿A qué corrupción se refería? La tocante a las doctrinas y a la palabra de Dios, que muchos sacerdotes corrompen en su predicación. Este es el gran pecado de los obispos y de los sacerdotes –añade– y frente a esto nada significa "el crimen y el escándalo de las fornicaciones, las embriagueces, el juego y cuanto se halle de reprensible en el clero". En 1520, ya en abierta rebeldía, compuso Lutero un manifiesto revolucionario dirigido a la nobleza de Alemania. Algo dijimos ya de él. Allí explica las reformas o mejoras que él consideraba necesarias en el cristianismo. ¿Y cuáles eran? ¿Qué abusos venía a reformar? Los principales eran tres: el primero, la distinción entre laicado y sacerdocio, ya que todos los cristianos son sacerdotes desde el bautismo; el segundo, el magisterio supremo del Pontífice de Roma, ya que no debe haber otra norma de fe que la Biblia, interpretada subjetivamente por cada cual; el último, el derecho del Papa a convocar los concilios ecuménicos, ya que ello es competencia de los príncipes seculares y del pueblo

cristiano. En la destrucción de estos tres muros, con que Roma se defiende, consiste la auténtica reforma que se propicia.

Como puede verse, lo que se pretendía era algo muy diferente de una mera reforma moral o disciplinar. Se trataba de una transformación sustancial de la Iglesia de Cristo, de una nueva doctrina. "Yo no impugno las malas costumbres –le escribiría Lutero al Papa– sino las doctrinas impías." Años adelante lo repetirá: "Yo no impugno las inmoralidades y los abusos, sino la sustancia y la doctrina del Papado." Y también: "No soy como Erasmo y otros, anteriores a mí, que criticaron en el Papado solamente las costumbres; yo, en cambio, nunca dejé de atacar las dos columnas del Papado: los votos monásticos y el sacrificio de la misa."

No otra cosa entendía por "reformar" aquel reformador. Por eso, "aunque el papa fuese tan santo como San Pedro, lo tendríamos por impío" y nos rebelaríamos contra él. "Le opondremos el Padre nuestro y el Credo, no el Decálogo, porque en esto de moral somos demasiado flacos." En 1519 escribía en su *Comentario de la Epístola a los Gálatas*: "Supongamos que floreciese en el Papado aquella religión y disciplina de la Iglesia primitiva; pues aun entonces deberíamos luchar contra los papistas y decirles: si no tenéis más que esa santidad y la castidad de la vida, merecéis ser arrojados del reino de los cielos." Lo dejó dicho explícitamente: Separarse de la Iglesia solamente por los escándalos y los abusos no le es lícito a nadie; ello sería contrario a las leyes de Cristo. Aun en el caso de que los

papas y los sacerdotes fuesen malos, aclara Lutero, si realmente ardieses en verdadera caridad, no te apartarías de ellos, sino que correrías en su auxilio, los amonestarías, argüirías y no dejarías nada por hacer.

Después de leer estos testimonios tan autorizados, concluye nuestro historiador español, nadie puede poner en duda que Martín Lutero no se levantó para protestar contra la corrupción moral de Roma ni con el propósito de reformar los abusos de la curia papal y del clero alemán. A sus ojos ello no hubiese bastado para justificar un cisma. Se levantó para condenar la doctrina católica de la justificación, del primado pontificio, de la jerarquía eclesiástica, del sacrificio de la misa, etc. La reforma que él propugnaba no era, por cierto, la que venían soñando y pidiendo desde hacía tiempo los mejores hombres y mujeres de la Cristiandad. Como se puede ver, aquellas corruptelas, simonías y escándalos no deben contarse entre las causas o motivos importantes de la revolución religiosa. ¿Quiere eso decir que nada influyeron en ella? Tampoco sería verdad. Algo influyeron, ciertamente, sobre todo en lo que toca a la rápida difusión, ya que sus fautores se presentaron como únicos y auténticos reformadores. El grito de "reforma" había resonado desde hacía siglos en la historia de la Iglesia. Gregorio VII, San Bernardo, San Francisco, San Vicente Ferrer, San Bernardino de Siena, Savonarola, el cardenal Cisneros, todos ellos fueron paladines de la reforma de la Iglesia. Pero los Novadores postulaban otro linaje de reforma. Lo que hicieron fue apoderarse, en un tiempo de crisis aguda, del grito

casi unánime de la Cristiandad, cambiándole el significado. Nosotros somos, dijeron, los portadores de la auténtica reforma.

* * *

Volvamos a los que hemos llamado "antecedentes históricos de la revolución protestante". Aquellos antecedentes, que tal vez uno a uno no hubieran ocasionado graves daños, al juntarse en un haz, fueron fatales para el porvenir de la Cristiandad. Sin embargo, ninguna de las raíces históricas que hemos señalado, y quizás ni todas juntas, hubieran bastado para producir esta gran conmoción de la historia religiosa de Europa, de no haber aparecido en la escena un hombre extraordinario, fray Martín. "Ese monje sajón –escribe García Villoslada–, educado primeramente en el nominalismo occamista, pasando después al más desaforado agustinismo, nutrido de lecturas místicas, con inseguras y aun falsas ideas teológicas sobre la naturaleza de la Iglesia, su magisterio y su primado romano, partidario de un biblicismo absoluto, incontrolable, animado de una espiritualidad desvalorizadora de las obras humanas; ese acongojado y solitario buscador de Dios, de una efervescencia volcánica, de voluntad indomable, de tenacidad obstinada, y, por añadidura, con viva conciencia de su misión profética que le hace tener por «palabra de Dios» las que él pronuncia; ese hombre sencillo y violentamente apasionado, espiritual y brutal, humilde y soberbio, servidor del pueblo cristiano y

supeditado en momentos decisivos a los príncipes terrenos, surge de pronto en medio de su amada nación germánica, que en aquella precisa coyuntura estaba sedienta de reformas sociales, políticas y religiosas, y crece en un ambiente impregnado de anticlericalismo y de odio contra Roma."

Fue, sin duda, un hombre religioso y de gran personalidad quien se encuentra en el origen del protestantismo, infundiéndole su alma y carácter originales. *"Luther ist die deutsche Reformation"*, se ha dicho, Lutero es la reforma alemana. Pero por mucho que magnifiquemos su figura, su carisma fascinante y el ardor de su palabra, oral y escrita, es imposible dejar de admitir que jamás hubiera podido él solo arrastrar a pueblos y naciones, desgajándolos de la religión tradicional, de no haberse dado condiciones favorables que le allanasen el terreno y fuerzas pujantes que le ayudasen en su ciclópea tarea. Todo fenómeno histórico de gran trascendencia tiene hondas raíces, causas remotas, larga gestación y preparaciones múltiples, que son las que hemos tratado de desarrollar más atrás. Algo semejante asevera Pastor. Por muy importante que pudiera ser la personalidad de Martín Lutero, escribe, él solo no hubiera podido producir la revolución que rasgó por muchos siglos la unidad de la Iglesia de Occidente. Más poderosamente que ningún otro, contribuyó él, sin duda, a la catástrofe del antiguo estado de cosas; pero, en el fondo, no hizo más que arrojar la tea incendiaria en el combustible que se había venido acumulando durante siglos. Terrible misterio de la Providencia que en uno de los más críticos momentos de la historia

surgiese un hombre capaz de provocar el estallido de una revolución que torció el curso de la civilización europea, arrancando de sus quicios romanos a tantas naciones hasta entonces católicas.

Sea lo que fuere, dejemos en claro el hecho fundamental: el año 1483, en que nace Martín Lutero, toda Europa era católica y sujeta al Pontífice de Roma, exceptuando los países dominados por la Media Luna y por la Rusia moscovita, que prestaba obediencia al metropolitano de Kiev-Moscú, unido al de Constantinopla; y el año 1456, en que muere el reformador, casi la mitad de Europa se ha separado de Roma.

Cabe una pregunta, antes de cerrar esta conferencia introductoria. ¿Se hubiera podido obviar esta falsa reforma instaurando previamente una reforma auténtica? Hay quienes dicen que ésta hubiese sido demasiado difícil no sólo por la poca autoridad de los Pontífices de aquel tiempo, y la oposición que habrían encontrado, en caso de intentarlo, tanto de parte de los obispos como de los reyes y príncipes. Sin embargo advertimos que en algunas partes se pudo llevar a cabo y en otras no. En Alemania, por ejemplo, particularmente por la triste disgregación del Imperio y la decadencia de la Iglesia, las esperanzas de una enérgica y decisiva reforma nunca fueron tan grandes como en España, donde la mano fuerte de Cisneros, secundado por los Reyes Católicos, alcanzó notables resultados, llevándose a cabo la reforma católica antes de Trento. De parte de Roma, el comportamiento fue más o menos igual con todas las naciones, pero si

en algunas de éstas triunfó el catolicismo, y en otras fue casi exterminado, el mérito o la responsabilidad recayeron de ordinario sobre hombres insignes o generaciones perseverantes que fueron protagonizando las diversas historias nacionales.

II. La figura de Martín Lutero

En los dos capítulos que siguen trataremos de adentrarnos en la tan apasionante como compleja personalidad de Martín Lutero. Nos seguiremos guiando principalmente por los estudios del P. García Villoslada que, dentro de la bibliografía que hemos consultado, es uno de los que mejor han penetrado en la vida y el pensamiento del reformador alemán.

1. *Sus primeros pasos*

Sabemos que el padre de Martín nació a pocos kilómetros de la ciudad de Eisenach. Allí eran muchos los que llevaban el apellido *Luder*, que también se escribía Luter o Lüder. Algunos de sus enemigos se solazarían en recordar que la palabra *luder* significa carroña, mal bicho. El propio Lutero buscaría una etimología griega, firmando algunas veces *Eleutherius* (de *eléutheros*, que significa "libre"). Probablemente el apellido tenga que ver con *Lothar*, o Lotario, viejo nombre germánico, que usaron reyes y emperadores medievales.

Antes de que Martín naciera, sus padres se habían mudado a la ciudad de Eisleben, a unos 150 kilómetros de distancia, cuya principal fuente de riquezas eran las minas de cobre. Allí se empleó su padre, de modo que quien había sido antes labrador, se convirtió súbitamente en minero. A los pocos meses de llegar, en 1483 o 1484, nació Martín. Un año después, Hans se trasladó con su mujer y su hijito a la próxima ciudad de Mansfeld, que era un centro industrial minero, donde tendría que soportar muchas penalidades, trabajando como zapador en oscuros socavones mal aireados, iluminados por humosas teas, con peligro de gases e inundaciones. Pero aquel joven no se amilanó, afrontando las difíciles circunstancias, y pronto dejó de ser simple minero para ascender a jefe de mina. Años más adelante lo vemos como accionista en una de las cuatro sociedades que explotaban los yacimientos de cobre. Desde ahora era empresario.

La niñez y adolescencia de Martín no fueron demasiado felices, siempre bajo la férula de su padre, al fin y al cabo hijo de campesinos, y de su madre, una mujer robusta y no demasiado femenina. Más tarde, al hablar de ellos, diría: "Mis padres tenían la costumbre de traer del bosque todas las varas necesarias para hacernos bailar." Sin embargo nunca Martín se avergonzó de su origen humilde: "Soy hijo de campesinos; campesinos hubo que llegaron a ser reyes y emperadores." Quizás estas raíces aldeanas expliquen aquella tendencia a la rudeza que luego nos mostrará en diversas ocasiones.

Tanto Hans como su mujer eran buenos cristianos, piadosos a la manera popular de aquellos tiempos, con firmes creencias religiosas y cumplidores de sus deberes familiares y sociales. Si bien Hans era de carácter agreste e irritable, fácilmente malhablado, un vaso de cerveza o varios vasos de vino tinto bastaban para hacerlo sentir bien. En el trato con su hijo fue, como dijimos, bastante duro, no escatimando recurrir a los golpes; con todo, Martín nunca lo recordaría mal; más aún, llegó a excusar aquella severidad, quizás porque el viejo en sus últimos años se adhirió al movimiento religioso que Martín acaudillaría. Es probable que aprendiese de su padre la costumbre de usar palabras groseras y aun obscenas.

Hemos señalado anteriormente cómo en Europa, pero sobre todo en Alemania, pululaban en el pueblo creencias supersticiosas, de origen pagano; misteriosas fuerzas sobrehumanas, espíritus malignos surcaban los aires y las aguas, o vivían en pantanos y desiertos, y hasta tomaban posesión de ciertos animales. Con frecuencia recordaría Martín en su edad madura lo que había escuchado en su niñez, más aún, lo que aseguraba haber presenciado, de brujas, demonios íncubos, duendes y encantamientos. Desde su infancia le acostumbraron a ver en los fenómenos de la naturaleza, sobre todo en las tormentas violentas, acompañadas de truenos y relámpagos, la acción de los demonios. Refiere como cosa absolutamente cierta que un hermanito suyo "murió de un mal en la rodilla causado por embrujamiento"; contaba, asimismo, que una hermosa mujer había parido un

lirón o un ratón. Todo lo que era espantoso y malsano, según su entender, tenía relación con el diablo. Más de una vez, creyó ver y oír a Satanás, en forma de perro o de cerdo, que se acercaba para molestarle y discutir con él. Desde chico había oído en su casa, por la noche, después de cenar, leyendas espantosas de labios de su propio padre, ya que entre los mineros, que trabajaban en los tenebrosos socavones subterráneos, cundían fácilmente las más absurdas creencias. También aprendió en el seno de su familia lecciones útiles. Sin duda que le hablaron de Cristo, nuestro Salvador, y de su madre, María santísima, abogada nuestra. También iría con sus padres y hermanos a la parroquia los domingos para oír la misa por la mañana y asistir a las vísperas por la tarde.

A los seis o siete años lo enviaron a la escuela elemental de la ciudad de Mansfeld, donde se enseñaba a leer, escribir, contar, un poco de latín y algo de catecismo. Allí se inició en el canto coral y en la música litúrgica que tanto amaría durante toda su vida, aprendiendo a entonar algunas antífonas, secuencias e himnos, motetes de Corpus Christi, etc. El himno *Veni Sancte Spiritus* le parecía tan inspirado y sublime "como si lo hubiese compuesto el mismo Espíritu Santo". Estas plegarias, que rezaba o cantaba con su preciosa y afinada voz, especialmente en sus melodías gregorianas, impregnaron para siempre de sublime poesía el alma de aquel niño. Su padre deseaba que Martín se elevase sobre el nivel social en que había nacido, para lo cual pensó en hacerlo seguir la carrera de letras. Por eso cuando su hijo cumplió los catorce

años lo envió a continuar sus estudios en la escuela superior de Magdeburgo. No poco le costó a Martín la separación de su familia, ya que desde ahora viviría solo. Allí conoció a los Hermanos de la Vida Común, representantes típicos de la llamada "*devotio moderna*". Probablemente sintió demasiado su aislamiento en Magdeburgo, por lo que al próximo año sus padres resolvieron que se mudase a la pequeña ciudad de Eisenach, donde vivían muchos de sus parientes. Allí cursó los estudios humanísticos. Durante tres años se empleó en estudiar gramática, retórica y otras materias, familiarizándose con Cicerón, Horacio, Ovidio y sobre todo Virgilio; asimismo aprendió el arte de versificar, lo que le permitió componer hasta el fin de su vida breves poesías en latín, idioma que llegó a dominar. Es posible que se alojara en la casa de algún pariente pobre; al igual que otros estudiantes, se vio necesitado a mendigar, cantando por las calles y tendiendo el sombrero.

Dominando la ciudad de Eisenach se levantaba la fortaleza de Wartburg, que a fines de siglo XII había sido un castillo frecuentado por los *Minnesänger*, los trovadores germánicos. En los salones de ese lugar había cantado sus versos, al son del laúd, Wolfram von Eschenbach, el inmortal autor de Parzival. También aquellos muros habían contemplado en el siglo XIII los ejemplos de santidad de Isabel de Turingia, esposa del Landgrave Luis IV, la santa más querida de la región, personificación de la caridad con los pobres y de la misericordia. Lutero la llamaba "nuestra Santa", y cada tanto subía a visitar la fortaleza. ¿Quién le iba a decir

a este joven que dentro de dos décadas se allegaría de nuevo al mismo lugar, disfrazado de caballero y con nombre falso, para esconderse tras aquellos muros en circunstancias críticas?

Luego de tres años de estudiar en el colegio de Eisenach, Martín ya podía iniciar los cursos universitarios. Su padre, el viejo minero, y ahora pequeño empresario, estaba en condiciones de afrontar los gastos que exigían los estudios superiores de su hijo, quien se iba mostrando tan inteligente y estudioso, aun cuando ello le exigiera grandes sacrificios. Decidió entonces enviarlo a la universidad de Erfurt, en la esperanza de que con el tiempo llegase a ser perito en derecho y hasta consejero de algún príncipe. Lutero estuvo muy de acuerdo con su padre y se inscribió en los cursos de filosofía, paso necesario para la carrera de derecho, teología o medicina. Erfurt era una ciudad próspera, de intensa vida religiosa, aun en el estamento estudiantil. Allí se realizaban grandes procesiones. Especialmente solemne era la de Corpus, donde solía asistir la Universidad en pleno.

Mientras tanto los acontecimientos políticos se precipitaban. Los turcos habían conquistado Lepanto y todo el Peloponeso; luego desde Bosnia se lanzaron hacia el norte, amenazando Hungría. Se comenzó entonces a hablar de una posible cruzada de los príncipes cristianos contra la Media Luna. En el año 1500, Alejandro VI, el Papa reinante, exhortó públicamente a enrolarse en la empresa, enviando a un cardenal que predicara un jubileo, cuyo producto pecuniario había de emplearse en

la cruzada. En su itinerario el legado incluyó a Erfurt, donde miles de personas le salieron al encuentro, entre ellos los estudiantes universitarios. En aquel ambiente de cruzada no nos cuesta imaginar a esos jóvenes hablando de los ejércitos que habían de conquistar Constantinopla y llegar hasta Jerusalén, evocando las antiguas gestas alemanas, especialmente la del caballero emperador Federico I Barbarroja. Veinte años después, Lutero recordaría aún dichos comentarios.

Al ingresar en la Facultad de Artes o Filosofía, debió sufrir, como todos los que entraban en la Universidad, lo que los alemanes llamaban *depositio*. La costumbre era que el novato se pusiese un par de cuernos en la cabeza, dientes de puerco en las extremidades de la boca, largas orejas de asno y un vestido correspondiente a tan grotesca figura. Lutero explicará más tarde que esa especie de ritual simbolizaba la necesidad de que el joven depusiera (*depositio*) sus vicios e ignorancias al ingresar en la nueva vida universitaria. Al fin todo se bautizaba con buenos jarros de cerveza o de vino, que a costa del novato bebían festivamente sus compañeros de estudio.

Los estudiantes tenían que vivir en comunidad, alojados en diversos colegios o convictorios, bajo la dirección de una especie de superior, a quien debían obediencia. La vida que allí se llevaba era casi tan austera y regular como la de un convento. El día entero estaba cubierto con clases o lecciones, repeticiones, disputas académicas, etc. En 1505 se realizó una solemnísima ceremonia, donde Lutero

recibió el birrete negro y el anillo de *magister artium*.

Cabe preguntarse qué tipo de filosofía es la que se impartía en aquellos institutos superiores. Fundamentalmente era la de Aristóteles. Pero el aristotelismo podía ser enseñado según diversas tendencias. Tres eran las más comunes: la de los tomistas, la de los escotistas y la de los nominalistas. Sabemos que en Erfurt predominaba la tercera tendencia, la llamada moderna, en la que se seguía a Guillermo de Ockam. El nominalismo ockamista fue, pues, la filosofía que modeló el pensamiento juvenil de Lutero. Ya hemos dicho algo de Ockam y de sus ideas. Lutero le profesó no sólo aprecio sino afecto, llegando a llamarlo *"philosophus maximus"*. De allí aprendió a repudiar la metafísica, en pro de una "ciencia experimental", que no busca llegar a la esencia misma de las cosas. Desde entonces le quedará para siempre una idea pesimista de la razón humana, ya que, como dijimos, los ockamistas juzgaban que el hombre era incapaz de demostrar con las luces de la razón la existencia de Dios, la inmortalidad del alma y otras verdades naturales. Dichas verdades sólo se hacían cognoscibles a la luz de la fe. Era una forma de "fideísmo". Aprendió asimismo de sus maestros la teoría ockamista de un absoluto voluntarismo divino, según la cual el bien y el mal son tales solamente porque la voluntad de Dios así lo ha determinado.

Según el plan preestablecido, el joven maestro de artes se inscribió luego en la Facultad de Derecho de la Universidad. Pero aquí ocurrió un cam-

bio crucial. Luego de dos meses interrumpió sus estudios y decidió hacerse religioso, ingresando en el convento agustiniano de Erfurt. Era el año 1505 y estaba por cumplir 22 años. El mismo nos contaría, mucho más adelante, cómo tomó dicha resolución. Regresaba cierto día de una visita a su familia en Mansfeld, y cuando se hallaba a ocho kilómetros de Erfurt se desencadenó una terrible tempestad. No hallando en las cercanías refugio alguno, aceleró la marcha. Pero un estallido seco lo paralizó. Cerca de él había caído un rayo. Instintivamente, el joven estudiante, sobrecogido de terror, invocó a Santa Ana, patrona de los mineros, de la que sin duda le habría oído hablar a su padre. "¡Auxíliame, Santa Ana, y seré fraile!" Lutero diría luego que el voto fue causado por el terror y la desesperación, y que poco después se arrepintió de haberlo pronunciado. Como se sabe, un voto así no tiene fuerza obligatoria, pero Martín se creyó obligado a cumplirlo. Aparte de este suceso, antiguos biógrafos protestantes de Lutero sostienen que antes de emprender el viaje, Martín se había trenzado en duelo con un compañero de estudios, a quien había acabado por matarlo. Uno de sus secretarios relató que en cierta ocasión le dijo Martín: "Por una extraordinaria disposición de Dios, me hicieron monje, para que no pudiesen capturarme. Si no, habría sido fácilmente capturado. Así, al contrario, no lo pudieron, porque mi orden [la de San Agustín] me acogió." Al conocer la noticia, su padre quedó consternado, y trató de impedir la entrada de su hijo en la vida religiosa. Pero en vano.

2. *El joven religioso y su drama interior*

El nuevo candidato fue puesto bajo el cuidado del maestro de novicios, quien le asignó en el convento una celda despojada; una cama con un jergón de paja, una silla, una mesita de estudio con dos o tres libros, y una candela. Eso era todo. Allí pasaría un año de silencio y meditación, de conocimiento progresivo de las Constituciones de la Orden. El maestro lo iniciaba en el modo de rezar el oficio divino, de cantar en el coro, de progresar en su vida espiritual, etc. Ya en esos momentos iniciales comenzó a manifestarse en el joven novicio una piedad extraña, no exenta de desmedido temor. "Le tenía más miedo a Cristo que al demonio", confesaría años más adelante.

Fray Martín aspiraba, sin duda, a la santidad, pero su modo de entenderla no era el adecuado, porque se fundaba más en el esfuerzo ascético que en la entrega generosa a la voluntad de Dios, un poco al estilo estoico y pelagiano, tan diverso al espíritu de San Agustín, su padre en la vida religiosa. "Yo quería alcanzar la justicia o la santidad por las propias obras, no por la fe y la gracia divina... Era entonces el más presuntuoso de los pretendientes a la justicia... Apoyándome sobre mis obras, me confiaba, no a Dios, sino a mi propia justicia. Tenía la pretensión de escalar el cielo. Volvíme el perseguidor y verdugo de mi propia vida: ayunaba, velaba, me agotaba rezando, lo cual equivale al suicidio." Claro que todo esto lo dijo muchos años después, echándoselo en cara a sus propios supe-

riores, no sin evidente injusticia. Sea lo que fuere, un día le comunicaron que debía prepararse para recibir muy pronto las órdenes sagradas y el sacerdocio. Como no había hecho todavía los estudios teológicos, necesitaba alguna instrucción particular acerca del sacramento del orden y del sacrificio eucarístico, para lo cual le recomendaron que leyese un volumen clásico en la materia, *Sobre el canon de la misa*, del teólogo Gabriel Biel, obra sólida donde la teología se une con la liturgia en constante recurso a los Padres de la Iglesia y los escolásticos. Refiere Lutero que al leer y meditar aquel libro, su corazón sangraba. Extraña dicha reacción, ya que el libro de Biel, realmente excelente, no parece apto para hacer sangrar el corazón de ningún religioso, sino al revés, para inundarlo de luz y de fervor. Quizás el pensamiento de que muy pronto subiría al altar de Dios para ofrecer a la Majestad infinita el sacrificio del Calvario despertaba en su alma atribulada la conciencia de su indignidad, con sentimientos de angustia y temor desmedido.

Recibió así las órdenes menores, y luego fue ungido como sacerdote en la majestuosa catedral gótica de Erfurt. Era el año 1507. No deja de extrañarnos que sólo dos años después de su ingreso en la vida religiosa le permitieran acceder al sacerdocio. Es que en aquellos tiempos no se exigía terminar los estudios teológicos antes de la ordenación, y había que continuarlos luego durante varios años. Su primera Misa fue dramática, como lo confesaría en 1530: "En otros tiempos, cuando yo era monje, al celebrar por primera vez y leer en el canon estas palabras: *Te igitur, clementissime Pater.*,

y estas otras: *Offerimus tibi, vivo et aeterno*, me quedé atónito y sobrecogido de horror. Pues pensaba: ¿Cómo puedo yo dirigir mi palabra a tan inmensa majestad, siendo así que a la presencia y conversación de cualquier príncipe o monarca todos tiemblan de respeto?" Antes se había vuelto al superior con estas palabras: "Señor prior, tengo miedo, quiero huir del altar." Y el prior le animó: "¡Adelante! ¡Adelante! ¡Siempre adelante!"

A pesar de todos estos temores colaterales, por aquel tiempo reconocía ciertamente la grandeza del sacerdocio y de la misa. Años después todo cambiaría. Con lenguaje típicamente luterano diría que el sacerdote que dice misa no es sacerdote de Dios, sino de Satanás; que la misa es un ministerio sacrílego, diabólico, impío, abominable; que el culto de la misa supera toda impiedad y abominación, de suerte que, si otra causa no hubiera para colgar los hábitos, abandonar el convento y detestar los votos, sería más que suficiente esta abominación de la misa: y que él, por su parte, preferiría haber sido adúltero, homicida, rufián y salteador de caminos antes que sacerdote (*"Ego multas missas celebravi. Utinam interim homicidium fecissem vel alteri uxorem abduxissem." "Ego mallem fuisse leonem me aut praedonem, quam quod 15 annis ita Christum in missa immolavi."*).

Pero no adelantemos etapas. Al año siguiente de su ordenación, lo destinaron a Wittemberg, por ver si cambiando de aire y de compañeros encontraba un remedio para su desazón interior. Si bien Wittemberg era una aldea pequeña, ubicada sobre

el río Elba, lejos de todo centro importante, contaba con una Universidad. Bajo el amparo del príncipe Federico, allí se había establecido el año anterior una pequeña comunidad de agustinos. El edificio estaba aún a medio construir cuando llegó Lutero. Era costumbre que las universidades confiasen sus cátedras a las Ordenes y no a personas determinadas. La Orden presentaba a los que creía más adecuados. Pues bien, el convento agustino se había hecho cargo de dos cátedras: una de Escritura y otra de filosofía moral. A fray Martín le encargaron la segunda, debiendo dictar una lección diaria sobre la Etica de Aristóteles a Nicómaco, y presidir disputas académicas después de la cena. El era un hombre visceralmente religioso; la filosofía aristotélica se le hacía árida y desabrida, atrayéndole mucho más la teología y sobre todo la Sagrada Escritura, a la que comenzó a dedicarse con toda su alma. Más adelante le darían la cátedra de Escritura. Mientras tanto, cursaba los estudios que le faltaban en la Facultad de Teología, donde muy probablemente no tuvo maestros tomistas sino escotistas, de espíritu nominalista y pragmático.

En esta nueva etapa de su vida el drama interior no cesaba. "Cuando por primera vez llegué al monasterio –escribe– me acontecía estar siempre triste y melancólico, sin poder librarme de aquella tristeza." No que se sintiese tentado contra la castidad, ni que le costara la pobreza que reinaba en el convento. Lo que le atormentaba era el pensamiento de que Dios no le fuese propicio, porque le parecía imposible cumplir su voluntad con la debida perfección. Su idea de un Dios más juez y verdugo

que padre misericordioso, y la imposibilidad de poder cumplir perfectamente la ley divina, estaban en el origen de sus temores, escrúpulos y dudas. Su más profundo tormento le venía de la incertidumbre de su salvación. ¿Estaré desde la eternidad irremediablemente destinado al infierno?, se preguntaba con ansiedad. Su desesperación frisaba en la blasfemia: "Cesa el *Laudate*, para comenzar el *Blasphemate*."

Atinadamente señala García Villoslada que todo cuanto sabemos de la crisis religiosa de Lutero en su juventud, lo conocemos sólo por testimonios de él mismo. Ahora bien, hay que tener presente que Lutero no sabe hablar sino recurriendo a exageraciones, y que en sus años de "reformador" tendría especial empeño en justificar su nueva teología dramatizando y denigrando su antigua vida de católico y de religioso. Sea lo que fuere, lo cierto es que la ley de Dios se le había vuelto un yugo insoportable, y a su autor lo consideraba como un déspota. Las angustias de conciencia se le hacían todavía más agudas y penetrantes cuando sentía en su corazón y en su carne el acicate de las malas inclinaciones que todos experimentamos, por ejemplo movimientos de ira, de odio o de impureza. Entonces pensaba: Has cometido tal y tal pecado, y Dios odia al pecador; todas las obras buenas y ejercicios acéticos que has hecho no sirven para nada; entraste en religión y accediste al sacerdocio con el deseo de hallar la paz de la conciencia y tener a Dios propicio, mas no consigues tu propósito. Su alma agonizaba, camino a la desesperación.

En medio de ese vendaval empezaron a relampaguear en su interior ciertas ideas teológicas, que podrían ofrecer quizás una solución para su crisis. Tales iluminaciones le venían de la Biblia, en cuyo estudio se había sumergido con el empuje que lo caracterizaba, sin la suficiente preparación y con suma autosuficiencia, despreciando la interpretación ordinaria de los doctores escolásticos, cuando ella no respondía a su íntimo sentir. Pero su tranquilidad le duraba poco. ¿Estaría o no en gracia? Esta duda lo atenaceaba continuamente. "¿Por qué soporté yo los mayores trabajos en el monasterio? ¿Por qué maceré mi cuerpo con ayunos, vigilias y fríos? Porque me empeñaba en tener certeza de que con eso alcanzaría la remisión de mis pecados." La tristeza lo sumergía siempre de nuevo. Consultaba con su superior, se confesaba, pero todo era inútil. "En el monasterio yo no pensaba en mujer, ni en dinero u otros bienes, pero el corazón temblaba y se estremecía pensando cómo se me tornaría Dios propicio."

En el año 1510 sus superiores lo enviaron a Roma. Probablemente ese viaje tuvo que ver con la situación interna que vivía la Orden de San Agustín. También a ella la había afectado la relajación de la época, por lo que en dicha Orden, como en otras Congregaciones, se despertó a lo largo del siglo XV un movimiento de reforma, que cuajó en la creación de una rama agustiniana de observancia en Alemania. A ella pertenecía el convento de Erfurt. Es posible que durante su estadía en Roma Lutero haya tenido que tratar de ese tema con el superior general y la curia pontificia. Algunos

han creído que este viaje fue decisivo en su vida; al observar la situación de la Curia Romana, con sus vicios y simonías, habría experimentado una repulsa tal contra aquella Babel apocalíptica, que fue entonces cuando resolvió reformar a la Iglesia. Pero ello es un invento. El cuadro de la Roma renacentista no provocó en su ánimo una sensación violenta de escándalo ni influyó lo más mínimo en el giro doctrinal que tomaría tiempo después. Sin duda, algunas cosas lo han de haber escandalizado, pero su fe en la Iglesia y en el Romano Pontífice permaneció por aquel entonces intacta. Pocos han insultado tan acerbamente al Papa como Lutero, pero tales injurias no se produjeron a la vuelta de su viaje, sino que datan de tiempos muy posteriores.

Hemos visto que a fray Martín se le confió la cátedra de Sagrada Escritura, que pronto sería la más célebre de la Universidad. Allí enseñaría por muchos años. Pronto se reveló como un expositor elocuente, tajante en sus afirmaciones, audacísimo en sus críticas, cálido en sus sentimientos, muy personal y novedoso en su interpretación de los textos bíblicos. No es de maravillar que atrajese como pocos una multitud de oyentes y los inflamase con su entusiasmo. Así sucedería desde 1512 hasta el día de su muerte. Su mayor timbre de gloria, su título más apreciado será siempre el de doctor en teología o en Sagrada Escritura. *"Martinus Luther August. Doctor S. Theologiae vocatus"*, tal será la firma con que varios años después cerraría su famosa carta al arzobispo de Maguncia protestando contra la predicación de las indulgencias. "Señor

Doctor", será el apelativo con que se dirigirán a él sus admiradores y discípulos, *"Domine Doctor"*. No se trataba, por cierto, de una mera denominación académica, sino, sobre todo, de una especie de vocación profética, que le confería autoridad para interpretar auténticamente por doquier la palabra de Dios, incluso al Papa y a los obispos, así como para reprender todos los abusos que se cometiesen en la Iglesia. En un sermón de 1520 diría: "Yo no ataqué de buen grado al papa... ni tampoco por cien mil mundos atacaría yo, sin ser mandado, a un obispo en su oficio; pero, como soy doctor en Sagrada Escritura, y he jurado defender la verdad, debo hacerlo."

En estos momentos comenzó a arremeter contra los "religiosos devotarios", como llamaba a los frailes partidarios de la observancia rigurosa. Se refería puntualmente al convento de Erfurt, su anterior residencia, que se había ubicado en las antípodas del espíritu que predominaba en Wittemberg. Esos "observantes", sostenía, parecen ignorar lo que es la santidad, porque quieren que sus pecados les sean perdonados a causa de sus méritos y de sus buenas obras. Se creen superiores porque veneran sus reglas y sus votos religiosos, despreciando a los demás; sus reglas y votos no valen más que las tradiciones judías de los rabinos. Los llama santurrones, hipócritas, obstinados, que se vanaglorían confiando en su propia justicia, en sus ayunos y ceremonias, sin entender que las obras no justifican.

Justamente se ha señalado que el punto de arranque de la desviación heterodoxa de fray Martín coincidió precisamente con su traslado del convento observante de Erfurt, enemigo de la fusión con los no observantes, al convento de Wittemberg. Al trasladarse de un convento al otro no lo hizo sólo geográficamente sino espiritualmente, se pasó al otro bando, cobrando una inquina inextinguible a los frailes de la Observancia y, tras ellos, a cuantos se creen piadosos y justos porque observan la regla y practican toda clase de obras exteriores. De este aborrecimiento a la "observancia regular" brotaría, en buena parte, su doctrina de la justificación sin obras.

Pero por el momento no se mostraba hereje, ni mucho menos. Más aún, improbaba duramente a los herejes. En 1514, comentando el salmo 69, decía: "Los herejes verdaderamente quieren mal a la Iglesia, porque le achacan falsedades y la fingen lodazal de viciosos y perversos cristianos; y así, de un pequeño número de malos, concluyen que todos son malos. Porque ven muchas pajas en la era, afirman audazmente que todo es paja, sin un solo grano. Desean el bien para sí solos, y el mal para la Iglesia; es decir, tienen voluntad y deseos de ser estimados por buenos solamente ellos y que la Iglesia sea reputada mala en todos los demás, ya que ellos no pueden parecer buenos sino afirmando que la Iglesia es mala, falsa, y mendaz." Por ahora, su fe en la Iglesia católica permanece firme; ella es la única poseedora de la infalibilidad, que recibió de su divino fundador. "Parece como si Cristo se hubiese olvidado de todas las

Iglesias esparcidas por el mundo, a excepción de la Iglesia romana, a quien dijo en la persona de Pedro: «No desfallezca tu fe»", afirmaba comentando el salmo 86.

Lejos de pasar por un fraile relajado, gozaba Lutero de gran predicamento por su fervor y deseo de corregir la falsa piedad y la observancia farisaica. Dentro de la Orden tenía fama de hombre espiritual, trabajador, docto y celoso. No resulta así extraño que sus hermanos lo eligieran primero subprior y regente de estudios del convento de Wittemberg, el año 1512, y tres años después vicario de distrito, con jurisdicción sobre once conventos. Cumpliendo celosamente su oficio de vicario escribía en 1516 a un joven religioso: "Dulce hermano mío, aprende a conocer a Cristo, y a Cristo crucificado; aprende a cantarle y a desesperar de ti mismo, diciéndole: «Tú, Señor Jesús, eres mi justicia, y yo soy tu pecado; tú tomaste lo mío y me diste lo tuyo; tomaste lo que no eras y me diste lo que yo no era»... Solamente en él, por la fiducial desesperación de ti mismo y de tus obras, hallarás la paz..."

Sin embargo en sus sermones de los años 1514-1515, donde trató sobre la concupiscencia y la justificación, ya se muestra vacilante. Predicando un día en la iglesia del convento, partió de una sugerente imagen empleada siglos atrás. Siendo Cristo nuestra Gallina, dijo entonces, nosotros nos rehusamos a ser sus polluelos; en realidad no podemos salvarnos por nuestras obras si no nos refugiamos bajo sus alas: el que camina en su propia justicia será arrebatado por los demonios, buitres crudelísi-

mos. "He aquí –exclama con emoción– que nuestro Señor expandió sus alas en la cruz para acogernos; pero algunos no sólo se retiran hacia sus propias obras buenas, sino que ni oír quieren la voz de la Gallina que los llama. No quieren, repito, oír que sus buenas obras son pecado, que tienen necesidad de la Gallina; y lo que es peor, se convierten ellos mismos en buitres, y tratan de arrebatarle a la Gallina los otros polluelos, que esperan salvarse en la misericordia de esta Gallina y, apartándolos de la confianza en Cristo y vistiéndolos en la confianza en la propia justicia, más ciertamente los devorarán [...] Siendo carnales, nos es imposible cumplir la ley; sólo Cristo vino a cumplirla [...] y Cristo nos comunica el cumplimiento suyo, presentándosenos como Gallina para que nos refugiemos bajo sus alas [...] ¡Oh dulce Gallina! ¡Oh felices polluelos de esta Gallina! [...] Pues conociendo que con nuestros medios y nuestros esfuerzos no podemos quitar de nosotros la concupiscencia, la cual va contra la ley que ordena: «*Non concupisces*», y experimentando todos que la concupiscencia es absolutamente invencible, ¿qué resta sino que la sabiduría de la carne cese, se retire, desespere de sí misma, perezca, y, humillada, busque en otra parte el auxilio que ella no puede darse?"

Ya se va perfilando lo que sería su doctrina de la justificación. Mientras tanto, su drama interior se iba agudizando. Buscaba encontrar la misericordia divina ahondando en su propia miseria; quería hallar a Dios propicio, y anhelaba sentirse justificado ante Dios, para lo cual se acusaba implacablemente y se condenaba a sí mismo con una especie

de humildad amarga, impregnada de pesimismo y carente de amor filial. Este camino, con todos sus riesgos, le podía llevar a un misticismo muy elevado, pero también a la desesperación. Al fin se persuadió de que solamente tocando el fondo abismal de la desesperación, podría saltar a la confianza total en Dios.

Refiriéndose a este proceso, escribe L. Cristiani: "La repentina entrada de Lutero al convento, sin examen ni preparación, sin consejo de nadie, como consecuencia de un voto irreflexivo, fue un error muy grande. Lutero no estaba hecho para el claustro. Sin duda trató, con valentía y lealmente, de llenar las obligaciones que se había impuesto con tanta imprudencia. Pero la naturaleza lo arrastró. La vida monástica, la teología tradicional, la Iglesia, fueron hechas responsables de las terribles decepciones de su vida interior. Buscó mucho tiempo, y al cabo de diez años encontró una teología nueva adaptada a su caso particular. Y sin mirar a lo que su situación tenía de anormal y su teología de subjetivo y de ficticio, hizo en ellas un «Evangelio nuevo» que se empeñó en imponer a la Iglesia entera."

Pero no nos adelantemos a los hechos. Cuando todavía se sentía zarandeado de aquí para allá por sus cavilaciones, un día creyó haber encontrado en la epístola de San Pablo a los romanos la solución de su problema. Se dedicó entonces a comentar dicha epístola en sus lecciones universitarias, con el oculto afán de explicarse plenamente a sí mismo, dando un cauce escriturístico a sus inquietudes espirituales. ¿Cuál fue su descubrimiento? Lo que

afirma el Apóstol sobre la justificación del hombre, a saber, que ella es solamente obra de Dios y de la gracia, no de las fuerzas naturales. Sin duda, eso es lo que siempre había enseñado la Iglesia, condenando severamente a los pelagianos que confiaban en sus propias fuerzas como si la salvación fuera posible sin la ayuda de Dios. Pero al agarrarse como un náufrago a este principio teológico, no supo mantenerse en equilibrio, y se pasó de revoluciones, yendo más allá de lo que enseñaba, juntamente con San Pablo, toda la tradición católica.

De esta manera, a la luz de sus experiencias individuales, escogió en el Apóstol algunas de sus expresiones más difíciles, acentuándolas de manera desmesurada, y pasando distraídamente sobre otras. Así llegó a una visión muy subjetiva y unilateral de la teología paulina, creyendo erróneamente que San Pablo negaba todo valor a la voluntad del hombre en el proceso de la justificación, como si solo Dios la obrase en la creatura, permaneciendo ésta en perfecta pasividad. Si se hubiera contentado con reconocer la debilidad e impotencia del hombre, afirmando que sus acciones naturales sin la gracia de nada sirven en el orden sobrenatural, no hubiera hecho sino reiterar la doctrina paulina y le enseñanza tradicional de la Iglesia, pero se extralimitó al declarar que todas las obras, aun las que se suponen hechas bajo la acción de la gracia, las de los santos, por ejemplo, son malas, "y por eso, aun haciendo obras buenas, pecamos".

Por el momento estas ideas no se habían hecho públicas. Lo que más aparecía eran sus cualidades

de orador, que hacían de él algo así como el sol de la universidad de Wittemberg. Teólogos, filósofos, juristas, médicos, eclesiásticos y seglares se agrupaban en su torno. "Has de saber –le escribía a un antiguo maestro suyo– que los ingenios de esta Universidad opinan como yo; más aún, toda la Universidad, excepto el Lcdo Sebastián [Küchenmeister], el mismo príncipe [Federico] y nuestro ordinario [el obispo de Brandeburgo]; además muchos prelados y todos los ciudadanos de talento proclaman a una voz que hasta ahora no conocían a Cristo ni habían oído hablar de su Evangelio." Tal fue la logística de fray Martín en vísperas de lanzar su histórico grito de protesta.

En aquellos momentos quedaron vacantes dos cátedras, de griego y de hebreo. Para la de griego se eligió a un joven de veintiún años llamado Felipe Schwarzerd, profesor en la universidad de Tubinga, quien helenizó su apellido alemán en forma de *Melanchton* (negra-tierra). El telón de fondo del programa pedagógico de este novel profesor era de inspiración erasmiana; exhortaba a sus discípulos a beber directamente en las fuentes antiguas, dejando de lado los manuales y comentarios escolásticos. Inclinado a la piedad y el estudio, desde el primer momento se sintió atraído, casi fascinado, por la poderosa personalidad de Lutero, viendo en él la figura ideal del teólogo renovador, que luchaba contra el escolasticismo decadente y se inspiraba directamente en los textos de la Biblia, llegando a pensar que no había en la tierra un hombre más admirable que fray Martín.

Sin embargo, más allá de tantos aplausos y encomios, Lutero seguía interiormente en agonía, aunque quizás los demás no se diesen cuenta de ello. Hasta la imagen de Cristo le producía espanto, porque no veía en él un amigo, sino un juez y un verdugo. "Al solo nombre de Jesucristo, nuestro Salvador, temblaba yo de pies a cabeza." Años después diría: "Cuando yo estaba en el monasterio metido en mi cogulla era tan enemigo de Cristo que, si veía una escultura o pintura que lo representase colgado en la cruz, me aterrorizaba, de manera que cerraba los ojos y hubiera preferido ver al diablo." Habiéndose abrevado cuando estudiante, según dijimos, en la filosofía nominalista, es probable que su concepto de Dios fuese el de un Soberano terrible y arbitrario, dotado de una voluntad absolutamente todopoderosa, caprichosa y despótica, que lo mismo puede condenar a un justo sin motivo que salvar a un pecador sin quitarle el pecado. Aun la celebración de la Eucaristía se le había hecho una tortura. "Su corazón sangraba -confesaría hablando de sí en tercera persona– cada vez que leía el canon de la misa."

Angustia y desesperación. Aparte de aquellas consideraciones intelectuales, ¿no habría quizás también dado poco lugar a la vida interior? Él mismo nos reconocería más adelante: "Siendo yo monje, estaba tan ocupado con muchos negocios, leyendo, escribiendo, cantando, etc., que no podía rezar las horas canónicas. Por eso, si las dejaba por seis días, el sábado no cenaba ni comía, y me pasaba todo el día rezando, pero sin cuidar el sentido de las palabras." Si no hallaba tiempo para cumplir

con la obligación del oficio divino, tampoco lo hallaría para recogerse interiormente; en tal situación la vida del alma no pudo sino languidecer.

3. *La ruptura con Roma*

Todo estaba dado para que estallase la crisis. Era cuestión de tiempo.

a. El asunto de las indulgencias

La tragedia se desatará a raíz de un choque circunstancial, relacionado con la predicación de las indulgencias. A veces en aquellos tiempos se cometían abusos en esta materia. No abusos doctrinales, pero sí exageraciones y retórica huera de parte de algunos predicadores. La doctrina de la Iglesia era entonces la misma que hoy. Todo pecado lleva consigo una culpa y una pena. La culpa se borra con la confesión, así como la pena eterna; pero puede todavía quedar una pena temporal, que hay que expiar durante la vida o en el purgatorio. Pues bien, la Iglesia, como administradora de la redención, distribuye el tesoro de los méritos de Cristo y de los santos, a través de las indulgencias, disminuyendo o cancelando la pena merecida. Para ello se requieren algunas condiciones: luego de haberse arrepentido de los pecados, cumplir un acto religioso que la Iglesia se encarga de determinar, por ejemplo, una limosna. La indulgencia podía ser ganada

para sí mismo, o para algún pariente o conocido ya muerto. Pero no siempre la gente lo entendía de esa manera, como enseguida lo veremos.

Justamente por aquellos años Julio II se había lanzado a la construcción de la nueva basílica de San Pedro en Roma, que sería realmente monumental. Entre otros medios para recaudar las grandes sumas que para ello se requerían, se incluyó la promulgación de una Bula por la que el Papa ofrecía indulgencias, a cambio de alguna limosna en orden a contribuir al costo del edificio. La idea de Julio II la llevó adelante León X, su sucesor. Quizás la ocasión no estuvo bien elegida. Por conveniente que fuese la erección de dicha basílica, esos momentos en que los turcos asediaban activamente a la Cristiandad no parecían los más adecuados para recolectar grandes sumas con el objeto de ser empleadas por un Papado afectado de mundanismo. Para peor, León X había confiado la recaudación a los célebres banqueros Függer, de Augsburgo. La familia Függer, dinastía de dinero, provenía de Johannes Függer, un tejedor de Grauben, lugar cercano a Augsburgo. Bajo los nietos de Johannes, Andreas y Jacobo I, la casa se hizo poderosa; cuando pasó a manos de sus hijos y sobrinos no sólo era la primera sede bancaria en Europa, sino que tenía también el dominio de las minas de plata en Tirol, de las de cobre en Hungría, y un extendido comercio internacional de especies, seda y lana. Los miembros de dicha familia, sinceramente cristianos, fieles al Emperador y a la Iglesia, llegaron a ser condes del Imperio. Existe todavía en Augsburgo un barrio llamado "Függerei".

Cuando la Bula llegó a Alemania en manos de los delegados del Papa, por todo el territorio dependiente de Maguncia, cuyo obispo, digámoslo de paso, se encontraba en aprietes económicos, se desplegó una multitudinaria procesión, precedida por el documento papal, que era llevado en un pendón de terciopelo bordado en oro; las campanas fueron echadas a vuelo, se desplegaron banderas y la gente salía a su encuentro. ¡Qué oportunidad de evitar sufrimientos en el purgatorio, o de sacar de allí el alma de algún pariente o amigo! Sólo bastaba con acercarse a la confesión, visitar siete iglesias, rezar cinco Padrenuestros y Avemarías, y entregar en la caja de las indulgencias una ofrenda, adecuada a los recursos de cada fiel.

Ya hemos aludido a la alergia que se experimentaba, sobre todo en Alemania, frente a los impuestos imperiales y eclesiásticos. Se pensaba que si se entregaban las sumas recolectadas por las indulgencias, el país quedaría empobrecido. Ello era exagerado, por cierto, pero la sensación existía de que la Curia romana apretaba demasiado, multiplicando los diezmos. En Roma, por su parte, se habían acostumbrado de tal suerte a las quejas de los alemanes que ya no se les daba importancia. La mitad de lo ahora recaudado debía enviarse para la basílica de San Pedro, y la otra mitad al arzobispado de Maguncia que, como dijimos, se encontraba en apuros económicos. El hecho es que cuando Lutero acusase a Roma de querer la bolsa de los alemanes, se ganaría buena parte de la nobleza y de la burguesía.

Las bulas pontificias exponían la doctrina de las indulgencias con total exactitud, según lo demuestran los bosquejos de sermones que hoy se conservan de aquellos momentos. Donde las indulgencias se predicaban de esta manera, producían beneficiosos frutos. Pero también hay que reconocer que hubo no pocos abusos de parte de algunos predicadores. A veces la contribución pecuniaria, que no era más que un elemento accesorio, se convertía en lo principal a los ojos de la gente, acabando por parecer la indulgencia una operación financiera, máxime que las limosnas se recibían por medio de una casa bancaria, que entregaba por ellas un certificado. Y así corrían las burlas, no sólo en Alemania sino también en Italia.

A la cabeza de los predicadores se encontraba el P. Juan Tetzel, de la Orden de Santo Domingo, un hombre bueno como orador y como persona, pero el modo con que procedió hizo que mucha gente entendiera mal el sentido de la indulgencia. Fue precisamente en razón de los sermones de este buen religioso que Lutero redactó y fijó, el 31 de octubre de 1517, en las puertas de la iglesia del castillo de Wittemberg, una lista de 95 tesis, en orden a mantener una disputa pública con el fraile dominico sobre el valor de las indulgencias. De esas tesis algunas eran ortodoxas, otras ambiguas, otras francamente inaceptables. No había entre ellas orden ni encadenamiento de ideas, sino que saltaban a borbotones. Con todo, en modo alguno se trataba de un acto de guerra. Por aquellos tiempos donde no había periódicos, era costumbre, en el ambiente universitario, presentar tesis en público para

que fuesen discutidas, lo cual no comprometía la creencia personal de su autor en las ideas que sustentaba; se trataba solamente de un ejercicio intelectual. Es claro que, en este caso, Lutero estaba persuadido de la posición que adoptaba.

El que utilizase para su propósito la puerta de una iglesia, tampoco tenía un significado especial. Cuando alguien proponía un debate de este tipo, ese era el lugar que se privilegiaba. Pero el gesto de Lutero no fue una simple anécdota, ya que con ese motivo un entusiasmo turbulento se apoderó no sólo de los pobladores del lugar sino de grandes grupos de alemanes. Era un entusiasmo confuso, pero no cabía error en cuanto a su inspiración general. Se trataba de una reacción violenta contra la autoridad de Roma, que puso a Lutero en la cresta de una ola cuya magnitud debe haberle asombrado sobremanera. De hecho Roma no le dio demasiada importancia al asunto. Se dice que León X entendió que se trataba de una simple disputa entre frailes; al ser los dominicos encargados de la dispensación de las indulgencias, los agustinos, a cuyas filas pertenecía Lutero, se habían ofendido por el privilegio que se les daba a sus émulos.

Tetzel, por su parte, se creyó en la necesidad de contestar a su ocasional adversario, y lo hizo al principio por medio de una larga serie de tesis que defendió en 1518 en la universidad de Frankfurt. Verdad es que aquellas anti-tesis, que él no escribió personalmente, fueron, en algunos puntos determinados, demasiado lejos, presentando opiniones de escuela como verdades inconcusas; pero en gene-

ral defendían fundamentalmente la doctrina tradicional de las indulgencias, rebatían los errores de Lutero, y acentuaban sobre todo que las indulgencias no perdonaban los pecados, sino solamente las penas temporales que de ellos se seguían, y aun esto sólo en el supuesto de que los pecados hubiesen sido de antemano repudiados y confesados. Inmediatamente Lutero le salió al paso pronunciando un "Sermón sobre la indulgencia y la gracia", a lo que Teztel respondió enseguida con un escrito que llamó *Exposición contra un sermón temerario de veinte artículos erróneos tocantes a las indulgencias papales y la gracia*; allí se refirió a la doctrina de las indulgencias, considerando que este debate no era reductible a una contienda teológica acerca de cosas secundarias o disputables, sino que afectaba los fundamentos mismos de la fe católica y la autoridad de la Iglesia. "Los artículos de Lutero –dice– están destinados a promover un gran escándalo, pues por su causa muchos despreciarán el poder de la Santidad del Papa y de la Santa Sede Romana. También se abandonarán las obras de penitencia sacramental, y no se volverá a creer a los predicadores y doctores, queriendo cada cual interpretar la Escritura a su antojo, por donde la santa y universal Cristiandad habrá de incurrir en gran peligro de las almas, pues cada cual no creerá sino en aquello que bien le pareciere."

Razón tenía Teztel ya que, de hecho, el gesto de Lutero hizo que todos los elementos que se hallaban disconformes con la Curia Romana, por motivos políticos, económicos, nacionales o de cualquier otra índole, saludaran con gozo el precedente

sentado por Lutero, el cual se halló de golpe, casi sin buscarlo, a la cabeza de una oposición nacional que en los hechos acabaría por conducir a la separación de una gran parte del pueblo alemán. Por supuesto que casi nadie previó esto al principio; muchos eran los que creían entonces, e incluso siguieron creyendo mucho tiempo después, que el profesor de Wittemberg era el paladín de la reforma radical, tanto tiempo esperada, de los males de la Iglesia, y que no sería sino él, quien llevaría a cabo esa reforma dentro de la Iglesia y conforme a sus principios. No entendían que Lutero no combatía solamente los abusos, sino que se hallaba ya en contradicción con importantes doctrinas de la Iglesia.

¿Qué motivo había impulsado a Lutero a lanzar semejante desafío? No la indignación contra los traficantes, ni la inquina que podía sentir contra el Papa, sino el hecho de creer que Teztel, aprovechando el tema de las indulgencias, quería persuadir a la gente de que la salvación se logra fácilmente por las obras. En algún panfleto se acusaba al fraile dominico de haber repetido estos versillos alemanes:

"Sobald das Geld im Kasten klingt,
Die Seele aus dem Fegfeur springt."

"Al sonar la moneda en la cajuela
del fuego el alma al paraíso vuela."

Que él y sus compañeros hayan cometido abusos e imprudencias, se comprende fácilmente, y hasta se explica teniendo en cuenta que la recaudación era controlada por empleados de los Függer. Veinticuatro años más tarde Lutero rememoraría así aquellos sucesos: "Teztel paseaba sus indulgencias de un lugar a otro, vendiendo la gracia por dinero a tan caro precio como podía [...] No quería cambiarse con San Pedro en el cielo, pues él con las indulgencias había salvado más almas que Pedro con la predicación. Si uno echa en el arca un dinero por un alma del purgatorio, apenas pone la moneda, cae y suena en el fondo, sale el alma hacia el paraíso..." Lutero tergiversaba las cosas. La mayoría de los fieles recibían las indulgencias con espíritu de fe. Eran muchos los que con motivo de ellas acudían a los templos, se aglomeraban en torno a los confesionarios, practicaban obras de caridad y de penitencia. Claro que, como ya lo señalamos, no todo era oro puro, en algunos podía haber cierto formalismo, y hasta superstición. Pero en conjunto la predicación de la indulgencia producía los mismos efectos que una misión urbana en tiempos más recientes. Sea lo que fuere, el martillazo que clavó las tesis señaló de hecho el comienzo de la debacle.

Era el año 1518. Preocupado por el giro de los acontecimientos, León X decidió enviar un mensajero personal para que se entrevistase con Lutero. El elegido fue Tomás de Vío, natural de Gaeta, de donde el sobrenombre de Caetanus, o Cayetano, uno de los filósofos más eminentes de la época. Era cardenal, y nada menos que maestro general

de la Orden de Santo Domingo. Sus entrevistas con Lutero se realizaron en Augsburgo, en el palacio de los Függer. Originariamente esta legación no tenía por fin resolver el conflicto con el religioso, sino unir a los reyes católicos en una cruzada contra la Media Luna, que amagaba invadir la Cristiandad. Pero el Papa, comprendiendo que el problema era urgente, e impulsado por Maximiliano I, le pidió a Cayetano aprovechase la ocasión para hacer comparecer a fray Martín, al tiempo que ordenó al superior general de la Orden de San Agustín que tomase medidas contra el monje rebelde. El resultado del diálogo de Cayetano con Lutero fue nulo, aduciendo éste que no podía cancelar una doctrina fundada en la Escritura. Entonces León X, a instancias del cardenal, resolvió definir como dogma de fe que el Papa podía conceder indulgencias a los fieles. Al parecer la situación quedaba zanjada. Anteriormente Lutero había dicho que sometía su doctrina al juicio de la Iglesia. Pero ahora cambió de opinión: "Apelo del papa al concilio", afirmó.

b. Lutero desafía a Roma y el Papa lo excomulga

Llegamos al año 1520, año decisivo para nuestra cuestión. Ahora el fraile agustino de ha decidido a romper relaciones con la Iglesia romana, la "Babilonia del Apocalipsis", como la llama. A un amigo le escribe: "Pienso que en Roma todos se están volviendo dementes, necios, furiosos, sin sesos, locos, troncos, bodoques, infiernos y demonios [...]

Hay que revelar por fin los misterios del anticristo." Dos meses después le vuelve a escribir. "Probaré mi clarín de guerra, aunque a muchos no les guste, a fin de arremeter contra la tiranía del anticristo romano." De lo que concluye, en otra carta: "Yo, por mi parte, confieso que al papa no le debo obediencia alguna."

En este mismo año aparecen tres escritos de Lutero, que sus seguidores considerarían como fundamentales. El primero es el *Manifiesto a la nobleza cristiana de la nación alemana sobre la reforma del estado cristiano*. Por "estado" (*Stand*) designa la condición del bautizado en la Iglesia. Roma, les dice a los nobles, ha inventado la distinción entre "el estado espiritual" y "el estado temporal", lo que el falso. "Desde que un cristiano sale del agua bautismal, es sacerdote; puede jactarse de haber recibido la ordenación, ser clérigo, obispo o papa." Todos somos igualmente sacerdotes y reyes, todos tenemos los mismos derechos. Mientras un sacerdote está en su cargo, es pastor; el día en que deja sus funciones, es un ciudadano como todos. Por lo demás, el clero no es el único maestro de la Escritura. También hay que considerar falsa la idea de que sólo el Papa tiene poder de convocar un concilio. Luego propone algunas soluciones. El tono del escrito es violento. Que los príncipes no permanezcan callados, que se decidan a levantarse contra el papa y salvar a la patria. Este Manifiesto resonó en toda Alemania como una clarinada. Había llegado la hora de la reforma.

El segundo de sus escritos se llama *Sobre la cautividad babilónica* (*De captivitate babilonica*). Lo redacta en latín, ya que allí se dirige especialmente a los teólogos y al clero. Así como el pueblo de Israel estuvo cautivo en Babilonia, escribe, la Iglesia de hoy está en prisión bajo la presidencia del papa, aherrojada por tres cadenas: la teología sacramentaria, la doctrina de la transustanciación eucarística y la del sacrificio de la misa. "Sostengo que [después de la consagración] hay verdadero pan y verdadero vino, en los cuales está la verdadera carne y la verdadera sangre de Cristo." Se trata simplemente de "impanación". Sostiene asimismo que no son siete los sacramentos instituidos por Cristo, sino sólo dos, el bautismo y la Santa Cena; también de algún modo la penitencia. Los otros cuatro sacramentos son buenas acciones, pero humanas, que no aportan gracia alguna particular. Estaba ya a punto de terminar esta obrita cuando recibió la noticia de que el Papa había firmado la bula en que lo conminaba a retractarse, so pena de excomunión. Por lo que alcanzó a agregar: "Por mi parte, la suerte está echada: desprecio tanto el furor como el favor de Roma. No quiero reconciliarme ni estar en comunión con ellos por toda la eternidad. Condenen y quemen mis libros; yo quemaré y condenará públicamente, mientras tenga fuego en la mano, todo el derecho pontificio, esa ciénaga de herejías."

El tercer escrito lleva por nombre *De la libertad cristiana*, donde se interesa más bien por la cura de almas. Ofrece allí una síntesis de su doctrina sobre la justificación por la sola fe, considerada en

su primera consecuencia, que es la libertad de toda ley, el sacudimiento de todo yugo, gracias a la fe y esperanza en Cristo. El cristiano ya no está sujeto a ningún precepto externo. Curiosamente dedica este libro al Papa, como prenda de paz, es claro que sin aceptar retractarse de lo anteriormente dicho.

Fue el 15 de junio de 1520 cuando apareció la bula *Exsurge Domine*, a que acabamos de aludir. Allí le dice el Papa que si en los siguientes sesenta días no se retracta, se verá obligado a excomulgarlo. El texto se inicia con palabras vigorosas: "Álzate, Señor, y juzga tu causa [...] Las raposas quieren destruir la viña cuyo lagar pisaste tú solo [...] Levántate, oh Pedro, y por el cuidado pastoral que Dios exige, ven en favor de la santa Iglesia romana, madre de todas las iglesias y maestras de la fe, consagrada con tu sangre, y contra la cual surgen maestros mendaces [...]. Levántate también tú, oh Pablo [...] Levántense en fin la multitud de los santos y toda la Iglesia universal, cuya verdadera interpretación de la Sagrada Escritura ha sido postergada por algunos, cuya mente cegó el padre de la mentira..." Al fin de este patético prólogo, se duele el Papa por las falsas doctrinas que, en base a una torcida interpretación de la Escritura, se esparcen "en esta ínclita nación alemana". Luego, extractadas de diversas obras de Lutero, enumera 41 proposiciones censurables, entre ellas la de que los sacramentos no confieren la gracia santificante; que después del bautismo permanece el pecado; que sólo la fe remite los pecados; que hay que amar la excomunión más bien que temerla; que el pontífice

de Roma no es sucesor de Pedro ni vicario de Cristo; que ni el Papa ni los concilios ecuménicos son infalibles; que el justo peca en toda obra buena, etc. Enuméranse también otras tesis escandalosas o falsas, pero no heréticas. "Todos estos artículos –agrega la bula– los condenamos, reprobamos y rechazamos absolutamente, unos como heréticos, otros como escandalosos, o falsos, o malsonantes, o engañadores de las almas sencillas o contrarios a la verdad católica." Porque los predichos artículos y muchos más, sigue diciendo el Papa, se contienen en los escritos u opúsculos de Martín Lutero –es aquí donde se lo nombra por primera vez–, condena, reprueba y rechaza absolutamente dichos libros. Que ningún cristiano los lea, los alabe, los publique, y que las autoridades los recojan y los quemen en público. Luego se refiere a la persona misma del hereje: "Por lo que respecta al mismo Martín, Dios mío, ¿qué es lo que le ha faltado a nuestra paterna caridad o qué ha omitido o dejado de hacer para apartarlo de semejantes errores [...]? Pero desobedeció siempre", y cuando lo citamos se negó a venir. Señala, con todo, que está dispuesto a recibirlo de nuevo, como hijo pródigo, en el seno de la Iglesia.

La reacción de Lutero fue súbita y furiosa. Tras escribir un panfleto "Contra la bula execrable del anticristo", dio un doble paso. El primero, abandonar la regla monástica, conservando sin embargo la capucha y continuando en la celda. El segundo, anunciar en la pizarra de la universidad de Wittemberg que, por la mañana siguiente, quemaría los libros de derecho canónico para afirmar simbólica-

mente su propia libertad respecto de Roma. Así lo hizo, en efecto. Al día siguiente, estudiantes y profesores acompañaron a su maestro hasta la plaza, donde se acostumbraba quemar los vestidos de los apestados. Cuando el fuego se elevó, Lutero arrojó también a las llamas la bula papal: "Por haber contristado al Santo del Señor [a Jesucristo], que el fuego te devore." Al otro día advirtió a sus seguidores: "¡Guardaos bien de las leyes y los estatutos del papa! Lo que ayer hicimos no fue nada. Es al mismo papa, es decir, la sede pontificia, lo que se ha de quemar. Si no apartáis vuestros corazones del reino del papa, no podréis conseguir la salvación de vuestras almas." La respuesta de Roma no se hizo esperar. En una nueva bula, el Papa excomulgó efectivamente a Lutero. Los profesores hicieron causa común con el hereje. Incluso algún obispo, como el de Bamberg, alegando en la bula defectos de tramitación, se negó a publicarla.

Mientras tanto, Federico de Sajonia, preocupado por el giro de los acontecimientos, lo llamó a Erasmo, que se hallaba por aquel entonces en Colonia, para pedirle su parecer. El famoso humanista, siempre devoto de las equidistancias, estaba pasando por un mal momento, porque por una parte mientras sus más encarnizados adversarios, los frailes, los escolásticos y los enemigos del humanismo, eran los que con más virulencia atacaban a Lutero, no podía ni quería hacer causa común con ellos; por otra parte, tampoco podía ni quería comprometerse con quien predicaba la rebelión contra Roma. Por eso su respuesta al príncipe fue escurridiza y ambigua. Hasta hacía poco tiempo Erasmo

y Lutero habían sido amigos. A Lutero ello le venía bien para beneficiarse con el prestigio del humanista, y también le venía bien a Erasmo, temeroso de que triunfasen los enemigos del fraile, que eran sus propios enemigos. Sin embargo un abismo separaba sus modos de ser. Erasmo, irenista y sutil, era el anverso de Lutero, combativo y frontal. A la acusación repetida de "*Erasmus posuit ova, Lutherus exclusit pullos* (Erasmo puso los huevos, Lutero hizo salir los pollos)", respondía aquél: "*Ego posuit ovum gallinaceum, Lutherus exclusit pullum longe dissimillimum* (yo puse huevos gallináceos, Lutero hizo salir un pollo muy distinto)." El dominico Vicente Diercx decía: "*Pestilens ille Lutherus et pestilentior Erasmus; nam ex huius uberibus suxit quidquid habet ille veneni* (pestilente Lutero y más pestilente Erasmo, porque de las ubres de éste, extrajo aquél lo que tuvo de veneno)." Cuando le pedían a Erasmo que se expidiese sobre Lutero o escribiese contra él, lo que hacía era restar importancia a la protesta luterana, justificándola en lo posible, no viendo en él sino al reformador de abusos. Cuando Roma hizo pública la excomunión, desacreditó la bula, primero diciendo que era falsa, y luego declarando que le parecía demasiado rigurosa para ser de un Papa tan amable como León X!

¿Qué hacía Lutero mientras tanto? Furioso con la excomunión, respondió con un libelo, donde comenzaba diciendo que la bula llegó a casi todo el mundo antes que a él. "Tal vez esa hija de la noche y de las tinieblas temió la claridad de mi semblante, pero por fin, gracias a unos amigos, he podido ver a esa lechuza en su propia figura [...] ¿Qué más

podía yo apetecer que el no ser absuelto nunca, ni reconciliarme, ni comunicar con ese anticristo indoctísimo, impiísimo, furiosísimo?" Prosigue afeando aquella bula, no redactada, dice, sino "evacuada de noche entre prostitutas". Frente al asno del papa, agrega, ¿dónde están el Emperador, los príncipes cristianos, los obispos, que callan ante tales monstruosidades? Y tras defender algunos de los artículos condenados en la bula, concluye: "Con este escrito testifico que yo confieso como dogmas católicos todo cuanto se condena en esa execrable bula [...] Y del mismo modo que ellos me excomulgan en nombre de su sacrílega herejía, así yo, por mi parte, los excomulgo en nombre de la santa verdad de Dios. Cristo Juez verá cuál de las dos es válida ante él. Amén."

A los pocos días resolvió apelar del Papa al concilio general. Él entendía por concilio una reunión de cristianos convocada no por el Papa sino por el Emperador. La estratagema era astuta, ya que buscaba engañar a muchos católicos alemanes que todavía creían en la teoría del conciliarismo, aunque tiempo atrás había sido reprobada por los Papas. Luego realizó el acto más decisivo y trascendente de su vida. Estaba transcurriendo el plazo que el Papa le había dado para su retractación. Antes de que se cumpliera, quiso adelantarse y celebrar una especie de auto de fe contra la autoridad del Pontífice y los libros que la simbolizaban. Así, una mañana, la gente pudo ver en las puertas de la parroquia un anuncio puesto allí por Melanchton, donde se invitaba a todos a encontrarse fuera de las murallas de la ciudad, donde según una costumbre tradi-

cional eran quemadas las obras de los herejes; ahora lo serían los libros del Derecho romano, las obras de los escolásticos y los escritos de los adversarios de Lutero. "¡Ea, ¡juventud piadosa y estudiosa! Ven a presenciar este piadoso y religioso espectáculo; quizás llegó el tiempo de quitar su antifaz al anticristo." Qué más querían aquellos universitarios que abandonar las clases a instancias de sus mismos profesores. Y así acudieron en multitud. Se dice que fue el mismo Lutero quien arrojó a las llamas algunos de esos libros así como la bula del Papa mientras decía: "Puesto que desbarataste la verdad de Dios, que el Señor te desbarate hoy con este fuego."

Tras este gesto inédito, fray Martín reanudó tranquilamente sus lecciones en la universidad de Wittemberg, dedicándose ahora a comentar los Salmos. Allí aprovechó para reiterar sus ideas, enseñando, por ejemplo, que "en lo que atañe a la fe cualquier cristiano es para sí mismo papa e Iglesia". ¿Cómo se sentía interiormente Lutero? En carta a Melanchton le confiesa: "Me encuentro en la holganza, descuidando la oración, sin gemir ni una vez por la Iglesia de Dios. Ardo en el vasto incendio de mi carne indómita. Es el ardor del espíritu el que debiera sentir y sólo conozco el ardor de la carne, del deseo, de la pereza, de la holganza..."

c. El emperador Carlos V

Tras morir el emperador Maximiliano, tres eran los candidatos a sucederlo: Carlos I, rey de España,

Francisco I, rey de Francia, y Enrique VIII, rey de Inglaterra. De hecho fue elegido el primero, quien tomó el nombre de Carlos V. De entrada, el novel Emperador, que tenía tan sólo veintiún años, debió afrontar el enorme problema de la rebelión protestante. Convocó su primera Dieta en la ciudad de Worms. La Dieta (*Reichstag*) era una asamblea general de la nación, donde las supremas autoridades de los diversos Estados germánicos se congregaban para deliberar sobre los problemas de interés general. Dividíanse en "tres colegios": el de los siete grandes electores del Emperador (*Kurfüstenkollegium*), el de los demás príncipes, duques, condes y prelados (*Reichsfürstenrat*), y el de las ciudades libres (*Kollegium der Städte*). Los tres "colegios", que se reunían por separado, llegaban a sendos acuerdos que luego se discutían en las asambleas generales; si resultaban aprobados por la mayoría, se proponían a la ratificación del Emperador, convirtiéndose en leyes obligatorias para todo el Imperio.

Carlos V dirigió a los delegados de la primera Dieta unas palabras de aliento y de agradecimiento por haber sido elegido para tan alto cargo, manifestando luego su gran preocupación por el estado en que se encontraba el Sacro Romano Imperio, en peligro de división. Les aseguró que quería poner todos los medios a su alcance para la consolidación del Imperio y la exaltación de la fe católica. Si aceptó la corona de Carlomagno, les dijo, fue por amor a la nación germánica y al Sacro Imperio, "al cual ninguna monarquía de la tierra es comparable en gloria, hermosura, poderío y fuerza; aunque, a decir verdad, ya, desgraciadamente, no es más que

una sombra de sí mismo". Carlos, nieto de los Reyes Católicos, había nacido en Gante, Flandes, de padre medio alemán, medio borgoñón, y de madre española. No siendo ni flamenco, ni español, ni alemán, sino todo ello a la vez, era lícito ver en él la personificación de la idea supranacional del Imperio. Se presentaba como el paladín de la tradición medieval católica, la encarnación del caballero cristiano, que amaba ardientemente a la nación germánica, pero dentro del organismo social y religioso de la Cristiandad. Lutero y los protestantes serían sus grandes enemigos, y gracias a él no pudieron consumar su intento de destruir la Iglesia católica, manteniéndose al menos media Alemania en la comunión de Roma.

Con motivo de la Dieta de Worms, el Papa envió como nuncio al cardenal Jerónimo Aleandro. Al llegar, pronunció un discurso donde puso sobre el tapete el espinoso tema de la naciente herejía. Allí señaló cómo el Sumo Pontífice, luego de haber recurrido a medios suaves para reducir a Lutero, se vio obligado a condenarlo con la pena de excomunión. Recordó luego a los presentes que sólo el Papa puede ser juez en cosas de fe, correspondiéndole al Emperador y a los príncipes impedir que los libros de un hereje contumaz se imprimiesen y vendiesen, con daño de las almas. Varios de los príncipes allí presentes eran luteranos, por lo que se sintieron molestos. Sin embargo, el Emperador y la mayoría de los príncipes entendieron que había que actuar. Carlos afirmó que como protector de la fe católica prohibía severamente a todos comprar, vender, leer o imprimir aquellos libros,

que deberían ser quemados públicamente. Algunos le expresaron su preocupación por las lacras y desdoros de Roma y de la curia pontificia, a lo que el Emperador respondió que escribiría al Papa pidiéndole que remediase aquellos abusos, si de veras era como se decía, pero que ello no constituía motivo para poner en cuestión la autoridad del Papa.

Algunos miembros de la Dieta le propusieron al Emperador si no sería factible que Lutero compareciera allí para ser interrogado. A Carlos le pareció atinada la sugerencia, por lo que le escribió al fraile invitándolo. El nuncio quedó preocupado por la medida ya que, al margen del Emperador, buena parte de los allí presentes simpatizaban con Lutero, quizás por su condición de alemán. A lo mejor se mostraba demasiado negativo. "Toda Alemania está revuelta –decía en una de sus cartas–, y de sus diez partes, nueve aclaman a Lutero, y la décima [...] por lo menos grita muerte a la corte de Roma [...] Los frailes no quieren o no se atreven a predicar en los púlpitos contra Lutero [...] Cada día llueven libros luteranos, así en alemán como en latín." Uno de los caballeros a que antes nos hemos referido, Ulrico von Hutten, le había escrito a Aleandro: "Pondré todo mi empeño y no dejaré piedra por mover hasta que te arrastren sin vida hecho un cadáver."

¿Qué pensaba Lutero de estos últimos acontecimientos? A pesar de algunas vacilaciones, se sentía orgulloso de haber sido convocado por la máxima autoridad del Imperio, ya que se le ofrecía un gran escenario para exponer su doctrina. La causa no era

suya, decía, sino "de la cristiandad entera y de la nación alemana". Era el abanderado de Alemania contra Roma. Por lo demás, la juventud estudiantil estaba de su parte. "Estos días de carnaval –escribía– nuestros jóvenes pasean jocosamente a un fantoche, en figura de papa, sublime y pomposo, y por fin, en la plaza junto al torrente, hicieron como que lo arrojaban, mientras él huía con los cardenales, obispos y familiares, dispersándoselos luego y persiguiéndoselos por diversas partes de la ciudad; invención muy festiva e ingeniosa." En modo alguno buscaba disimular lo que pensaba: "Dije antes que el papa era vicario de Cristo, ahora me desdigo y afirmo: El papa es adversario de Cristo y apóstol del diablo [...] El papa es peor que el turco [...], por eso yo lo llamo «el gran asesino» [...] Loado sea Dios, porque a los ojos de Su Santidad y de los papistas yo soy un hereje."

Fray Martín se dirigió, así, a Worms, en una carroza de tres caballos. Su viaje fue un recorrido triunfal. Al pasar por Erfurt, la ciudad de su juventud, se detuvo mientras lo saludaban con guirnaldas, pudiendo predicar en las iglesias de los agustinos. Él sabía que cuatrocientos caballeros se habían dado cita en la ciudad imperial, con un ejército de seis mil hombres. Al verlo llegar a Worms, desde la torre de la catedral los centinelas anunciaron su arribo al son de trompetas. Presentóse muy orondo ante la primera audiencia pública. Fue la primera vez que Lutero y Carlos V se encontraban frente a frente, el fraile de 37 años y el Emperador de 21. Lutero se llevó la mejor impresión de Carlos. En cambio el Emperador experimentó repugnancia al

verlo. En una mesa habían apilado doce libros de la autoría de fray Martín, cuyos nombres fueron leídos en alta voz. Un arzobispo, en nombre del Emperador, se dirigió al hereje diciéndole que había sido convocado para que se retractase del contenido de dichos libros. El pidió tiempo para pensarlo. Tras un día de reflexión, volvió al aula e hizo notar que no había que generalizar, que no todos los libros eran de la misma índole, unos eran de piedad, otros impugnaban el papado, otros eran de carácter polémico. Que si le demostraban que en ellos se contenían errores, estaba dispuesto a retractarse. Su discurso fue hábil, ya que sugería una disputa teológica, que es lo que a toda costa se quería evitar, dado que el Papa ya se había expedido sobre el contenido de aquellos escritos. Lutero había ido a Worms con la firme determinación de no retractarse ni un ápice, como lo había asegurado previamente a sus amigos. Pero enseguida lo pusieron en un brete: ¿Está dispuesto o no a retractar los errores contenidos en sus libros? A lo que respondió: "Mientras no me convenzan con testimonios de las Escrituras o razones evidentes, pues no creo en el papa ni en los concilios solos, no quiero retractar nada." El Emperador le dijo que lo que acababa de afirmar era suficiente: si se atrevía a negar la autoridad del Papa y de los concilios, no quería oírlo más. Y se retiró. También lo hizo Lutero, y al salir, no pocos lo aclamaron.

Al nuncio sólo lo consolaba la decidida y viril actitud católica del joven Carlos. Éste, encerrándose en su cuarto, redactó una profesión de fe personal para ser leída en público. Así se hizo al día si-

guiente: "Vosotros sabéis que yo desciendo de los emperadores cristianísimos de la noble nación de Alemania, y de los Reyes Católicos de España, y de los archiduques de Austria y duques de Borgoña, los cuales fueron hasta la muerte hijos fieles de la santa Iglesia romana, y han sido todos ellos defensores de la fe católica [...] Después de la muerte, por derecho natural y hereditario, nos han dejado las dichas santas observancias católicas, para vivir y morir en ellas a su ejemplo [...] Gran vergüenza y afrenta nuestra que un solo fraile contra Dios, errado en su opinión, contra toda la cristiandad, así del tiempo pasado, de mil años ha y más, como del presente, nos quiera pervertir y hacer conocer según su opinión que toda la dicha cristiandad sería y habría estado todas horas en error. Por lo cual, yo estoy determinado a emplear mis reinos y señoríos, mis amigos, mi cuerpo, mi sangre, mi vida y mi alma; porque sería gran vergüenza a mí y a vosotros, que sois la noble y muy nombrada nación de Alemania, y que somos, por privilegio y preeminencia singular, instituidos defensores y protectores de la fe católica, que en nuestros tiempos no solamente herejía, mas ni suspición de ella ni disminución de la religión cristiana, por nuestra negligencia en nosotros se sintiese [...] Ya oísteis la respuesta pertinaz que Lutero dio ayer en presencia de todos vosotros. Yo os digo que me arrepiento de haber tanto dilatado de proceder contra el dicho Lutero y su falsa doctrina [...] e soy deliberado de me conducir y procurar contra él como contra notorio hereje [...]. Hecho en Worms a 19 de abril de 1521. De mi mano. –Yo, el rey."

Al día siguiente aparecieron, en lugares públicos, carteles desafiantes, en nombre de cuatrocientos nobles que se decían dispuestos a defender a Lutero, así como caricaturas del nuncio, y hasta una del Emperador con el escrito: "*Vae terrae, cuius rex est puer* (ay de la tierra cuyo rey es un niño)" (Eclo 10, 16). Carlos V le intimó a Lutero partir sin demora, al tiempo que hizo público un mandato contra él, el llamado *Edicto de Worms*. Allí decía que su oficio de Emperador lo compelía a defender la Iglesia católica de infieles y herejes. Que si se había dignado oír a Lutero no era para poner de nuevo sobre el tapete la condenación de Roma sino para que el impugnado declarase si esos libros eran o no de su autoría y si se retractaba de sus errores. A lo primero respondió que sí y a lo segundo que no. Luego señala cómo le dio tiempo para reflexionar, pero en vano. En razón de lo cual lo declara miembro separado del cuerpo de la Iglesia, cismático y hereje, y lo destierra del Imperio, a él y a sus secuaces. Antes de partir, se le otorgó un salvoconducto que valdría por veinte días, luego de los cuales podía ser detenido.

d. En el castillo de Wartburg

El Edicto de Worms no resultó tan efectivo como se hubiera esperado ya que si bien algunos príncipes lo secundaron, otros retacearon su cumplimiento. Al fin de su vida, cuando Carlos V se retirase a la soledad de Yuste, dedicándose a hacer un examen de su largo gobierno, declararía que hubie-

ría sido mejor no otorgarle el salvoconducto a Lutero sino arrestarlo y expulsarlo inmediatamente del Imperio o condenarlo a muerte. El hecho es que en aquella ocasión el Emperador perdió autoridad, y cuando diez años más tarde quiso imponerse a los príncipes protestantes, ya no le sería posible. En estos momentos muere León X, subiendo al pontificado Adriano VI, antiguo maestro y educador de Carlos V.

Mientras tanto, Lutero se dirigía hacia Wittemberg. Aunque llevaba en su bolsillo el salvoconducto imperial por veinte días, su futuro se le mostraba incierto. Sin embargo, sabía de antemano lo que enseguida iba a acontecer: en el transcurso del viaje de retorno sería secuestrado. Se simularía una emboscada ficticia y una escena de rapto. Así sucedió. Cuando la carroza se estaba acercando al castillo de Wartburg, fortaleza de su amigo Federico de Sajonia, del bosque contiguo apareció de repente una partida de bandidos, que lo condujeron al castillo. Aquella noche, habiéndose despojado, por fin, de su hábito monástico, que hasta entonces había usado, y cambiándolo por el traje de un caballero rural, cadena de oro al cuello y espada al cinto, se puso a beber con su protector Federico, festejando la fuga. Allí, bajo el nombre de Junker Jörg, viviría de incógnito durante diez meses, para sustraerse a las autoridades imperiales, repudiando finalmente la vida religiosa y el sacerdocio. Para mantener la tramoya, tuvo que aprender el modo de comportarse de los caballeros, sus modales, sus gestos, su manera de vestir. Mas no se sentía cómodo. Le gustaba tanto predicar... Ahora no podía

hacerlo, por lo que resolvió dedicarse al estudio y a escribir cartas. En una de ellas, que dirige a Melanchton, le decía: "Si eres predicador de la gracia, predica la gracia verdadera, no la fingida. Si es verdadera la gracia, ten por cierto que el pecado es verdadero y no fingido. Dios no salva a los pecadores fingidos. Sé pecador y peca fuertemente, pero aún con más fuerza alégrate en Cristo, que es el vencedor del pecado, de la muerte y del mundo." Algunos han creído ver en este *pecca fortiter* una exhortación a pecar. No es tan así, sino más bien un deseo de resaltar el valor de la fe fiducial en Cristo. El sentido es: aunque peques, y peques mucho, quédate tranquilo, porque Dios nos justifica. Sea lo que fuere, la expresión no deja de ser inquietante para un oído cristiano. La consecuencia psicológica es que, siendo el pecado ineludible, no hay que evitarlo, ni lamentarlo, ni corregirse.

En Wartburg, Lutero sufrió alucinaciones o visiones diabólicas. Ya hemos señalado cómo desde niño, según era común entre los campesinos de su época, tuvo siempre la obsesión del demonio. Dicha tendencia se radicalizó entonces, creyendo oír con frecuencia al demonio que se dirigía hacia él para tentarlo. Cabe preguntarse si alguna vez no sería el mismo Dios quien le hablaba, entendiendo él que se trataba de Satanás. "Una vez el diablo me atormentó, y casi me estranguló con las palabras de Pablo a Timoteo: «Tú fuiste la causa de que tantos monjes y monjas abandonasen su monasterio» [...] En tal tentación llegué a sufrir tormentos infernales hasta que Dios me sacó de ella y me confirmó que mis enseñanzas eran palabra

de Dios y doctrina verdadera." Quizás escuchó también en sus oídos un reproche que le acompañaría durante muchos años: ¿Crees tú que todos los anteriores no sabían nada? ¿Crees ser el único en ver lo que ningún otro ha visto? ¿No te estás oponiendo a las enseñanzas de los Santos Padres? ¿Es posible que Cristo haya dejado errar a la Iglesia por tantos siglos? ¿Quién eres tú para disentir de todos ellos? "Cuando Satán urge este argumento –escribe–, la conciencia se aterroriza y desespera, y es preciso entrar continuamente dentro de sí mismo y decir: Aunque los santos Cipriano, Ambrosio y Agustín; aunque San Pedro, San Pablo y San Juan; aunque los ángeles del cielo te enseñen otra cosa, esto es lo que sé de cierto: que no enseño cosas humanas, sino divinas; o sea que todo lo atribuyo a Dios, a los hombres nada." La ilusión venía de lejos. Diez años atrás había afirmado en un sermón: "Los Santos Padres, los doctores, los concilios, le misma Virgen María y San José y todos los santos juntos pueden equivocarse." Él no.

Ahora se encontraba recluido en Wartburg –su "Patmos", como gustaba llamarlo–, fuera de la Iglesia católica y proscrito del Imperio. Sus pensamientos se entrecruzaban. Si esto pudiera arreglarse con Roma, si su doctrina pudiese permanecer en el campo de las cuestiones disputadas... Mas no se dejará distraer por ensueños sino que se dedicará a pergeñar la edificación de una sociedad religiosa, que empieza a llamar la Iglesia de Cristo, en oposición a la Iglesia de Roma, que es la del Anticristo. Será una Iglesia sin sacerdocio, sin jerarquía de derecho divino, y casi sin sacramentos. Años

después contrapondría drásticamente las dos Iglesias, la suya, pura y evangélica, y la otra, "la nueva Iglesia de las putas y del diablo", invadida por una multitud de diablos, "el diablo de los peregrinaciones, el diablo de las indulgencias, el diablo de las bulas, el diablo de las cofradías, el diablo de los santos, el diablo de la misa, el diablo del purgatorio, el diablo de los conventos, el diablo de la clerecía, el diablo del papa". Es curioso, pero pronto se abocó a escribir un comentario del Magnificat. Más que elogiar a María, lo que allí hace es exaltar la misericordia de Dios con aquella virgen llena de fe, frente a los que confían en sus propias obras. Estando en el castillo se enteró de que la famosa universidad de París había condenado nada menos que 104 opiniones suyas, y no habrá dejado de alegrarse cuando supo que Melanchton se aprestaba a responderles diciendo que a Lutero no se lo puede refutar sino con la Escritura, y eso no son capaces de hacerlo los sorbónicos, que sólo entienden de silogismos y agudezas escolásticas.

Mientras tanto, el papa Adriano VI publicaba una bula *In coena Domini*, donde condenaba una serie de herejías, entre las que incluía la de Lutero. La respuesta de éste fue mordaz: "*Bulla coenae Domini*, esto es, la bula de la cena voraz del santísimo señor el papa." Allí cubría de burlas a cardenales, legados, obispos, abades, cuadrillas innumerables de gentuza que las aguas del Rin no bastarían para anegarlos a todos. Hasta el latín de la bula le parece culinario, lo cual no es de extrañar, afirma, porque no hay en la tierra nadie más grosero e ignorante que los papas, cardenales y obispos; la bu-

la parece escrita por un beodo a la noche, cuando la lengua tartamudea y la razón boga a media vela. ¿Qué puede hacer un borracho sino anatematizar, maldecir y enfurecerse locamente? "Así haces tú –le dice, tuteándolo confianzudamente al Papa–. Como el perro ladra por roer un hueso, así tú por causa de la panza."

Es indudable que lo más descollante que hizo Lutero durante su estadía en Wartburg fue traducir buena parte de la Biblia al alemán, emprendimiento que terminaría doce años después. Es cierto que como no podía aceptar el canon de los libros inspirados, que venía de la Iglesia antigua y de la tradición, estableció un nuevo canon a su arbitrio, excluyendo ciertos libros que no le gustaban, porque le parecían poco conformes con su doctrina teológica. Así en el Nuevo Testamento declaró inaceptable toda la epístola de Santiago, y en el Antiguo consideró "apócrifos" los libros de Judit, de la Sabiduría, de Tobit, el Eclesiástico y ambos libros de los Macabeos. La traducción revela un finísimo sentido artístico, un gusto exquisito del ritmo y de la poesía. Su alemán es tan vivo y sabrosamente popular que parece un escrito originariamente germánico y no una traducción. Después logró que un gran artista, Lucas Cranach, el Viejo, ilustrara tendenciosamente el Apocalipsis: el dragón de siete cabezas y diez cuernos, la Babilonia que abreva a toda la gente con el vino del furor de su fornicación y la gran meretriz vestida de púrpura sobre una bestia roja, etc., son gráficamente representados con símbolos papales, como imágenes de la Iglesia romana y del Pontificado. Ya un año antes, en 1521, el mismo ar-

tista, también por instigación de Lutero, había ilustrado un folleto que llevaba por título *El pasionario de Cristo y del anticristo*, con veintiséis figuras contrapuestas, trece de la vida de Cristo y otras trece del papa o anticristo, con textos injuriosos al Papado. En una se ve a León X cayendo de cabeza, con su tiara y su capa pluvial, en el infierno, rodeado de monstruos y demonios, y al lado la ascensión del Señor, rodeado de ángeles. De hecho, esta Biblia de Lutero sería en adelante la única norma de fe, jugando un papel importantísimo en la fundación y consolidación de la Iglesia protestante.

Como puede verse, Lutero no permaneció inactivo en la soledad de Wartburg. Pero la traducción de la Biblia no fue su única producción literaria. Allí redactó varios escritos más. El primero se llama *Parecer de Martín Lutero sobre los votos monásticos*. Eran muchos los frailes que, inficionados por las nuevas doctrinas, habían abandonado los conventos. Lutero los tranquiliza diciéndoles que han hecho bien en quebrantar sus votos, porque la vida religiosa es un invento del diablo y el celibato se opone al Evangelio. Este libro señala su renuncia formal a la vida religiosa. Hasta ahora se consideraba a sí mismo como fraile, devoto de San Agustín y de su regla. Desde ahora ya no. Más aún, se alegrará de que sus amigos y compañeros de hábitos, los de Erfurt, de Wittemberg, etc., vayan saliendo del convento y contrayendo matrimonio. ¿Acaso no son todos los monasterios prostíbulos de Satanás? Dedicó este escrito a su propio padre, Hans Luder, quien se había disgustado tanto cuando Martín le dijo que quería hacerse religioso, y a quien

ahora quería desagraviar pidiéndole perdón de haberle entonces desobedecido. Por cierto que, como hemos dicho, la vida religiosa estaba por aquellos tiempos en franca decadencia. Pero a Lutero no le importaba la reforma de los escándalos morales. Lo que él buscaba era la liquidación lisa y llana de la institución, aunque estuviese compuesta de monjes y frailes observantes, del mismo modo que pretendía destruir el Papado en sí, más allá de que los Papas pudiesen ser personalmente "santos como San Pedro", según su propia expresión. Cuando compuso este libro, Lutero llevaba dieciséis años de fraile. Había amado a su Orden y durante varios años fue superior de diversos conventos, a los que había visitado, dándoles buenos consejos a aquellos religiosos. Pues bien, ahora, sin más trámites, se declara enemigo de todas las Ordenes y congregaciones religiosas, declarando que todos los frailes, por ser célibes, son corruptos.

Otro opúsculo que entonces escribió fue *Por qué y cómo pueden las vírgenes abandonar el claustro según Dios*. Se lo dedica a Leonardo Koppe, quien había logrado sacar de un monasterio a nueve monjas a la vez, entre las cuales se contaba una cuyo nombre pasaría a la historia: Catalina de Bora. Su acción fue loable, decía, "ya que la mujer no ha sido creada para ser virgen, sino para engendrar hijos [...]. Las mujeres sólo sirven para el matrimonio o para la prostitución". Ello sin tener en cuenta lo que él sostenía del acto conyugal, a saber, que era en sí mismo pecaminoso, por ser la expresión más fuerte de la concupiscencia, aunque Dios lo disculpe y no quiera imputarlo.

Fue también en Wartburg donde, al tiempo que renunció a su carácter de religioso, renunció también a celebrar la santa misa, empeñándose en negarle carácter sacrificial. Pronto firmaría la dedicatoria de uno de sus libros más revolucionarios: *De abroganda missa privata*, que dirigía a sus hermanos, los agustinos de Wittemberg: "Cristo se ofreció a sí mismo una sola vez y no quiso ser de nuevo ofrecido por nadie." Lutero llegó a odiar la misa con furia, más que al mismo papa, anticristo y vicario de Satanás. El haber celebrado casi diariamente en sus años de fraile era el pecado más enorme que apesadumbraba su conciencia. Particularmente le dolía el haber celebrado durante tanto tiempo lo que él llama "misas rinconeras", es decir, privadas, contra la voluntad de Cristo. Para dar colorido a la exposición, reveló –o inventó– un diálogo nocturno con el demonio. "Quiero comenzar por mí mismo, haciendo ante vosotros, padres santos, una pequeña confesión –les dice a sus hermanos agustinos–; dadme una buena absolución, si no os molesta. Una vez me desperté a media noche, y el diablo empezó a disputar conmigo dentro de mi corazón en esta forma (porque muchas veces me hace pasar tragos amargos): «¡Oye, doctísimo señor! ¿Sabes que durante quince años casi diariamente has celebrado misas rinconeras? ¿Pues qué si con tales misas hubieses cometido puras idolatrías, y no hubieses adorado ni ofrecido a la adoración de otros el cuerpo y sangre de Cristo, sino simplemente pan y vino?» Yo le respondí: «He sido ordenado sacerdote, recibí del obispo la unción y la consagración, y todo por mandato y obediencia. ¿Cómo es posi-

ble, pues, que no haya consagrado, si pronuncié seriamente las palabras y celebré la misa con la devoción posible? Bien lo sabes tú.» «Sí –dijo él–, es verdad, pero también los turcos y paganos hacen todo en sus templos por mandato y obediencia y con seriedad. También lo hicieron en Dan y en Bersabee los sacerdotes de Jeroboán, y acaso con mayor devoción que los legítimos sacerdotes en Jerusalén. ¿Pues qué si tu ordenación, unción y consagración fuesen tan falsas y anticristianas como las de los turcos y samaritanos?» Aquí el sudor empezó a bañarme el rostro, y mi corazón a temblar y palpitar. El diablo sabe aplicar bien sus argumentos y urgirlos; tiene un lenguaje fuerte y pesado."

Como se ve, Lutero mismo deja entender que hasta entonces no había tenido dificultad en celebrar misas privadas. El demonio cuestiona la legitimidad de su comportamiento. Lutero se defiende diciéndole que él las había dicho de buena fe, lo que señala que su conciencia no estaba agitada.

Empezó luego el demonio a exponerle sus argumentos. Se dirige a él como si fuera un maestro de teología, intentando persuadirlo de que cuando se ordenó devotamente en Erfurt en 1507, no fue en verdad consagrado sacerdote, porque tanto el obispo como él tenían intención contraria a la de Cristo. "¿Qué hizo la unción del obispo al ordenarlo para tales misas sino transformar a un cristiano consagrado por el bautismo en un demonio desconsagrado? De nada sirve que griten: «La Iglesia, la Iglesia», y que muchos Padres, como San Gregorio, Bernardo y otros, hayan celebrado semejantes

misas; porque no podemos poner nuestra confianza en la vida y obras de los Padres, sino solamente en la Palabra de Dios." Curiosamente es el diablo quien enarbola las banderas luteranas acerca de la inanidad de las misas...

Ante las objeciones del demonio, el atribulado fraile acabó finalmente por ceder. Como puede verse, "Lutero aprendió del diablo que la misa privada era algo malo, y habiendo sido convencido por las razones del diablo, la abolió." Así lo afirma Hospinien, historiador calvinista. Resulta altamente llamativo el hecho de que sabiendo que era el demonio mismo quien le hablaba, lo haya escuchado con tanta sumisión. De modo que fue por las instrucciones de tal Maestro, que hizo abolir, para sus seguidores, el sacrificio de la misa. ¿Se podía seguir a Lutero habiendo él mismo declarado que su doctrina la había aprendido del demonio? Sea lo que fuere, si el libro sobre los "votos monásticos" sacudió los monasterios como un terremoto, su tratado *De abroganda missa privata* fue devastador para el pueblo cristiano.

Sabiendo lo que pasaría después, resulta curioso que en 1521 el rey de Inglaterra, Enrique VIII, escribiese un libro titulado *Assertio septem sacramentorum adversus Martinum Lutherum*, que responde al anterior *De captivitate babilonica*, donde también se atacaba la misa, refutando vigorosamente las tesis luteranas. El papa León X, a quien ese libro iba dedicado, le agradeció al Rey y le dio el título de "*defensor fidei*", comparable al de "cristianísimo", que se le daba al rey de Francia, y de

"católico", al de España. Pronto saldría el retruco de Lutero. "¿Quién es este Enrique, nuevo tomista? [...] Será él «defensor de la Iglesia», pero de una Iglesia [...] que es meretriz vestida de púrpura y madre borracha de fornicaciones. Yo, considerando que tal Iglesia y tal defensor son una misma cosa, a los dos les atacaré con el mismo ímpetu, porque estoy cierto de que mis dogmas los he recibido del cielo [...] Mientras viva seré enemigo del papado; si me arrojan a la hoguera, seré dos veces enemigo; haced, puercos tomistas, lo que podáis; siempre tendréis a Lutero como un oso en el camino y como una leona en el sendero..."

Durante su estadía en el castillo de Wartburg, aquel extraño caballero mantuvo su incógnito, de modo que ni la servidumbre ni el capellán que allí decía misa se habían enterado de quién era en realidad aquel huésped, que se la pasaba escribiendo. Mientras tanto, en Wittemberg algunos de sus discípulos llevaban al extremo sus ideas. Sin un jefe de gran autoridad como Lutero, la reforma corría peligro de ir al caos. Entonces los magistrados de aquella ciudad y sus amigos le rogaron que volviese.

García Villoslada ha instaurado una feliz comparación entre Martín Lutero e Ignacio de Loyola, ambos súbditos de Carlos V. Recurre para ello a un sabroso texto de Papini: "Justamente en el mismo año de la Dieta de Worms, de 1521, en que se cortó el último hilo de esperanza para la retractación del agustino delirante, cuando Carlos V, después de proscribirlo del Imperio, hizo quemar sus venenosos libracos, un arriscado caballero vasco,

herido en una pierna por un cañón de Francisco I de Francia, era transportado al castillo paterno de Loyola, y en las trasnochadas de la convalescencia decidía dejar el servicio del mundo y de los príncipes para consagrarse enteramente a su Divina Majestad y al servicio de la Iglesia. En aquellos mismos meses, también Lutero se encerraba, aunque sin heridas en el cuerpo, en un castillo, en Wartburg, para mejor aprestar, salvado el peligro, sus agresiones contra Roma... Podrán parecer coincidencias o contraposiciones externas, pero existen más misterios, aun en la cronología, de los que pueden sospechar los compiladores de cuadros sinópticos y de jarabes históricos. Y que los dos atormentados espíritus son en verdad los verdaderos antagonistas del principio de aquel siglo –Carlos V y Francisco I, en su comparación, son niños enfadados que se pegan por un juguete roto–, se prueba claramente por razones mucho más profundas que las fechas; y no solamente por el dique, fuerte aun en la actualidad, que la Compañía ignaciana construyó contra los luteranos en el septentrión, sino por el contraste absoluto entre el espíritu absoluto del fraile desenfrailado y del caballero transfigurado."

García Villoslada puntualiza más las semejanzas y las antítesis: "Wartburg, un castillo, y Loyola, una casa-torre, no sólo tienen de común el carácter de fortaleza, sino de refugio solitario de dos hombres en momentos de crisis espiritual. La soledad de Lutero se concluye en 1522; la de Ignacio se prolonga haciéndose eremítica en Manresa. Lutero depone al entrar en Wartburg sus hábitos de monje, cambiándolos por los de caballero; Ignacio depone

en Montserrat su traje de caballero para vestir los de un penitente. Lutero aconseja a todos el matrimonio y declara violenta guerra al voto de castidad; Ignacio hace voto de castidad perpetua en un santuario de la Virgen. Lutero se siente obsesionado por los espíritus malignos, confundiendo a Satanás con sus propias imaginaciones; Ignacio observa que unas inspiraciones llevan la marca de Dios y otras las del diablo, y escribe sus reglas de discernimiento de espíritus. Lutero no da paz a la pluma, componiendo libros revolucionarios, que vienen a destruir el ascetismo de los santos y la piedad tradicional del pueblo cristiano; Ignacio empieza a redactar su librito de los Ejercicios [...] Estos dos reformadores inician desde la fortaleza de Wartburg y desde la casa-torre de Loyola, casi al mismo tiempo, dos reformas diferentes y contradictorias: la primera tenderá a la destrucción de la Iglesia romana, «prostituta del diablo»; la segunda a la defensa y propagación por todo el mundo de *«la vera sposa de Cristo nuestro Señor, que es la nuestra sancta madre Iglesia hierárquica»*. Verdaderamente podemos repetir el verso de un poeta vasco: «Estas dos torres [...] se mueven guerra.»"

4. *La doctrina de Lutero*

Ya hemos declarado anteriormente algo de lo que pensaba Lutero. Pero nos parece oportuno ofrecer una explicación más sistemática de su pensamiento teológico-religioso. ¿A qué se reduce lo esencial del credo luterano? ¿Y en qué se aleja de

la fe católica? Con respecto a Dios y a Cristo, la fe de Lutero coincide en líneas generales con la católica. La ruptura aparece cuando atendemos al misterio de la Iglesia y al problema de las relaciones del hombre con Dios. Es en estos puntos donde Lutero se separa categóricamente de la fe católica.

Bien observa Maritain que para entender el credo de Lutero, es preciso recordarlo cuando era joven religioso, aún plenamente católico. Al parecer, lo que más buscaba entonces en su vida espiritual eran las consolaciones sensibles, cierto gusto experimental de la piedad, esas seguridades sentidas que Dios envía a las almas para atraerlas, pero que retira también cuando quiere, pues no son sino medios que Él emplea. La única preocupación de Lutero era el *sentirse* en estado de gracia, como si la gracia en sí misma fuera objeto de sensación. Se miraba demasiado a sí mismo, se miraba más que a Dios. Efecto de esta torcida disposición fue apoyarse en sus solas fuerzas para alcanzar las virtudes y la perfección cristiana; creía en sus propias energías, en sus penitencias, mucho más que en la gracia, practicando así ese pelagianismo que luego achacaría a los católicos. Lutero parece exhibir las características del escrupuloso, reprochándose, como si fuesen pecados formales, todas las inclinaciones involuntarias de la sensibilidad. Llegó así a los que los autores espirituales llaman la "noche del sentido". Ya no tiene ninguna consolación sensible, en su alma anida la angustia, al tiempo que ve con claridad implacable la perversidad que habita en el corazón del hombre. Todo el edificio de perfección que había querido construir con sus manos, a

fuerza de voluntarismo, parece tambalear. ¿Qué hace entonces? ¿Se abandonará en manos de Dios? ¿Dirá a su corazón turbado la palabra de Agustín: "*Vis fugere a Deo? Fugere in Deum*, (¿Quieres huir de Dios? Huye hacia Dios)". Nada de eso. Deja la oración y se arroja de lleno a la acción. "Precisaría dos secretarios –escribe en 1516 al prior de Erfurt–; todo el día se me va en escribir cartas [...]. Predico en el convento y en el refectorio; cada día me llaman a la parroquia para predicar; soy regente de estudios, vicario del distrito y, por ende, prior once veces [es decir, que dirigía once conventos]; soy cuestor del pescado en Lezkau, mandatario en Torgau, en el proceso sobre la iglesia parroquial de Herzberg; lector de San Pablo, junto notas sobre el Salterio; rara vez me queda tiempo para recitar mis horas y decir la misa."

Pero no sólo se trató de "activismo". En su interior Lutero llegó a desesperar de la gracia, cumpliendo un acto de perversa resignación. Dicha decisión parece totalmente inconcebible en un religioso perteneciente a la Orden de San Agustín, el doctor de la gracia. Pero no lo es tanto. Theobald Beer ha publicado un libro, fruto de 35 años de estudio. Allí transcribe miles de anotaciones autografiadas que Lutero escribió al margen de las obras de los diversos autores que iba leyendo, especialmente de San Agustín. Dichas notas revelan un Lutero inédito, antiagustiniano. Por ejemplo donde en las *Confesiones* el Santo Doctor ataca el dualismo de los maniqueos, al margen escribe: "Es falso. De aquí vienen todos los errores de Agustín." No que Lutero fuese maniqueo, pero su reiterada afirmación

de que la humanidad de Cristo así como los sacramentos de la Iglesia no son sino una protección frente a Dios, frente a la cólera de Dios, lo apartan decididamente del pensamiento de San Agustín.

Sea lo que fuere, el hecho es que renunció a luchar; al fin y al cabo la lucha era imposible. Sumergido en el pecado, o lo que él creía pecado, se dejó arrastrar por el oleaje y llegó a esta conclusión práctica: la concupiscencia es invencible, identificando la concupiscencia con el pecado original. El pecado original lo tenemos adentro, es imborrable; nos ha vuelto radicalmente malos, corrompidos en la esencia misma de nuestra naturaleza. Al darnos su ley, Dios no ha mandado lo imposible. Sólo nos queda la desesperación. De golpe aparece aquí la figura de Cristo. Es él quien ha pagado por nosotros, su justicia nos recubre. Cristo es justo "en lugar nuestro". La justificación nos es ajena y seguimos siendo pecadores hasta la médula; el Señor no infunde en nosotros nueva vida, sólo nos cubre con su manto. Nada tenemos que hacer para salvarnos. Pretender cooperar en la acción divina es no tener fe, renegar de la sangre de Cristo y condenarse. Llegando aquí, "el cielo se le abre" a Lutero. Adiós tormentos y remordimientos.

Tal fue, muy brevemente dicho, el proceso personal del reformador. Maritain juzga que el inmenso desastre que trajo consigo la reforma protestante para la humanidad no es más que el efecto de una prueba interior fracasada. Este religioso sin humildad ha librado en las alturas del espíritu un intenso combate interior y allí ha sido vencido. El drama

se ha consumado *in acie mentis*, en la cima del alma. Por eso si queremos ir a los orígenes y principios de la doctrina de Lutero, el drama de la reforma ha sido un drama espiritual, un combate del espíritu en el corazón de un religioso individual. Se ha dicho que su teología es su autobiografía.

El salvavidas al que se agarró fue San Pablo. "Yo, que había perdido a Cristo en la teología escolástica, lo encontré en Pablo." Lee la Biblia y se queda en los textos donde cree ver reflejado su estado de ánimo, al borde de la desesperación, sin indagar serenamente su verdadero sentido, sin atender siquiera al pensamiento integral del Apóstol, ni a la exégesis de los doctores y maestros espirituales. Hubiera podido encontrar una respuesta en los textos de la liturgia donde, por ejemplo, palpita la idea de la misericordia gratuita de Dios frente a la miseria del hombre; lee los teólogos y doctores medievales y les atribuye doctrinas que jamás sostuvieron. Sólo se fija en lo que se adecua a su psicología, a su juicio propio y singular. De la Biblia para abajo no oye a nadie, por autorizado que sea. Lo más grave consistió en que un conjunto de opiniones suyas, de raíz subjetivista, las quiso imponer a todos como verdades universales y absolutas.

Tratemos ahora de exponer más detalladamente algunos de los puntos principales de su doctrina.

a. Inquina a la razón

Lutero nunca disimuló su menosprecio por lo intelectual, por la filosofía misma. De él se ha escrito: "Es un homenaje que cree rendir a Dios el de ladrar contra la filosofía [...] No debe aprenderse la filosofía sino como se aprenden las malas artes, es decir, para destruirlas, como uno se informa sobre los errores para refutarlos." Escuchemos lo que él mismo dice de Aristóteles y de Santo Tomás. "Aristóteles es el baluarte impío de los papistas. Es a la teología lo que las tinieblas son a la luz. Su ética es el peor enemigo de la gracia; es un filósofo rancio, un bribón que deberían meter en el chiquero o en la cuadra de los asnos [...], un calumniador sin vergüenza, un comediante, el más artero y astuto corruptor de los espíritus. Si no hubiera realmente existido en carne y hueso, pudiera tenérsele, sin ningún escrúpulo, por el diablo en persona." En cuanto a Santo Tomás, "nunca ha comprendido nada del Evangelio ni de Aristóteles". Lutero lo rechaza y lo niega, a él y a sus seguidores. "Es imposible reformar la Iglesia si antes la teología y la filosofía escolástica no son arrancadas de raíz con el derecho canónico."

Despáchase asimismo y sin ambages contra las universidades de París y de Lovaina. "La Sorbona, esta madre de todos los errores, ha definido de la manera más falaz que si una cosa es cierta lo es para la filosofía y la teología; es una impiedad de su parte haber condenado a quienes sostenían lo contrario." La Facultad de París es "la sinagoga

condenada del diablo, la más abominable ramera intelectual que ha vivido bajo el sol, la propia perla del infierno..." En cuanto a Lovaina, sus teólogos son "asnos groseros, puercos malditos, panzas de blasfemias, cochinos epicúreos, herejes e idólatras, charcos podridos, caldo maldito del infierno".

Su saña no va contra un sistema determinado sino contra la razón misma. A su juicio, la razón sólo vale en un orden exclusivamente pragmático, para el uso de la vida terrenal. Dios nos la ha dado sólo "para que gobierne acá abajo, es decir, que tiene el poder de legislar y mandar sobre todo lo que concierne a esta vida, como el comer, el beber, los vestidos..." Mas cuando trata de inmiscuirse en las cosas espirituales, no es sino "ceguera y tinieblas", "sólo puede blasfemar y deshonrar todo lo que Dios ha dicho y hecho". En un sermón pronunciado hacia el fin de su vida repetirá: "La razón es la grandísima p. del diablo, por su esencia y manera de ser, es una p. dañina; es una prostituta, la p. patentada del diablo, una p. comida por la sarna y la lepra, que debía ser pisoteada y destruida, ella y su sabiduría [...]. Echarle basura a la cara para afearla. Debería ser ahogada en el bautismo [...]. La abominable merecería que la relegaran al más sucio lugar de la casa, a las letrinas."

Dicho desprecio a la razón es conforme, por lo demás, a su doctrina general sobre lo que el pecado ha realizado en nosotros, viciando la esencia misma de nuestra condición, nuestra inteligencia y nuestra voluntad. La razón podrá servir, como lo acabamos de señalar, para las cosas prácticas

de la vida, pero de ningún modo para iluminar los asuntos de la fe. La pretensión de constituir, gracias al razonamiento y el auxilio de la filosofía, una ciencia que ayude a entender el dogma y la revelación, o sea, la teología, tal como la entendían los escolásticos, es para él un escándalo abominable. Lutero cree encontrar un aval para su manera de pensar en lo que sostuvieron algunos místicos alemanes al estilo de Tauler, cuando hablaban del aniquilamiento de las facultades naturales, pero en realidad tergiversa sus textos, así como lo hizo con los de San Pablo y del Evangelio, llegando a concluir que la fe va *contra* la razón. "La razón es contraria a la fe", escribía. Y también: "La razón se opone directamente a la fe, y deberían dejarla que se vaya; en los creyentes hay que matarla y enterrarla." En ello se esconde un falso misticismo antiintelectualista. "Debes abandonar tu razón, no saber nada de ella, aniquilarla completamente; sin eso no entrarás nunca en el cielo." "Hay que dejar la razón en su casa, pues es la enemiga nata de la fe. Nada hay tan contrario a la fe, como la ley y la razón. Precisamos vencerlas, si queremos alcanzar la beatitud."

b. El pecado invencible

Lutero se ha referido insistentemente al sentido del pecado. Su enseñanza a este respecto se opone claramente a la de Santo Tomás quien, siguiendo a San Agustín, sostiene que la persistencia en nosotros de la concupiscencia no significa en modo al-

guno que el pecado original no haya sido borrado por el bautismo y que la gracia santificante no sea recibida intrínsecamente en nuestra alma. Para el reformador alemán, en cambio, el pecado original persiste en el alma después del bautismo, y por ende la concupiscencia que de aquél se sigue es formalmente pecaminosa, corrompiendo al hombre y haciéndolo aborrecible a la santidad de Dios. Todo hombre, aun el más santo externamente, sigue siendo real e intrínsecamente pecador, *simul iustus et peccator*, al mismo tiempo justo y pecador. El alma no se transforma, ni se regenera, ni se diviniza, según sostiene la doctrina católica. El entero obrar del hombre se encuentra radicalmente viciado. Como la concupiscencia es completamente invencible e inextirpable, y va contra la ley y contra el amor de Dios, el hombre sujeto a ella permanecerá siempre en pecado.

Así se explica que la naturaleza humana, en el orden moral, esté esencialmente depravada, como un árbol podrido en sus raíces, incapaz de producir buenos frutos, de tal suerte que el hombre aparentemente más santo y el niño recién nacido son ambos igualmente pecadores y pecan en todo cuanto hacen. Tan inficionada y corrompida está el alma, que la voluntad se encuentra, también ella, torcida y totalmente incapacitada para cualquier obra buena, ya que le falta la libertad para obrar el bien.

¿Qué le queda al hombre por hacer? Lutero responde a este trascendental interrogante, remitiéndose a una afirmación del Apóstol. "El justo vive por la fe" (Rom 1, 17). Hay cierta lógica en su pensa-

miento. El hombre es pecador, incapaz de justificarse, condenado como está a la más total impotencia por el enemigo que lleva en sí mismo. Aun cuando exteriormente se conforme con la ley, sigue siendo pecador. Aun cuando después de intentar una buena conducta espere adquirir méritos, no lo consigue, pues en la raíz de todo su ser hay un germen mortal. Sólo la queda arrojarse en brazos de Cristo.

c. Mis pecados los asume Cristo

¿Qué podemos hacer si todas nuestras obras son pecado? Arrojarnos en los brazos de Cristo, como acabamos de decir, dejar que Cristo cargue con nuestros pecados. Él es el buen pastor que carga a sus ovejas juntamente con sus pecados, el chivo emisario que asume los pecados de su pueblo y los lleva al desierto donde aquéllos desaparecen. "Jesucristo se agacha y deja al pecador *saltarle* sobre el dorso, y lo salva así de la muerte y del carcelero." He ahí la tabla de salvación. "Cuando hayas visto que tus pecados adhieren a él, estarás entonces al abrigo de las faltas, de la muerte y del infierno." Quizás no se pueda entender racionalmente dicha transferencia, pero sí es posible esperarla, ya que "el cristianismo no es más que el ejercicio continuo de *sentir que no tienes pecado aunque peques* y que tus pecados son echados sobre Cristo". He ahí la fuente de nuestra confianza: "Basta con recibir el Cordero que lleva los pecados del mundo y el pecado no podrá separarnos de él, aunque hiciéramos mil fornicaciones y cometiéramos otros

tantos homicidios en un día." Tras arrebatar nuestros pecados, Cristo nos viste con su gracia. "¡Qué consuelo para las almas piadosas el de revestirlo así y envolverlo con mis pecados, los tuyos, los de todo el universo, e imaginarlo así, llevando todos nuestros pecados!" Quien cree que "Cristo es el manto que cubre todas nuestras vergüenzas, éste es, como Cristo, sin pecado." Que descanse, pues, con entera seguridad.

Tal es la buena nueva: "Si alguien está lleno de pecados, viene el Evangelio y le dice: Ten confianza y cree, y desde entonces todos los pecados le son perdonados." Durante años Lutero se dedicó a exponer este hallazgo, a escrutarlo, a explicarlo, a desarrollarlo, a exaltarlo, a cantarlo. ¿Acaso no dijo San Pablo, refiriéndose a Cristo, que Dios "lo hizo pecado"? "No bien reconoces que Cristo carga con tus pecados, se vuelve pecador en tu lugar." En relación con ello Lutero acuñó la expresión "teología de la cruz", entendiendo por ella la teología del hombre que desespera de sus fuerzas, de sus cualidades y de sus presuntas virtudes naturales, y funda toda su esperanza en la cruz de Cristo. Allí está *pro me*, no sólo en el sentido de que está allí "en favor mío", sino también "en lugar de mí". Se ha dicho que la doctrina luterana de la justificación es la aplicación concreta de la teología de la cruz. Gracias a ella "tú te vuelves el hijo querido, y todo marcha solo, y todo lo que haces está bien". Ya Cristo nos había anunciado esta buena nueva cuando dijo que había venido a nosotros como un servidor. "¡Ah! dices la verdad, Salvador del hombre, yo te tomo a mi servicio."

d. Justificación por la fe y no por las obras

¿Bastará con revestir a Cristo con nuestros pecados para volvernos justos? Al parecer Lutero convierte nuestra justicia en un revoque exterior bajo el cual seguimos produciendo nuestras obras malas, porque "las obras de los hombres, aunque fueran bellas en apariencia, son pecados mortales". Como si sólo lo de Dios fuese bueno, y lo nuestro, aun nuestras buenas obras, aunque aparentemente tales, fuesen incurablemente malas, "sin considerar –comenta Bossuet– que las buenas obras de los hombres son al mismo tiempo obras de Dios, puesto que él las produce en nosotros con su gracia". Bien ha observado Maritain que el absurdo extrinsecismo luterano pretende en vano darlo todo a la gracia; "considerando imposible que una obra del hombre sea también obra de Dios, plantea en realidad el principio de un naturalismo desenfrenado, que en poco más de dos siglos lo habrá destruido todo en el pensamiento occidental, antes de florecer en el inmanentismo contemporáneo".

Hemos señalado en su momento que desde que fray Martín entró en el monasterio aspiraba a la santidad, pero una santidad mal entendida, porque la fundaba más en la acumulación de ejercicios ascéticos que en el amor a Dios. Era una santidad de tipo estoico y pelagiano, imaginable en cualquier otro antes que en un hijo de San Agustín. Una y otra vez repite que tal era la religiosidad que le presentaban en el monasterio. "Yo quería alcanzar la justicia o santidad por mis propias obras",

no por la fe y la gracia. Ciertamente que no ha de haber sido eso lo que sus maestros agustinos le enseñaron, por más que él siempre reiterase la acusación de pelagianismo contra todos los frailes y todos los doctores de la Iglesia. Decir que la doctrina de la Iglesia es puro pelagianismo, de confianza en las obras y no en la gracia, comenta García Villoslada, es ignorar lo más esencial de la doctrina católica de todos los tiempos, es no haber entendido las oraciones de la liturgia, es olvidarse de San Agustín y de Santo Tomás, verdaderos modeladores de la teología tradicional, los cuales proclamaron con la mayor insistencia que las obras "sin la gracia" carecen absolutamente de valor en el orden sobrenatural.

Lo que Lutero anhelaba era "sentirse en paz con el Señor"; buscaba la experiencia de la gracia más que la gracia en sí. Su actitud ante Dios era la de un siervo interesado, no la de un hijo; deseaba, como tantas veces escribe, "tener a Dios propicio", es decir, no como enemigo, un enemigo iracundo y vengador; quería saberse seguro de su propia salvación, anhelo nada condenable de por sí, con tal de que vaya unido con el propósito de glorificar a Dios cumpliendo su voluntad; de lo contrario, se vuelve fácilmente egoísmo tortuoso y pecaminoso. Este mirar enfermizo hacia sí mismo, esta suerte de narcisismo centrado en su propia salvación individual, sin traspolación alguna al amor de Dios, fue la nota característica de la religiosidad juvenil de aquel fraile de conciencia perturbada. Así se encontraba cuando, leyendo morosamente los salmos y las epístolas de San Pablo, sintió que

por fin se le abrían los ojos. Ahora lo entendía todo. Ahora descubría que la *iustitia Dei* no era la justicia por la que Dios castiga a los pecadores, sino la justicia que salva, la que teniendo en cuenta los méritos de Cristo, no imputa ya su pecado al culpable. Así el hombre es justificado gratuitamente por el Dios justo, por pura misericordia. Y ello sin ningún mérito propio, *non per domesticam, sed per extraneam iustitiam*, no por una justicia personal sino ajena. Tal justificación es llamada por Lutero "imputativa"; Dios "nos considera" justos, aunque sigamos siendo pecadores. Al parecer se negaba a admitir la santificación real del alma, apoyándose en la mentalidad juridicista del nominalismo, y en su doctrina del hombre siempre y en todo pecador.

¿Cómo conseguirá, pues, el hombre la justificación y la consiguiente salvación? No por las propias obras, ni intentando cumplir los mandamientos, lo que es imposible, sino reconociéndose en todo pecador, y confiándose perdidamente en los brazos de Dios misericordioso, que dejará de imputarle los pecados y lo reputará *cual si fuera* justo. Aunque nuestras obras sean y sigan siendo malas, Dios no las considerará tales, porque sobre la fealdad de nuestros pecados extenderá el velo de la justicia de Cristo. Volvemos a lo que decíamos antes: nuestra justicia no es nuestra, es foránea, venida de fuera, no nos penetra. Así se explica que, a juicio de Lutero, el hombre sea "simultáneamente justo y pecador: pecador en realidad y justo en la reputación de Dios"; "justo porque tiene fe en Cristo, pecador porque no cumple la ley ni está sin concupiscencia". De ahí su tajante afirmación: "Los santos

son siempre intrínsecamente pecadores, por eso su justificación es siempre extrínseca. En cambio los hipócritas son siempre justos intrínsecamente [a su parecer]; por eso son siempre pecadores extrínsecamente [en la reputación de Dios]... Somos, pues, tanto extrínsecamente justos cuando no lo somos por nosotros mismos ni por nuestras obras, sino por la sola reputación de Dios. Y como esa reputación no depende de nosotros, tampoco de nuestra justicia." A partir de aquí entendió todo el resto de su teología. Desde que tuvo esta iluminación, todo se le tornó claro y gozoso.

Tal es la quintaesencia de la doctrina luterana, su principio básico y germinal: el hombre se justifica, o se santifica, por la fe sola, es decir, por la sola confianza en Cristo redentor, quien ya cumplió la ley por nosotros todos. Nuestras buenas obras son completamente inútiles. De nuestra parte nada podemos. Dios prometió salvarnos, y confiando en dicha promesa, nos apropiamos pasivamente la justicia de Cristo y así somos salvos. Aquel Dios que antes nos podía parecer un juez vengador e inexorable, ahora se nos muestra como Padre de las misericordias y Dios de toda consolación. Tal es la gran iluminación que Lutero creyó recibir, que algunos han llamado "el descubrimiento del Evangelio", y también "la experiencia de la torre" (*Turmerlebnis*), porque fue en una estancia de la torre del monasterio de Wittemberg donde sintió que se le aclaraban las ideas.

Sólo nos resta tener confianza en las promesas divinas. Es lo que Lutero llama la *fides fiducialis*,

la fe impregnada de confianza, que no es propiamente una "obra", la cual por ser tal sería mala, sino una actitud personal y pasiva. Confiar en la misericordia de Dios, sin dar pábulo a ninguna vacilación, desesperando totalmente de sí mismo, poner toda nuestra confianza en Cristo, que nos ha redimido haciéndose pecado por nosotros... Parecen palabras llenas de piedad, que salen vivas y palpitantes de sus labios o de su pluma, pero, cuando añade que solamente por esa confianza desesperada encontramos la salvación, pasivamente, sin ninguna colaboración nuestra, está desfigurando sustancialmente el concepto auténtico de la fe, en el olvido de muchos pasajes evangélicos contrarios. La fe que salva sin las obras ya no es la fe teologal sino un movimiento humano de ciega confianza. Sólo le pide a la fe la confianza que le asegure cierto estado de euforia espiritual. No es que él rechace y desaconseje las buenas obras que, por otra parte, admite que serán fruto de la justificación alcanzada, sino que les niega mérito y valor en orden a la vida eterna. Y hasta insinúa que es conveniente despreciarlas, a fin de mantenerse en humildad y conservar siempre la conciencia de que se es pecador.

No hay, pues, otra manera de salvarse que confiando en Cristo. ¿Qué importan, al lado de esta realidad tan consoladora, los miserables esfuerzos del hombre para hacer penitencia, enmendarse y elevarse? Todo ello es irrisorio. "El justo vive por la fe", dice San Pablo. Esta fue la afirmación que más impactó a Lutero. "Enseguida –dice– me sentí renacer, y me parecía entrar por las puertas, abiertas de par en par, en el mismo paraíso." Sabía que

seguía siendo pecador, pero ello no le tiraba para abajo, como antes, persuadido como estaba de que Cristo había tomado sobre sí todos los pecados del mundo. Cuando tradujo aquel texto de la epístola a los romanos, le añadió el adjetivo "solo": "el hombre es justificado por la *sola* fe". Le reprocharon la tergiversación. ¿Qué importa?, repuso. ¿No era acaso el Reformador? ¿No tenía derecho a interpretar la Escritura como Dios lo inspiraba? "Yo no quiero por juez ni un asno-papa, ni una mula. No quiero responder nada a tales asnos ni a sus berridos inútiles sobre la palabra *sola*. Ya basta: Lutero lo quiere, Lutero habla así. Lutero es un doctor por encima de todos los doctores de todo el papismo."

¿Qué es la fe, según Lutero? En este punto su pensamiento se mantuvo en un constante flujo y reflujo; pero en todo caso la fe no es –como se afirma en el catecismo– la sumisión a las doctrinas de la Iglesia y la plena aceptación de las verdades reveladas, según lo había enseñado Santo Tomás: "Quien rehúsa, aunque sea sobre un solo punto, su adhesión a las verdades reveladas propuestas por el magisterio de la Iglesia, pierde por ese solo hecho la fe teologal." Para Lutero la fe es la confianza en Dios, esa actitud fiducial de que hablamos, la certeza de que Él quiere y puede perdonar los pecados en nombre de Cristo, abandono total en las manos del Omnipotente, en la convicción de que el simple hecho de poseer esa confianza es una garantía de salvación. Ello no se "siente", pero se cree. A un amigo le escribía: "Querido hermano, querrías tener el sentimiento de tu justicia,

es decir, sentir la justicia como sientes el pecado; no es posible que así sea..." Comentando la epístola a los gálatas escribía: "No debes escuchar ese sentimiento, sino decir: aunque me parezca que estoy hundido en el pecado hasta las orejas y que me ahogo, aunque mi corazón me diga que Dios se ha alejado y se ha irritado contra mí, no hay en el fondo nada cierto en todo eso; es pura mentira... Así, pues, la justicia no la tendrás sintiendo sino creyendo que la posees; si no crees que eres justo cometes una horrible blasfemia contra Cristo."

Lutero consideraba este punto como el crucial de su doctrina, del que depende todo lo demás. Si el Papa admitiese este artículo de la justificación por la sola fe, llegó a afirmar, se postraría ante él y lo portaría en triunfo sobre sus hombros; de lo contrario, se ensoberbecerá contra él, y no cederá ante mil papas, ante todos los césares, ante todos los ángeles. "Yo tengo que ser humilde, pero, ante el papa, santamente soberbio [...]. ¡Oh papa! Yo te besaré los pies y te reconoceré por sumo pontífice si adoras a mi Cristo y admites que por su muerte y resurrección alcanzamos la remisión de los pecados y la vida eterna, no por la observancia de tus leyes. Si cedes en esto, no te quitaré la corona y el poder; pero si no, gritaré sin cesar que eres el anticristo."

No nos queda sino reconocernos pecadores y desesperar totalmente de nosotros. Sólo así nos salvará la confianza en los méritos de Cristo. Si un pecado actual nos sirve de ocasión para reconocer nuestra corrupción esencial y ejercitar la fe, este

pecado valdrá más para nosotros que todas las buenas obras y todos los esfuerzos de una vida virtuosa. Tal fue el error mortal de Lutero: creer que la salvación la procura la sola fe y la procura por una imputación exterior, y no por la *caridad*, que regenera y justifica interiormente al hombre, le hace realizar obras realmente buenas, y exige que luche para adquirir, conservar y fortificar las virtudes.

e. *Sola Scriptura*

La "fe justificante", según lo acabamos de señalar, suple a todo, y especialmente a los vanos esfuerzos del hombre. Ahora bien, ¿qué incluye esa fe, cómo se sabe lo que hay que creer? Para nosotros es la Iglesia quien nos enseña el contenido de la fe, que nos llega a través de dos conductos, la Escritura y la Tradición. Los luteranos reconocen una de esas dos fuentes, la Escritura, negando a la Iglesia todo derecho a intervenir, porque dicha interferencia obstaculizaría la relación directa del hombre con Dios. Al dogma de la *sola fides* seguirá la de la *sola Scriptura*.

Cada cristiano debe dirigirse por sí mismo al texto sagrado y de esta única fuente de verdad deducir sus normas de vida: el Espíritu Santo lo guiará. Tal es la teoría del *libre examen*. Nada, pues, de principios exteriores, nada de dogmas, sólo una experiencia interior de liberación espiritual. No hay más verdades dogmáticas que las que se incluyen de manera expresa en la Sagrada Escritura, inter-

pretada según el criterio de cada cual, sin atender para nada al magisterio eclesiástico y a la tradición.

Tal teoría se opone frontalmente a la doctrina de la Iglesia. Desde los primeros tiempos se aceptó que la Escritura era fuente de revelación divina, la fuente fundamental y principal, pero no la única. Porque la Iglesia, desde sus comienzos, se consideró la depositaria de los misterios revelados por Cristo, y no todos esos misterios se incluyen en la palabra escrita. Antes de que ésta existiera, existió la palabra oral, la transmitida de persona a persona, y que ha llegado a nosotros por otra vía, la de la tradición. Limitar todo a lo que se contiene en la Escritura es empobrecer la revelación. De hecho, antes de que los Evangelios fuesen escritos, la primitiva Iglesia, la de los tiempos apostólicos, creía en los mismos misterios que nosotros, de manera más o menos explícita. Sin duda, Cristo enseñó muchas cosas a los apóstoles para que las comunicaran luego oralmente. Por lo demás, la Iglesia existió con anterioridad a los libros, los evangelios y las epístolas. Por algo decía el Apóstol: "Mantened firmemente las tradiciones que recibisteis, ya de viva voz, ya por carta nuestra" (2 Tes 2, 15). El mismo Cristo no escribió nada. Encomendó a la Iglesia su palabra fresca y original, y más tarde también su palabra escrita. Por lo demás, ¿cómo podían estar ciertos los fieles de tiempos posteriores de la genuinidad e inspiración de aquellos libros sino por el testimonio y magisterio de la Iglesia, su depositaria? Desde entonces, la Escritura fue el alimento de los cristianos, el gozo de los santos, el libro básico en la enseñanza catequética y teológica.

Lutero enfrentó la doctrina de la Iglesia, enarbolando la bandera de un biblicismo radical y absoluto. Al hacer de la Escritura la única fuente y la única norma de la fe, no solamente puenteó la tradición, sino que arrebató al sucesor de Pedro y a la Iglesia jerárquica el derecho divino de interpretar auténticamente la palabra revelada, con lo que echó por tierra toda la autoridad del magisterio eclesiástico. Cuando en 1518 el cardenal Cayetano le arguyó con una bula del Papa, Lutero respondió que los documentos pontificios no eran infalibles, y por encima de ellos estaba la palabra divina, contenida en la Biblia, en la que él se fundaba; hay que obedecer a Dios antes que a los hombres. Cuando Roma condenó por primera vez sus tesis, Lutero apeló al concilio ecuménico contra el Papa; cuando se le demostró que algunas de sus tesis estaban contra el Concilio de Constanza, negó la infalibilidad de los concilios. No le quedaba otro recurso que aferrarse a la sola Biblia, y ella subjetivamente entendida. Allí se encastillaría durante toda su vida, persuadido de que sus doctrinas particulares coincidían puntualmente con la palabra de Dios. "No intenté divulgar sino la verdad evangélica contra las supersticiosas opiniones de la tradición humana", diría en 1520 en carta a Carlos V. Biblia sí, tradición no. Pareciera que el pensamiento de Lutero siempre busca ser dialéctico: la fe *o* las obras, la Escritura *o* la tradición. No es así la posición católica, decididamente integradora: la fe *y* las obras, la Escritura *y* la tradición.

f. Los sacramentos recortados

Ya hemos señalado que Lutero afirmó de manera reiterada que los sacramentos no eran otra cosa que una protección contra la cólera de Dios. Su teoría sacramental se deduce de lo que dijimos más arriba. Si el hombre se justifica y se salva por la sola confianza en Cristo –la fe fiducial–, los sacramentos quedan completamente desvirtuados, pierden su sentido, y toda la acción santificadora de la Iglesia resulta inútil y superflua. Podríase decir que Lutero declara abolido todo lo que pudiera ser "intermediación" entre Dios y el hombre. A su juicio los sacramentos no son más que signos. Su único rol consiste en atestiguar exteriormente que quien los recibe tiene fe y muestra su esperanza de ser justificado por los méritos de Cristo, pero de por sí solos no producen ningún efecto relacionado con la gracia.

De los siete sacramentos mantuvo sólo tres, aduciendo que sólo de ellos se habla en el Evangelio. Ante todo el bautismo, un puro signo de la transformación exterior. "No es el bautismo el que justifica ni aprovecha a nadie, sino la fe en la palabra de la promesa, pues la fe justifica y cumple lo que el bautismo significa." En cuanto a la penitencia, la reduce a un impulso hacia Dios y a un acto de profunda humildad; como todos los actos humanos son pecaminosos, no es necesaria la enunciación verbal de los pecados; ni la contrición depende del hombre. Por lo demás, no importa quién es el cristiano que absuelve; no se necesita que sea

sacerdote, ya que todos los fieles son testigos del Espíritu Santo. Cuando se refiere a la Eucaristía, afirma con claridad que no existe el "sacrificio de la misa", sino que es una mera promesa del perdón de los pecados; tampoco hay transustanciación, ya que si bien Cristo está presente en la hostia, lo está juntamente *con* el pan y *en* el pan, sin que la sustancia del pan desaparezca en aras del cuerpo de Cristo ni la del vino para dejar su lugar a la sangre. A ello llama *impanación* (*in pane*, en el pan) o *consustanciación* (*con* la sustancia de pan). El matrimonio, el orden y la extremaunción no son sacramentos.

5. *Irradiación desde Wittemberg*

Los errores de Lutero se fueron propagando de manera impresionante. Podríase decir que a mediados del siglo XVI, buena parte de Europa ya no era católica. Se ha calculado en unos sesenta millones el número de habitantes en aquel tiempo. Pues bien, de ellos cerca de veinte millones habían caído en la herejía. La ciudad de Wittemberg, aunque desde el punto de vista urbanístico parecía casi una aldea, culturalmente podía ufanarse de poseer una Universidad luterana, y religiosamente se había convertido en una especie de nueva Roma. Ya Lutero no era un fraile cualquiera, ni un mero profesor de teología, sino un pontífice supremo, a quien contemplaban y escuchaban regiones enteras de la antigua Cristiandad.

a. Causas del triunfo protestante

No resulta fácil dar razón del fenómeno acontecido. Apuntemos algunas posibles causales. En la práctica, muchos de los que se apartaron creían que lo que se les proponía no era un cambio de religión, sino un intento por mejorarla, dejando de lado los formalismos para acentuar los elementos interiores del cristianismo, sobre todo la fe en Cristo. La gente culta se sentía solazada al poder ir más directamente a la palabra de Dios, al Evangelio mismo, sin aditamentos humanos. Los príncipes, por su parte, se inclinaban fácilmente a la nueva religión, que les permitía acrecentar sus territorios, despojando de sus tierras a obispados, abadías y monasterios. Aplaudían llenos de gozo los enemigos de la escolástica, gozosos de volver a las "fuentes" de la fe, como decían. El pueblo común, muchas veces de fe rutinaria, no estaba en condiciones de permanecer inmune frente a la incesante predicación oral o escrita, incapaz de discernir lo falso de lo verdadero. La nueva religión parecía más íntima y espontánea, y también mucho más fácil. Bastaba confiar en Cristo: *sola fides*, sin otra autoridad y magisterio que la Sagrada Escritura: *sola Scriptura*. A los sacerdotes se le repetía: "El celibato es un crimen contra la naturaleza." A los monjes y monjas: "Los votos monásticos son imposibles y anticristianos, pura hipocresía o soberbia." Y a todos: "El matrimonio es absolutamente obligatorio y necesario para quien tiene órganos de generación." Muchísimos creyeron que hasta entonces habían sido engañados por la Iglesia de Ro-

ma, que tiranizaba sus conciencias, y abrazaron gozosamente la emancipación que se pregonaba desde Wittemberg, tirando por la borda cuanto la tradición había transmitido durante siglos: ritos, ceremonias, ayunos, abstinencias...

Así cundieron las ideas de Lutero. Quizás si las hubiera presentado otro, no habrían tenido tanta resonancia. Pero el reformador era un hombre brillante, fogoso y activo. De hecho, en los siglos XIV y XV, en circunstancias parecidas, los conatos de rebelión de los herejes Wiclef y Hus no tuvieron la repercusión de la reforma protestante del siglo XVI. Fue Lutero como una tea que circuló por un bosque ya preparado para el incendio. También es cierto que para lograr sus objetivos no vaciló en recurrir a la mentira. Véase si no la actitud que adoptó ante el requerimiento que le presentara uno de los más importantes príncipes alemanes, protector suyo. El landgrave Felipe de Hesse, que ya no se contentaba con su mujer legítima, quería unirse con una joven de diecisiete años, de la que se había enamorado, sin por ello repudiar a su anterior esposa. Comenzó Lutero por aconsejarle que satisficiera su pasión tomando a esta joven por mujer pero en matrimonio secreto. No llamaría la atención que conviviera con ella, le decía, ya que era frecuente que los príncipes mantuvieran, además de sus esposas, concubinas en sus palacios. Pero la madre de la joven que el landgrave deseaba hacer suya, imponía como condición que su hija contrajera con Felipe verdadero matrimonio y que ésta ocupara, por lo tanto, el lugar de verdadera esposa. Obtenido el consentimiento de Lutero para lo prin-

cipal, que era el contraer nuevo matrimonio sin anulación del anterior, poco tardó el príncipe, respaldado por la opinión de varios teólogos protestantes, en decidirse a la celebración de sus nuevas bodas. Al principio la ceremonia se mantuvo en secreto, pero pronto la joven ocupó el lugar de señora de la casa, y se difundió la noticia de su bigamia autorizada por Lutero. Enorme fue el escándalo en toda Alemania, donde la bigamia era entonces delito penado por la ley con la muerte. Lutero buscó, por medio de negaciones y especiosas razones, disimular su responsabilidad. Aconsejó a Felipe que desmintiera categóricamente la verdad del casamiento, afirmando que la joven era sólo una concubina. Amenazó al landgrave con cubrirlo de confusión y de ridículo ante la opinión pública mediante su habilidad dialéctica. Al instarlo a negar la verdad del matrimonio le decía: "¿Qué daño puede haber en que, para bien superior de todos y de la iglesia cristiana [es decir, luterana] se diga una mentira, por grande que sea?"

Razón le sobraba al duque Jorge de Sajonia cuando llamaba a Lutero "el más frío mentiroso que jamás conoció [...] Nos vemos obligados a decir y escribir que ese fraile apóstata nos miente en la cara como un condenado infame, deshonesto y perjuro". Recuerda aquí el procedimiento con que se impuso la reforma protestante en algunos lugares de Europa. A pesar de graves deficiencias morales, el pueblo estaba menos corrompido que sus dirigentes temporales y espirituales. La gente quería permanecer fiel a la religión tradicional y un cambio brusco hubiera provocado anticuerpos.

¿Qué se hizo entonces? En base a un cálculo de índole táctica se graduaron las novedades en la doctrina y en el culto de manera que pasaran poco menos que inadvertidas, a tal punto que el pueblo se fuese separando de la comunidad de la Iglesia sin que se apercibiera de ello.

Lutero escribía en 1545: "Como entonces [poco después de su apostasía] nuestra doctrina era nueva y escandalizaba a las masas en el mundo entero, tuve que avanzar con precaución; a causa de los débiles dejé muchos puntos de lado, cosa que no he hecho después." Por ejemplo, como la gente, al decir de Melanchton, "tenía tal apego por la misa que parece que nada pudiera arrancarla de los corazones", optó por conservarla en lo exterior. Abundemos en la estrategia empleada en torno a ella, porque no deja de ser aleccionadora. Observando, a su regreso de Wartburg, que el ritual litúrgico, implantado violentamente por Karlstadt y Zwinglio, había suscitado en el pueblo escándalos y protestas, entendió que era necesario proceder con mayor circunspección. En verdad, ambos se habían pasado de revoluciones. Karlstadt, que sería por un tiempo, en ausencia de Lutero, el caudillo de la revolución religiosa en Wittemberg, se adelantó a celebrar la misa en alemán, sin ornamentos litúrgicos; lo hacía vestido de civil, suprimiendo el canon y la elevación, y repartía la comunión bajo las dos especies, estableciendo que los fieles tomaran con sus propias manos la hostia y el cáliz, para demostrar que entre sacerdotes y laicos no había diferencia sustancial. Zwinglio, por su parte, junto con otros frailes apóstatas, poseídos de furor icono-

clasta, sacaron del templo los altares, decapitaron las imágenes de los santos, de Cristo y de la Virgen, destruyeron las pinturas murales, y prendieron fuego a los cuadros, crucifijos, etc.

Todavía no se podía dejar trascender que la reforma luterana era una revolución contra la antigua Iglesia. Lutero pensaba llegar hasta donde habían llegado aquellos novadores, pero paso a paso. Desde un principio juzgó que había que eliminar el carácter sacrificial de la misa, quitando el canon o al menos cuanto en él hiciera alusión al sacrificio. Pero para que la gente que iba a misa los domingos no advirtiera que se le estaba cambiando el rito, se hacía preciso conservar ciertas cosas accidentales y de menor importancia, como los ornamentos sacerdotales, la elevación de la hostia y el cáliz, y la lengua latina en las plegarias. "El sacerdote –decía– puede arreglarse muy bien de manera que el hombre del pueblo ignore siempre el cambio operado y pueda asistir a la misa sin encontrar nada que lo escandalice..." Como lo pensó, lo llevó a la práctica. Y así en 1523 tenía ya terminado un manual de rúbricas, o *Formula Missae et communionis*, donde sólo se trata de la misa solemne y cantada ante el pueblo; la privada ya no existe más, abolida como estaba para siempre. Exteriormente no había mucha diferencia con la misa tradicional. Se mantenían los ornamentos, se cantaba el Introito, el Kyrie, el Gloria, la oración colecta, luego se leía la Epístola y el Evangelio, se rezaba el Credo, se predicaba. Pero enseguida señala el manual: "Hay que repudiar con abominación, por su carácter sacrificial, el ofertorio, la oblación y todo el canon." El

pueblo no se daría cuenta, pues entonces todo ello se decía en voz baja. "Mientras se canta el Sanctus y el Benedictus tendrá lugar la elevación del pan y del cáliz con el rito observado hasta ahora, a fin de que los débiles en la fe no se ofendan con la innovación." En otro lugar explicaría Lutero: "Los sacerdotes saben el por qué de la supresión del canon. En cuanto a los seglares, es inútil hablarles de ello." El expediente era simple: se mantenían las formas sensibles, abandonándose los dogmas fundamentales, de modo que los fieles, felices de que se les conservara la misa, se encontrasen luteranos sin saberlo. Sólo después, cuando ya hubiesen digerido los cambios, se les daría la doctrina correspondiente. Estos mismos métodos serían los empleados por los luteranos cuando tuvieron poder en Suecia y Dinamarca. De esa manera, el santo sacrificio de la misa quedó deformado esencialmente, convirtiéndose en un convite o "cena" eucarística, meramente conmemorativa de la última cena de nuestro Señor.

b. Medios usados para propagar la nueva doctrina

Valióse Lutero de diversos procedimientos. Ante todo de la enseñanza catequística. Para hacerla efectiva recurrió a la predicación, pero sobre todo a sus dos famosísimos *Catecismos*. "El catecismo –diría en una de sus «charlas de sobremesa»– es la Biblia de los laicos." En 1529 anunció que estaba preparando el catecismo "*pro rudibus paganis*". Se refería al *Catecismo mayor* en alemán. Al mis-

mo tiempo compuso el *Catecismo menor.* El "Catecismo mayor" era un manual de doctrina cristiana, para uso de los párrocos, redactado en breves capítulos. En su primera parte explica los diez mandamientos, con oportunas alusiones bíblicas; en la segunda, los artículos de la fe; en la tercera, las peticiones del pater; en la cuarta, el sacramento del bautismo y el sacramento del altar, terminando con una breve exhortación a la "confesión". El "Catecismo menor", que apareció en forma de tablas o carteles que se podían colgar en las paredes de la casa o del templo, con los mandamientos, el credo y el pater, sigue la forma tradicional de preguntas y respuestas, en lenguaje sencillo, preciso y claro, para que los niños lo aprendieran fácilmente de memoria. Ambos catecismos figuran hoy entre los escritos simbólicos o "confesionales" de la Iglesia luterana.

En los dos textos, Lutero reveló cualidades pedagógicas poco frecuentes y una rara habilidad para hacerse entender por los pequeños y la gente sencilla. Los niños debían recitar el decálogo, el credo y el pater al levantarse por la mañana, y antes de comer y de cenar; si se resistían a hacerlo, sus padres debían negarle el alimento. Los mayores de edad que se negasen a aprender el catecismo, serían desterrados de su patria por el príncipe. Con tan draconianas medidas, la catequización luterana penetró profundamente en las diversas capas de la sociedad.

Más allá de ese recurso directamente doctrinal, Lutero recurrió a la *música* y el *canto* para propa-

gar su nuevo evangelio, a semejanza de lo que hizo Arrio en el siglo IV. Desde niño había sido muy aficionado a la música instrumental y vocal, y siendo fraile se ejercitó en el canto gregoriano. Alemania se hallaba por aquel entonces en un momento de auge artístico. No había en Europa mejores constructores de órganos y de laúdes que los alemanes, y tanto los organistas como los cantores gozaban de gran estima en la Iglesia y en las cortes de los príncipes. Lutero sentía particular atractivo por los cantos litúrgicos. "En el papado –diría cierta vez en un sermón– se cantaban hermosos cánticos." Naturalmente, para llegar de manera más directa al alma del pueblo, él prefirió componer los himnos y canciones no en latín sino en alemán.

Ya en 1523 corrían impresos algunos cantos por él compuestos, aunque la primera colección es del año siguiente. De todos los himnos luteranos, el más célebre y aun literariamente uno de los mejores es aquel que comienza "Firme baluarte es nuestro Dios", inspirado en el salmo 45. Alguien ha dicho que este himno fue "La Marsellesa" de los ejércitos protestantes, una especie de marcha guerrera. Dícese que lo cantaron los soldados de Gustavo Adolfo en la batalla de Breitenfeld, en 1630, y todavía lo entonan el 31 de octubre de cada año en la amplia galería de la catedral de Erfurt millares de voces infantiles. Otro de sus cantos más originales, típicamente luterano por sus ideas y sentimientos, es el que empieza: "Alegraos, amados cristianos". En él se exhorta a los fieles que se alegren y celebren en común el milagroso beneficio de Dios, que nos ha redimido a costa de la sangre de su

Hijo, librándonos del infierno y de la esclavitud del demonio, a nosotros, que vivíamos angustiados y en la desesperación, porque nuestras buenas obras de nada valen, no son sino corrupción, y la voluntad, opuesta al juicio de Dios, está muerta para el bien. Algunos cantos eran de combate: "Defiéndenos, Señor, por tu palabra y reprime los atentados del papa y de los turcos, que quieren echar de tu trono a Jesús, tu Hijo querido". Fue éste, nos dice Lutero, "un canto para niños, para cantar contra los dos enemigos hereditarios de Cristo y de su santa Iglesia". Buena parte de los cánticos atribuidos a fray Martín son de origen más antiguo, sólo que él los retocó, es decir, los adaptó a la nueva doctrina; otros eran simples traducciones de salmos e himnos latinos; muy pocos fueron versificados libremente por él. Entendía que tales cantos eran un medio eficacísimo de llevar al pueblo la nueva religión, paladeada con la música y el verso. Así llegó a ser el padre de la himnología religiosa protestante, que tanto había de florecer posteriormente.

Con frecuencia Lutero repetía que la música es la más alta de las artes y la más próxima a la teología. "No hay duda que en los ánimos aficionados a la música –le escribe a un conocido compositor de su época– germinan muchas virtudes, mientras que los que no tienen tal afición me parecen semejantes a tarugos o bodoques. Sabemos que la música es odiosa e intolerable a los demonios. Y no tengo reparo en afirmar que, después de la teología, no hay nada comparable a la música; sólo ella, después de la teología, produce lo que de otra manera sería exclusivo de la teología, a saber, la paz

y la quietud del ánimo, claro argumento de que el demonio, autor de las preocupaciones tristes, de las turbaciones e inquietudes, huye a la voz de la música casi igual que a la voz de la teología. De ahí que los profetas de ningún arte usaron como de la música, poniendo su teología no en formas geométricas, aritméticas ni astronómicas, sino musicales, teniendo a la teología y a la música por hermanas y anunciando la verdad por medio de salmos y cánticos [...]"

Asimismo Lutero supo recurrir con gran habilidad al *grabado* y la *caricatura*. No era él pintor o dibujante, pero estaba dotado de una fantasía realmente popular y exuberante, pletórica de figuras y colores, con lo que logró inspirar a varios pintores geniales, que se pusieron a su servicio, entre los cuales el principal fue Lucas Cranach, el Viejo. A ellos les sugería el modo de trazar, para sus fines anticatólicos, escenas grotescas, gestos obscenos, expresiones ridículas y repugnantes. Recordemos aquel "Pasionario de Cristo y del anticristo", aparecido en 1521, con dibujos de Lucas Cranach y breves comentarios de Lutero, donde se presenta de manera antitética a Cristo y al Papa, para burla de la Santa Sede. Dos caricaturas muy de su gusto fueron la del "monje-becerro" (*Monchkalb*) y el "papa-asno" (*Papstesel*), que le sirvieron para componer un panfleto, en el que explicaba el origen de un aborto monstruoso –cabeza de hombre bestializado, con patas y pezuñas de vaca, cola corta y espaldar de carne, a modo de capucha–, que según Lutero debía entenderse como la imagen del monaquismo. La explicación de la caricatura del "papa-asno" la

hizo Melanchton; representaba otro monstruo que se decía haber aparecido en el Tíber en 1495; el dibujo es directamente grotesco: cuerpo de mujer, cabeza de asno, toda la piel escamosa, menos en el vientre y los pechos; el pie derecho en forma de pezuña, el izquierdo, de garra; el brazo derecho parece la trompa de un elefante, el izquierdo es de mujer; en las asentaderas resalta la cabeza de un viejo barbudo y una especie de cola que termina en cabeza de serpiente. Era la representación del Papado.

En 1526 apareció otro folleto ilustrado, "Pinturas y descripción del Papado con sus miembros", que consta de 65 láminas, con versitos de Lutero bajo cada una de ellas. Allí se representan las figuras de un Papa, un cardenal, un patriarca, un obispo, un canónigo y un representante de diferentes Órdenes religiosas. En este caso los dibujos no son indecentes; lo satírico está en los versos. Al término del opúsculo escribe Lutero: "Piensan algunos que basta ya con tanta burla del papa y del estado eclesiástico [...] No es esa mi opinión sino que, como dice el Apocalipsis, a esa roja prostituta, con la que han fornicado y fornican los reyes y príncipes de la tierra, hay que embriagarla completamente para que su dolor y aflicción sean grandes como fueron su deleite y su poderío, hasta que por fin sea pisoteada como inmundicia de las callejas y nada haya tan abyecto en la tierra como esta Jezabel sedienta de sangre." Pero la obra más repugnante y fétida que produjo el arte gráfico de la propaganda luterana fue la llamada "Imagen del Papado": son diez grabados, con cuatro versos de Lutero al pie de

cada uno. En el quinto, un hombre con las nalgas al aire, echa sus excrementos en la tiara pontificia; en el séptimo, un papa en figura de asno hace sonar la flauta; en el nono "el papa satanísimo y sus cardenales cuelgan de la horca, mientras unos diablejos juegan encima del tablado". Parece mentira que del taller de un pintor tan excelente como Lucas Cranach, que antes había producido espléndidas obras de arte religioso, salieran, bajo la inspiración de Lutero, obras tan nauseabundas. Pero al pueblo bajo le caían en gracia este tipo de caricaturas, que pasaban de mano en mano entre carcajadas y groseros comentarios.

Así como a la música y el canto, igualmente recurrió Lutero al uso de unos cuantos *slogans* o palabras talismánicas, reiterados una y otra vez, que agregaban enorme eficacia a su predicación. El primero era "Reforma". Como si dijera: la "reforma" anhelada por toda la Cristiandad, la damos a conocer y la predicamos nosotros. No somos "herejes" –lo que hubiera sonado chocante al oído de los fieles–, somos "la Iglesia reformada", porque la Iglesia romana es la Iglesia corrompida, la sede del Anticristo. Muchos, aun hombres doctos y piadosos, se dejaron seducir por este slogan. El segundo podría resumirse en estas palabras: "Todo hay que atribuirlo a Dios, nada a los hombres"; en lo tocante a nuestra salvación, todo se debe a la gracia divina, a los méritos de Cristo, nada a nuestras obras humanas, que son absolutamente inútiles; basta la fe o confianza en la misericordia de Dios: *sola fides*. Los pecadores, que se sentían angustiados, encontraban consuelo en esa doctrina. El tercer slo-

gan fue: "La Palabra de Dios, no la palabra de los hombres", ya que al fin y al cabo todo lo que los hombres añaden, aunque sean papas u obispos, siempre será cosa superflua, innecesaria, indigna de que se le preste atención; la Palabra de Dios, en cambio, permanece para siempre, y se contiene solamente en la Sagrada Escritura: *sola Scriptura*.

También la reforma protestante encontró un imponderable instrumento de propagación en la *imprenta*, género especialmente adaptado al genio periodístico de Lutero. De hecho fue el luteranismo la primera herejía que para su difusión recurrió a la tipografía. La había inventado Gutenberg pocos años atrás, en 1468, y la Iglesia comprendió enseguida el provecho que de dicha invención podía extraer tanto para el fomento de la piedad cristiana como para la difusión de la catequesis y de la ciencia sagrada. De ahí que pronto aparecieron numerosos libros de devoción, de predicación, de liturgia. Por desgracia, como señala un estudioso, de hecho "los impresores se pasaron casi todos al campamento del reformador y divulgaban con fogoso celo los escritos de las nuevas doctrinas", en buena parte por las ganancias que de ello podían esperar. Muchísimos fueron los apóstatas que, abandonando los conventos, se ganaban la vida haciendo de libreros, y distribuyendo por toda Alemania las obras de Lutero. Las imprentas mismas evitaban los libros católicos, como si fueran indoctos, triviales y rutinarios. Preferían publicar Biblias luteranas o libros protestantes, pero sobre todo folletos o volantes, que se podían llevar en el bolsillo, y se leían en los viajes y en los hogares.

c. El éxodo de religiosos y sacerdotes

El ataque de Lutero a la vida religiosa había sido feroz. "Benedictinos, cartujos, agustinos, carmelitas, todos los monjes y todas las monjas están ciertamente condenados; sólo los cristianos se salvarán [...], porque no es por Cristo que quieren salvarse, sino por otro medio: su regla y sus votos." Los religiosos en su integridad, fueran relajados o fervorosos, atrajeron su condenación, los primeros porque estaban en contradicción con sus votos, los segundos porque sus votos eran incompatibles con la fe. "No merecen el nombre de hombres: se sitúan mucho más abajo que los puercos." Ninguna Orden quedó exenta de su execración: "Si yo tuviese a todos los franciscanos en la misma casa, les prendería fuego." Ya lo había dicho tiempo atrás: "Los conventos deben ser destruidos de arriba abajo." Su comentario de la epístola a los romanos concluye con un llamado a cada religioso: "Es perfectamente evidente que tus votos son malos, ilícitos, impíos, contrarios al Evangelio. Ten, pues, fe en el Evangelio, abandona tus votos y vuelve a la libertad cristiana." A un pobre religioso, antiguo alumno suyo, que sintiendo vergüenza no se atrevía a salir del convento, le animaba: "¿Acaso Cristo no ha cubierto todas las vergüenzas?"

Los escándalos se multiplicaban. En el monasterio mismo de los agustinos de Wittemberg, al que Lutero había pertenecido, el nuevo vicario, amigo del reformador, convocó un capítulo. Allí decidió dejar librado a la conciencia de cada cual el perma-

necer en el monasterio o abandonarlo, porque los votos, se arguyó, son contrarios al Evangelio. Los frailes salieron en gran número. Ello aconteció el año 1522.

Karlstadt, convencido de estar haciendo apostolado, instó a "liberar a tantos desgraciados curas del cautiverio del diablo." Además de los agustinos, apostataron muchos benedictinos, dominicos, franciscanos, así como numerosos sacerdotes del clero secular. Buena parte de ellos se casaron. Algunos se convirtieron en párrocos luteranos, tomando posesión de las viejas iglesias, ahora abandonadas. El prior del monasterio agustino de Erfurt, antes modelo de observancia, dejando los hábitos se propuso luteranizar aquella ciudad. No faltaron abades que entregaron sus abadías a los novadores; en Alemania del norte, apenas si quedó algún monasterio benedictino. Aun de la cartuja salieron predicadores protestantes. En honor de la Orden de Santo Domingo hemos de decir que el número de los dominicos que dejaron fue escaso. Al comienzo, Lutero manifestó su desagrado al enterarse del matrimonio de tantos clérigos y religiosos. Mas ¿no era acaso la consecuencia de la actitud tomada por él con respecto a los votos monásticos? Luego cambió, alentándolos a obrar de esa manera. "Aplaudo gustosísimo –escribía en 1524, siendo él todavía célibe–, las bodas de los sacerdotes, de los monjes y de las monjas." Más aún, llegó a escribir: "Es terrible para un hombre llegar a la muerte sin haber tenido mujer. Que no haya tenido al menos la sincera intención de casarse. ¿Qué podrá responder a Dios cuando éste le diga: Yo te había dado un

sexo, no era para que permanecieses solo. ¿Dónde está tu mujer?"

Nada más ignominioso que el espectáculo ofrecido en Alemania por estos clérigos y religiosos de ambos sexos "liberados" por Lutero, miembros ya gangrenados, que sólo esperaban una ocasión para alejarse de la Iglesia. Ello demuestra que el ambiente estaba preparado para la defección. Como escribe Maritain, "era preciso que el hecho volviera a la altura del derecho por un triunfo de la santidad o que el derecho descendiera al nivel del hecho por un triunfo de la concupiscencia; lo cual justamente fue la obra de la reforma luterana". A veces no se trepidó en recurrir a la violencia. Hubo sacerdotes y religiosos "reformados" que constituían verdaderas bandas dedicadas a arrancar a las religiosas de los claustros para hacerlas sus "esposas". Incluso sucedió que, una vez arrebatadas, llegaban a ponerlas en venta. "Nueve nos han llegado –escribe un clérigo apóstata a otro–, son bellas, graciosas y todas nobles; no hay ninguna de cincuenta años. A ti, querido hermano, te he destinado la mayor para mujer legítima, pero si quieres una más joven podrás elegir entre las más lindas." Después de un rapto de religiosas acaecido en la noche del Sábado Santo de 1523, Lutero no temió llamar al organizador de la hazaña, "bienaventurado ladrón", y así le escribía: "Como Cristo, habéis sacado esas pobres almas de la prisión de la tiranía humana; lo habéis hecho en una fecha providencialmente indicada, en este momento de Pascua, en que Cristo ha destruido la prisión de los suyos." En carta a los clérigos, Lutero los anima con estos términos

a romper el voto de castidad: "Sólo pasaréis por un corto momento de vergüenza; vendrán después buenos años llenos de honor." Tales pasos por él dados nos ofrecen una idea del estado moral en que se encontraba después de su defección, estado moral que fue mucho más el resultado que la causa de dicha defección.

* * *

El foco central de donde partía el incendio de la reforma protestante era la ciudad de Wittemberg, y en Wittemberg la Universidad, con sus profesores ya ganados para la nueva causa. A ese nuevo Vaticano venían a formarse jóvenes de diversos países para aprender las nuevas verdades de labios del maestro, de donde volverían convertidos en predicadores. También acudían allí no pocos sacerdotes y religiosos "convertidos", que en adelante serían pastores o párrocos protestantes. García Villoslada establece un paralelismo entre Wittemberg y Alcalá, encontrando semejanzas y contrastes. Más que ciudades, escribe, los dos son poblados pequeños, no predestinados por la geografía ni por la historia precedente a ser centros de atracción estudiantil y focos de ciencia. Las dos Universidades nacen no espontáneamente, por natural evolución de primitivas escuelas, sino de la nada, por la voluntad imperiosa de alguna persona concreta: Wittemberg, por decisión del elector de Sajonia, Federico el Sabio; Alcalá, por disposición del arzobispo de Toledo, el cardenal Cisneros. Ambas nacen casi al mismo

tiempo: la primera es fundada en 1502, la segunda en 1498. Las dos cultivan con predilección un humanismo de tipo filológico y bíblico. Las dos escogen por patrono a Santos Padres: Wittemberg, a San Agustín; Alcalá, a los cuatro Santos Doctores de Occidente: Agustín, Ambrosio, Jerónimo y Gregorio Magno. De Wittemberg proceden los comentarios bíblicos de Lutero y la traducción que él mismo hizo de la Biblia; de Alcalá, los seis volúmenes de la Biblia Políglota Complutense. De Wittemberg saldrán los primeros predicadores del nuevo evangelio; de Alcalá, una brillante pléyade de teólogos católicos que combatirán contra el luteranismo y figurarán entre los primeros campeones de la Contrarreforma. Saltando los siglos, en 1817 la universidad de Wittemberg será trasladada a Halle, y algunos años más tarde, 1836-1851, la Complutense se trasladará a Madrid.

El ideario luterano, forjado en Wittemberg, ganó muy pronto toda la Sajonia, y de allí se fue extendiendo a las ciudades de Franconia, especialmente a Nuremberg, y también a las de Suabia, Renania, lo mismo que a Prusia y Pomerania.

Cerremos este apartado con una inteligente observación del mismo P. García Villoslada. En la historia de los cismas y herejías, escribe, el caso de Alemania luterana es muy singular. Anteriormente los pueblos que se separaron de Roma negando la obediencia al Papa, como en el caso del cisma de Oriente, se separaron de un tajo, por así decirlo. Desde el momento en que se consumó la escisión, todos la reconocieron como un hecho histórico.

No ocurrió lo mismo en el presente caso. Aun después de la excomunión de Lutero, hubo muchos de sus secuaces que siguieron creyéndose católicos, y otros muchos que ignoraban si en realidad estaban dentro o fuera de la Iglesia. Numerosos sacerdotes, profundamente ignorantes, por cierto, contrajeron público matrimonio obedeciendo a los consejos y enseñanzas del reformador, pero sin abandonar las creencias heredadas de sus padres. ¿Eran católicos o luteranos? Ni ellos mismos lo sabían. Con todo, dicha confusión no era exclusiva de los ignorantes; la encontramos también entre los doctos, que a veces no distinguían entre el dogma católico y las proposiciones luteranas. ¿No decía Erasmo que él había enseñado antes casi todas las doctrinas de Lutero, sólo que sin tanta truculencia? Un influyente notario de Nuremberg, Lázaro Spengler, daba gracias a Dios porque fray Martín le había hecho conocer y vivir auténticamente el Evangelio. Pensaba que las doctrinas del reformador eran opiniones que podían ser toleradas por la Iglesia ya que, a su parecer, diferían de las tradicionales como discrepan entre sí las de los tomistas, escotistas y ocamistas. Tampoco fue el único en sostener que la excomunión lanzada por León X no había sido válida, porque dicha medida era incumbencia de un concilio general.

Separarse de la Iglesia católica y del cuerpo de la Cristiandad les parecía a todos un grave delito. Por eso se esforzó tanto Lutero en demostrar que la Iglesia tradicional, perpetuada en Roma, no era la verdadera Iglesia de Cristo, porque con el primado pontificio se había corrompido esencialmente;

era él quien, mediante un inmenso puente de siglos, venía a empalmar con la Iglesia primitiva, la única Iglesia realmente cristiana. Ciertas frases conciliadoras de Melanchton contribuyeron sustancialmente a aumentar el confusionismo y la incertidumbre.

6. *Lutero y su relación con la política*

Naturalmente Lutero no sólo tuvo que tener en cuenta el "frente religioso", por así decirlo, oponiéndose a la Iglesia romana y a sus aliados de Europa. Hubo también de tomar una actitud particular en relación con los poderes temporales.

a. El Emperador

A comienzos del siglo XVI, la casa de Austria, llamada de Habsburgo, abarcaba un extenso Imperio, que incluía Alemania, Austria, España, Nápoles, Sicilia, los Países Bajos y una gran parte del Nuevo Mundo. Afortunadamente para el catolicismo, Dios había dispuesto que estuviese al frente de sus destinos un joven Emperador, Carlos V, de quien hablamos anteriormente, un hombre imbuido en los más nobles ideales de la Edad Media. En las cortes de Santiago pronunció el año 1520 un discurso programático. Allí declaró que no aceptaba el Imperio en orden a ganar nuevos reinos, pues lo sobraban los heredados, sino "para desviar grandes males de nuestra religión cristiana" y para

acometer "la empresa contra los infieles, enemigos de nuestra santa fe católica", es decir, la cruzada contra los turcos. El nuevo Emperador quería dedicar su vida a la defensa de la fe, aceptando de buen grado el testamento de su abuelo materno, Fernando el Católico, quien le había encargado: "Mandamos a dicho ilustrísimo príncipe, nuestro nieto, muy estrechamente, que siempre sea grande celador o ensalzador de nuestra santa fe católica, que ayude, defienda y favorezca la Iglesia de Dios." Por desgracia, el Papa de aquel entonces, en uno de sus vaivenes políticos, se había inclinado hacia Francia y su rey. Si se hubiera guiado por miras meramente políticas, a Carlos le hubiese sido fácil y hasta conveniente apoyarse en Lutero como en una palanca para hacer presión sobre el Papa. Pero esto no era ni siquiera imaginable en un nieto de los Reyes Católicos. Si, de hecho, Carlos V, con toda su buena voluntad, no lograría evitar la ruptura de la unidad religiosa del Imperio, es lícito pensar lo que hubiera podido suceder si en su lugar hubiese subido al trono imperial un príncipe al estilo de Francisco I de Francia.

La coronación de Carlos se celebró en Aquisgrán con gran magnificencia, "fue una de las más solemnes del mundo, una cosa maravillosa", dice un testigo. Al llegar a la iglesia se tendió en el suelo en forma de cruz. Luego de las unciones, tres arzobispos le entregaron una espada desnuda: *Accipe gladium*, recibe la espada. Luego el arzobispo de Colonia le entregó el anillo: *Accipe dignitatis annulum, per hunc catholicae fidei agnosce signaculum*, recibe el anillo de tu dignidad, por él reconoce el

signo de la fe católica. Luego pusieron un cetro real en su mano derecha y un mundo en la izquierda. Los otros arzobispos le colocaron la corona de oro sobre la cabeza: *Accipe coronam regiam*, recibe la corona real. Carlos era un católico a carta cabal. La fe era en él algo profundo, firme, la razón de ser de su existencia; no hubiera podido concebir Europa sin que estuviera cimentada en la fe católica.

Sin embargo no hay que creer que su poder era omnímodo. Se lo sabía, por cierto, rey de Germania. Pero los príncipes, esto es, los grandes señores locales eran demasiado fuertes ante el poder casi nominal del Emperador. Las ciudades libres constituían pequeños Estados independientes; los arzobispados principales no eran sólo dignidades eclesiásticas, sino poderes territoriales, independientes también; todo el territorio de habla germánica estaba ocupado por un mosaico de señoríos, no menos de cuatrocientos, grandes y pequeños. El Imperio seguía existiendo, es verdad, pero no era más que una denominación, y el Emperador un nombre. Desde el año 1356, a la muerte de su titular, se reunían en Frankfurt los siete electores, tres arzobispos –de Maguncia, Treveris y Colonia– y cuatro laicos, el rey de Bohemia, el Conde Palatino del Rin, el duque de Sajonia-Wittemberg y el margrave de Brandeburgo, para elegir el sucesor. La Dieta, con sus tres colegios –de electores, nobles y burgueses–, limitaba aún más sus prerrogativas. Su función era discutir los problemas que se iban suscitando, promulgar leyes, siempre con el consentimiento del Emperador, y declarar proscritos del Imperio a quienes lo merecieran.

Dos años después de la coronación de Carlos V, subió al pontificado Adriano VI, un Papa nacido en Utrecht. Años atrás había sido el preceptor de Carlos, quien lo propuso para el cardenalato, y luego lo hizo nombrar regente o gobernador de España. Era un hombre austero y ejemplar. Quizás con su nombramiento se quiso demostrar al mundo, y particularmente a Alemania, que la anhelada reforma no se debía esperar de Lutero sino del vicario de Cristo. Al ascender al trono pontificio todos entendieron, y por si acaso él mismo lo dijo con claridad, que era su propósito corregir las corrompidas costumbres de la Urbe y reformar la Iglesia *in capite et in membris*, en la cabeza y en los miembros. Junto con la reforma eclesiástica se propuso también la lucha contra el luteranismo, y la defensa de Europa ante el avance de la Media Luna.

El nuevo Papa se abocó a dicha empresa, en plena comunión con Carlos V, quien dispuso sucesivas Dietas entre los años 1521 y 1529, para tratar el espinoso tema, juntamente con el de la amenaza turca. Tras la Dieta de Worms, a la que nos referimos anteriormente, convocó la de Nuremberg. Aprovechando dicha coyuntura, el Papa insistió en que se hiciera cumplir al edicto de la Dieta de Worms, por el cual se había declarado a Lutero proscrito del Imperio, alegando que mal se podía pensar en luchar contra los enemigos exteriores de la Cristiandad mientras por dentro reinaba la discordia; que el pueblo germánico se aparte de Lutero, no de Roma. Lutero se burló del Papa, en quien veía la personificación del anticristo. Fue por aquellos días cuando publicó lo del papa-borrico. Pronto murió

el papa Adriano, sucediéndole un Medici, Clemente VII. El Emperador convocó entonces una nueva Dieta, otra vez en Nuremberg. Allí, queriendo acabar con lo que llamaba "la peste del luteranismo", propuso la inmediata celebración de un concilio, que podría ser en Trento. Si bien había tenido desencuentros de índole política con Clemente VII, ahora se acercaron para este fin común, que por desgracia no llegó a concretarse en lo inmediato. La siguiente Dieta, que fue en Spira, resolvió que el Edicto de Worms sería aplicado sólo en los Estados católicos; por lo demás, el luteranismo no podría introducirse en adelante donde ya no estuviera; donde existiese, sería tolerado, con la única condición de que en esos lugares no se predicara contra la Eucaristía, y que los católicos pudiesen celebrar la Misa sin ser molestados. Un grupo de protestantes se opuso a dichas medidas. ¿Tolerar en sus estados la Misa papista, una idolatría? ¿Limitar el derecho de sus predicadores a exponer por doquier su teología? Ello era inaceptable. Juan de Sajonia, Felipe de Hesse y otros altos señores, apoyados por catorce ciudades, dirigieron al Emperador una vigorosa "protesta". A partir de entonces, los partidarios de la reforma comenzaron a llamarse *protestantes*. Ya era un hecho, al parecer irreversible, la existencia de dos Alemanias, la católica y la protestante.

En 1530, el Emperador convocó otra Dieta, esta vez en la ciudad de Augsburgo, que quiso presidir personalmente. Poco antes, el joven monarca, apuesto, magnánimo y caballeresco, había recibido del Papa la corona imperial. En aquel solemne acto

se le confirieron las insignias del poder señorial, el cetro, la espada, el globo imperial y, finalmente, la corona de Carlomagno, comprometiéndose a defender al Papa y a la Iglesia. El Emperador acababa de cumplir 30 años. Sería la última coronación imperial hecha por manos de un romano pontífice. La Dieta de Augsburgo había sido convocada por Carlos V en orden a requerir la ayuda de todos los príncipes para la guerra contra los turcos, lo cual parecía exigir la necesidad de dar previamente fin a la discordia religiosa. Lutero no pudo asistir. Fue aquí cuando su superior lo dispensó de los votos. Los católicos esperaban a Carlos V como el que iba a solucionar los problemas pendientes. "Triunfan los papistas –decía Lutero–, y se comunican su júbilo gritando: «Viene el salvador, viene el César.»" El hereje nunca mostró odio al Emperador; al contrario, lo estimaba y lo respetaba por diversas razones, sin embargo nada bueno podía esperar de esta Dieta. Carlos V entró en Augsburgo en un brioso caballo español, ricamente enjaezado. Era la víspera de Corpus Christi. Invitados los príncipes a acompañar al Emperador en la procesión, los que eran protestantes se negaron, alegando que Cristo no había instituido el sacramento para que fuese adorado.

Imposibilitado Lutero de asistir a la Dieta, lo reemplazó Melanchton, quien trató de mostrarse mesurado, aun sin renunciar a ninguna de las ideas fundamentales de su maestro. Carlos V estaba decidido a que las cosas se arreglaran, sea por las buenas, sea con la fuerza. Así se lo había prometido a Clemente VII: "Juro por Dios, que me crió, y por

Cristo, su Hijo, que nos redimió, que ninguna cosa de este mundo tanto me atormenta como es la secta y herejía de Lutero, acerca de la cual tengo que trabajar para que los historiadores que escribieren cómo en mis tiempos se levantó puedan también escribir que con mi favor e industria se acabó." El legado pontificio le señaló que en las cosas dogmáticas y sustanciales no había que concederles ni un ápice, aunque sí en lo que se refiere a los abusos que hay en la Iglesia. Los protestantes, por su parte, elaboraron una "confesión" de su doctrina, para ser leída en la Dieta. La redactó Melanchton, con un lenguaje muy diplomático. No hablaba en nombre de Lutero ni de sus teólogos, sino en el de los príncipes convertidos a la nueva fe. Tratando de mostrarse amable, afirmó que su confesión no contenía discrepancia alguna con la Iglesia romana. Todo se reducía a unos pocos abusos que se infiltraron en la Iglesia, sin la aprobación de la autoridad. Cuando Lutero pudo leerla quedó pasmado: "Se ha excedido más de lo justo", exclamó. Él no era hombre de transacciones, ni lo habría escrito así. "Oigo con disgusto que habéis comenzado una obra prodigiosa: conciliar al papa con Lutero. Pero el papa no lo quiere y Lutero lo aborrece [...] Mientras viva el papado, no puede vivir nuestra doctrina [...] Me disgusta en absoluto ese empeño de concordar en la doctrina, concordancia imposible mientras el papa no dé por abolido el papado [...] Si les damos razón en lo del canon o de la misa privada, una sola de estas cosas basta para negar toda nuestra doctrina y confirmar la de ellos [...] Yo casi reviento de ira e indignación. Os suplico que, rom-

piendo toda negociación, dejéis de hablar con ellos y regreséis." Sin embargo luego, al ver que de alguna manera en el documento quedaban afirmadas sus doctrinas fundamentales, acabó por consentir, apreciando que sus amigos hubiesen confesado valientemente el evangelio suyo delante del Emperador y de los príncipes católicos.

Este documento, llamado *Confessio Augustana*, tiene dos partes. La primera, de 21 artículos, se refiere a temas dogmáticos, y la segunda, de 7 artículos, a los abusos que la Reforma quería corregir. En el primero se trata de la justificación por la fe. Allí se afirma que en la cena del Señor está verdaderamente el cuerpo y sangre de Cristo, que los sacramentos son signos para excitar la fe, que no hay que implorar la mediación de los santos porque Cristo es el único mediador ante el Padre, etc. Se trataba de un resumen muy suscinto de la doctrina luterana, mitigando expresiones y ahorrando lo que pudiera parecer demasiado chocante para un católico. La segunda parte se refiere a la reforma de los abusos que existían en la Iglesia y que los protestantes habían corregido: la comunión bajo las dos especies, el matrimonio de los sacerdotes, etc.; en cuanto a la misa, parece negársele todo carácter sacrificial. El Emperador entregó el texto a un grupo de teólogos católicos para que señalasen las proposiciones aceptables y refutasen las herejías o errores. Luego haría leer el nuevo documento a los príncipes disidentes y esperaría la respuesta.

La voluntad de Carlos era que la refutación se presentase no como el parecer de un grupo de teó-

logos, sino como la confesión de fe del Emperador, de modo que luego pudiese imponerla a los protestantes. Fue la llamada *Responsio Augustanae confessionis*. Allí seguía paso a paso los artículos de la *Confessio*, señalándose en cada punto lo que había de verdad o de error; se admitía todo lo que concordaba con la doctrina católica, se aplaudía la reprobación de herejías como el pelagianismo antiguo y moderno, se aclaraban las frases ambiguas, se completaban las afirmaciones insuficientes, se señalaban los errores, etc. El Emperador hizo suya esta *responsio*, como expresión auténtica de la fe católica, esperando que los protestantes retornasen al seno de la Iglesia. De lo contrario, agregaba, insinuando una amenaza, piensen los príncipes y las ciudades renuentes que con ello no harían sino darle motivo para obrar cual conviene a un emperador romano y cristiano, defensor y abogado de la Iglesia, que no está dispuesto a tolerar cismas en Alemania.

Como era de esperar, los protestantes rechazaron el documento. En adelante todos, católicos y protestantes, quedaron convencidos de que la vía de los coloquios no era la conducente. La Dieta terminó con un documento conclusivo, donde se historiaba lo sucedido. Allí se decía que las sectas que habían surgido en Alemania después de la Dieta de Worms, en la ausencia forzosa del Emperador, le movieron a éste a convocar la Dieta de Augsburgo, invitando a los príncipes protestantes a exponer sus doctrinas. Tras su *Confessio* y la consiguiente *Responsio*, se negaron a someterse. Luego se enumeran los errores por ellos propugnados so-

bre la eucaristía, la misa y los sacramentos; se denuncian los abusos y violencias perpetrados por las autoridades protestantes en sus respectivos Estados, imponiendo por la fuerza sus ideas, prohibiendo la predicación católica, cerrando los conventos, confiscando los bienes de la Iglesia y aboliendo la liturgia tradicional. Luego el Emperador, juntamente con los Electores del Sacro Imperio y con los otros príncipes y Estados ordenan: Manténganse la religión antigua con sus ritos vigentes en la Iglesia desde hace siglos; predíquese en todo el Imperio, respecto a la eucaristía, la doctrina tradicional; consérvense las imágenes de Cristo, la Virgen y los santos; nadie predique el error de los que niegan el libre albedrío; los religiosos y sacerdotes deben abstenerse de contraer matrimonio; todos los bienes eclesiásticos confiscados han de ser restituidos; ningún predicador se aparte de lo que en este documento se ordena, ni aleje al pueblo de la santa misa, las buenas obras, la devoción a la Virgen y a los santos; vigilen los príncipes las imprentas de sus Estados para que no se sigan publicando libelos infamatorios, pinturas y cosas semejantes; sepan, asimismo, los católicos que viven en regiones protestantes que gozarán de la especial protección del Emperador, etc. Por último, Carlos V reitera su promesa de procurar que el Papa convoque un concilio general ecuménico.

La Dieta de Ausgburgo dejó en claro una realidad: el Imperio estaba desgarrado. Para Carlos V fue una gran desilusión, ya que había cifrado en esta Dieta grandes expectativas. Sólo quedaba el lenguaje de las armas. Los príncipes católicos se

aliaron, y otro tanto hicieron los protestantes. Juan de Sajonia instó a todos los que habían firmado la *Confessio Augustana* a reunirse en Esmalcalda para entablar un pacto, que se llamó la Liga de Esmalcalda. Allí se resolvió que si uno de los príncipes era atacado por causa de la doctrina, todos se le unirían.

Como flotaba en el aire el proyecto de un concilio, tan impulsado por Carlos V, y aceptado finalmente por el Papa, los príncipes de la Liga de Esmalcalda le encargaron a Melanchton que se dirigiese al nuncio del Santo Padre comunicándole su negativa a asistir. En dicha respuesta se decía que el concilio debía estar libre de la influencia del Papa y contar con la participación activa de los laicos; que había de reunirse en territorio alemán; que no le competía al Papa indicar el modo de celebrarlo, ya que sería una señal de tiranía la pretensión de anteponer su autoridad, en cuestiones dogmáticas o religiosas, a la autoridad de la Iglesia universal; que serán el Emperador, los reyes y los príncipes quienes elegirán personas idóneas que dictaminen, sobre todo cuando sean denunciados los errores y vicios de los pontífices. Las condiciones eran imposibles. El documento lo firmaban tres príncipes protestantes y algunas ciudades confederadas. Lo que los protestantes entendían por "concilio" era más bien una asamblea nacional, laica, destinada a entablar un proceso al Sumo Pontífice.

El papa Paulo III hubiera convocado inmediatamente el concilio, secundando la iniciativa del Emperador, si el rey de Francia, y luego también el

de Inglaterra, Enrique VIII, enemigos ambos de Carlos V, y el segundo, además, adversario del Papa, no lo hubieran torpedeado tenazmente, en unión con los miembros asociados de Esmalcalda. Mientras tanto, Lutero redactaba un escrito para los príncipes de la Liga de Esmalcalda, donde exponía qué artículos había que conservar siempre y cuáles podían ser puestos en discusión. El espíritu con que lo redactó era muy diferente del que inspiró a Melanchton en la *Confessio Augustana*. Si en ésta se disimulaba la abismal diferencia de la Iglesia luterana respecto de la de Roma, en el documento de Lutero ese abismo quedaba bien en claro. En la primera parte, muy breve, se enumeran los puntos nunca discutidos. La segunda, la más importante, contiene los "artículos" que debían ser considerados como intocables: que Cristo murió por nuestros pecados, cargando los pecados de todos; que todos somos pecadores y nos justificamos sin ningún mérito nuestro; que la misa es la mayor y más horrible abominación del papismo; que el papa no es cabeza de la Iglesia universal por derecho divino sino sólo el obispo de la Iglesia de Roma; en realidad, es el verdadero anticristo... Por todas estas razones no les es posible participar de ninguna manera en el concilio convocado por el papa Paulo III, dado que ya antes de empezar se condenan como heréticas sus doctrinas y enseñanzas. La tercera parte, la más larga, propone los puntos que podían ser discutidos. Tal fue la respuesta de la Liga de Esmalcalda.

En 1541 se intentó un último coloquio, esta vez en Ratisbona, con la presencia de Carlos V. Los

teólogos protestantes suavizaron tanto sus expresiones que casi parecían admisibles, pero se negaron decididamente a aceptar la palabra "transustanciación". El delegado Contarini decía: "No quiero *concordia palliata*, que sería fuente de mayores cismas y discordias." Melanchton presentó, en nombre de los teólogos protestantes, los artículos en los que disentían de los católicos: la jerarquía eclesiástica, el sacramento eucarístico, la confesión, las indulgencias, los obispos, el culto de los santos, la misa y el celibato. Como se ve, todo estaba como en un principio... Tanto los de una parte como los de otra se persuadieron de que era inútil proseguir dialogando. ¿Qué hacer? Surgió entonces en el entorno del Emperador un plan tan atrevido como ingenuo: llamar al propio Lutero en persona, como se había hecho en la Dieta de Worms. Quizás cuando viese con sus propios ojos la sincera voluntad de reforma eclesiástica que mostraban Carlos V y el legado pontificio, aceptaría una transacción, y los coloquios, que parecían naufragados, podrían proseguir exitosamente. Pero resultaba jurídicamente absurdo que el Emperador invitase a una Dieta imperial a alguien que había sido proscrito del Imperio por el Edicto de Worms. Al fin se convino en enviar una embajada a Wittemberg, donde residía el reformador, para pedirle su parecer sobre los artículos en cuestión. Como era de esperar, Lutero, que no había estado de acuerdo con la participación de sus teólogos en los coloquios ratisbonenses, se negó terminantemente. Ya antes, con motivo de un edicto imperial, había declarado: "Yo, el doctor Lutero, indigno evangelista de nuestro Se-

ñor Jesucristo, os aseguro que ni el Emperador romano, ni el Emperador de los Turcos, ni el Emperador de los Tártaros, ni el papa, ni los cardenales, ni los obispos, ni los santurrones, ni los príncipes, ni los caballeros podrán nada contra estos artículos, a pesar del mundo entero y de todos los diablos [...] Soy yo quien lo afirmo, yo, el doctor Martín Lutero, hablando en nombre del Espíritu Santo." Todo estaba claro, el plan del Papa y del Emperador no coincidía con el de Lutero. Y a éste no le interesaba ningún tipo de acercamiento.

b. Los príncipes

Nos hemos detenido en las actuaciones del Emperador y su actitud frente a las sucesivas Dietas. Hemos visto cómo los príncipes intervinieron en dichos encuentros, según correspondía. Lutero buscó estar en estrecha relación con ellos. Ya que no podía ganar al Emperador, se dirigió a los príncipes, para lograr que su doctrina se expandiera más velozmente. Lo hizo tocando la fibra del viejo nacionalismo alemán, a que anteriormente nos hemos referido. "¡Germania, despierta!", gritó a los cuatro vientos. Ya hemos indicado cómo en el año 1520 había dirigido un manifiesto *A la nobleza cristiana de la nación germánica sobre la reforma del estado cristiano*. Redactado en días de ansia, no iba dirigido a los doctos y eruditos, sino a sus compatriotas, muy particularmente a los resentidos "caballeros" germánicos, tocándoles el amor propio. Ya pasó el tiempo de callar, les dice. "Confor-

me a mi designio, he reunido algunas cosas tocantes a la reforma de la sociedad cristiana para proponerlas a la nobleza cristiana de la nación germánica, por si Dios quiere valerse del laicado para ayudar a su Iglesia, ya que el estado eclesiástico ha descuidado en absoluto lo que era de su competencia."

Los "romanistas", sigue diciendo en sentido despectivo, han levantado en torno a sí tres murallas para hacer imposible toda reforma. La primera se erigió cuando la potestad secular quiso intervenir en favor de la reforma, proclamando que el poder eclesiástico está sobre el temporal. La segunda, cuando se intentó argüirles con la Sagrada Escritura; entonces dijeron que sólo al papa le corresponde su interpretación. La tercera, cuando se les amenazó con un concilio, respondieron que sólo el papa puede convocarlo. Derribaremos la primera muralla, la de la presunta distinción entre eclesiásticos y laicos, diciendo que no hay diferencia entre el sacerdocio y el laicado, porque todos tenemos un mismo bautismo, un mismo Evangelio, una misma fe. Respecto de la segunda, demostraremos que de modo alguno pueden probar que el papa goza de inerrancia en materias de fe, como si nosotros, teniendo el mismo bautismo y los mismos sacramentos, no pudiésemos juzgar de ello. La tercera muralla cae por sí misma, echadas por tierra las dos primeras. Cristo dijo que cuando un hermano peca contra ti, si no te escuchare, debes decirlo a la Iglesia; por tanto si el papa claudica, debo tratar de que se reúna un concilio digno para que el asunto se corrija. "Pero ninguno puede hacerlo

mejor que la espada secular, sacerdote como nosotros, eclesiástico como nosotros, con potestad como nosotros para todo." Quizás ustedes se digan que también el Emperador quiere un concilio, pero la diferencia es que, según él, debe ser convocado por el papa y no por los príncipes. En la segunda parte de su manifiesto, Lutero propone un vasto programa de reforma. Cada príncipe habrá de prohibir a sus súbditos pagar las anatas a Roma, deberá alzarse contra el papa, como contra un enemigo común y destructor de la cristiandad, por la salvación de las pobres almas que perecen bajo su tiranía, y si de Roma viene alguna excomunión, que sea despreciada, "como si un ladrón excomulgase a alguien porque no quiere dejarse robar". Luego se refiere a la reforma de las Universidades, en las que habría que desterrar buena parte de Aristóteles.

La ocasión era favorable para Lutero. En Alemania había unos cuatrocientos estados, grandes y pequeños, mezclados como los fragmentos de un mosaico, que formaban un conglomerado político sin cohesión alguna. La alta nobleza había allí logrado llevar a cabo lo que fracasara en Francia: ser autónoma de cualquier poder central. Dejando que los Emperadores corrieran sus aventuras allende los Alpes, una decena de familias trabajaban cada una para sí. Los jefes locales de Sajonia, el Palatinado, Hesse, Wurtemberg, Baviera, Brandeburgo y otras regiones, eran pequeños reyezuelos en su tierra. Es a ellos a quienes se había dirigido la mirada de Lutero. Un puñado de caballeros vinieron a ofrecerle su apoyo, brindándole el caudi-

llaje de una revolución que no debía ser solamente religiosa, sino social y nacional. Quien tomó la iniciativa fue aquel Ulrico von Hutten, a quien ya nos hemos referido, caballero y poeta, quien concibió el atrevido plan de transformar la revolución religiosa en revolución político-nacional. A sus amigos luteranos les decía: "¿Qué necesidad tenemos del obispo romano? ¿No tenemos en Alemania primados y obispos? Es preciso que Alemania se separe de Roma." Cuando el Papa hizo pública la bula *Exsurge Domine* contra Lutero, Ulrico compuso este poema:

Ahora es el tiempo de alzarse
para luchar por la libertad. ¡Dios lo quiere!
Y exhorto aquí a todos los príncipes,
y primeramente al noble Carlos,
a que abracen nuestra causa,
y a la nobleza y a las buenas ciudades,
pues quien no toma a pecho la empresa,
no tiene amor a su patria,
ni conoce a Dios rectamente.
¡Ea, todos vosotros, piadosos alemanes!
Con la ayuda de Dios proclamad la verdad.
Lansquenetes y bravos caballeros
y todos cuantos tienen ánimo libre,
nosotros destruiremos la superstición
y restauraremos la verdad.
Y porque a las buenas no es posible
tendrá que correr la sangre.
Muchos arneses tenemos, y también caballos;
muchas alabardas, y también espadas;
y, si la exhortación amistosa no aprovecha,
haremos uso de las armas...
¿Quién querrá quedarse en casa?
Yo me he atrevido. Este es mi verso. Amén.

"Yo me he atrevido", *Ich habs gewagt*, resuena como un estribillo de canción bélica. *Alea iacta est*, mi suerte está echada, había escrito antes el propio Lutero. Algo de común había entre el caballero y el fraile. Este último se dejó arrebatar por aquellos sentimientos sedicentes patrióticos, no sólo porque en su interior latía un corazón de hirviente sangre teutónica, sino también porque sabía que si la nobleza germánica se rebelaba contra Roma, quedaba asegurado el triunfo del plan religioso por él propugnado y su ulterior irradiación a otras naciones. La querella ya no era la de las investiduras, entre el Sacerdocio y el Imperio, sino entre Roma y la nobleza alemana.

El primer concepto que Lutero se había forjado de la Iglesia había sido eminentemente espiritual. Lo que más parecía interesarle era la fe, los sacramentos, las relaciones del hombre con Dios, primero en la persona individual, y luego en la comunidad de los creyentes. Nada de jerarquía, nada de distinción entre el clero y el pueblo. Este concepto tan anárquico de la Iglesia pronto suscitó grupos cismáticos dentro del luteranismo. Desde que había afirmado el principio del libre examen, cada cual se creía iluminado por el Espíritu Santo. ¿A quién recurrir entonces? ¿A quién encomendar la dirección de la nueva Iglesia? ¿A los pastores, a los obispos, a los predicadores? ¿O bien a las autoridades civiles, ordenadas por Dios? No a los primeros, a quienes les negaba jurisdicción, y sólo debían actuar en el ámbito puramente religioso. Sólo quedaban los príncipes. Al principio, cuando todos o casi todos los príncipes se declaraban católicos, Lutero

les había dicho que no podían intervenir en los asuntos eclesiásticos. Pero cuando en Sajonia y otros estados, varios de ellos abrazaron la causa luterana, cambió de opinión. Los predicadores seguirían anunciando el Evangelio, pero el príncipe cuidaría en su territorio de que todos enseñasen la misma doctrina, rechazasen la misa tradicional, etc. Frente a las quejas de los católicos respondió: "Nuestros príncipes no fuerzan a nadie a aceptar la Ley y el Evangelio; solamente reprimen las abominaciones externas [...] Propio de los príncipes es reprimir los públicos delitos, como los perjurios, las blasfemias manifiestas del nombre de Dios." Obviamente, una de las mayores blasfemias era profesar la fe y practicar el culto católico.

Pronto le escribe a uno de esos príncipes que desde ahora le compete el deber de atender a la evangelización del pueblo. Para ello le sugiere elegir cuatro personas, entendidas en doctrina, con el encargo de visitar su territorio, estableciendo escuelas y parroquias. El ejemplo fue imitado. En 1527 apareció una *Instrucción y ordenanza* de un príncipe elector sobre el modo como los visitadores, ahora funcionarios del príncipe, debían hacer las visitas. Cuando encontrasen párrocos que no enseñaban el puro Evangelio o no admitían la nueva liturgia alemana debían ser destituidos. El príncipe no podía permitir sectas o cismas. Otro tanto sostenía Melanchton en una instrucción para los visitadores en el principado de Sajonia. Como ya no existen los obispos de la Iglesia primitiva, escribe, le hemos pedido al príncipe Juan, duque de Sajonia, quiera nombrar algunas personas aptas para dicho oficio.

"Aunque no es el príncipe el llamado a adoctrinar o gobernar eclesiásticamente, está, sin embargo, obligado, en cuanto autoridad civil, a evitar cismas, facciones y alborotos entre sus súbditos, como el emperador Constantino mandó ir a los obispos a Nicea, porque no quería ni podía tolerar el cisma de Arrio." De este modo la Iglesia, independizada de Roma, se veía cada vez más sujeta a los príncipes, más atada al poder civil.

Así fue como se extendió tan rápidamente el luteranismo en Alemania. Donde el príncipe permaneció católico, como por ejemplo en Baviera, o donde hubo resistencia seria contra un príncipe luterano, la rebelión se detuvo. Si Lutero no hubiera tenido a su favor desde los comienzos al elector de Sajonia, Federico, y luego a otros príncipes, sin duda que no habría triunfado. Se hubieran corregido, por cierto, los abusos de la Iglesia, como había acontecido en otros lugares, pero Europa habría mantenido su unidad de fe. Por eso señalamos como una de las causales de la propagación de la herejía protestante, el apoyo nada desdeñable de no pocos príncipes de Alemania. Tanto ellos, como después los reyes de los países escandinavos, y en cierta medida también Enrique VIII en Inglaterra, luego de su defección, fueron causas decisivas en el triunfo del protestantismo y en la gran catástrofe de la Iglesia católica. Incluso algunos de ellos no temieron enfrentar al mismo Emperador quien, contra viento y marea, permanecía católico. Interrogado el teólogo de Wittemberg sobre la licitud de una guerra contra el Emperador, así respondía: "La consulta es inútil porque ya los príncipes han deci-

dido defenderse con las armas. De todos modos, tal guerra es lícita, porque, si es justo guerrear contra el turco, cuanto más contra el papa, que es peor que el turco; ahora bien, el emperador, al luchar contra vosotros, no es sino un soldado del papa."

Sin duda que una de las razones por las que los príncipes apoyaron a Lutero fue la *codicia*. Antes de Lutero, la Iglesia en Europa había sido colmada de generosas donaciones de reyes y príncipes, así como poderosas fundaciones respaldaban grandes colegios y universidades, hospitales y corporaciones artesanales. El primer acto de los novadores, allí donde triunfaban, era permitir a los nobles que se apoderaran de esos fondos y posesiones. Por eso pareció tan arduo volver atrás, dado que difícilmente los descendientes de los saqueadores podrían renunciar a los bienes confiscados, devolviéndolos a sus antiguos poseedores.

Un hecho realmente fatal que ayudó a la difusión del protestantismo en Alemania fue la defección de la Orden Teutónica. En 1551 los caballeros habían elegido como gran maestre a Alberto de Brandeburgo, del linaje de los Hohenzollern, un joven que aún no había cumplido 21 años. Esta Orden religioso-militar, antaño gloriosa, había perdido su finalidad histórica, y ahora se hallaba en franca decadencia espiritual y moral. De los 700 caballeros que habían tenido un tiempo, no eran ya más de 56, en 23 castillos. Alberto entró en tratos con Lutero y pronto se hicieron protestantes casi todos los caballeros de la Orden. Así Prusia, convertida en ducado, llegó a ser uno de los bastio-

nes más fuertes del luteranismo, con su capital en Könisberg.

c. Los campesinos

Lutero no sólo se dirigió a los príncipes. También intentó ganarse a los judíos y a los campesinos. Con los primeros, inicialmente hubo cierta afinidad. Más aún. El cardenal Newman, en sus escritos, ha destacado repetidas veces al influjo del judaísmo en la reforma protestante. Para atraerlos a la nueva fe, Lutero escribió un opúsculo llamado *Jesucristo es judío de nacimiento*. Nada consiguió. Al parecer, cuando entendió que los hebreos no se convertían en masa a la nueva religión, quedó desengañado, acabando por convertirse en el más encarnizado enemigo de aquel pueblo. De 1538 a 1542 publicó contra ellos cuatro opúsculos de una agresividad sin igual. En uno de ellos decía: "Si un judío viene a pedirme el bautismo, se lo daré. Pero enseguida lo llevaré sobre el puente del Elba, le pondré una rueda de molino al cuello y lo tiraré al agua." Y en otro: "¡Que se quemen sus sinagogas y sus escuelas! ¡Lo que no se puede quemar, cúbraselo de tierra! ¡Que se lo sepulte de tal manera que jamás ya nadie encuentre de ello una piedra ni un desperdicio! ¡Que se derriben y demuelan sus casas! ¡Que se les quiten sus libros de oración y sus talmudes! ¡Que se prohíba a sus rabinos, bajo pena de muerte, comunicar su enseñanza! ¡Que se rehúse a los judíos todo derecho de amparo y de protección pública! ¡Que se les prohíba hacer

comercio! ¡Que se apoderen de sus economías, sus joyas, su oro y su dinero!... Y si ello no es suficiente, ¡que se los eche de todas partes como a perros rabiosos!"

En cuanto a los campesinos, cuya situación hasta el siglo XIII había sido tolerable y a veces próspera, se estaban empobreciendo paulatinamente, y carecían de representación alguna en la constitución imperial. Para defenderse, recurrieron a la insurrección, máxime al ver que el Emperador en su debilidad no podía protegerlos contra la nobleza. Así, luego de varias sublevaciones sofocadas, estalló, durante los años 1524 y 1525, la mayor guerra de labriegos en la historia alemana. Y no fue por casualidad que el levantamiento estallara precisamente entonces, ya que veían en la lucha de los protestantes contra la Iglesia una ocasión para elevarse económicamente a costa de las posesiones y monasterios confiscados. Con estos propósitos se amotinaron en masa en toda Alemania, reclamando, también ellos, aunque fuera de paso, algunas reformas religiosas, por ejemplo, nombrar sus propios párrocos, etc.

De hecho Lutero había dado ocasión y hasta estímulo a las violencias, aun cruentas, al afirmar, ya en 1522, que no importaba el estallido de una revolución, porque era preferible el asesinato de todos los obispos –ídolos satánicos– y la destrucción de todos los conventos –antros infernales– a que se perdiese un alma. Y así se formaron turbas de campesinos, provistas de armas elementales, capitaneados por sujetos irresponsables, sedientos

de riquezas, que les pintaban a sus secuaces un fácil paraíso mediante la distribución de todos los bienes; les habían convencido que realizarían el reino de Dios y su justicia asaltando monasterios y castillos, más de doscientos en Franconia, quemando iglesias, devastando pueblos enteros y degollando, en nombre del Evangelio, de la fraternidad y de la libertad cristiana, a los nobles, a los monjes y a cuantos se oponían a sus deseos. En diez años hubo más de cien mil muertos. A veces los que acaudillaban esas turbas eran sacerdotes apóstatas o frailes escapados de sus conventos, como Pfeiffer y Münzer. De este modo la guerra social se transformó en guerra de religión.

Lutero, al principio, reconoció varias de las reivindicaciones de los aldeanos como justificadas, pero cuando vio los estragos que causaban, incendiando cientos de castillos y monasterios, dañando bienes y atentando contra personas, lanzó un severo escrito juzgando negativamente su manera de comportarse. Pero ya era tarde. La guerra ardía, y Münzer arengaba así en una carta a los mineros de Mansfeld: "Adelante, adelante, adelante. Ha llegado la hora. Los impíos están acobardados como perros [...] No tengáis misericordia [...] Echad abajo la torre. Mientras los nobles vivan, no es posible que estéis libres de temor humano [...]" Ante un panorama de tanta anarquía, de tan terribles devastaciones, Lutero se puso furioso, e hizo pública una exhortación a la guerra, bajo el título *Contra las bandas asesinas y bandoleras de los campesinos*, esta vez dirigida a los príncipes: "Perseguidles y matadles como a perros rabiosos; Dios os lo pre-

miará [...] Al sedicioso hay que abatirlo, estrangularlo y matarlo privada o públicamente, pues nada hay más venenoso, perjudicial y diabólico que un promotor de sediciones, de igual manera que hay que matar a un perro rabioso, porque si no acabas con él, acabará él contigo y con todo el país. Además, cubren éstos con el Evangelio un pecado tan horrible y espantoso, haciéndose llamar hermanos cristianos [...] con lo que se hacen los mayores blasfemos y profanadores del santo nombre de Dios [...] Yo creo que ya no queda ningún demonio en el infierno, sino que todos se han incorporado a los campesinos." Tratábase de más de 300.000 campesinos armados. La batalla más famosa fue la de Frankenhausen. Tomás Münzer, al frente de 8.000 hombres, trató de enardecerlos con palabras de la Escritura, pensando resistir a un aguerrido ejército de varios príncipes aliados. El caudillo rebelde fue vencido y condenado a muerte. Antes de ser decapitado, se arrepintió de sus pecados y murió con los sacramentos según el rito católico.

La revolución campesina fue ahogada en sangre. Se calcula que en diversos combates los caídos fueron cerca de 150.000. Como se ve, la relación de Lutero con los aldeanos no fue muy buena que digamos. Con frecuencia los insultaba llamándolos cerdos, asnos, bestias, tarugos toscos, lo que no le atrajo la simpatía de la gente de campo. A pesar de ser hijo de campesinos, volvió las espaldas despectivamente a los humildes aldeanos para ponerse bajo el ala de los príncipes.

d. La amenaza turca

Estamos en 1526, justamente al terminarse la represión del levantamiento campesino. Solimán el Magnífico, joven guerrero de 32 años, quien acababa de expulsar del mar griego a las guarniciones cristianas, avanzó desde Constantinopla al frente de 100.000 hombres. En una llanura abierta, cerca de la aldea campesina de Mohacs, sobre el Danubio, algo más de 150 kilómetros al sur de Budapest, enfrentó al joven rey Luis de Hungría y logró una aplastante victoria. Hungría era el bastión de la Cristiandad frente al mundo musulmán, con lo que los turcos se establecieron a las puertas mismas de Europa occidental. Tras Mohacs, Solimán regresó a su lugar de origen, con 100.000 cautivos cristianos. A raíz de esta derrota, el archiduque de Austria, Fernando, hermano de Carlos V, y toda su dinastía, sintieron que pendía sobre su cabeza una espada de Damocles. En aquellos tiempos los turcos eran superiores a Europa en hombres, cañones, proyectiles, material de sitio y de ataque. Su artillería era de mejor calibre. Habían introducido el uso de la bomba y la táctica de las trincheras. Todo esto sucedía en medio de la crisis protestante. Europa se veía atacada desde afuera y minada en su interior. Para colmo, Francisco, el rey de Francia, enemigo acérrimo del Emperador, al tiempo que intrigaba con los príncipes luteranos en la Dieta de Ratisbona, apoyaba a los turcos para debilitar a Carlos V. Este apoyo duró varios años. El efecto inmediato fue situar al Emperador en un lugar aná-

logo al de Carlomagno, como defensor único de la fe católica y de la Cristiandad.

¿Cuáles fueron las relaciones entre el protestantismo y los turcos? De parte de estos últimos se miraba con buenos ojos a Lutero, no precisamente por algunas remotas similitudes con el Islam, como la común reprobación del culto de las imágenes, sino porque tenían en jaque al Emperador, contribuyendo así a dividir las fuerzas de la Cristiandad. Soñando con la conquista de Europa, Solimán escribía a su aliado Francisco I, recientemente vencido por Carlos V.: "Ensillado tengo el trotón día y noche, y la espada al flanco." Fue aquí cuando se lanzó hacía Hungría. Los príncipes luteranos chantajeaban al Emperador, condicionando su ayuda a que les permitiese confiscar los bienes eclesiásticos y prohibir el culto católico.

De parte de Lutero hubo vacilaciones. Por un lado, le afligía la situación, queriendo secundar el llamado del Emperador. En su mesa de trabajo se hablaba mucho del turco. Solimán era para él un tirano y fratricida, "cuerpo del anticristo", sólo comparable al papa. Frente al sultán, personaje apocalíptico, Lutero evocaba la figura de Carlos V, aureolada de luces bíblicas. Pero por otro lado disuadía de escuchar la convocatoria del Papa a una cruzada. Gran escándalo había causado en el mundo cristiano sus declaraciones anteriores respecto a dicha cruzada, que solía ir unida con el tema de las indulgencias. "Pelear contra los turcos –había escrito en 1520– es oponerse a Dios, que por su medio castiga nuestras iniquidades", con lo que estaba

desaconsejando a los cristianos tomar las armas mientras la guerra fuese conducida en nombre del Papa. Lutero no vacilaba en equiparar a los turcos con el Papa. Los turcos, decía, gritan en la batalla: Alá, Alá, como los ejércitos del papa gritan: Ecclesia, Ecclesia! Es la Iglesia del diablo. Al igual que los papistas, también los turcos creen que las obras santifican. Claro que aquí establece una distinción: "El otro hombre a quien le toca luchar contra los turcos es el emperador Carlos, o quienquiera que sea emperador; porque los turcos atacan al Imperio y a sus súbditos, y éste está obligado a defenderlos, como autoridad pública puesta por Dios [...] El que quiera luchar contra los turcos, que lo haga bajo precepto del emperador, en nombre del mismo y bajo su bandera; así tendrá la conciencia segura de que obedece a la divina ordenación."

Mientras tanto, Solimán se ponía nuevamente en marcha. Despreciando las embajadas que el rey Fernando le enviara con propuestas de paz, el jefe turco penetró de nuevo en Hungría. Su idea era caer sobre Austria, destruir Alemania y apoderarse luego de Italia. Pero su lenta marcha hacia Occidente dio tiempo al Emperador para reclutar un poderoso ejército. Mientras su almirante Andrea Doria lograba éxitos en las costas de Grecia y las islas del mar Jónico, Carlos se dirigió hacia el este, hasta llegar a Viena. Allí lo esperaba el jefe turco con un ejército de 120.000 hombres. Por razones que ignoramos, Solimán renunció a proseguir la campaña y dejó a Viena en paz, retirándose mientras devastaba todo a su paso. La salvación no tuvo nada que agradecer a los reformadores. Varios de

ellos dieron la bienvenida al poderío mahometano. Lutero, en cambio, nunca dejó de sentirse preocupado ya que si caía la Cristiandad, caería él también. En una de sus cartas escribía: "Austria ha sido devastada; Viena no ha caído por mano del cielo pero su desolación es irreparable; todas las aldeas vecinas han sido quemadas, más de 100.000 hombres muertos o prisioneros. Lo mismo en Hungría. A estos males se agrega que el césar Carlos amenaza y determina encruelecerse contra nosotros con mayor atrocidad que el turco. Así tenemos por enemigos el emperador de Oriente y el de Occidente." Fue un momento dramático para él. Entonces predicó un sermón importante, dando un grito de alarma para despertar a sus "siempre amodorrados alemanes" y lanzarlos a la guerra contra los turcos, devastadores inicuos del Occidente, que son el Gog y el Magog anunciados por el profeta Ezequiel y por el Apocalipsis. "¿No eran signos –justamente con la acción maléfica del anticristo romano– del inminente fin del mundo?", se preguntaba.

Solimán no se llamó a cuarteles de invierno. En 1534 forjó un proyecto para raptar a la bellísima Julia Gonzaga, duquesa de Trajetto, a quien quería con especial empeño para su harén. Encargóse del proyecto Barbarroja, quien atacó de noche el castillo de Fundi, donde se hospedaba Julia. Pero ésta logró escapar por una ventana. Entonces los atacantes asesinaron a los moradores del castillo. Luego Barbarroja prendió fuego a la ciudad de Fundi, matando a todos los hombres y apoderándose de todas las mujeres. La misma Roma se vio amenazada ese año por una flota de galeras al mando del

mismo Barbarroja, quien en una ocasión llegó a atracar por algún tiempo cerca de la boca del Tíber. Este peligro hizo que Paulo III ordenara la construcción de esas complicadas defensas en la costa, bosquejadas por Sangullo y Miguel Ángel, que en el futuro opondrían una línea de torres de observación y bastiones poderosamente equipados.

Cuando el Emperador reunía las Dietas, solía proponer estos dos puntos, realmente decisivos: la solución del problema religioso y la unidad del Imperio contra los turcos. Difícilmente una Alemania dividida podía poner un dique adecuado al avance torrencial de los turcos. Más allá del desarrollo de las hostilidades, el hecho fue que la presión mahometana y sus éxitos militares, juntamente con la falta de apoyo de Francisco, fue lo que acabó por disminuir de manera estremecedora el ya declinante poder del Emperador sobre los señoríos germánicos. Ello le ató las manos, haciéndole imposible toda reacción condigna a la gravedad de la amenaza protestante, lo que tuvo por consecuencia que la ruptura religiosa alcanzara toda su extensión.

7. *Lutero contrae matrimonio con una ex-religiosa*

Acababa de terminar la guerra de los campesinos y estaba siempre pendiente la amenaza de la Media Luna. En medio de tantas turbulencias y tempestades, Lutero sufría dentro de sí un conflicto interior que lo dejó inerme frente a sus instintos sexuales. Maritain ha observado que en su proceso

psicológico se puede seguir una progresión fácil de comprobar sobre la serie de sus retratos, los últimos de los cuales, señala, son de una bestialidad sorprendente. Ahora predica desde el púlpito: "Así como no está en mi poder el dejar de ser hombre, no depende tampoco de mí el vivir sin mujer." Ya antes había incitado por doquier a la sensualidad; en los conventos de mujeres exhortaba a las religiosas a buscar marido. ¿Ustedes hablan de orar, de ayunar, de mortificarse? "Ese género de santidad, los perros y los puercos también pueden, más o menos, practicarlo todos los días." Su conciencia le remordía, sin duda, y su confianza en Dios no era suficiente para tranquilizarlo. ¿Qué hacer en las grandes ansiedades, se interrogaba, cuando el diablo veja al hombre, tratando de llevarlo a la desesperación? "Beber, jugar, reír más y más fuerte, y cometer algún pecado para desafiar y despreciar al demonio [...] ¡Ah! ¡si pudiera encontrar un pecado gordo para burlar al diablo!" O también fomentar una ira furiosa, figurándose al papa "con sus piojos y sus llagas".

Es cierto que a comienzos de 1525 declaraba a su amigo y condiscípulo Spalatino –así llamado por ser oriundo de Spal; su nombre verdadero era Georges Burckhardt– que "su espíritu no sentía inclinación alguna hacia la unión conyugal". Más aún, su actitud habitual para con la mujer había sido siempre despectiva. Opinaba que sólo servía para el matrimonio o para la prostitución, y que siendo su destino el dar a luz hijos, poco importaba que en ese quehacer consumiese su salud y su vida. Sea lo que fuere de ello, desde 1522, luego de

haber abandonado la soledad de Wartburg, Lutero habitaba en el convento de los agustinos de Wittemberg. Pronto aquel "monasterio negro" quedó casi vacío, sin otros moradores que el ex prior, el profesor Lutero, un sirviente, y tal vez algún huésped. En 1524 ya estaba pensando en colgar definitivamente los hábitos. Un día, por la mañana, subió a predicar *cucullatus*, es decir, con cogulla, pero al mediodía se la sacó. Y nunca más volvió a vestir el hábito de fraile.

Es natural que algunos, viéndole convertido en un civil como cualquier otro y en relaciones de familiaridad con chicas recién salidas de monasterios, empezasen a sospechar que pronto se casaría. ¿Por qué dejar de hacerlo ya que no sólo había afirmado que el celibato era imposible, e incluso una ofensa a Dios, sino que también con sus palabras y escritos había incitado a sus amigos, obispos, sacerdotes y monjas, a hacerlo? De hecho, ya estaba pensando en una religiosa, llamada Catalina von Bora, nacida en la zona de Sajonia, de padres nobles venidos a menos. A los dieciséis años había entrado en el monasterio cisterciense de Nimbschen. La predicación luterana contra los votos monásticos había llegado a aquel claustro, suscitando dudas e inquietudes. Un grupo de monjas manifestó al doctor de Wittemberg su deseo de escapar del convento. Dicho deseo se vio cumplido ya que una noche, doce de ellas salieron clandestinamente de la casa religiosa. Lutero aposentó a varias en el propio "monasterio negro", donde él vivía casi como un solitario, y a otras en casas de amigos; entre estas últimas se encontraba Catalina.

Lutero sentía lástima por aquella joven de veintiséis años, huérfana de padre y madre, con la que probablemente nada querrían saber su madrastra y sus cuatro hermanos. Un día Käthe, como la llamaba Lutero, le dijo que deseaba casarse con él. Al parecer, el padre del reformador, Hans Luter, le había confesado a Martín que le gustaría verlo casado y con hijos. Por fin Lutero se decidió. Tenía por aquel entonces cuarenta y dos años. Se casaron precipitadamente, sin avisar más que a unos cuantos amigos. La ceremonia se realizó en la casa del novio, es decir, el monasterio agustino. Y para que no se dijera que había contraído el matrimonio en secreto, dos semanas más tarde lo hizo público en Wittemberg. Algunos han señalado que luego fueron a la parroquia. Como la liturgia luterana no estaba aún establecida, ignoramos de qué modo se desarrolló aquella ceremonia. Luego hubo en el monasterio, que sería la morada de los nuevos esposos, una fiesta nupcial, a la que asistieron Hans Luther y su mujer. Había allí barriles con diversos vinos; el mejor, al gusto del reformador, era el de Franconia. Si bien habitualmente prefería la cerveza, especialmente por la noche, pues decía que le ayudaba a dormir, con todo, privilegiaba el vino. "Es el vino cosa bendita –decía– y tiene en su favor el testimonio de la Escritura, mientras que la cerveza es tradición humana."

Se dice que Erasmo, al enterarse de estas bodas, se rió de que la tragedia luterana acabase en casorio, como en una comedia cualquiera. Aun dentro del círculo de sus seguidores muchos no vieron con buenos ojos dichas bodas, incluso su amigo más

querido, el joven y docto Felipe Melanchton, quien se atrevió a desaprobar el hecho, si bien en la intimidad. Años más tarde el duque de Sajonia le echaría en cara el haber sido infiel y perjuro a sus votos religiosos, a lo que el ex fraile le respondió que era cierto lo que decía, que en verdad había quebrantado conscientemente aquellas promesas, pero que de ello se ufanaba como título de gloria. Estimaba mucho más el apelativo de "perjuro y apóstata" que el de "monje observante"; prefería ser degollado por un verdugo o dejar que el fuego consumiese su cuerpo, antes que ser tenido por "monje fiel" a sus votos, los cuales no eran sino falsía y negación de la sangre redentora de Cristo. Es verdad, agregaba, "yo fui un monje piadoso y observé la regla tan rigurosamente como el que más [...], esto lo podrán testificar todos los compañeros que me conocieron en el convento", pero "devoto monje no quiero ser, ni que me tengan por tal, como no quiero ser un piadoso bandido, un leal salteador de caminos, un honesto burdelero, un casto adúltero o un santo demonio".

Sea lo que fuere, lo cierto es que a Lutero, de por sí desordenado e incapaz de manejar la economía doméstica, le venía de perillas una mujer hacendosa que le arreglase la ropa, limpiase la casa, hiciese las compras, cuidase el jardín y los cerdos, para todo lo cual Catalina se mostraba particularmente apta.

Cabe preguntarse la razón por la que dio este paso. ¿Fue por pasión? El lo negó de manera terminante: "No, no estoy enamorado ni inflamado."

Quizás la razón fue su deseo de ser consecuente hasta el fondo con sus propios principios, de abatir una regla eclesiástica que consideraba pura invención humana, de liberar su vocación del yugo del celibato; o a lo mejor lo que buscaba era provocar un escándalo, "por mofarse del diablo y sus astucias" ya que, para Lutero, el acto carnal seguía siendo un pecado que Dios perdona por pura benevolencia. ¿Acaso no había escrito: "Peca y peca fuertemente, pero cree con mayor fortaleza aún y alégrate en Cristo"? ¿No encontraría la gracia aceptando totalmente su pecado? Todas estas razones juntas pudieron determinarle en esa dirección, y también, más sencillamente, la gran soledad que rodea al hombre cuando a su alrededor crecen las tinieblas del espíritu. Sobre ello ha escrito Enrique Böhmer: "Lutero no se casó, como el hombre normal, *propter opus*, por amor; ni *propter opes*, por mejorar sus condiciones económicas; ni tampoco *propter opem*, o sea, por procurarse la ayuda de una mujer que le cuidase en sus últimos días; sino, en primer lugar, *propter conscientiam et religionem*, porque su conciencia le impelía a confirmar con la obra lo que enseñaba con la palabra; y luego, *propter diabolum et papam*, para fastidiar al diablo y el papa."

Siempre quedarán en el misterio las razones últimas de su decisión. De hecho, ya desde 1520 había aconsejado a los sacerdotes la vida matrimonial, sobre la base de que el celibato era cosa diabólica y, además, imposible de guardar. Esto lo repetiría obsesivamente durante toda su vida. Pero no deja de resultar curioso que incluso en su soledad de Wartburg persistiera en la idea de que para

los monjes y religiosos que habían hecho libremente voto de castidad, no valía el mandamiento divino de "Creced y multiplicaos"; para los párrocos y demás clérigos, sí. De manera que, aun siendo imposible y diabólico el celibato, los monjes debían continuar soportando su yugo. Esto no dejaba de ser una incongruencia, como trataron de explicarle Melanchton, Karlstadt y Zwinglio. Al fin, Lutero cedió, y fue entonces cuando escribió su virulenta diatriba contra los votos monásticos. En los años siguientes no se cansó de escribir cartas, predicar sermones y publicar libros, recomendando encarecidamente el casamiento de curas, frailes y monjas. No hay en toda la historia un "apóstol del matrimonio" como Lutero, aunque, paradojalmente, le niegue a éste carácter sacramental. Es cierto que llegó a decir que todo acto conyugal es pecado, pero enseguida agregó que no era imputable, porque la unión de hombre y mujer es un mandamiento absoluto y universal de Dios.

En su nuevo estado, Lutero decía sentirse feliz, sobre todo cuando aparecieron los primeros hijos. "Soy rico. Mi Dios me ha dado una monja y tres niñitos", decía. "Soy más rico que todos los teólogos papistas del mundo entero, pues me contento con lo que poseo. Y tengo del matrimonio tres hijos, que ningún teólogo papista tiene." Así parecía vivir tranquilo, en el mismo convento en que había sido fraile observante bajo la regla de San Agustín, y en la misma celda desde donde por algunos años había ejercido su oficio de subprior y había pergeñado sus primeras invectivas contra las indulgencias y contra el papado.

Seis fueron sus hijos, tres varones y tres mujeres. Al cuarto de ellos lo llamó Martín. Tenía éste aún pocos meses, cuando un día su padre lo tomó en brazos, y para inculcarle sus ideas de que todos los pecados no constituyen un obstáculo a la misericordia de Dios, comenzó a jugar con el niñito diciéndole: "¿Qué has hecho tú para que yo te quiera tanto? ¿Cuáles son tus méritos para ser heredero de mis bienes? Sí, ensuciándote y mojándote, mereces que uno cuide de ti, que te atienda una niñera, que te den de mamar. Y a todas estas cosas quieres tener derecho; y si no te las dan, llenas la casa con tus chillidos." Otro día, mirándole mientras Catalina le daba el pecho, exclamó ante los presentes: "Enemigos de mi niño son el papa, los obispos, el duque Jorge, Fernando y todos los demonios; pero este niñito no les tiene ningún miedo, sino que mama con gusto y no pregunta por sus enemigos." Tuvo aún dos hijos más. A uno de ellos lo llamó Pablo, en honor al Apóstol. Lutero deseaba que un día Pablo llegase a ser caballero o militar de categoría; de hecho, prefirió estudiar medicina en la Universidad. Pablo tuvo seis hijos, que transmitieron a la posteridad la sangre y el apellido de Lutero hasta el siglo XVIII. Los que hoy conservan el apellido del reformador no proceden de Martín, sino de su hermano, Jacob Luther.

El gran caserón del "monasterio negro", donde Lutero moraba con su esposa Catalina, albergaba también, en las antiguas celdas de los frailes, a sus hijos y sobrinos, institutrices, tutores, viudas, pupilos, que allí comían y dormían. El antiguo convento se había convertido en una hospedería, donde

se alojaban numerosos estudiantes y maestros, discípulos, amigos y admiradores de Lutero. Pagaban un módico precio, felices de convivir con el más famoso personaje de Alemania. Allí el reformador se hacía obedecer sin chistar, sobre todo en lo que toca a la instrucción religiosa no sólo de sus hijos, sino también de los demás. Él mismo les explicaba las cosas fundamentales del catecismo que debía saber todo cristiano, los mandamientos, el credo, algunas sentencias de la Escritura, y les enseñaba los medios más sencillos para orar. En aquel monasterio laico no faltó una abadesa mandona y dominante, el ama de casa, Catalina.

Lo que mejor permite conocer la vida de aquel extraño grupo, así como circunstancias claves de la biografía de Lutero, es una compilación que hicieron sus amigos y comensales bajo el nombre de *Charlas de sobremesa* (*Tischreden*), que nos permite saber lo que Lutero dijo y comentó con sus familiares y amigos desde 1531 hasta 1546, el año de su deceso. La obra salió publicada luego de su muerte. De este modo, junto al *Epistolario* del reformador, de casi 2800 cartas, nos quedan las presentes *Charlas* en seis volúmenes, que contienen una reserva inagotable de dichos espontáneos, confidencias, recuerdos de tiempos antiguos, declaraciones, juicios críticos, rabietas, anécdotas, alusiones a todos los personajes y sucesos que dejaron alguna huella en su vida. Sus comensales, que no se cansaban de interrogarle, se las ingeniaron en ponerlo todo por escrito con la mayor habilidad posible. No se trataba, por cierto, de discursos ni sermones, sino de respuestas a preguntas concretas,

donde Lutero se manifestaba con total libertad y confianza. Allí recuerda sus tiempos de niñez y juventud, de su vida en el claustro, de tantas peripecias por las que había pasado, con numerosas confidencias autobiográficas; se despacha a su gusto contra el pontificado romano, contra Erasmo, contra el duque Jorge, contra Karlstadt, Münzer, Zwinglio, contra el monacato, contra el sacrificio de la misa; le agradece a Dios por haberle dado a conocer el verdadero Evangelio; se expresa con ardor sobre la fe en Cristo, sobre la misericordia divina; dice lo que pensaba de los italianos, de los franceses, de los españoles, de los turcos, de los judíos; da consejos sobre las escuelas y universidades, la educación de la juventud, la teología, la música, la predicación; comenta los libros que había leído. Su mujer, que intervenía demasiado, lo que alguna vez le echó en cara su marido, era llamada "la Doctora". A veces se le notaba que había sido monja; si al coser se pinchaba con la aguja, exclamaba espontáneamente "¡Ave María!", lo que comentaba su marido: "¡Como si no tuviéramos a Cristo consolador a quien invocar!"

8. *Sus últimos años*

Lutero pasó casi las tres últimas décadas de su vida lanzando, a través de sus escritos, cartas y charlas familiares, maldiciones, ultrajes, acusaciones morales y doctrinales, a veces falsas, otras exageradas, contra la Iglesia y el Papa, contra todos los obispos, contra todos los monjes, monjas y

sacerdotes, contra todos los que él denominaba "papistas", asnos papales, seguidores del anticristo y de la prostituta babilónica. Para ello recurrió a todas las expresiones alemanas y latinas que tienen que ver con la defecación y las partes del cuerpo que la producen. Señala el P. García Villoslada que no conoce en toda la historia un desbordamiento tan atroz y persistente de odio contra una institución que le había amamantado y le había dado lo mejor que podía darle: la Biblia, los sacramentos, la tradición apostólica, el símbolo de la fe, las oraciones de la liturgia.

Se podría pensar que hacia el fin de su vida sus diatribas amainarían. Pero no fue así. En un sermón pronunciado en Wittemberg en 1546 se las agarró una vez más con la razón: "Es la ramera mayor del Diablo; por naturaleza y por manera de ser es una ramera nociva, una prostituta, la ramera designada para Diablo, una ramera carcomida por la roña y por la lepra, que debiera ser aplastada y destruida [...] Tiradle fango a la cara para afearla. Está y debería estar ahogada en el bautismo. Merecería la miserable ser desterrada a la parte más maloliente de la casa, a los retretes." Asimismo siguió insultando a los teólogos de Lovaina, burros, malditos puercos, panzas de blasfemadores, charcos putrefactos, y a los de la Sorbona, sinagoga del demonio, la más abominable prostituta intelectual que hay bajo el sol...

Tampoco ahorró dicterios contra la Iglesia católica. Su lenguaje se desboca cuando se emplea en describirla. No es para él sino "la prostituta del dia-

blo". Baste decir que en el espacio de seis líneas repite la palabra "ramera" (*Hure*) no menos de doce veces. Lo mismo se diga del Papa: "Es un asno tan grosero que no puede ni siquiera aprender la distinción entre palabra de Dios y doctrina humana. Las estima por igual." Tal fue su lenguaje habitual.

Años atrás, se las tomó con un escritor que había elogiado calurosamente al cardenal-arzobispo de Maguncia, Lutero mostró su "estro poético" atacando así a aquel *merdipoeta* suizo:

Quam bene conveniant tibi res et carmina, Lemchen!
Merda tibi res est, carmina merda tibi.
Dignus erat Lemchen merdosas carmine merdae,
nam vatem merdae nil nisi merda decet.
Infelix princeps, quam laudas carmina merdae!
Merdosum merda quem facis ipse tua.
Ventre urges merdam vellesque cacare libenter
ingentem, facis at, merdipoeta, nihil.
At meritis si digna tuis te poena sequatur,
te miserum corvis merda cadaver eris.

A lo largo de su vida nunca dejó de predicar. Desde aquellos días de 1511, en que subió por primera vez al púlpito de su convento de Wittemberg, hasta casi la hora de su muerte, jamás abandonó ese oficio. Cuando no podía predicar en alguna iglesia, lo hacía en su casa, delante de comensales. Sus mismas lecciones universitarias tuvieron siempre mucho de sermón. Incluso en sus viajes, al pasar por ciudades o aldeas, trataba de subir al púlpito de los templos para comentar algún pasaje evangélico, repitiendo sus doctrinas de siempre. Son

muchos los volúmenes de sermones que de él conservamos. Su última predicación fue el 15 de febrero de 1546, tres días antes de morir. Empezó citando las palabras de Jesús: "Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque ocultaste estas cosas a los sabios y a los prudentes y las revelaste a los pequeñuelos..." ¿Quiénes eran esos sabios y prudentes? El papa, los papistas y todos los herejes. ¿Quiénes los pequeñuelos? El y los suyos. Según García Villoslada el odio teológico al papado fue la mayor potencia motriz que puso en actividad sus facultades y lo que sostuvo y alargó su vida hasta el fin.

En cuanto a la actividad literaria que desplegó en los últimos años de su vida, no podemos dejar de aludir a dos escritos. El primero es un vasto comentario al libro del Génesis. Lo había comenzado en 1535, pero lo prosiguió hasta diez años después. Cuando allí trata de Isaac, a quien su padre Abraham le prohibió casarse con una mujer cananea, se enfurece contra los "canonistas pontificios" que permiten los esponsales sin el consentimiento y la voluntad de los padres. "Yo jamás aprobaré ni defenderé el error y la necedad de los canonistas, sino que me cagaré en los cánones y en el papa (*sed percacabo canones et papam*)."

El segundo escrito es un panfleto furioso que compuso el año 1545, en menos de sesenta días, poco antes de morir. *Contra el papado de Roma, fundado por el diablo*, es su título. En esta obrita, publicada once meses antes de su muerte –¿su canto de cisne?– reitera por enésima vez su crítica fe-

roz, alcanzando una suerte de paroxismo. "Los cardenales y toda la gentuza de la Curia son hombres por delante y mujeres por atrás", porque "toda la Iglesia del papa es una Iglesia de putas y de hermafroditas". El papa mismo es "un loco furioso, un falsificador de la historia, un mentiroso, un blasfemo, un profanador, un tirano del emperador, de los reyes y del universo entero, un estafador, un bribón, un expoliador de los bienes eclesiásticos y seculares; pero ¿quién podría enumerar todos esos crímenes?" Para calificarlo recurre a toda la gama de la zoología: cerdo, burro, *Farzesel* (designación burlesca del papa Farnese), rey de los asnos, perro, rey de las ratas, lobo, oso-lobo, hombre-lobo, león, dragón, cocodrilo, larva, bestia, etc. Más adelante hace que el Papa le diga al demonio: "¡Ven, Satán! Si tú poseyeras otros mundos además de éste, yo querría poseerlos a todos, y no solamente adorarte, sino lamerte el trasero." En cuanto a los actos pontificios están todos "sellados con la mierda del diablo, y escritos con los pedos del asno-papa". Encara luego al Papa en persona: "¡Ah, si yo fuese el Emperador, sé lo que haría. Haría atar de dos a todos esos granujas impíos: papa, cardenales y chusma papal. Los haría llevar a tres millas de Roma, hacia Ostia. Allí se encuentra una extensión de agua llamada mar Tirreno, baño perfectamente recomendado contra la peste, los daños y los crímenes de la santidad del papa, de los cardenales y de toda la Santa Sede. Yo los sumergiría y los bañaría como corresponde. Y si, como sucede ordinariamente con los posesos y los locos, se muestran temerosos del agua, les colgaría al cuello, para mayor se-

guridad, la Piedra sobre la cual están fundados con su Iglesia. Allí juntaría las llaves que les sirven para atar y desatar todo lo que está en el cielo y sobre la tierra, para que puedan dominar en el agua según su voluntad. Y añadiría además una cruz pastoral y una cachiporra, para que golpeen el agua en el rostro, hasta que el hocico y la nariz les sangren." Y así sigue. "En nombre de todos nosotros, convoco a la Santa Sede de Roma, esa sede donde se examinan los papas para saber si son hombres o mujeres. Si son hombres, que nos muestren sus *testes*." La palabra latina, *testes*, que significa testigos, busca evidentemente sugerir otra. "Si son mujeres, les diré lo que dijo San Pablo: ¡que en la Iglesia la mujer se calle!"

No deja de ser triste este grito desesperado de un moribundo que recoge en un instante sus últimas energías para lanzar al mundo una denuncia y una condenación testamentarias, cuyas cláusulas no pueden disimular su desilusión y derrota. El ápice de la diatriba se encuentra en el texto que escribió para comentar las alevosas caricaturas de Cranach sobre el papa. Un historiador ha dicho que el tono mismo al que recurre es un ultraje a la buena educación y que sus versos caerían hoy bajo la atención de la policía.

¿Cuál fue la ocasión de este panfleto? Un hecho acaecido en esos momentos. En la ciudad de Spira, donde ya se habían celebrado varias Dietas imperiales, se inauguró una más, en 1544, bajo la presidencia de Carlos V. Como en las otras ocasiones, no sirvió para nada. El Emperador entendió que ya

que el problema religioso no podía resolverse allí, debía dejarse su solución para el próximo concilio general, pero dado que su convocatoria, a pesar de todos los esfuerzos empeñados, era incierta e insegura, se encargaría de ello la Dieta imperial, convocando un Concilio que se reuniría pronto en Alemania con la presencia del Emperador. Cuando Paulo III se enteró de ello, se disgustó sobremanera, y envió una seria amonestación a Carlos V por haberse atrevido a tomar decisiones en materia religiosa, y sobre todo hablar de un concilio general sin nombrar al Papa. Fue entonces cuando apareció el panfleto de Lutero. Comienza con un juego de palabras imposibles de traducir: "El infernalísimo Padre [*Der aller hellischt Vater*, que en alemán suena muy parecido a "el santísimo Padre"] San Paulo III, como si fuera obispo de la Iglesia romana, ha dirigido dos breves a nuestro señor emperador Carlos V, en el que se enfurece [...] ¿De dónde le viene a vuestra Infernalidad [*Ewer Hellischeit*, en vez de Santidad: *Heiligkeit*] esos poderes?" Agrega enseguida que el Papa anuncia, casi por quinta vez, un concilio que nunca se hace, sobre el cual él pueda ejercer su plena potestad. "Que por tal concilio le dé gracias el malvado demonio y no asistan a él sino el malvado demonio con su madre, su hermana, su hideputas, el papa, los cardenales y demás residuos que hay en Roma de la infernal bazofia." Y prosigue: "El breve del papa Paulito (*Papst Paulichen*) al emperador Carlos prosigue así: «Debes saber que a ti no te toca elegir las personas que asistirán al concilio, sino que eso pertenece a nuestra jurisdicción.» Vamos despacio, querido Paulito;

caro borrico, no bailes; ¡ah! querido borriquillo papal, no bailes; queridísimo asnillo, no lo hagas, porque el hielo de este año, por la suavidad de los vientos, está muy resbaladizo y te podrías caer y romper una pierna. Y si en este caso se te escapa un pedo, todo el mundo se reirá de ti y exclamará: «¡Diablos! ¡Cómo se ha ensuciado el asno papal!» [...] Oye, papa Paulo, no tienes fe ninguna; ni tú ni tus hijos, cardenales y familia de la corte romana respetáis a Dios, porque sois puercos epicúreos, igual que todos los papas, tus predecesores [...] Si todavía me queda algo de fuerza, volveré a atacar sus bulas y breves e intentaré peinar las intonsas y largas orejas de ese gran borricazo (*grossen Esel*)."

Señala García Villoslada su extrañeza al observar que en este escrito, Lutero insiste mucho en la corrupción moral del Papa y de la curia romana, como si allí fueran todos sodomitas, incestuosos, amancebados, hipócritas, codiciosos, simoníacos, mentirosos, cerdos, haz del demonio. De hecho, en esos tiempos la curia se había purgado mucho de sus antiguos vicios. Pero supongamos que fuese merecedora de tales denigrantes apelativos, ¿por qué Lutero insiste tanto en ese aspecto, si a él todo lo de carácter ético le importaba muy poco? ¿No había dicho en 1533 que "nuestra vida [la de los luteranos] es tan mala como la de los papistas"? Y también: "Desde que la tiranía del papa ha terminado para nosotros, todos desprecian la doctrina pura y saludable. No tenemos ya aspecto de hombres, sino de verdaderos brutos, una especie bestial." No por nada Melanchton decía: "Mirad esta sociedad evangélica: ¡cuántos adúlteros, borrachos

y jugadores; cuántos viciosos e innobles! Examinad los matrimonios: ¿son acaso más castos que entre aquellos a los que llamáis paganos?", concluyendo melancólicamente: "No bastarían todas las aguas del Elba para llorar las desgracias de la Reforma." Lutero se sentía cada vez más responsable de esta decadencia moral. De sus seguidores decía que "son siete veces peores que antes. Después de predicar nuestra doctrina, los hombres se entregaron al robo, a la impostura, a la crápula, a la embriaguez, y a toda clase de vicios. Expulsamos un demonio [el papado] y vinieron siete peores". Por lo demás, aquellos a quienes había tratado de moralizar, no se sonrojaban al argüirle con sus propias palabras. "¿No nos has enseñado que el hombre es incapaz de obrar el bien y justificarse ante Dios?" Al oír tales exabruptos, su cólera se acrecentaba. "¡Viva la concupiscencia invencible!", gritaba indignado cuando le hablaban de nuevos escándalos. A su juicio, las mujeres alemanas eran "marranas desvergonzadas", los campesinos y burgueses "unos ebrios, entregados a todos los vicios"; de los estudiantes "apenas había de cada mil uno o dos recomendables". Y Wittemberg, "el Tabor de la divina iluminación", como lo llamó en su momento, se había convertido en "una Sodoma y Gomorra", digna de todos los castigos. ¿Por qué entonces insistir ahora, al término de su vida, en las iniquidades de la sede de Pedro? ¿Acaso no había escrito en 1521 al conde Alberto de Mansfeld que "no impugnaba al papado por su mala vida o sus malas obras, sino por su falsa doctrina"?

Yo pienso, opina el historiador español, que si así se expresaba era por interés propagandístico; de ese modo daba calor popular a su "Diatriba", destinada a la más amplia difusión, al tiempo que grababa a fuego en el corazón de sus lectores el odio, el asco y la repulsión hacia aquel papa-asno. Conocía demasiado bien la eficacia de las campañas publicitarias, sobre todo si iban acompañadas de la pintura burlona. De ese modo hacía que el magisterio del Papa se volviese intolerable. "El papa piensa así: Como yo, que soy un burrazo, no leo libros, tampoco hay en el mundo hombres que los lean; por eso cuando yo hago retumbar mi rebuzno hi-ka, hi-ka, o suelto una ventosidad, todos tienen que admitirlo como dogma de fe." Y sigue la diatriba: "El papa es cabeza de la maldita multitud de los peores bribones de la tierra: un lugarteniente del demonio, un enemigo de Dios, adversario de Cristo, destructor de las iglesias cristianas, maestro de todas las mentiras, blasfemias e idolatrías; archiladrón de las iglesias, robador de las llaves y de todos los bienes sacros y profanos, asesino de los reyes, instigador de toda clase de matanzas, el mayor burdelero (*Hurnwirt*) de los burdeleros y fomentador de toda lujuria". Así concluye la primera parte del panfleto: "El asno papal quiere dominar en la Iglesia aunque no es cristiano, ni cree nada, ni sabe más que ventosear como un asno." En la segunda parte, que es muy breve, se pregunta "si es verdad o no que al asno papal nadie lo puede juzgar y condenar", según él se jacta furiosamente en sus excretos (*Drecketen*).

No fue este escrito del Lutero ya decrépito su más vigoroso ataque pero sí el más estruendoso. Podía ya reposar en paz. La impresión que causó entre los católicos fue de repugnancia y de desprecio. Piénsese que en esos precisos momentos se estaba dando inicio al Concilio de Trento. Poco antes de morir, pensó Lutero enviar su panfleto a los miembros de dicho Concilio. De hecho no pudo hacerlo. En cuanto a los grabados de Cranach fueron por él inspirados. Cuando el año mismo de su muerte se le preguntó por qué los había incluido respondió: "Yo sé que no puedo ya vivir largo tiempo, y, sin embargo, tengo muchas cosas que sería preciso revelar acerca del papa y de su reino. Por eso he publicado estas figuras e imágenes, cada una de las cuales vale por todo un libro que se debe escribir contra el papa y su reino para testificar ante el mundo entero lo que pienso del papa y de su reino diabólico. Que estas figuras sean mi testamento."

Convencido estaba en sus últimos momentos de que la doctrina que había enseñado era la de Cristo; por tanto, si alguno la impugnaba debía ser calificado de anticristo, especialmente el Papa. Por lo demás, pensaba que el fin del mundo tenía que estar próximo. Esta idea se le hacía más firme cuando consideraba el avance asolador de los turcos, enemigos del nombre cristiano, que en aquellos momentos ocupaban ya una buena parte de Europa. Entre el turco y el papa establecía una unidad casi indisoluble, haciendo de ambos, hijos del diablo, es decir, anticristos. "El papa –resumía– es el espíritu del anticristo; su carne es el turco, el cual

infesta la Iglesia corporalmente, como aquél espiritualmente."

Un día se dirigió a Dios exclamando: "Señor, moriré enemigo de tus enemigos y en la excomunión de tu hostil adversario el papa, pero él morirá en la excomunión tuya. A él y a mí nos juzgarás tú; a él lo condenarás a destrucción y muerte, como adversario y enemigo tuyo; a mí, criatura miserable, pero confesor de tu nombre y de tu verdad, me salvarás." Asimismo repetía: "Mi epitafio será el de siempre: «En vida fui para ti la peste; muerto, seré tu muerte, oh papa!»" Cierta vez, al retirarse algunos que lo habían visitado, los despidió diciendo: "Que el Señor os llene de su bendición y de odio al papa." Se cuenta que el día antes de morir tomó en su mano un trozo de tiza y escribió en la pared aquel verso: *"Pestis eram vivus, moriens ero mors tua, papa."* Pero el hecho es muy dudoso.

Sin duda que el estado de su alma era sombrío. La Iglesia católica no había sido destruida, como él lo pronosticara. Por el contrario, según dijimos, acababa de iniciarse el Concilio de Trento, con gran ira del reformador fracasado. La Iglesia reflorecía con renovada juventud. Aparecían nuevos defensores, pletóricos de lucidez y de coraje. Desde hacía nueve años, la Compañía de Jesús había entrado en acción. Y él, ¿qué era al fin de cuentas? Un caudillo religioso cuya autoridad estaba en disputa. Terribles pensamientos asaltaban su mente. "Si quisiera, en tres sermones, les conduciría de nuevo a sus viejos errores." Y estallaba en carcajadas atro-

ces. Todos los hechos de su vida desfilaban ahora por su cabeza: su niñez y juventud, su vocación religiosa, su ordenación sacerdotal, sus misas, de cuya celebración durante quince años se arrepentía –"hubiera hecho mejor de explotador de prostitutas"–, su rebelión, su enfrentamiento con Erasmo, la terrible represión de los campesinos... Se había vuelto sumamente irascible, lo que hacía sufrir mucho a su mujer, a sus amigos y allegados.

En diciembre de 1545 había empezado el Concilio de Trento. Por aquellos días, los condes de Mansfeld lo llamaron a Eisleben para que solucionase un asunto familiar. Partió Lutero de Wittemberg el 23 de enero de 1546, llegando a su ciudad natal el 28 del mismo mes. Tras engorrosas gestiones, logró solucionar la situación. Enseguida quiso volver. Se sentía muy mal, con angina de pecho. No le fue posible, ya que la muerte lo sorprendió el 15 de febrero, a las tres de la mañana. Sus discípulos le preguntaron si moría perseverando en su doctrina, a lo que contestó afirmativamente. Las últimas palabras que salieron de sus labios fueron para repetir por tres veces el versículo de Juan: "Dios amó tanto a los hombres que les dio a su Hijo único, a fin de que quien cree en él no perezca, sino que tenga la vida eterna." Tal es la versión oficial.

Un estudioso francés contemporáneo, Étienne Couvert, nos ofrece una versión diferente sobre la muerte de Lutero. Basándose en los estudios del psicoterapeuta Roland Dalbiez, sostiene que las afirmaciones que el reformador profirió a lo largo de

su vida acerca de la justificación por la fe contienen en sí un factor angustiante, que lo acompañó desde su juventud. Aquella frase suya: "Tú dirás: mis pecados no son míos, porque no están en mí, sino que están en otro, a saber, en Cristo, por lo que no podrán dañarme", resultan escalofriantes. Se necesita, en efecto, un esfuerzo extremo para aceptar semejante aserto por la fe y creerlo al punto de decir: "He pecado y no he pecado, a fin de que sea vencida la conciencia, esa dominadora tan poderosa que con frecuencia ha arrastrado a los hombres a la desesperación, el cuchillo o la cuerda." Destaca Dalbiez la enormidad de la incongruencia: He pecado, pero no quiero reconocerlo. Se afirma lo contrario de lo que se sabe que es la verdad. Dicha doctrina, sigue diciendo el psicólogo francés, no pudo tranquilizar totalmente a Lutero y es lícito colegir que nunca logró hacerla suya por completo. Por lo demás, a lo largo de su existencia no disimuló sus desganas de vivir. "Maldito sea el día en que nací", dijo en cierta ocasión, o también: "¡Pluguiese a Dios que no hubiese nacido!", e incluso: "¡Pluguiese a Dios que jamás hubiese escrito ninguno de mis libros!" Recuerda asimismo Dalbiez un hecho estremecedor que le sucedió a Lutero poco antes de su muerte. Cierto día se encontraba descansando en un banco solitario, al fondo de su jardín en Wittemberg. Su esposa se sentó a su lado. Él estaba angustiado, y levantando los ojos al cielo, exclamó de repente: "¡Oh bello cielo, no te verá jamás!" La desventurada Catalina, aterrorizada por lo que acababa de oír, se levantó y le dijo: "¿Y si volvemos atrás?" "No", le respondió Lutero. "¿Por

qué?", inquirió ella. "Porque el carro ha marchado demasiado lejos en el barro." Dicho lo cual, regresó a su cuarto.

Couvert sostiene que la muerte de Lutero fue por suicidio. En favor de dicha hipótesis aduce el relato de su deceso hecho por Rudtfeld, uno de los domésticos de la casa, que publicó Sedulius en 1606: "Martín Lutero se dejó vencer por su intemperancia habitual y bebió con tanto exceso que nos vimos obligados a llevarlo absolutamente abrumado por la embriaguez y acostarlo en su cama [...] Al día siguiente volvimos para ayudarlo a vestirse, según era costumbre. Vimos entonces, oh dolor, a nuestro dicho maestro Martín colgado en su cama y miserablemente estrangulado." En aquella época se usaban a veces camas elevadas, sostenidas por columnas. "Entonces anunciamos a los príncipes, sus invitados de la víspera, el execrable fin de Lutero. Éstos, aterrorizados como nosotros, nos pidieron enseguida con mil promesas y solemnes súplicas, que guardásemos un profundo y eterno silencio sobre este hecho, para que nada de ello trascendiese; luego nos rogaron desatar del lazo el horrible cadáver de Lutero, ponerlo en su cama y difundir en el pueblo la noticia de que su maestro había muerto súbitamente." No nos es posible confirmar esta versión, pero es factible que así haya sido. En su libro *Tres reformadores*, Maritain da una lista impresionante de amigos, compañeros y primeros discípulos de Lutero que acabaron suicidándose.

Sea lo que fuere, el príncipe elector de Sajonia ordenó que sus restos fuesen llevados de Eisleben

a la iglesia de Wittemberg. El traslado se hizo en medio de un gran concurso de pueblo, resonando las campanas de las iglesias a lo largo de todo el recorrido. En aquel templo del castillo ducal, donde su voz inflamada había resonado tantas veces, yacía ahora inmóvil. Precisamente aquel 22 de febrero –como notó Grisar– se celebraba en todo el mundo católico la festividad de la Cátedra de San Pedro, y en las basílicas de Roma se recordaba la gran promesa de Cristo: *Tu es Petrus, et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam, et portae inferi non praevalebunt adversus eam* (Mt 16, 18).

9. *La personalidad de Lutero*

Lutero fue, en realidad, un hombre fascinante y lleno de paradojas. Como observa García Villoslada, siempre suscitará altercados este alemán "pura sangre", este hijo de Sajonia, apegado estrechamente a su país, por una parte, y pregonero, por otra, de un mensaje universal; predicador de la angustia desesperada y al mismo tiempo anunciador de la interna consolación de la fe; abogado de la absoluta libertad evangélica y, juntamente, de la inanidad del libre albedrío y de las obras humanas en orden a la salvación; teólogo popular y sublime, prisionero de la palabra divina, como dijo en Worms, pero a la par desasido y suelto por su interpretación personal, muchas veces subjetiva y arbitraria, de la Sagrada Escritura.

Personalidad difícil de caracterizar, por cierto. Un profesor de psiquiatría de la universidad de Pittsburgh, Erik E. Erikson, lo ha estudiado desde el punto de vista psicoanalítico. Entre otras muchas observaciones, cree encontrar un significado profundo a un accidente de tipo epiléptico que le aconteció a Lutero en el coro de Erfurt, cuando se leía el episodio de aquel endemoniado poseído por un espíritu mudo, que refiere San Marcos (9, 17). Se dice que al escuchar aquel texto, cayó al suelo convulsivamente gritando: *Non sum, non sum*. "La historia del ataque en el coro cautivó mi atención desde el primer momento, porque tuve la sospecha de que las palabras «Yo no soy», revelaban que aquel ataque era en parte una grave «crisis de identidad», una crisis en que el joven fraile se vio obligado a afirmar «lo que no era» (un poseso, un enfermo, un pecador), para lanzar luego lo que en realidad era o quería ser."

Dos grandes obras, desde el punto de vista católico, se han escrito en el siglo XX sobre Lutero. La primera es de Enrique S. Denifle, *Lutero y el luteranismo en su primer desarrollo*. Denifle es un fraile de la Orden de Santo Domingo, nacido en el Tirol. Su visión de Lutero es acentuadamente negativa: se trata de un monje corrompido desde su juventud, mal formado teológicamente, orgulloso, intemperante, mentiroso, hipócrita, sin seriedad moral, amigo de la bebida, de la bufonería. Su doctrina es "más bien carcología que teología", pues asegurando al hombre la salvación, le permite entregarse a los vicios; es una doctrina sin raíces dogmáticas, sino simplemente psicológicas y morales o, por me-

jor decir, inmorales. Para finalizar, lanza este apóstrofe: "Lutero, en ti nada hay divino." Los protestantes, sin excepción, pusieron el grito en el cielo al conocer este libro.

La segunda obra es de Hartmann Grisar, de la Compañía de Jesús, profesor de historia eclesiástica en Innsbruck. Su obra, en tres gruesos volúmenes, se titula sencillamente *Luther*. Quizás su acierto más logrado consistió en señalar el punto de arranque de la desviación heterodoxa de fray Martín en el momento de su traslado del convento de Erfurt, enemigo de la fusión con los no observantes, al convento fusionista de Wittemberg en 1511, pocos meses después de su regreso de Roma. A partir de entonces cobró un odio inextinguible a los frailes de la Observancia y a todos los que se creen piadosos y justos porque observan la regla y cumplen ejercicios ascéticos. De ese aborrecimiento a la "observancia regular" brotará la teoría de la justificación sin obras. A diferencia de Denifle, no deja de señalar también aspectos positivos en Lutero, aunque sin disimular sus rasgos lamentables. Asimismo escribió sobre él Joseph Lortz, profesor de historia eclesiástica en la universidad de Maguncia. En su obra *La Reforma en Alemania* pinta un Lutero no sólo potable, sino casi un santo, un místico, poniendo las raíces de la crisis luterana en motivos esencialmente reformistas. Olvida que Lutero no se alzó para corregir las costumbres y la disciplina, sino para cambiar los dogmas.

Uno de los mejores estudios que hemos leído sobre nuestro personaje es el del P. García Villosla-

da. La obra, en dos volúmenes, se llama *Martín Lutero*. A ella hemos recurrido de manera abundante en este curso. Destaquemos asimismo el reciente libro de Ivan Gobry, *Luther*, realmente magnífico.

Tratemos de señalar algunos rasgos predominantes de la personalidad de Lutero. Estaba dotado, por cierto, de notables cualidades humanas, era un excelente conversador, un hombre muy amable con sus amigos, destacable por su eutrapelia, sin interés alguno por el dinero, liberal con los pobres, de una fuerte inclinación poética y musical, lleno de humor, inteligente, ágil, rápido y penetrante, aunque muy poco lógico y sistemático, espléndida pluma y vena oratoria, siempre popular, jugoso, íntimo, vivo, expresivo. Así lo presenta Grisar.

En su libro *Tres reformadores*, Maritain lo describe como un hombre temperamental lírico y a la vez realista, poderoso, impulsivo, valiente, sentimental y de una impresionabilidad morbosa. "Este hombre violento tenía bondad, generosidad, ternura. Y, con eso, un orgullo indomado, una vanidad petulante. La parte de la razón era en él muy pequeña. Si llamamos inteligencia a la aptitud de asir lo universal, de discernir la esencia de las cosas, de seguir dócilmente los meandros y delicadezas de lo real, Lutero no era inteligente, sino más bien estrecho y sobre todo obstinado. Mas poseía en grado eminente la inteligencia de lo particular y de lo práctico, una ingeniosidad astuta y vivaz, la aptitud de percibir el mal en los otros, el arte de encontrar mil expedientes para salir airoso y abru-

mar al adversario. Tenía, en suma, todos los recursos que los filósofos llaman la *cogitativa*, la «razón particular».”

El filósofo francés descubre también en Lutero muchos rasgos de familiaridad, de simpatía. Poseía una poderosa religiosidad natural, declara; oraba a menudo en voz alta, con gran flujo de palabras, que hacía la admiración de la gente; se enternecía ante las cosechas, ante la bóveda del cielo, ante un pajarito que veía en su jardín; lloraba ante una violeta recogida en la nieve y que no había podido reanimar. Impregnado de una melancolía profunda, que es lo más grave y lo más humano que hay en él, este hombre que desató la Revolución en el mundo, se aplacaba con la música, se consolaba tocando la flauta. Los demonios, nos cuenta, huían lejos de su instrumento. A juicio de Maritain, todo esto deriva de un mismo principio: el predominio absoluto del sentimiento y del apetito. Tal actitud de alma debía naturalmente acompañarse de un profundo anti-intelectualismo, favorecido, de otro lado, por la formación occamista y nominalista que recibió en filosofía.

D. B. Wyndham Lewis alaba su recia sinceridad religiosa, su hospitalidad, su conversación fascinante, su gusto por las sobremesas, su inmensa vitalidad, su dominio de la palabra y de los hombres. El romántico que lloraba sobre una violeta podía rugir como un toro broncíneo, aterrando a sus secuaces con la virulencia de su furia. Y a intervalos sabía estar alegre, jovial, juergueando en una taberna, tomando buena cerveza y buen vino. “Me atra-

co como un checo y me empapo como un alemán", decía en una de sus cartas, y recomendaba análoga solución a los que tuviesen tristezas espirituales.

Bossuet lo pinta con acierto: "Hubo fuerza en su genio, vehemencia en sus discursos, una elocuencia viva e impetuosa que arrastraba los pueblos y los transportaba; una audacia extraordinaria cuando se vio aplaudido y sostenido, con un aire de austeridad que hacia temblar a sus discípulos, de suerte que no se atrevían a contradecirlo ni en las cosas grandes ni en las pequeñas."

García Villoslada destaca las dotes excepcionales de Lutero, que dan realce a su fuerte personalidad. Una persuasión íntima de predicar la verdad absoluta; una elocuencia arrebatadora, por una parte popular, y por otra docta, siempre apasionada; una fantasía encendida junto con un realismo crudo y unas expresiones hiperbólicas: un hondo y desgarrador sentimiento religioso; y, por fin, una inexplicable fascinación personal, que refulgía en sus ojos de alucinado: "ojos de halcón", dirán algunos; "ojos de basilisco", según otros; o bien "ojos de león", "ojos rutilantes como estrellas", "ojos cuyo mirar nadie resiste"... Así nos lo describen quienes lo vieron y lo trataron en los años más dramáticos de su vida. Hablaba a ratos con el lenguaje de los místicos y los profetas, y se presentaba como el mensajero de Dios, el anunciador del auténtico Evangelio, el reformador y purificador del cristianismo romano, repitiendo de mil maneras unas pocas ideas muy fáciles de entender y portadoras de con-

solación a los pecadores que sufrían las mordeduras de la concupiscencia y aspiraban a tener a Dios propicio y salvar su alma.

El historiador español nos recuerda el estilo tan atrapante de sus predicaciones, poniendo como ejemplo el sermón que pronunció en Erfurt en 1521, camino a la Dieta imperial de Worms: "Uno construye iglesias, otro va en peregrinaciones a Santiago o a San Pedro, el tercero ayuna, o reza, porta cogulla, camina descalzo o practica otra obra cualquiera. Tales obras no valen absolutamente nada y es preciso acabar con ellas totalmente. Y reparad en lo que digo: Todas vuestras obras no tienen valor alguno [...] Cristo ha destruido la muerte para nosotros, de modo que por su obra, extrínseca a nosotros, y no por nuestras obras propias, somos justificados. Pero la autoridad del papa nos ordena otra cosa: ayunos, rezos, abstinencias, para alcanzar la salvación [...] Y con eso seduce al pueblo, como si la santidad y la justificación dependiesen de nuestras propias obras [...] Pero yo os digo: Ningún santo –por grande que fuese su santidad– obtuvo la salvación por sus propias obras [...] La salvación no procede de las obras, sino de la fe [...] Cristo el Señor dice: Yo soy vuestra santificación, Yo he destruido el pecado que lleváis sobre vosotros."

El mismo historiador destaca su carácter obstinado, que lo llevó a odiar mucho y también a ser odiado. "Pienso que, en mil años, ningún hombre ha sido tan maldecido como yo", dijo en una de sus charlas de sobremesa. En sus ideas religiosas se mostraba absolutamente inflexible, incapaz de

retractación ni de aminoración en sus juicios. Nos impresiona la persuasión que tenía de que sólo él y los suyos estaban con Cristo, y los que estaban contra él eran anticristos, persuasión correlativa a aquel furor brutal con que atacaba a sus adversarios, desfigurando frecuentemente su pensamiento y sus intenciones de una manera tan brutal y con una "porcografía" (la expresión es de Erikson) tan sucia y obscena que, como lo hemos tenido que hacer en estas conferencias, deben ser tomadas en sentido humorístico. Como un verdadero paranoico, Lutero conversa y escribe serenamente hasta que se le toca algunos de sus puntos más cálidos. Basta nombrar al Papado o a la Iglesia de Roma o a cualquier enemigo suyo, para que, aun en los últimos años de su vida, salte violentamente, echando por su boca todas las truculencias que se escondían en su interior.

Se trató de un verdadero obsesionado. Especialmente se las toma con el Papa, y no bien alguno lo nombra, salen de su lengua todas las abominaciones de la prostituta apocalíptica; otras veces es la obsesión del diablo, a quien siempre tiene presente. Sufre dolores de cabeza, vahídos, vértigos, ruidos en el oído, dolores de estómago, diarreas, depresiones, incluso tentaciones de suicidio, y reacciona atribuyendo todo ello no a causas naturales, sino a la acción del demonio, que literalmente lo quiere matar. Pero su mayor obsesión es la de su doctrina de la justificación por la fe sola, el *leitmotiv* de sus escritos. La simple alusión a las buenas obras lo saca de quicio. Añádase a ello su conciencia de enviado de Dios, de profeta del nuevo Evangelio,

el único auténtico, que le hace despreciar a todos los Santos Padres, a todos los doctores, a todos los concilios y Papas, si no están de acuerdo con su doctrina. Sólo él posee la verdad, porque sólo él entiende rectamente la Escritura; todos los demás se equivocan; la palabra de Lutero es la palabra de Dios.

Su pensamiento es esencialmente “parcial”. Se deja impresionar por algunos textos de San Pablo, pero se resiste a considerar otros textos, incluso del mismo Apóstol, porque no los ve coherentes con los anteriores. Ya los doctores de la Iglesia pueden decir lo que quieran; ya la liturgia romana puede matizar sus ideas; ya los doctores y teólogos medievales pueden afirmar otros elementos de nuestra fe, contrariando o acotando las ideas de Lutero. Todo es inútil. Jamás oye sino lo que se adapta a su pensamiento, es un subjetivista nato, aferrado a su propio juicio. Jamás escucha las razones de otro, por sabio y autorizado que sea. No tiene naturaleza de discípulo. Quiso imponer a todos, como verdades universales y absolutas, un conjunto de “verdades suyas”, totalmente subjetivas.

Lo más atractivo de su personalidad, y una de las principales causas de los grandes triunfos que logró, fue su capacidad de comunicarse y de llegar al pueblo. De haber tenido el estilo académico y frío de Wiclef, jamás hubiera arrastrado y conmovido a tanta gente. Como escritor es personalísimo, siempre habla de sí y de sus experiencias; no es amigo de largos discursos, pero tiene gran facilidad para la hipérbole; su predicación es sencilla, casi con-

versacional; su enseñanza es muy didáctica y pedagógica; hace que quienes lo oyen se diviertan con sus diatribas contra personajes e instituciones; supo recurrir a la sátira sarcástica, los versos propagandísticos, el himno religioso y, finalmente, el género epistolar, donde revela los diversos estados de su espíritu, con sus luces y sus sombras. Como afirma García Villoslada, posee todas las voces del hombre y de la naturaleza: habla, ora, suspira, grita, canta, gorjea, grazna, aúlla, ruge, rebuzna, gruñe.

Es cierto que hay en él no poco de engreimiento. Se cree el descubridor del Mediterráneo. "Nuestro evangelio –dice– ha producido, gracias a Dios, muchas y grandes cosas. Porque antes nadie sabía lo que es el Evangelio, lo que es Cristo, lo que es el bautismo, la confesión, el sacramento, la fe, el espíritu, la carne, las buenas obras, los diez mandamientos, el padrenuestro; lo que es la oración, el sufrimiento, la consolación; lo que es la autoridad civil, el matrimonio, lo que son los padres, los hijos, los señores, los siervos; lo que es la mujer, la doncella, el demonio, los ángeles, el mundo, la vida, la muerte, el pecado, el derecho, el perdón de los pecados; lo que es Dios, lo que es el obispo, el párroco, la Iglesia: lo que es un cristiano, lo que es la cruz. En suma, nada sabíamos de lo que un cristiano debe saber. Todo estaba oscuro y oprimido por los asnos del papa." Hasta que vino él y enseñó al mundo "a creer, a vivir, a orar, a sufrir y a morir". Tantas veces repitió Lutero estas ideas y con tal variedad de tonos, que muchísima gente se convenció de que antes de él no había habido en la Iglesia romana sino oscuridad y corrupción.

Lutero, con sus ideas, está en el origen de lo que se ha dado en llamar "el mundo moderno". Bien ha señalado Fichte que él es "el prototipo de las edades modernas". Maritain, por su parte, afirma que si es cierto, como se ha dicho hablando de Rousseau, que el mundo moderno deriva de una "herejía mística", cuánto más cierto es decirlo de Lutero. La historia nos muestra que todos los grandes fenómenos de la historia moderna han comenzado en el fondo del alma de algunos hombres singulares. "La celda en que Lutero ha discutido con el diablo, la estufa en que Descartes tuvo su famoso sueño, el bosque de Vincennes donde Juan Jacobo, el pie de un roble, mojó de lágrimas su chaleco al descubrir la bondad del hombre natural, tales son los lugares en que el mundo moderno ha nacido." Es Lutero quien, prácticamente, ha hecho pasar el principio del inmanentismo al pensamiento moderno bajo una forma muy particular y todavía teológica.

Lo que más choca en la fisonomía de Lutero, prosigue diciendo Maritain, es el *egocentrismo*, no un simple egoísmo, sino algo mucho más sutil y mucho más grave, un *egoísmo metafísico*. Su yo se volvió prácticamente el centro de gravedad de todas las cosas. Desde el día en que resolvió retirar su obediencia al Papa y romper con la comunión de la Iglesia, su yo, a pesar de sus angustias interiores que fueron en aumento hasta el fin, se coloca por encima de todo. Su egoísmo se vuelve trascendental. Toda regla "exterior", toda "heteronomía", como luego diría Kant, se torna una ofensa insoportable a su "libertad cristiana". "No admito –escri-

bía en 1522– que mi doctrina pueda juzgarla nadie, ni aun los ángeles. Quien no escuche mi doctrina no puede salvarse." Lutero hizo de sí mismo el hombre universal, el modelo de todos. Para decirlo de una vez, se puso en lugar de Jesucristo. Por eso su doctrina no es más que una universalización de su propio yo. "Miradas así las cosas, lo que distingue al padre del protestantismo de los otros grandes heresiarcas, es que estos últimos partían, ante todo, de un error dogmático, de una idea de doctrina equivocada. Sea cuales fueran sus orígenes psicológicos, la causa de tales herejías es una desviación de la inteligencia, y las aventuras personales de sus autores sólo nos importan en cuanto han condicionado esta desviación. El caso de Lutero es distinto. Es su vida, su historia lo que importa. La doctrina viene por añadidura. El luteranismo no es un sistema elaborado por Lutero; es el desbordamiento de la individualidad de Lutero."

Con él, la teología deja de ser teocéntrica y se va volviendo antropocéntrica. ¿Por qué la preocupación de la propia salvación absorbe toda la teología luterana? Porque el yo humano se ha convertido en el fin de esta teología, suplantando la centralidad de Dios. La teología católica está ordenada a Dios y es por eso ante todo una ciencia especulativa, doxológica. La teología luterana es para la criatura, y por eso mira ante todo al fin personal que hemos de alcanzar.

Más aún, Maritain ve en esta involución del pensamiento de Lutero, que es en el fondo, una justificación del mundo moderno, la exaltación desme-

surada del hombre, aunque a primera vista parezca lo contrario. Según la teología luterana, la gracia permanece extrínseca a la criatura, ya que el hombre sigue encerrado en su condición de hijo de la ira, incapaz de producir un acto sustancialmente sobrenatural. "Yo digo que, sea en el hombre, sea en los demonios, las fuerzas espirituales han sido, no sólo corrompidas por el pecado, sino completamente destruidas, de suerte que no queda en ella [en el alma] más que una razón depravada y una voluntad enemiga de Dios, cuyo único pensamiento es la lucha contra Dios." En última instancia, aunque esto parezca paradojal, no es Dios quien nos salva. "En realidad somos nosotros, nosotros solos quienes tomamos el manto de Cristo para «cubrir todas nuestras vergüenzas», y quienes usamos de esta «habilidad» de saltar de nuestro pecado sobre la justicia de Cristo, y de estar así tan ciertos de poseer la piedad de Cristo como de poseer nuestro propio cuerpo." ¡Pelagianismo desesperado! En definitiva, es sólo el hombre a quien corresponde operar su redención, forzándose a una confianza insensata en Cristo. Se trata de una paradoja, porque *de hecho* sucede así; y esto es un resultado inevitable de la teología de Lutero. Pero ello no impide que *en teoría* se caiga simultáneamente en el exceso contrario, ya que Lutero dice que la salvación y la fe son de tal modo la obra de Dios y de Cristo que ellos *solos* son los agentes, sin ninguna cooperación activa de nuestra parte.

III. Principales propulsores de la Reforma fuera de Alemania

Nos hemos demorado particularmente en la consideración de la figura y el accionar de Lutero, ya que en él se resume todo lo esencial del protestantismo. Si bien era visceralmente alemán, su intención apuntaba a la universalidad, remedando en esto a la Iglesia católica que abandonaba. Consideraremos ahora la expansión del luteranismo y sus diversas vertientes, si bien lo haremos de manera sintética, por la estrechez del tiempo.

El gran período protestante comienza con el levantamiento de Lutero en Alemania, al que siguen de cerca los de Zwinglio y Calvino en Suiza, y el de Enrique VIII en Inglaterra. A esas tres grandes vertientes nos limitaremos, si bien algo diremos antes de otros personajes no tan destacados. Ya en vida de Lutero existió una "interna" protestante, que se iría agravando con el paso de los años. Una vez que el magisterio de la Iglesia, que pertenece al Papa y a los obispos reunidos en concilio, fue dejado de lado, los maestros se fueron arrogando una autoridad extraordinaria, capaz de monopolizar la interpretación autorizada de la Escritura, al punto de afirmar "su verdad" con exclusión de las otras. El gran Bossuet, al comienzo de su minuciosa *Historia de las variaciones de las Iglesias protestantes*, señala que "lo propio del hereje, es decir, de quien tiene una opinión particular, es aferrarse a sus propias ideas; y lo propio del catolicismo, es decir de lo universal, es preferir el sentir común de

toda la Iglesia a sus propios sentimientos". La corriente emancipatoria de la tutela eclesiástica desencadenó el individualismo religioso. El abanico de ideas que pudo observarse fue el resultado lógico del principio del libre examen. Los grandes reformadores pudieron todavía, gracias a su prestigio personal, mantener una apariencia de unidad, pero pronto se derrumbaría dicha apariencia. Wittemberg no llegó a ser nunca la "Roma luterana".

Lutero fue testigo de este desencadenamiento de opiniones que divergirían sustancialmente de sus tesis originales. Preocupado por tales excesos, se creyó obligado a confiar a los príncipes el cuidado de restablecer la disciplina exterior. Ello no fue nada fácil, y el reformador debió sufrir mucho en su deseo de mantener intacta lo que creía ser la pureza de la fe. Uno de sus primeros encontronazos lo tuvo con el profesor Andrés Bodenstein, que se hizo llamar *Karlstadt*, por su ciudad de origen. Hasta 1522 parece que coincidía con Lutero en admitir en la Eucaristía la presencia real de Cristo, bajo la forma de "*impanatio*", pero luego elaboró su propia teoría: cuando Cristo prometió que nos daría su cuerpo y su sangre, se refería a su pasión y muerte; en el altar no hay más sustancia que la del pan y el vino; no dijo Cristo: "Este pan es mi cuerpo", sino "Éste (y apuntaba a su propio cuerpo) es el cuerpo mío." Como se ve, no sólo negaba la transustanciación sino también la presencia real. A Karlstadt lo siguieron varios más. Lutero los llamaba "sacramentarios", y les dedicó un libro *Contra los profetas bajados del cielo*. Comienza diciendo: "Una nueva tempestad viene hacia aquí [...] El Dr.

Karlstadt ha apostatado de nosotros para convertirse en nuestro peor enemigo." Duramente lo tratará: "Aquí mi Karlstadt se desploma como un cerdo que zampa perlas o como un perro que se ha devorado el santuario." Es un sofista, un chiflado. "El Dr. Karlstadt es mucho más loco que los papistas", porque se fía de su propia razón "que es una maga, embaucadora y mujer del diablo".

Asimismo se enfrentó con *Tomás Münzer*. Este personaje, que se inspiró en Joaquín di Fiore, mantenía contacto con los husitas de Bohemia. En aquel ambiente concibió su *Manifiesto de Praga*, anunciando la nueva Iglesia del Espíritu. Tras volver a Alemania fue nombrado párroco de Allstadt, pequeña ciudad agraria de Turingia, que quiso contraponer a Wittemberg. Unía la idea luterana del sacerdocio universal con ciertas utopías sociales, al estilo comunista. Fue seguido por grandes multitudes, y colaboró, como dijimos, en el levantamiento de los campesinos. Lutero escribió a raíz de ello una *Carta a los príncipes de Sajonia acerca del espíritu revolucionario*, previniéndoles contra Münzer, a quien calificó de demonio, o al menos de portavoz del diablo.

Se opuso también a Jean Schneider o Schnitter, llamado *Juan Agrícola*, naturalista y médico, natural de Eisleben, luego de haber sido íntimo amigo suyo. Agrícola sostenía que el Evangelio nos hace libres de la Ley. Presintiendo las graves consecuencias morales de dicha doctrina, le dijeron a Lutero que en Agrícola podía esconderse un nuevo Münzer. Con todo, Lutero lo invitó a trasladase a Wit-

temberg para enseñar allí teología. Sin embargo Agrícola persistía en sus ideas, amparándolas en San Pablo. Lutero publicó entonces las *Tesis antinomistas* e intentó rebatirlo diciendo que no había que omitir la predicación de la ley, que muestra a los hombres el pecado y la ira de Dios. Luego publicó un nuevo libelo *Contra Agrícola*. Por fin, éste debió huir.

Incluso con *Felipe Melanchton* tuvo problemas. Era éste, por cierto, uno de sus más antiguos seguidores, un hombre de su plena confianza. Profesor desde muy joven en las universidades de Tubinga y Wittemberg, había descubierto en la doctrina de Lutero una respuesta a sus problemas personales, por lo que sentía por el reformador un afecto particular. Con todo, al advertir los peligros de la tesis de la justificación por la mera fe, en un libro suyo llamado *Los lugares comunes* atribuyó cierto papel a la cooperación humana en la obra de la salvación. A Lutero que proclamaba "Dios salva al que quiere", respondía: "No, Dios salva al que lo quiere." Dentro del conjunto de los luteranos era uno de los que estaban más cerca de la Iglesia católica. Hemos visto cómo, al redactar la *Confesión de Augsburgo*, hizo lo posible por hallar fórmulas que pareciesen aceptables. ¿Por qué lo toleró Lutero? Por afecto, y porque veía en él una especie de complemento suyo. "Yo soy –decía– el grosero leñador que debe preparar los caminos. El maestro en artes Felipe se acerca, dulce y tranquilo: cultiva, siembra, planta, riega con fortuna."

Estas diversas disensiones hirieron profundamente a Lutero. Refiriéndose a ello, así le escribía a Zwinglio: "Le asusta a uno ver cómo donde en un tiempo todo era tranquilidad e imperaba la paz, ahora hay dondequiera sectas y facciones: una abominación que inspira lástima [...] Me veo obligado a confesarlo: mi doctrina ha producido muchos escándalos. Sí; no lo puedo negar; estas cosas frecuentemente me aterran, sobre todo cuando mi conciencia me recuerda que hemos destruido el presente estado de la Iglesia, tan tranquila y tan apacible cuando estaba bajo el papado [...] Es extraño y escandaloso, habiendo traído a la luz la pura doctrina del Evangelio, que vaya el mundo cada día de mal en peor. Los nobles y los campesinos han comenzado a vivir tranquilos con sus creencias; son cerdos, piensan como cerdos [...] La malicia del hombre es tal, que no creo pueda perdurar el mundo. Es una indiscutible experiencia que nosotros los predicadores somos ahora más despreciables, más ociosos que cuando estábamos bajo la sombra del papado." Un día le confió a su querido amigo Melanchton: "¿Cuántos maestros distintos surgirán en el siglo próximo? La confusión llegará al colmo."

No se equivocaba. Las divisiones y enfrentamientos entre facciones protestantes se fueron multiplicando después de la muerte de Lutero, con la consiguiente floración de pequeñas iglesias particulares. Aparecieron grupos tocados por cierto panteísmo teosófico; grupos de iluminados, perseguidos por el oficialismo luterano; grupos negadores de la existencia de la Santísima Trinidad, llamados

"unitarios" o "antitrinitarios", etc. Fue lo que luego Bossuet llamaría las "variaciones" de la Reforma.

Más allá de estas divisiones, las ideas principales de Lutero se siguieron expandiendo por toda Europa. Sus escritos doctos eran leídos por los predicadores, el pueblo cantaba sus himnos, y se leía la traducción alemana de la Biblia. Ello acontecía sobre todo en Alemania. Ciudades como Augsburgo, Nuremberg, Ulm, Hamburgo, y otras, acogieron las doctrinas de la Reforma protestante, separándose de la obediencia al Papa. Sus respectivos príncipes adhirieron al nuevo Evangelio, y el pueblo sencillo los siguió ciegamente, sin percatarse muchas veces de que se trataba de un cambio sustancial de religión.

Desde Alemania, la ola luterana siguió avanzando. Pronto llegaría a Hungría, Polonia, Suecia, Dinamarca, Noruega, los Países Bajos, Inglaterra, sin encontrar una resistencia consistente. El propio Clemente VII pudo ver cómo la misma Roma era recorrida por multitudes que gritaban: "¡Viva nuestro Papa Lutero!" Por lo demás, ni siquiera el clero, en su conjunto, estaba preparado para enfrentarse con los predicadores de la flamante religión. Todo cambiaría después de 1550, cuando se dejaran sentir los primeros efectos de la reforma católica y ocuparan la sede de Pedro una seguidilla de Pontífices enérgicos y virtuosos. Pero hasta que no llegó ese cambio de situación, el movimiento surgido en Wittemberg no podía menos que progresar.

Antes de considerar a los principales propulsores de la reforma fuera de Alemania, ofrezcamos

un pantallazo general de lo acontecido en Europa. Si nos ubicamos en el año 1559, más de cuatro décadas después de la aparición del primer brote contestatario, advertimos que todos los que tenían poder al iniciarse el movimiento han muerto; sus actores originales, Lutero, Zwinglio, Erasmo, son personajes del pasado. Melanchton agoniza. La generación de jóvenes que actuó en los primeros momentos ha envejecido y su influencia ya no es la de antes. La ha reemplazado otra distinta, que no llegó a conocer la antigua unidad incuestionada de la Cristiandad. Vivían en un mundo completamente nuevo, vigoroso y opuesto a la Iglesia católica. Coexistían así dos bloques. La gente, cada vez más habituada al antagonismo, optaba por incorporarse a uno de ellos, que a lo largo de diez años –desde 1549 a 1559– se fueron consolidando y preparando para un conflicto bélico.

La guerra se inició en 1559, y prosiguió con alternativas de victorias y derrotas durante trece años, hasta 1572, en que cada bando consolidó la posición alcanzada, de modo que su adversario no tenía ya la esperanza de desalojarlo de ella. La secesión había triunfado en media Europa. Dos tercios de *Alemania*, los *Países Escandinavos e Inglaterra* estaban perdidos; *Bohemia, Escocia y Francia*, gravemente contaminados; la propaganda de los llamados "reformadores" encontraba en todas partes oídos complacientes. Incluso intentaron penetrar en *Polonia*, sobre todo debido a que la vecina Prusia había abandonado el catolicismo, en razón de la defección de los Caballeros Teutónicos, pero en este caso los resultados fueron escasos. Al

mismo tiempo, las nuevas ideas penetraron en las provincias bálticas, Curlandia, Lituania y Estonia, sujetas cada una de ellas a un maestre de la Orden de los Teutónicos. Si nombramos a *Hungría* y a *Transilvania*, que tampoco estuvieron indemnes del contagio protestante, habremos terminado de presentar el triste panorama de los territorios que en el siglo XVI apostataron de la Iglesia de Cristo.

Algunos pudieron pensar que la nave de Pedro había sido destruida, o estaba a punto de zozobrar, incapaz ya de revertir la dirección de los acontecimientos. Sin embargo la Iglesia, en un supremo esfuerzo, del que muchos ya no la creían capaz, se lanzaría al contraataque. Pero por el momento los reformados seguían ganando posiciones y victorias, que serían, eso sí, las últimas. La Iglesia de Cristo estaba jadeante y desgarrada. También la Cristiandad resultó gravemente vulnerada. Como señala Belloc, siendo el catolicismo la cultura de Europa, al verse aquél tan lesionado, Europa quedó herida, y no sólo herida, sino también desmembrada, e impulsada por la senda que la ha conducido al actual peligro de disolución, del que nosotros mismos somos testigos.

Gracias a Dios, no todos los países de la Cristiandad sucumbieron. Algunos de ellos escaparon a la Reforma protestante. En *Italia*, por ejemplo, no llegó a arraigar, salvo en pequeños grupos. Lo mismo aconteció en *España*, donde Carlos V tomó personalmente cartas en el asunto. Cuando a principios de 1558 se descubrió la existencia de un grupo protestante en Castilla, corazón mismo de la

católica España, el Emperador, cuyos encontronazos con la herejía le habían producido tanta amargura, envió enseguida una carta con instrucciones precisas para "atajar ese mal".

El más impresionante ejemplo de resistencia de todo un pueblo a la infiltración de la Reforma fue el de *Irlanda*. Aunque sometida desde el siglo XII al rey de Inglaterra, cuya autoridad soportaba con desagrado, cuando se trataba de luchar por la fe, la vieja tierra de San Patricio se unía en bloque y resistía con firmeza. Pues bien, el rey de Inglaterra, Enrique VIII, al entrar en conflicto con la Santa Sede, obtuvo fácilmente del Parlamento irlandés, formado por colonos ingleses, la aprobación del cisma, pero todo intento para que el episcopado y el pueblo lo admitieran, fue tiempo y esfuerzo perdidos. Ni siquiera colocando en determinadas sedes episcopales a sacerdotes complacientes, pudo el Rey quebrar la resistencia. Luego, durante el reinado de Eduardo VI, los intentos por imponer el "*Prayer book*" fueron igualmente vanos; un arzobispo prefirió abandonar Irlanda antes que ver "ultrajar a la santa Misa". La lucha prosiguió. Cuando subió Isabel al poder se propuso introducir en Irlanda el anglicanismo estatal, a través de la más absoluta violencia. La inmensa mayoría de los obispos permanecieron fieles al catolicismo, por lo que fueron depuestos y varios de ellos tuvieron que sufrir terribles calamidades. Asimismo, numerosos sacerdotes ofrecieron tenaz resistencia, por lo que fueron depuestos o encarcelados. Varios monasterios resultaron suprimidos. Entre los obispos, sacerdotes y religiosos, hubo mártires insignes. Irlanda se man-

tuvo en bloque fiel a la Sede Romana, de modo que la lucha entre la Irlanda católica y la Inglaterra anglicana se prolongó por largo tiempo. Al final se resolvió enviar colones ingleses, desposeyendo de sus territorios a los católicos irlandeses. Se ocupó entonces la región de Ulster, en el norte, que por lo mismo, resultó en gran parte protestantizada, pero el proyecto fracasó en el resto de la isla, que permaneció fiel a la religión tradicional, constituyendo un bastión de la Iglesia en la vecindad misma de Inglaterra.

Bien hace en señalar Daniel-Rops que el más curioso fracaso que sufrió el protestantismo en su esfuerzo por extenderse al mundo cristiano, tuvo por escenario *el Oriente*. Ese hecho, comenta, no deja de ser significativo para nosotros, los católicos, que deseamos ver un día sellada la unión entre "los dos pulmones" de la Iglesia, en expresión de Juan Pablo II. De hecho, la Iglesia oriental permaneció impermeable a las influencias del protestantismo en cualquiera de sus formas. Porque pudiera haberse pensado que la inquina común que los ortodoxos y los protestantes sienten por Roma, los debía haber acercado. Pero no fue así. Los reformados, fundados en aquel presentimiento, empezaron a hacer proposiciones. Ya en 1519, Melanchton había enviado una traducción griega de la *Confesión de Augsburgo* a Josefat I, patriarca de Constantinopla; éste no sólo no le contestó sino que, en privado, llenó de denuestos al hereje. Algo más tarde, algunos profesores de Tubinga, con motivo de ciertas relaciones que establecieron con el patriarca Jeremías II, le propusieron la unión de las Iglesias sobre

las bases de la doctrina protestante. Esta vez hubo respuesta, pero no según los deseos de los teólogos alemanes; Constantinopla rechazaba altivamente las tesis luteranas sobre la Eucaristía y la jerarquía eclesiástica, e invitaba a los mediadores a que no insistiesen más en su intento. Es cierto que, a comienzos del siglo XVII, el patriarca Cirilo Lukaris se dejó atrapar por el pensamiento de Ginebra y publicó una *Confesión de fe* donde propugnaba la predestinación e interpretaba la comunión a la manera calvinista, pero la reacción de sus propios fieles fue inmediata; no sólo se rebelaron indignados, sino que un concilio lo depuso y lo denunció a las autoridades turcas. Éstas, que trataban de mantener la paz religiosa entre los pueblos sometidos a su yugo, se apresuraron a hacerlo estrangular.

En cuanto a la *Iglesia rusa*, se mostró totalmente impenetrable al protestantismo. Algunos comerciantes que pasaban por Novgorod y otros lugares, hablaron en las posadas de las nuevas ideas, pero el pueblo ruso no se interesó. Justamente en esos momentos en que Rusia se gloriaba de contar entre sus filas a San Nil Sorski, cuya *Regla*, verdadero tratado de espiritualidad, recuerda al Kempis o a los Ejercicios de San Ignacio, ¿cómo iba a interesarse en un movimiento doctrinal tan contrario a su temperamento?

1. *En Suiza: las figuras de Zwinglio y Calvino*

Concentrémonos ahora más particularmente en lo que aconteció en algunos países de la vieja Euro-

pa, donde la influencia de los reformadores fue determinante.

Ya hemos dicho algo de *Ulrich Zwinglio*. Pero ahora nos convendrá abundar en ello. Este sacerdote suizo, exactamente contemporáneo de Lutero, y agustino como él, veía muchas cosas en la Iglesia que le indignaban. La Iglesia en Suiza no estaba mejor que en otros sitios, y las ideas de Lutero ya eran allí conocidas. Su intención era no sólo hacer una reforma religiosa sino también política, devolviendo la libertad a su pueblo. Nombrado capellán del santuario del célebre monasterio de Einsiedeln, al quedar vacante el cargo de predicador en la catedral de Zurich, fue nombrado para dicho oficio, en atención a su fama y cualidades de orador. Pronto empezó a exponer en sus sermones las ideas luteranas sobre la justificación por la sola fe, con prescindencia de las buenas obras, llegando a incitar a sacerdotes y religiosas a abandonar el celibato y los votos. Erasmo trató de corregirlo, pero en vano; otro tanto intentó el papa Adriano VI, también sin lograrlo. Durante la cuaresma de 1522, sucedió un hecho curioso. Por instigación de Zwinglio, los habitantes de Zurich se negaron a ayunar, como lo ordena la Iglesia, a pesar de la protesta del obispo de Constanza ante la Dieta helvética. Zwinglio era, en adelante, dueño de la ciudad. Pronto las iglesias fueron despojadas de sus ornamentos y estatuas, y los conventos convertidos en escuelas y hospitales. Su libro *De vera et falsa religione* se convirtió en un clásico. Al poco tiempo contrajo matrimonio. “Es su manera de mortificarse”, se burló su amigo Erasmo.

Zwinglio hizo suyas las ideas de Lutero, pero llevándolas al extremo. La Escritura, interpretada por cada cual según la luz del Espíritu Santo, pasó a ser la única autoridad. Se rechazó el valor de la tradición, ya que no hay que añadir nada a la Biblia: lo que en ella se condena, e incluso lo que no se encuentra formalmente en sus páginas, debe desaparecer. En consecuencia, comenzaron a quitar de las iglesias los crucifijos, los retablos, los vitreaux y los altares. El cardenal Newman ha creído ver en esta decisión un claro influjo judío: "La comunidad modelo de Zwinglio –escribe– tenía sus raíces en la teocracia mosaica, naturalmente recubierta de ideas y formas cristianas." En el Nuevo Testamento, afirmaba asimismo el reformador, se habla sólo de dos sacramentos, el bautismo y la cena, pero no son más que símbolos conmemorativos. En la cena no hay presencia real, ya que si Cristo está a la diestra del Padre y no dejará su trono antes del juicio final, no le es posible al mismo tiempo encontrarse corporalmente en la eucaristía, porque su cuerpo, limitado como es, no puede estar en dos lugares al mismo tiempo. La eucaristía no es un "don de Dios", como quería Lutero, sino más bien un acto de "acción de gracias", en el que deben participar todos los fieles para agradecer a Cristo el beneficio de su muerte por nosotros. Lutero le salió al paso, declarando que las palabras de Cristo no admitían otro sentido que el obvio y literal, merced a lo cual Cristo se hacía realmente presente en el sacramento; por lo demás, su teología aborrecía todo lo que no fuese fe pura; ahora bien, en la teología zwingliana la eucaristía

no era un don de Dios en orden a despertar la fe, consolando a las almas, sino principalmente un acto de acción de gracias de los fieles; era más obra humana que divina. En lo que toca a la teología de la salvación propugnada por Zwinglio, el hombre no es libre. Dios es autor tanto del mal como del bien; el mal no es pecado, puesto que entra en los planes divinos; el pecado es, en suma, la parte animal del hombre, contra la que es inútil todo esfuerzo por domeñarla. No existe ninguna jerarquía eclesiástica que tenga derecho a imponer su autoridad en materia de dogma, moral y culto.

Sobre estas nuevas bases, Zwinglio intentó construir un Estado-Iglesia, cuyos jefes serían los burgueses, bajo la vigilancia del Consejo civil de la democracia cantonal. Las ideas del reformador suizo se extendieron rápidamente desde Zurich a toda Suiza, llegando a Berna, Lausana, Ginebra, y luego a las ciudades del valle del Rin. Los obispos católicos de Constanza, Basilea, Lausana y Ginebra se vieron precisados a abandonar sus sedes. Pero siete Cantones permanecieron firmes en el catolicismo y se unieron en una Liga religioso-militar para defender su fe. Estalló entonces una guerra cívico-religiosa. En la batalla de Kappel, Zwinglio perdió la vida. Cuando Lutero, que estaba distanciado de él, se enteró de ello exclamó: "Ha tenido la muerte de un asesino." Suiza permanecería en adelante dividida en dos partes: los cantones católicos y los protestantes.

Con un poco de exageración, hay quien ha contrapuesto la aspiración individualista de Lutero

–"cómo salvar la propia alma"–, a la aspiración social de Zwinglio –"cómo realizar la salvación de su pueblo". El dirigente suizo pensaba que la reforma religiosa y política sería la salvación de Suiza. En la práctica, esta herejía ni siquiera pervivió en dicha nación, siendo absorbida por la iglesia propugnada por Calvino.

Hablemos ahora de *Calvino*, uno de los grandes reformadores del protestantismo, cuyo influjo se extendería a vastas regiones de la Cristiandad. Se llamaba Jean Calvin, que significa "calvo", de donde su nombre latinizado de "Calvinus". Nació el año 1509 en la ciudad de Noyon, al norte de Francia, "la ciudad santa", la llamaban, por sus numerosas iglesias y reliquias. Estudió en París, en el colegio de Montaigu, que se distinguía por la extrema rigidez de su disciplina y su nivel intelectual. Ya desde entonces, junto con un grupo de jóvenes inteligentes, mostró una fiebre voraz de leer y de aprender. Tras terminar la filosofía, se graduó en artes, y luego en leyes y en letras, en las universidades de Orleans y de Bourges. Convencido de que había nacido para una gran misión, se mostraba un tanto presuntuoso. Su carácter era misterioso, como si escondiera algo de terrible y glacial. La lectura atenta y prolongada de las obras de Lutero y de Erasmo marcaron su inteligencia. No se sabe que haya habido en él algún drama interior, al estilo de Lutero, que lo hiciera dudar del catolicismo.

En 1532 se instaló en París, en casa de un convencido "reformado", junto al cual halló un grupo de jóvenes proclives a las mismas ideas, exiliados

de Flandes, Alemania e Italia. Acababan entonces de reelegir a un tal Nicolás Cop como rector de la Universidad, quien al pronunciar su discurso inaugural tomó una posición claramente anticatólica, favorable al luteranismo, impugnando la necesidad de las buenas obras. Como era íntimo amigo de Calvino, corrió el rumor de que era éste quien lo había redactado. A raíz de ello el rector fue convocado ante el Parlamento. Temeroso de lo que pudiera suceder, huyó de noche a Basilea. Enterado a tiempo, también Calvino creyó que tenía que ponerse a salvo, y disfrazado de obrero, escapó asimismo a Basilea. Era esta ciudad un baluarte de la reforma protestante. Allí fue pronto conocido por los círculos de reformados, que lo tuvieron por maestro y cabeza. Pudiendo allí gozar de tiempo libre, se abocó a la lectura de libros de teología, ya de los Padres griegos como del propio Lutero. Fue quizás el deseo que sentía de presentar al rey de Francia una defensa apologética de la reforma protestante la razón por la que se decidió a escribir lo que sería su obra fundamental, *Institution chrétienne*, cuya primera edición salió en latín en 1535. Seis capítulos la integran: la fe, la ley, la predicación, los sacramentos, los falsos sacramentos y las relaciones del cristiano con el Estado. Era ya una completa exposición de lo que luego se llamaría el "calvinismo". La obra alcanzó gran resonancia. Hasta entonces se lo había tenido por un joven de talento, apto para propagar la causa. Pero un tratado tan sólidamente concebido y escrito con tal firmeza, hizo que muchísimos viesen en dicha obra una especie de "*summa*", un libro fundamental de la

nueva doctrina. Según la expresión de Bossuet, Calvino se había convertido en el "segundo patriarca" de la Reforma.

Sin embargo, tendrían que pasar todavía algunos años antes de que lograra llevar a la práctica sus ideas. Ello no parecía posible en Basilea. Acababa de estallar la tercera guerra entre Francisco I y Carlos V, por lo que Calvino se dirigió a Ginebra, ciudad imperial ubicada en Suiza, pero que constituía un pequeño Estado independiente, gobernado por el obispo y algunos representantes del pueblo, reunidos en un Consejo general o Asamblea. Las ideas protestantes habían penetrado mucho en Suiza, no obstante la derrota de Kappel, donde Zwinglio perdió la vida. En la ciudad de Ginebra, tras varias luchas intestinas, triunfó finalmente la reforma, lográndose la expulsión del obispo católico.

Al poco tiempo Calvino fue nombrado "lector de Sagrada Escritura en la iglesia de Ginebra", y luego encargado también de predicar y de ocuparse de la organización religiosa. Reunía, por cierto, las cualidades típicas de un francés. Era lógico y riguroso, y puso dichas cualidades al servicio de la causa. Pronto se trazó un proyecto que incluía tres puntos: reemplazar el culto católico por un culto reformado, formular una doctrina suscinta que pudiera imponerse a todos los ciudadanos, controlar la vida y costumbres de la ciudad de acuerdo a las nuevas normas.

Para lograr el primer objetivo, hizo público un opúsculo llamado *Los artículos sobre la disciplina*

eclesiástica. Las iglesias, convertidas en "templos", fueron despojadas de sus ornamentos, las imágenes destruidas, y las cruces, "insignias del diabolismo papista", erradicadas; el servicio divino quedó reducido a oraciones, sermón y canto de salmos. Pocos meses más tarde, en orden al segundo objetivo, apareció la *Instrucción y confesión de la fe*, especie de catecismo extraído de la "Institución cristiana"; la autoridad política decretó que todos los ciudadanos debían adherirse a dicho formulario, bajo pena de destierro. Las cosas se complicaron cuando Calvino intentó implementar la tercera meta, la reforma de las costumbres, ya que los ginebrinos juzgaron que no habían expulsado a su obispo para que un grupo de franceses se metiera a enseñarles a vivir. Calvino se puso furioso. "La fuerza de la Iglesia está en la disciplina –clamaba desde el púlpito– y la fuerza de la disciplina en la excomunión." Para cumplir su propósito, exigió la creación de un organismo encargado de separar de la Cena a los ciudadanos que no se avinieran a las normas decretadas. La reacción fue violenta. Grupos de enmascarados recorrían de noche la tranquila ciudad de Ginebra, gritando frases ofensivas bajo las ventanas de la casa de Calvino. Un nuevo Consejo, surgido por elecciones, se declaró en contra del reformador, al tiempo que prohibía a todo predicador, y en particular a Calvino, intervenir en los asuntos del Estado. A pesar de ello, en Pascua de 1538, subió Calvino al púlpito de la catedral, y elevó una vehemente protesta contra el Consejo, anunciando que en adelante no admitiría que un pueblo disoluto, sacrilego y blasfemo,

pudiera tomar parte en la Cena, con lo que de hecho estaba excomulgando a toda la ciudad. Al día siguiente el Gran Consejo lo exilió.

Calvino partió entonces para Estrasburgo, también ciudad imperial, uno de los centros principales de la Reforma, como lo eran Wittemberg y Basilea, donde permaneció por tres años. Allí aminoró sus exigencias tan excesivas, y pidió la ciudadanía. Además, contrajo matrimonio. ¿Por qué resolvió hacerlo? Teóricamente condenaba el celibato de los sacerdotes, pero ¿qué ejemplo daba permaneciendo célibe? Quizás la razón principal fue la salud: los acontecimientos anteriores lo habían enfermado; sentía fuertes dolores de cabeza, vértigos, dolores de estómago, hemorroides, un verdadero calvario. La ayuda de una mujer le pareció imprescindible.

Sus años en Estrasburgo fueron intensos: cuatro predicaciones semanales, clases, y una nutrida correspondencia. Aparecieron entonces varias obras suyas, entre ellas *Comentario a la Epístola a los Romanos* y un *Pequeño tratado de la Sagrada Cena*. También publicó la *Institution chrétienne*, esta vez en francés. Era su obra fundamental, y ahora salía muy ampliada, si bien en formato de libro de bolsillo. Ya no se trataba de un catecismo desarrollado, sino de un verdadero manual de teología dogmática, de más de 800 páginas. La obra conoció un éxito apabullante. Pronto se tradujo al alemán, al inglés, al italiano, al español, al húngaro y aun al griego. Ningún libro sería más leído que éste durante el siglo XVI. Era la obra de un excelente escritor, capaz de llegar a todos los ambientes, aun los más

humildes. El escrito es riguroso y lógico, poco poético, por cierto, para que sólo cuenten las ideas.

Calvino, que pertenece a la segunda generación de la Reforma protestante, surgida después de Lutero, Melanchton y Zwinglio, nos ofrece un sistema completo, notablemente coherente, más lúcido por cierto que el de Lutero. En modo alguno dejó de lado el esfuerzo de sus antecesores; más aún, tomó de tales maestros sus propios fundamentos, si bien llevando las ideas de aquéllos hasta las últimas consecuencias. Pero por sobre todo quiso inspirarse en la Biblia. Dios ha hecho oír su palabra en la Escritura, afirma, y todo debe desvanecerse ante ella. "Ni la antigüedad, ni las tradiciones, ni las sentencias, edictos y decretos, ni los concilios, ni las visiones y milagros deben oponerse" al texto único del Altísimo.

Estructura toda su cosmovisión desde la perspectiva del destino humano, sobre la base de un trípode totalmente fundado en el pensamiento de Lutero. El primer apoyo lo constituye el pecado original, que es un dato proveniente de la más irrecusable evidencia. "Surgimos de una semilla inmunda, nacemos hollados por la inclinación al pecado", lo que hace que el hombre sea "un mono, una bestia indómita y feroz, una basura". Tal procedencia nos inclina "necesariamente al mal", al punto de que "lo que hay de más noble y aceptable en nuestras almas, esté del todo corrompido, aun la dignidad que en ellas brilla". La naturaleza humana se encuentra así absolutamente estragada, "desde el entendimiento a la voluntad, desde el

alma a la carne". Nada resulta inteligible si no se reconoce esta realidad basal. La segunda pata del trípode calvinista es la falta de libertad. Para Calvino sólo la Causa Primera es libre con libertad de elección, todo lo demás tiene su curso necesario en el tiempo. "Es un terrible decreto, lo confieso, pero nadie podrá negar que Dios previó el destino final del hombre antes de que lo creara." El pecado es una realidad tan insoslayable que al hombre no le cabe más que aguantarlo; no le es posible desembarazarse de él, frente a él no es libre. El "*servo arbitrio*" calvinista es tan riguroso como el de Lutero. Nuestra naturaleza no puede conducirnos más que al mal, porque "su raíz es mala y viciosa, toda ella podrida". Ni siquiera podemos pensar en luchar contra dicha inclinación, ya que "no poseemos el arrepentimiento en nuestras manos". El hombre es por sí mismo esclavo de esa fatalidad. A semejante esclavitud sólo se la abre una puerta: "Cuanto más débil eres, tanto mejor te recibe Dios." Lo que es inaccesible a nuestras fuerzas, sólo Dios nos lo puede conceder, pero con una condición: que tengamos fe en él. Calvino sostiene, como Lutero, la justificación por la fe. "Es justificado quien no es estimado pecador, sino justo. Dios nos reputa justos en Cristo, aunque no lo seamos en nosotros mismos. Se nos imputa la justicia de Jesucristo." Creer en Cristo, unirnos a él, para que nos rescate de nuestra miseria, para que nos ayude a escapar de la justa necesidad de un castigo merecido por nuestra corrupción, tal es el deber fundamental de un alma fiel, la base de su fortaleza y de su certidumbre, el fundamento de su esperanza.

Es preciso dejar bien en claro que si Calvino sacrifica el libre albedrío, no lo hace por razones personales o psíquicas, sino porque tiene el más alto concepto de la grandeza de Dios y el "honor" del Altísimo. Como observa Daniel-Rops, en aquellos tiempos dos son los que han proclamado claramente la necesidad de que todo en la tierra debe realizarse *ad maiorem Dei gloriam*: Calvino e Ignacio. Pero mientras Ignacio, fiel a la tradición católica, deja una parte a las fuerzas del alma humana, que se ordena libremente a su fin doxológico, Calvino piensa que "sería oscurecer la gloria de Dios y levantarse contra él" reconocer al hombre la posibilidad del mérito, por pequeño que sea. "Su insistencia –admirable en sí– en engrandecer la potencia y la soberanía de Dios, tiene por corolario una especie de sádico júbilo en el desprecio de la naturaleza humana. Dios lo es todo; el hombre, nada; semejante principio no tolera atenuación ninguna."

De estas ideas surge la tesis más característica del calvinismo: *la predestinación*. Si la salvación es sólo por los méritos de Cristo y sin intervención alguna de nuestra parte, con una lógica típicamente francesa dedujo Calvino que es Dios quien nos condena y quien nos salva. Lutero no llegó a afirmar esta tesis con claridad, aunque hubiera estado en la lógica de su pensamiento. Calvino, en cambio, mucho más razonador, no vaciló en hacerlo. De ahí esa consecuencia, tan particular de su doctrina, de la predestinación doble, a la salvación y a la condenación. Nada puede el hombre pensar, querer o hacer que no haya sido previamente resuelto por Dios desde toda la eternidad. Especial-

mente la salvación eterna de cada cual depende únicamente de la voluntad de Dios, del "libre propósito" de Dios. He ahí la idea central de la doctrina de Calvino. "Llamamos predestinación al eterno consejo de Dios, por el que ha determinado lo que ha de hacer de cada hombre. Porque Dios no los crea a todos en las mismas condiciones, sino que ordena a unos hacia la vida eterna y a otros hacia la eterna condenación [...] Y según muestra claramente la Escritura, afirmamos que el Señor ha determinado ya en su eterno inmutable consejo a quiénes salvar y a quiénes quiere dejar en la ruina. Aquellos a quienes llama a la salvación decimos que los recibe por su infinita misericordia, sin atender para nada a su propia dignidad. Por el contrario, sostenemos que la entrada en la vida será cerrada para todos aquellos a quienes quiere condenar, cosa que se hace por su juicio oculto e incomprensible, siempre justo y equitativo. Dios, según el decreto de su benevolencia, elige como hijos a aquellos que quiere, y esto sin mérito alguno de ellos, reprobando o rechazando a los demás [...]. No podemos asignar otra razón de por qué Dios hace misericordia de los suyos, sino porque le place, tampoco disponemos de otra razón de por qué rechaza y desecha a los otros que este mismo beneplácito."

Atinadamente señala Belloc que lo que hizo Calvino fue retomar una idea antigua, de procedencia griega, la idea de la fatalidad. Luego de retomarla, la aisló, la convirtió en suprema, y la introdujo por la fuerza dentro de la cosmovisión cristiana. La buena nueva que el cristianismo había apor-

tado es que Dios se hizo hombre, y se hizo hombre para redimir a la humanidad. Esto no formaba parte de la antigua idea del Hado Inevitable, el Fato de los griegos. Por el contrario, traía un alivio de la pesadilla pagana. Justamente, uno de los efectos de la Encarnación fue el habernos librado de aquella pesadilla. Pues bien, Calvino, como cristiano que era, aceptó la Encarnación, pero la obligó a integrarse en el viejo error pagano de la *Ananke*. Sí, Dios se ha hecho hombre y ha muerto para salvar a la humanidad, pero a una humanidad limitada al número de aquellos individuos para quienes Él había resuelto obrar. El hombre era condenado o salvado, y ello no dependía de él. En esta doctrina se encierra algo de la gran herejía maniquea, asumida por Calvino en una forma extraña y nueva. No opuso, como los maniqueos, los dos principios del Bien y del Mal, cual si fuesen iguales. Presentó sólo un principio: Dios, pero atribuyó a ese Único Principio todos nuestros sufrimientos, y para la mayoría de la humanidad un sufrimiento eterno y necesario. Jean Cauvin es fruto del espíritu francés, concluye Belloc, pero del francés del norte, el menos generoso, el de la gente que no tiene viñedos.

¿No es esta una idea terrible? El mismo Calvino la declara así: "Confieso que semejante decreto de Dios debe llenarnos de espanto." Se trata de una ley férrea, totalmente independiente de la voluntad humana. "Sea lo que fuere lo que maquinen los hombres y aun los diablos, Dios siempre tiene en sus manos el timón." Más aún, es Dios mismo quien "fuerza a los réprobos a hacer lo que él quie-

re". Y si murmuramos: "No comprendo", Calvino nos contesta sarcásticamente: "Bestia, ¿quién eres tú? Aun cuando los mayores sabios del mundo se aplicaran a comprenderlo, no lo conseguirían." Si persistimos en pensar que semejante comportamiento de Dios pareciera encubrir una despiadada injusticia, Calvino nos pide que descendamos dentro de nosotros mismos y consideremos nuestra abyección para convencernos de que no merecemos otra cosa que el infierno. ¿Sólo nos queda entonces desesperarnos en el más terrible fatalismo? No, responde Calvino, puesto que hay elegidos, y como yo tengo fe, debo confiar que estoy predestinado a la salvación.

Si comparamos la doctrina de Calvino con la de Lutero, advertimos que aquél, a diferencia de su maestro, conserva una moral. El hombre debe obrar bien, no por cierto *para* salvarse, sino *porque* está salvado. Si alguien se conduce virtuosamente, está probando su fe y por tanto su elección. Triunfar en la vida, vivir en la prosperidad, no es sino mostrar que Dios es propicio con alguien, que está visiblemente protegido por Él. Max Weber se ha basado en esta idea para sostener en su libro *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, la relación de este proyecto burgués con el ideario calvinista.

En lo que toca a los sacramentos, observa Calvino que si bien éstos no poseen eficacia salvífica alguna, son también ellos signos de la justificación obtenida por la fe. Al igual que Lutero, sólo conserva dos sacramentos: el bautismo y la eucaristía. El

bautismo es la señal que Dios nos concede de que hemos sido elegidos. Porque si bien la Iglesia es invisible, constituida como está por la comunidad de los predestinados, hay también una Iglesia visible, la que aparece. En cuanto a la Santa Cena, su doctrina está a mitad de camino entre Zwinglio y Lutero. Con Zwinglio, interpreta la palabra *est* de la fórmula "éste *es* mi cuerpo", por "significa", de donde se sigue que no hay presencia real. Pero contra Zwinglio afirma que la comunión realiza una unión real del alma con Cristo, aunque de tipo espiritual; el cuerpo glorificado de Cristo se comunica "realmente" al alma creyente del predestinado, dándole "una confianza indudable en la vida eterna". En la práctica, el servicio cultual calvinista se reduce a la predicación, las oraciones y el canto de los salmos. La Cena sólo tenía lugar en Ginebra cuatro veces al año.

Según se puede ver, las posiciones de Calvino están mucho más lejos de la Iglesia que las de Lutero. Su ideario en el campo espiritual es claro: la Escritura, interpretada por cada cual, según el dictado del Espíritu Santo, es la única autoridad. El hombre está sustancialmente corrompido, y por ende es incapaz de hacer nada para salvarse. Dios decide el destino de cada uno según su beneplácito, sin que el hombre pueda, mediante sus méritos, modificar nada de la suerte que le espera. Sólo la fe es garantía y medio de salvación; el esfuerzo moral no es más que su corolario. Los sacramentos no son sino señales de la propia fe, carentes de toda eficacia. Como observa Daniel-Rops, todo lo que antes de Calvino habían entrevisto más o me-

nos claramente Lutero, Zwinglio y tantos otros, sin atreverse a llevar las ideas hasta sus últimas consecuencias, él, al mejor estilo del francés lógico, lo completa, lo perfecciona, y lo hace dogma.

En cuanto a las relaciones de la Iglesia y el Estado, Calvino pensaba que la Iglesia debía colaborar con el Estado, pero estableciendo sobre él cierta vigilancia desde lo alto. De hecho, la Iglesia calvinista, fuertemente estructurada bajo una autoridad suprema, el "Consistorio", será independiente de toda intromisión del Estado, y suficientemente fuerte como para hacerse obedecer por el mismo Estado.

Tal es la doctrina de Calvino, tanto en el campo espiritual como temporal. Siendo como era un hombre eminentemente práctico, sólo le quedaba llevar a cabo la aplicación social de su doctrina. Lo habíamos dejado en Estrasburgo, medio desterrado por el pueblo de Ginebra. Pronto llegaron diversas delegaciones de dicha ciudad pidiéndole que volviese y reanudase en ella su misión. ¿Qué había sucedido allí en el entretanto? La moral estaba en franca decadencia, y ahora el Gran Consejo reconocía que su decisión de exiliarlo había traído graves convulsiones. Por otra parte, los católicos levantaban de nuevo cabeza en la ciudad dividida en bandos.

Calvino aceptó volver. Ginebra le ofrecía la ocasión de aplicar su ideario en un lugar concreto. La mañana del 13 de septiembre de 1541, todos los magistrados de la ciudad, presididos por un heraldo de armas, salieron a caballo al encuentro de aquel mismo hombre que, expulsado por ellos tres años atrás, había debido partir para el destierro.

Calvino vivirá en esa ciudad hasta su muerte. Ginebra sería "su" ciudad, una ciudad teológica. Tenía ahora 32 años, y todo un pueblo se le entregó en cuerpo y alma. Este hombre frío, inteligente, resuelto, de una capacidad de trabajo casi ilimitada, entró en acción, dispuesto a aplicar sus principios, arrostrando toda resistencia. Tras redactar unas "Ordenanzas Eclesiásticas" para establecer el estatuto religioso de la ciudad, convocó al pueblo al son de trompetas, e hizo votar por unanimidad un decreto que establecía "un gobierno acorde con el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo", con lo que quedaba proclamado el gobierno de Dios en Ginebra, una verdadera teocracia. Durante veintitrés años pondrá toda su inteligencia y su voluntad en hacer de ello una realidad social, moral y política, tanto como religiosa.

Sus doce primeros años en aquella ciudad, fueron bastante traumáticos. En la práctica se vio compelido a instaurar un régimen de terror, policial y político, fundado en sus principios religiosos. Hubo altibajos en su gestión. En uno de los momentos adversos para el reformador, fue detenido un extranjero que, luego de haber estado en Francia y en Alemania, se encontraba de paso por Ginebra. Era un español que se llamaba Miguel Servet. ¡No dejaba de resultar extraño un español que se había vuelto protestante! Era un médico notable, precursor del descubrimiento de la circulación de la sangre. Poco antes de llegar a Ginebra había publicado un libro llamado *Christianismi restitutio*, en evidente respuesta al *Christianismi institutio* de Calvino. Su concepción del cristianismo tenía ciertos

ribetes gnósticos. Calvino lo acusó de 38 errores sacados de su escrito. Lo arrestó entonces la policía, fue juzgado, y lo condenaron a ser quemado vivo. Con este acto, Calvino logró imponerse del todo, siendo sus enemigos despiadadamente castigados. Hasta su muerte, diez años después, fue el dueño absoluto de Ginebra.

La organización de su iglesia era impecable. Un grupo de pastores se encargaba de predicar, instruir y dar los sacramentos; luego había varios doctores que eran los intelectuales, quienes debían mantener la pureza de doctrina; también algunos ancianos, delegados de la comunidad; y varios diáconos, a cargo de las tareas materiales. Calvino se ocupó asimismo de la prosperidad material de la ciudad, levantando hospitales, introduciendo industrias, etc. Además instauró una poderosa policía –los "guardianes"– que todo lo vigilaban, llegando aun a lo más íntimo de los hogares. ¿A algunos les gustaba el baile? A la cárcel. ¿Les agradaba beber en una taberna? A la cárcel. ¿Jugaban a las cartas? Igualmente a la cárcel. ¿Leían en un rincón la *Leyenda áurea* o el *Amadís de Gaula*? Siempre a la cárcel. Mujer, si te peinas con vanidad y de manera caprichosa, ofendes gravemente a Dios. Cuidado, artesano, con hacer un cáliz para los católicos, o afirmar que el Papa es un buen hombre. En un solo año, a más de trescientas personas se les llamó la atención por el solo hecho de asistir con poco respeto a los sermones de Calvino. Lo más curioso es que los ginebrinos hayan aceptado por tantos años dicho régimen, convencidos como estaban de constituir una especie de vanguardia del

ejército de Dios, la ciudad santa entre todos, una ciudad-iglesia. En ese lapso, Calvino se dedicó a escribir –59 tomos, nada menos– y a predicar más de 250 veces por año. En 1559 se creó en Ginebra una universidad calvinista, donde se insistía en la formación humanística, escriturística y teológica. De dicha institución, que fue también seminario y cuna de misioneros, salió un grupo de pastores que luego se propagarían por varios países de Europa. Porque el reformador tenía, también él, una visión universalista.

Es muy probable que Calvino haya querido unir las diversas vertientes del protestantismo en una sola gran Reforma. Pero no lo logró. Sin embargo su influencia se extendió, a partir de Ginebra, que fue llamada "la Roma protestante", a vastas regiones de la antigua Cristiandad. Especialmente se propuso llevar sus ideas a Francia, su patria, a la que había dejado siendo muy joven. El resultado de dicho propósito fue el primer "Sínodo calvinista nacional", que celebraron en París los pastores de Francia en 1559, por ver si se podía llegar a una común confesión de fe de todo el reino. También el calvinismo llegaría a Inglaterra y Escocia. Calvino murió en 1564. Tenía 55 años. Cerca de cincuenta millones de cristianos le siguen todavía hoy, y quizás no haya variante de protestantismo en que no se perciban huellas de su pensamiento.

Con su libro *Institución* suministró exactamente lo que se necesitaba, vaciar la reforma en un molde estricto, con una Iglesia, un credo, algo nuevo, dando así forma permanente a lo que durante más

de 300 años hemos conocido por "Protestantismo". El calvinismo es la esencia del protestantismo. A partir de Calvino, el protestantismo se llamó "religión reformada".

2. *En los Países Bajos*

Desde 1477 los Países Bajos habían pasado, por enlace matrimonial, a la casa de los Habsburgos. No sólo era una zona muy rica sino también uno de los centros de arte más fecundos de Europa, donde se sucedieron varias generaciones de grandes pintores: Van Eyck, Van der Weiden, Jerónimo Bosco, Pedro Brueghel y otros. Bajo Carlos V, la región se mantuvo pacífica, pero durante el gobierno de su sucesor, Felipe II, penetró también allí el movimiento reformista. Fue el príncipe Guillermo de Nassau-Orange quien, proponiéndose emancipar del Imperio a los Países Bajos, logró mediante su matrimonio con una princesa sajona el apoyo de los protestantes, y así entró en relaciones con Inglaterra, caída ya en la herejía, y enemistada con España. Estos enfrentamientos deben contarse entre las causas principales de la declinación del poder español, o por lo menos de que esa declinación se produjera más rápidamente. España era el sostén de la tradición y de la unidad cuando comenzaron las dificultades en aquella región.

El origen de las perturbaciones, o quizás su excusa, fue más económico que religioso. Un impuesto posiblemente inconveniente, dada la situación,

de esas ciudades mercantiles, ocasionó una revuelta organizada. Al principio, el factor religioso era una cuestión secundaria, pero su importancia se fue acrecentando a medida que continuaba la lucha. De hecho el sentimiento católico popular llevó a varias de las provincias de los Países Bajos a defender su religión, frente a la presión de los calvinistas del norte, salvando buena parte de esas regiones para España. Asimismo la alergia de los católicos frente al calvinismo hizo que el sur de los Países Bajos se mantuviese unido a la Iglesia en lo que hoy llamamos Bélgica, y en más de la tercera parte de lo que hoy llamamos Holanda.

Bien señala Belloc que sería un error considerar la nación holandesa como luchando noblemente para liberarse de los perversos opresores españoles. No existía ninguna nación holandesa por aquellos tiempos. Para las ricas ciudades autónomas de esa región, el rey de España no era el representante de una potencia extranjera, ni ellos lo consideraban un tirano. Era el soberano legítimo y natural de todos los Países Bajos. Recién después de la guerra civil, un sector de aquella región, y tan sólo un sector, deseó separarse de quien entonces llamaban "su príncipe natural". E incluso la pequeña parte de los Países Bajos que hizo una cuestión religiosa de la lucha contra España y se estableció como Provincias Unidas –hoy Holanda–, no lo hubiera logrado si los nuevos millonarios de Inglaterra, expoliadores de la Iglesia, con Cecil a la cabeza, no le hubiesen prestado apoyo, secreto primero y luego abierto, hasta el punto de enviar tropas en su ayuda.

Daniel-Rops no puede ocultar su veta pro-francesa y anti-española cuando señala que los Países Bajos se habían formado bajo el dominio benigno, próspero, y sumamente popular de los borgoñones, constituyendo durante tanto tiempo tres provincias borgoñonas, con señores y duques muy paternales, pero cuando accedió al poder Felipe II, heredero natural de aquellos fundadores borgoñones, no los continuó gobernando al modo borgoñón, sino que trató de hacerlo a la manera española, suscitando tensión en el ambiente. Felipe pareció no haber entendido que cosas que eran naturales y correctas en España, un país que había salido de siete siglos de lucha con el Islam, resultaban completamente inadecuadas para los Países Bajos, por lo que cuando subió al trono cometió el error de imponer las leyes españolas a un país totalmente diverso del suyo en tradición y espíritu. Estableció así guarniciones españolas, administradores españoles y hasta obispos españoles. A raíz de ello los nobles se rebelaron, especialmente la más rica e importante entre las casas, la de Orange, radicada en Holanda, que encabezó la revuelta. Había allí una pequeña minoría de calvinistas que movieron el levantamiento, pero pronto se les unieron todos los descontentos, por motivos que nada tenían que ver con lo religioso, llegando a perseguir a los monjes, a torturarlos, y a destruir en gran escala toda clase de obras de arte, en especial de los edificios religiosos. Felipe II enfrentó decididamente la sublevación.

Tal es la tesis de Daniel-Rops, con la que discrepa totalmente H. Belloc. A juicio de este último,

frente a la rebelión, Felipe combatió e hizo lo que hubiera hecho cualquier otro soberano de su tiempo: enviar al mejor general de que disponía, el duque de Alba, con 17.000 hombres. De hecho, cuando el duque llegó a Holanda, Orange huyó del país, y todos se sometieron. El comandante español, por su parte, investigó la situación, e hizo ejecutar a los malhechores. El pueblo estaba de acuerdo, particularmente después de haber visto los excesos de la anarquía. No obstante, en esos momentos se cometió un error grave, y fue aplicar un nuevo y fuerte impuesto. Era lógico hacerlo, porque el rey de España carecía de recursos suficientes, y las ricas ciudades de los Países Bajos eran la más importante fuente de ingresos entre las enormes posesiones de Felipe. Sea lo que fuere, lo cierto es que el impuesto fue muy mal recibido, provocando la revuelta final que conduciría a la ruina del poderío español en la parte norte de los Países Bajos.

La lucha se tornó cada vez más religiosa. Siete provincias se mantuvieron segregadas, y diez se adhirieron al soberano legítimo quien, con todos sus errores, era mil veces preferible al calvinismo y al dominio de la oligarquía mercantil. En 1574, Felipe designó a Requesens en lugar de Alba. El nuevo comandante intentó una política de pacificación, sin obtener mayor éxito, ya que las provincias secesionistas, que se contaban entre las más ricas, y ahora estaban sometidas a un gobierno decididamente calvinista, contaban con un ejército bien organizado y bien pagado, apto para mantener una guerra indefinidamente prolongada. Felipe, que no estaba en condiciones de remunerar bien a sus sol-

dados, nombró a don Juan, el vencedor de Lepanto, para gobernar los Países Bajos. A los dos años éste murió, siendo designado en su lugar el duque de Parma. La oligarquía mercantil calvinista de las provincias norteñas mantuvo su resistencia. Si bien el duque logró nuevos triunfos, no pudo evitar que en 1581 se declarase la deposición de Felipe como rey de los Países Bajos del norte y la consiguiente emancipación de dicha región. La nueva potencia, que hoy llamamos Holanda, abrazó oficialmente el calvinismo, suprimiendo la tradición católica y el culto católico, a pesar de que buena parte del pueblo detestaba el calvinismo y se aferraba a su antigua religión. Pronto Isabel de Inglaterra reconocería formalmente la independencia de las siete provincias. Había surgido un nuevo Estado protestante.

3. *En los Países Escandinavos*

El protestantismo hizo su ingreso, asimismo, en varias regiones del norte de Europa. En *Dinamarca* entró por obra de Cristián II, llamado el Cruel, quien invitó a su reino al profesor luterano Karlstadt, que enseñaba en Wittemberg. Pero como el Rey se propuso quebrantar el inmenso poder de la nobleza y el alto clero, fue depuesto y desterrado. Bajo su sucesor, si bien el protestantismo no logró imponerse de entrada, pronto obtuvo tolerancia, y siguió avanzando de modo que el año 1536 el rey Cristián III le dio el predominio. Los obispos católicos daneses, que eran siete, fueron encarcelados y obli-

gados a renunciar; en lugar de ellos se nombraron superintendentes, confiscándose todos los bienes eclesiásticos. Los católicos se vieron privados de sus derechos políticos, los monjes que se resistieron fueron expulsados y algunos ejecutados; más tarde se prohibió a los sacerdotes, bajo pena de muerte, pisar suelo danés, y se penó con destierro y pérdida de bienes a quien decidiese pasarse al catolicismo.

Unida a Dinamarca se encontraba *Noruega*. Ambos países eran regidos por el mismo soberano. Fácil es así comprender que, a pesar de la resistencia católica, también entrara allí el protestantismo. Más tenaz oposición ofrecieron los católicos en *Islandia*, entonces perteneciente a Dinamarca. Hubo allí un obispo que trató de defender su causa aun por las armas, pero fue vencido y decapitado en 1550.

También *Suecia* estuvo hasta 1523 bajo la soberanía de Dinamarca. En dicho año, Gustavo I, de la casa de los Wasa, separó a su país de los daneses y se proclamó Rey, trabajando por la causa luterana. En 1527, la Iglesia sueca se separó de Roma y erigió al Rey como cabeza suprema. Por orden de Gustavo fueron ejecutados dos obispos, los bienes de la Iglesia pasaron a manos de la Corona y del Estado, y el pueblo, aunque no sin dura resistencia y reiterados levantamientos, se vio arrastrado a la apostasía. Al morir el Rey, su hijo y sucesor Erico quiso implantar el calvinismo, pero acabó siendo recluido por tiránico y demente, para ser ulteriormente envenenado. Su hermano y sucesor, Juan III, casado con una princesa católica polaca, trató de volver a la antigua fe, entablando negociaciones

con el Papa, y retornando él mismo en secreto al catolicismo. Pero luego decayó en su entusiasmo por la verdadera fe. Más decididamente católico fue su hijo Segismundo III, quien había sido ya rey de Polonia. Sin embargo, antes de ser coronado como rey de Suecia, se obligó a no actuar contra la confesión luterana. Cuando más adelante se propuso proteger a los católicos y trató de introducir el culto católico en algunos lugares, aprovechando una estancia suya en Polonia, un tío suyo llamado Carlos, que era protestante, se apoderó del reino y se proclamó Rey, llevando adelante una política totalmente enemiga del catolicismo y desterrando a todos los sacerdotes católicos. Bajo el siguiente Rey, ya a comienzos del siglo XVII, Gustavo II Adolfo, Suecia se convirtió en la potencia protestante del norte. Toda manifestación de vida católica fue prohibida. Sólo se toleraban actos de culto católico en las capillas de las embajadas de las potencias católicas, y aun allí con la condición de que ningún súbdito sueco asistiese; si algún sueco quería retornar al catolicismo, era castigado con la pérdida del derecho a heredar y el destierro. El hospedar a un sacerdote católico merecía la pena de muerte.

4. *En Francia*

Francia fue el gran campo de batalla del protestantismo contra el catolicismo. En este caso se trató de una lucha realmente dura, no sólo intelectual sino también bélica, entre grandes cuerpos armados, que duraría unos treinta años, y donde partici-

pó la nación entera. Se ha afirmado que si la Iglesia hubiese perdido Francia, probablemente habría perdido toda Europa.

A juicio de Belloc tres son los antecedentes que deben ser considerados allí en los años de preparación para la lucha abierta. El primero es que a la monarquía francesa se la veía como una institución que representaba a todo el pueblo de Francia, que era católico, como el conjunto de Europa en aquel tiempo. La monarquía se mostraba así como la defensora natural de la Iglesia católica contra los nuevos intentos. En segundo lugar, la monarquía francesa estaba en cierta situación inestable a raíz del gran poderío del emperador Carlos V, que dominaba Alemania y España al comenzar el siglo XVI, y luego de su hijo Felipe II. En otras palabras, se hallaba en conflicto con Austria y con España, justamente aquellos países que más defendían el catolicismo. Carlos V, el Emperador, soberano del reino germano –un reino nominal, según lo señalamos en su momento, donde sus subordinados eran más poderosos que él–, de España, de las provincias españolas del Nuevo Mundo, de los Países Bajos y de gran parte de Italia, era el caudillo indiscutible de la unidad católica de la Cristiandad, el campeón de la resistencia contra la reforma protestante. Cuando Carlos V. abdicó, su hermano Fernando se convirtió en Emperador conservando para sí el Archiducado de Austria, con un poder sólo nominal sobre el resto de Alemania. A su hijo Felipe le dejó los Países Bajos, España y el Franco Condado. Así, quizás sin pretenderlo, se había formado un cerco en torno a Francia. Por consiguiente, la monarquía

francesa creyó tener un objetivo político necesario: resistir contra Carlos V y posteriormente contra Felipe II. El resultado fue que durante el gobierno de Francisco I, hasta su muerte en 1547, lo mismo que durante el gobierno de su hijo Enrique II, hasta su muerte en 1559, la monarquía estuvo utilizando constantemente a la Reforma como caballo de batalla: la combatía en el interior al tiempo que la defendía en el exterior, lo que entre otras cosas hizo que también apoyase a los protestantes de Inglaterra. El tercer punto que hay que tener en cuenta es que Calvino, al erigir su contra-Iglesia en Ginebra, les estaba ofreciendo a los nobles franceses un bocado exquisito: el del saqueo económico de la Iglesia, en un país donde los bienes religiosos eran enormes. Esta clase política había visto a sus colegas del norte de Alemania y de Inglaterra enriquecerse grande y súbitamente por el saqueo de la Iglesia, lo que era para ellos una evidente tentación; además, la reforma protestante les significaba una mayor independencia de la Corona. Agréguese a esto la atracción que la reforma ejercía, como suelen hacerlo los nuevos movimientos, sobre los estudiosos y humanistas, y las clases más cultas. Por lo demás, el hecho de que el calvinismo era un fenómeno tan francés, difundido en el idioma francés, tuvo no poco que ver con el fortalecimiento del partido hugonote, nombre que tomaron los calvinistas en Francia –la palabra viene de *Eidgenossen* o "confederados", designando una alianza de los de Ginebra con los de Berna y Friburgo–. Se producía así una combinación de causas que podían hacer viable la victoria de la reforma protestante en Francia.

Los diez años de preparación para el conflicto –1549 a 1559– están dominados por la gran sombra de Calvino, que ejercía especial influencia en la nobleza de Francia, a tal punto que en 1559 más de la mitad de las grandes casas se habían enrolado en las filas de dicho caudillo. Por aquel tiempo, dos eran las familias más importantes. La primera de ellas iba pronto a heredar el trono. Era la de los Borbones. El espíritu de Calvino atraparía a esa familia, que de puritana no tenía nada, ya que se la pasaba causando escándalos, lo que atestigua la habilidad del profeta ginebrino. La otra familia, que adhería plenamente al catolicismo, era la de Lorena, bajo la conducción del duque de Guisa. Este gran soldado había recuperado territorio ocupado por los ingleses y el pueblo confiaba en que continuaría sus victorias contra los extranjeros y los rebeldes del interior. El jefe de los Guisa fue asesinado en 1563, cuando se hallaba en la cumbre de su carrera.

Durante más de diez años hubo gran cantidad de matanzas y asesinatos en todo el país. Se dice que en cuatro años fueron degollados cuatro mil católicos en Orthes; en Saint-Sever arrojaron en un precipicio a doscientos sacerdotes; en pocos meses fueron martirizados tres mil religiosos; un cabecilla de los hugonotes se adornó con un collar hecho con orejas de sacerdotes asesinados... Es cierto también que hubo masacres de parte de los católicos, la más importante de las cuales fue la ocurrida en la llamada "noche de San Bartolomé". El pueblo, que se mantenía católico, estaba enfurecido con los hugonotes. Gracias a dicha falta de apoyo,

aquellos nobles y sus seguidores no lograron aniquilar la religión del país, ni destruir la Corona. La tradición católica de Francia quedaba a salvo.

Con la muerte de Enrique III, quien luchó exitosamente contra los hugonotes, se extinguió la línea de los Valois. La que ahora tenía más derecho al trono era la familia de Borbón. La situación se había vuelto peligrosa. Enrique, rey de Navarra y jefe de los hugonotes, era una de las figuras más apoyadas por los caballeros protestantes, grandes y pequeños, todos armados, por supuesto. Pero su condición de calvinista lo excluía de la sucesión del trono de Francia. Enrique comprendió que no podía ceñir la corona si antes no abjuraba del calvinismo, a lo que por fin accedió. La expresión que se le atribuye: "París bien vale una misa", expresa el motivo por el que se determina a convertirse. Tras ser absuelto de sus censuras, entró triunfalmente en París, el año 1593, en medio de las aclamaciones del pueblo, y subió al poder con el nombre de Enrique IV. Convencido de que era necesario restablecer la unidad religiosa y que, dada la inmensa mayoría católica de la nación, aquélla sólo se hacía posible en la religión tradicional, apoyó decididamente la obra de renovación católica. De hecho, tras la larga lucha, la situación era de una especie de empate. La aristocracia, en buena parte, se había hecho protestante, mientras el pueblo permanecía católico. En 1598 se promulgó el Edicto de Nantes por el que se concedía libertad de religión a los protestantes. Fue, en realidad, una suerte de transacción merced a la cual un acaudalado grupo protestante permaneció atrincherado en me-

dio de una población católica, gozando de privilegios especiales, ciudades amuralladas y tribunales de justicia propios. Dicha situación perduraría durante casi un siglo. Por esa razón, desde entonces Francia quedó dividida.

¿Por qué no triunfó en ese país la reforma protestante? Ante todo, por la actitud de los reyes. A pesar de todas sus vacilaciones, estaban mucho más asociados a la Iglesia que los príncipes alemanes. Pero también por el mismo pueblo francés, muy católico, que defendió su fe por todos los medios y hasta la impuso a su propio Rey. Cuando los reformados pretendieron aplicar sus primeras reformas iconoclastas, cuando comenzaron, por ejemplo, a hablar de manera ofensiva acerca de la Santísima Virgen, el pueblo no lo consintió. Por lo demás, los franceses no sentían frente a Roma aquel rencor que hemos podido observar en Alemania. Señala Daniel-Rops que en Francia sucedería exactamente lo contrario de lo ocurrido en Alemania, donde sólo el luteranismo había logrado dar a la multitud amorfa y caótica un alma colectiva. La forma francesa de la reforma protestante, suscitada por un francés, Calvino, según una actitud típicamente francesa, por su lógica y universalismo, arraigaría de hecho fuera de Francia. En la misma Francia sólo parcialmente llegaría a implantarse.

En lo que toca al campo exterior, no deja de resultar repugnante la política que siguió la Corona en relación con el catolicismo. Aun a comienzos del siglo XVII, frente a la política claramente católica de los Habsburgos, el cardenal Richelieu, que llegó

a ser todopoderoso durante el reinado de Luis XIII, hijo de Enrique IV, mientras en el interior de Francia combatía con energía y éxito el poderío del sector protestante, porque la división religiosa y los privilegios especiales concedidos a la minoría hugonote, poderosa y acaudalada, debilitaban a la nación, en el exterior obraba exactamente al revés, apoyando en Alemania la causa protestante, en orden a debilitar al Emperador por un lado y a la España católica por otro, que a su juicio amenazaban a Francia como los brazos de una pinza. Cuando creyó que la causa de su patria estaba en peligro de ser derrotada, no vaciló en llamar al mejor general de la época, Gustavo Adolfo, rey de Suecia, quien además tenía bajo sus órdenes al mejor ejército de aquel tiempo, y lo sobornó para que combatiese en Alemania como paladín de los protestantes. El acuerdo final, a que se llegó en este último país el año 1648, puede decirse que fue obra de Richelieu, aunque éste había muerto hacía seis años, y se lo denomina "la paz de Westfalia", que dejó a los germanos divididos, tal como hoy lo están, entre católicos y protestantes. A partir de entonces, las fronteras religiosas se hicieron duraderas, con lo que quedó consumado el desgarramiento de Europa.

5. *Los sucesos en Inglaterra*

Lo que aconteció en Inglaterra es sumamente peculiar. Como se sabe, Inglaterra había sido una antigua provincia del Imperio Romano, con una tradición cristiana mucho más antigua y vigorosa

que las regiones nórdicas de Germania. Sin embargo, el tercero de los grandes núcleos de la reforma protestante del siglo XVI, que designamos con el nombre común de "protestantismo", se constituyó a raíz del cisma de esa nación, en su forma de *anglicanismo*. La situación de Inglaterra antes de la reforma era particular: el pueblo estaba más cristianizado que en otras regiones, si bien el clero se encontraba como en el resto de Europa. Desde el punto de vista intelectual, el humanismo tenía clara vigencia en el ambiente culto. No en vano Erasmo estuvo viviendo por un tiempo en Oxford, y fue en Inglaterra donde compuso su célebre *Elogio de la locura*; en dicha obra se divertía denigrando a los monjes relajados, a los malos obispos, a los papas indignos y a la teología escolástica. Si a ello se añade el influjo de la herejía de Wiclef, que tanto contribuyó en Inglaterra a socavar el prestigio de la Iglesia y del Papado, se comprenderá que el ambiente estaba preparado.

Acá la figura clave es *Enrique VIII*, el protagonista del cisma. Enrique había recibido una educación seriamente cristiana y una esmerada formación teológica. Cuando joven, llevó una vida de intensa piedad, asistiendo diariamente a misa, y a veces a dos o tres misas. Habiendo subido al trono de Inglaterra en 1509, fue durante los primeros años de su gobierno un verdadero paladín de la causa católica. Al conocer las primeras noticias de la rebelión de Lutero, se contó entre los que más decididamente se le opusieron, al punto de que en 1521, cuando apareció la bula *Exsurge Domine*, mandó quemar públicamente sus escritos en Londres. Más

aún, asesorado por algunos obispos y teólogos, salió ese mismo año en defensa de la Iglesia, publicando una obra bajo el nombre de *Assertio septem Sacramentorum*, afirmación de los siete sacramentos, dedicada al papa León, donde refutaba las tesis de Lutero. El Santo Padre, conmovido, le concedió el título de "Defensor de la Fe". Lutero se puso furioso con el Rey y le respondió con los términos soeces que le eran habituales. Enrique se había casado con Catalina de Aragón, hija de los Reyes Católicos y tía del emperador Carlos V. Anteriormente Catalina había estado desposada con Arturo, hermano de Enrique VIII, joven de catorce años, pero como éste murió a los pocos meses, sin haber consumado el matrimonio, el Papa le otorgó la dispensa canónica del impedimento, por lo que pudo casarse con Enrique. Vivieron tranquilamente durante dieciocho años, teniendo tres hijos y dos hijas. Sólo sobrevivió una de las hijas, María Tudor. En esos momentos, la Reina estaba físicamente decaída, por lo que el Rey temía que no pudiese tener de ella un heredero varón.

Mientras tanto, y quizás dada esta circunstancia, Enrique se había enamorado locamente de Ana Bolena, una de las damas de corte de la Reina. La amante del Rey exigía como condición para entregársele que el Rey la reconociese como verdadera esposa suya y reina de Inglaterra. El único medio para que ello fuese factible era que Enrique obtuviera del Papa el divorcio con la reina Catalina. El bien sabía que no podía hacerlo si previamente no se probaba la nulidad de su matrimonio con ella. Trató de conseguirlo sobre el presupuesto de que

habiendo Catalina estado casada con el hermano de Enrique, había contraído un impedimento que anulaba el ulterior matrimonio. Pretendía basarse en textos bíblicos, como por ejemplo en aquel donde se dice: "No usarás el cuerpo de la mujer de tu hermano, pues es el cuerpo mismo de tu hermano" (Lev 18, 16). Es cierto que el papa Julio II había otorgado dispensa de dicho impedimento, pero Enrique quería probar que el Papa al hacerlo se había excedido en sus atribuciones, ya que se trataba de un impedimento de derecho divino. Tal suposición era falsa, dado que el matrimonio anterior no se había consumado. Por lo demás, para la Iglesia, la ley de Moisés sólo valía en cuanto que concordaba con la ley evangélica; asimismo, la prescripción general del Levítico era corregida por otra (cf. Deut 25, 5), donde se precisaba que si un hombre moría sin dejar hijos, su hermano debía desposar a la viuda para darle una progenitura.

Enrique envió en misión a Roma a su canciller, el cardenal Wolsey, para que gestionase lo esperado. En orden a presionar, el canciller se adelantó diciendo que si la tramitación se prolongaba, el Rey no se detendría, aunque ello lo llevase a un cisma. Alguien le propuso entonces a la Reina que renunciase voluntariamente a la vida matrimonial y se retirase al claustro, lo que ella rechazó indignada. El Papa estaba persuadido de que el matrimonio era válido, por lo que se vio forzado a mantenerse en la negativa, no obstante el peligro de cisma de toda la nación. También Enrique consultó a hombres de la reforma protestante. Lutero le escribió diciéndole que su matrimonio era legítimo e indiso-

luble y que no había que pensar en el divorcio, "pero yo permitiría más bien al Rey agregar otra Reina a la primera, y a ejemplo de los Patriarcas y de los reyes del Antiguo Testamento, tener dos mujeres y dos reinas a la vez".

Al conocer la decisión del Papa, Enrique se puso furioso, e inició por su cuenta el proceso de divorcio, pero en Inglaterra. La Reina compareció ante el tribunal, y afirmó que el asunto escapaba a la jurisdicción de aquella corte judicial. Luego se arrojó a los pies de Enrique, implorando compasión, pero al ver la impasibilidad del Rey, apeló a la Santa Sede. Todo el pueblo inglés y la totalidad del mundo católico estaban con ella. El mismo Rey había exclamado al llegar al tribunal: "Milords, es la mujer más fiel, la más obediente, la más sumisa ... Posee justamente todas las virtudes y cualidades de su rango." Compareció entonces ante Enrique el obispo de Rochester, John Fisher, y, desafiando sus iras, le dijo que después de haber hecho un detenido estudio del asunto, estaba convencido de la validez del matrimonio. Mientras tanto, Clemente VII resolvió que la causa pasase de Londres a Roma, lo que significó un golpe mortal para el Rey. Presionado cada vez más por Ana Bolena, se decidió a tomar medidas. El primero que la pagó fue Wolsey, por no haber solucionado favorablemente la cuestión. Acusado de alta traición por el Parlamento, fue detenido cuando se dirigía a la sede de York, y luego conducido a la Torre de Londres; antes de llegar a ella murió, agotado por los sufrimientos.

Los acontecimientos se desencadenaron. Tomás Moro ocupó por breve tiempo la Cancillería del Reino, pero debió renunciar por no estar dispuesto a secundar los deseos del Rey. Le sucedió Tomás Cromwell, al que se le unió otro personaje, Tomás Cranmer, profesor en la universidad de Cambridge, capellán de Ana Bolena, que simpatizaba con el protestantismo. Cranmer le insinuó al Rey una solución a su problema: recoger dictámenes de las universidades de Inglaterra y del extranjero en favor de la nulidad de su matrimonio. Pronto llegaron los pareceres de las universidades de Cambridge y Oxford dando la razón al Rey. Con esas universidades concordaron las de París, Orleans, Toulouse, Ferrara y otras. Pero hay que advertir que dichos juicios se basaban sobre un dato equivocado, a saber, que el anterior matrimonio de Catalina se había consumado de hecho, lo que no había sido así. Por eso el papa Clemente VII persistió en su rechazo.

Frente a la actitud firme del Pontífice, Enrique VIII, impulsado por el canciller Cromwell y por Cranmer, excogitó una nueva salida, consistente en exigir que el asunto fuera examinado y resuelto dentro de Inglaterra, por el arzobispo de Cantorbery y su capítulo. Más aún, para presionar sobre Roma, amenazó con una posible ruptura de relaciones, haciéndose declarar "jefe supremo de la Iglesia de Inglaterra". Por el momento sólo se trataba de una maniobra intimidatoria. Viendo Enrique que el Papa daba largas al asunto, y no esperando solución alguna favorable de Roma, decidió desposarse en secreto con su amante. Justamente entonces moría el arzobispo de Cantorbery, y el Rey aprovechó la ocasión

para proponer como nuevo arzobispo nada menos que a Cranmer, siempre atento a secundar sus deseos, a pesar de que aquel hombre no ocultaba su simpatía por los protestantes; más aún, se había casado secretamente con la hija de Andreas Osiander, uno de los jefes luteranos. El Papa no estaba informado de todo esto, por lo que, para no irritar más al Rey, aceptó dicho nombramiento. Así Enrique encontró libre el campo. Para asegurar sus espaldas, hizo votar por el Parlamento una ley que prohibía toda apelación a Roma; luego logró que una asamblea del clero declarase que el primer matrimonio había sido consumado. Tras esto, Cranmer declaró nulo el matrimonio de Enrique VIII con Catalina de Aragón, y poco después convalidó el matrimonio con Ana Bolena, que se realizó en privado. Enseguida Ana fue coronada como nueva Reina. Tres meses después nacía Isabel, quien más adelante subiría al trono. Había comenzado el cisma de Inglaterra. Era el año 1534.

Cuando Lutero se enteró del cambio de Enrique VIII, se alegró intensamente, creyendo poder ganarlo para su causa. Entonces le envió una carta altamente laudatoria. Al que tres años antes lo había insultado por su adhesión a Roma, calificándolo de charlatán, que gasta saliva en balde, rey estólido, insensato y ridículo, gusano, asno y cerdo, cuya majestad y corona hay que cubrirlas con estiércol..., ahora lo llama “invictísimo e ilustrísimo príncipe y señor don Enrique VIII”, le dice que le remuerde la conciencia de haberlo ofendido, y que se siente como gusano, por lo que le pide perdón. Enrique le respondió de manera terrible: “Dices

que te avergüenzas de aquel libro que contra Nos escribiste. No sé si lo dices sinceramente; deberías avergonzarte no sólo de aquél [...] sino de casi todos tus escritos [...] Siendo fraile agustino has violado criminalmente a una monja consagrada a Dios [...]." Seguía su carta reprochándole por muchas cosas más, y refutando su doctrina de la justificación por la sola fe. Como era de esperar, Lutero reaccionó, retomando sus anteriores ultrajes.

Frente a los hechos consumados, el papa Clemente condenó los actos realizados por Cranmer, anuló el matrimonio de Enrique con Ana, y amenazó a los tres con la excomunión si en un breve plazo de tiempo no se arrepentían. Entretanto Enrique VIII hizo votar al Parlamento, siempre sumiso a sus deseos, estas tres leyes: en la elección de los obispos, el Rey debía proponer el candidato, que luego sería aprobado por el capítulo, sin intervención alguna de Roma; todas las tasas para el "obispo de Roma", como debía ser designado el Papa en adelante, quedaban abolidas; finalmente se prohibía a los obispos publicar ninguna ley sin aprobación del Rey. El cisma era ya definitivo.

Como puede verse, Enrique no apartó a Inglaterra de la Iglesia por odio al Papa o por negar su jurisdicción, o por motivos doctrinales, sino simplemente porque se había enamorado de Ana Bolena; asimismo hay que señalar que no fue sólo su voluntad la que operó esta decisión, sino también la de Ana y la de Cranmer. Frente a esta situación, Clemente proclamó formalmente la validez del matrimonio de Enrique con Catalina, a lo que Enrique

respondió con una serie de medidas que ahondaban el cisma. En 1534 el Parlamento votó la llamada "Ley de Sucesión", por la que se declaraba heredera del trono de Inglaterra a la hija de Ana Bolena, con la que daba un mentís al Papa, quien había declarado indirectamente la invalidez de aquel matrimonio. Esta ley debía ser aceptada y jurada por todos los súbditos del Rey. Luego el Parlamento promulgó dos leyes más. La primera fue el "Acta de Supremacía", por el que se reconocía al Rey como suprema y única cabeza de la Iglesia en Inglaterra, y se le atribuía la plenitud de la jurisdicción eclesiástica; por la segunda se reconocía en el Rey la facultad de nombrar y deponer a los obispos según su voluntad. Enseguida se hicieron públicas las llamadas "Leyes de Traición", por las que declaraba reos de alta traición a los que se opusieran de manera manifiesta a las personas reales.

Tal fue la decisión de la Corona. "Debe recordarse –escribe Belloc–, que la palabra *Corona*, que hoy es un mero símbolo, tenía entonces un sentido pleno. El rey verdaderamente gobernaba. Poseía todo el poder que hoy se halla disperso entre un puñado de grandes financieros, nativos y foráneos, propietarios de periódicos y dirigentes de monopolios, con su séquito de políticos. Él nombraba y destituía a los jueces, cuya función no era tan sólo interpretar los usos y costumbres, sino ejecutar sus órdenes [...] Toda la vida pública se movía de acuerdo a su voluntad personal."

Como encargado de hacer ejecutar las leyes fue nombrado Tomás Cromwell, vicario del Rey para

los asuntos de la Iglesia. Pronto se obligó a todos, seglares y eclesiásticos, a prestar juramento a las leyes de "sucesión" y de "supremacía". Si alguno se negaba a hacerlo, era declarado reo de alta traición, y amenazado con las más duras penas, incluida la de muerte. Resulta realmente bochornoso ver cómo fueron tantos los que se sometieron, casi todo el episcopado, los sacerdotes, los intelectuales y buena parte del pueblo cristiano. Nótese que a los eclesiásticos y religiosos se les impuso una fórmula particularmente vergonzosa, ya que debían jurar que reconocían "el santo matrimonio de Ana y Enrique" y que "se obligaban a predicar que el obispo de Roma, que en sus bulas usurpaba el nombre de papa y se arrogaba la primacía, no tenía jurisdicción en la Iglesia". Inglaterra fue la primera nación que como tal se separó formalmente de la unidad católica. Sobre ello ha escrito Belloc: "Si hubo alguna vez en la historia un hecho no deseado por sus protagonistas, no comprendido por quienes lo soportaron, no calculado, sino ocurrido como la consecuencia desproporcionada de causas relativamente pequeñas y totalmente incongruentes, fue la destrucción gradual, mecánica y desastrosa en el espíritu de los ingleses de la Fe que había creado a Inglaterra." Por nuestra parte pensamos que la pérdida de Inglaterra para la Cristiandad fue uno de los hechos más desgraciados en la historia de la Iglesia, ya que con ella la Iglesia se privó de un venero de catolicismo fresco, eutrapélico y festivo, que todavía sobrevive en personas como Chesterton, Tolkien y tantos más.

Hubo, sin duda, entre los religiosos, algunos espíritus valientes que se negaron a ceder, al punto de ofrecer el testimonio de su sangre. Especial honor merece la Orden de los Cartujos, cuyos miembros se negaron a jurar el Acta de Supremacía. Tres de sus priores fueron detenidos y llevados a Londres; allí los ataron a cañizos y los hicieron arrastrar por caballos; luego les arrancaron el corazón y las entrañas, tras lo cual bañaron sus cabezas y miembros con alquitrán, para darles consistencia, y poder así exhibir sus restos en la Torre, a las puertas de la ciudad. También resistieron heroicamente los hijos de San Francisco. El Rey hizo clausurar los siete conventos franciscanos de Londres y ordenó encarcelar a doscientos de sus miembros, cincuenta de los cuales murieron en prisión. Algo semejante sucedió con los agustinos. Pero fuera de estas tres Órdenes, la defección fue casi universal.

Destaquemos asimismo dos grandes figuras, las de John Fisher y Tomás Moro. *John Fisher*, obispo de Rochester, era un insigne teólogo. Integraba el pequeño y selecto grupo del episcopado inglés que ansiaba una reforma interior en la Iglesia. Al mismo tiempo era un hombre de exquisito humor, en quien la gracia se unía con la nobleza y la gravedad. Confesor de la reina Catalina, enfrentó con decisión a Ana Bolena, que lo detestaba. Ya antes había combatido con escritos adversos a Lutero y ahora se opuso firmemente al divorcio de Enrique VIII, lo que lo hizo objeto de las iras del Rey y de Cromwell. Al negarse a jurar la ley de sucesión, fue arrojado a la Torre de Londres, donde radicalizó aún más su oposición, resistiéndose a prestar juramento

a la ley de supremacía, y a reconocer al Rey como jefe supremo de la Iglesia. Cuando el Papa se enteró de ello lo hizo cardenal, creyendo que quizás así lo libraría de la muerte. Pero fue en vano, ya que lo condenaron a muerte por alta traición. "No tendrá cabeza para sostener el capelo"; se burló el Rey. La actitud de este venerable anciano de 80 años fue la de un mártir antiguo, revistiéndose para el suplicio como si se tratara de un día de fiesta. En Londres corrió la voz de que Ana Bolena se había hecho llevar su cabeza sangrante y había escupido sobre ella.

Dos semanas después de Fisher subía al patíbulo otra gloria de Inglaterra: *Tomás Moro*, personaje relevante, experto en leyes, autor de un libro que lo haría famoso, *Utopía*. Hombre transparente, de ojos vivos y azulados, tenía los labios siempre prontos para la rápida respuesta. Amigo de Erasmo, parecía el prototipo del humanista, llevando su amor por la belleza hasta hacer de su hogar una especie de pequeña academia platónica donde sus hijos, yernos, amigos y parientes, rivalizaban en erudición. Era amigo personal e íntimo del rey Enrique, quien lo había nombrado canciller, pero cuando el "Acta de Sucesión" obligó a todos los personajes de Inglaterra a hacerse cómplices del matrimonio ilegítimo, se retiró silenciosamente a su hogar de Chelsea. Allí lo detuvieron y fue llevado a la Torre, donde permaneció durante catorce meses, meditando la pasión del Señor y escribiendo un tratado sobre la *Manera de sobrellevar la adversidad*. Cuando su esposa e hija le preguntaban por qué no hacía como tantos nobles que se habían someti-

do al Rey, pudiendo volver así a sus queridos libros, respondía, mostrando su calabozo: "¿No está también esta casa cercana al cielo?" Admirable este gran hombre que se animó a defender, en una soledad casi total, contra el Rey, el Parlamento, la mayoría del clero, sus amigos y su propia familia, el principio mismo del primado de Pedro. En vano fue Cromwell a visitarlo, para exhortarlo a aceptar el Acta de Supremacía y someterse. No cedió un milímetro. Cuando tuvo que pronunciar sus últimas palabras ante aquel tribunal de venales cobardes, exclamó: "Puesto que he sido condenado –¡y Dios sabe de qué manera!– deseo hablar libremente de vuestra ley, para tranquilidad de mi conciencia. Durante siete años he estudiado esta cuestión. Y en ninguna parte he leído, ni lo dice ningún doctor aprobado por la Iglesia, que un príncipe secular tenga derecho a ser el Jefe de la Iglesia." A lo cual el nuevo canciller, que lo había sucedido en el cargo, le dijo: "¡Y qué! ¿Queréis que se os considere como más sabio y de mejor conciencia que todos los obispos y nobles del reino?" Moro le respondió: "Mylord, por cada obispo de vuestra opinión, yo tengo cien santos de la mía, y por vuestro Parlamento –y Dios sabe de qué especie– tengo los concilios generales desde hace mil años; y por un reino, tengo a Francia y a todos los reinos de la Cristiandad." Fue finalmente decapitado.

Particular saña mostró Enrique contra los religiosos, a quienes Cromwell llamaba "los espías del papa". En el año 1536, Enrique hizo decretar en el Parlamento "la supresión de todos los conventos y monasterios menores" donde la regla era mal ob-

servada. Con este pretexto, que disimulaba la codicia de los nobles y del mismo monarca, se suprimieron hasta 224 casas de hombres y mujeres, de cuyos bienes no tardaron en apoderarse. Luego se suprimió el resto de las casas religiosas, en virtud de lo cual fueron desapareciendo los más célebres monasterios que tanta gloria habían dado a las Islas Británicas, antigua "isla de los monjes". También se destruyeron santuarios, imágenes y reliquias.

A Clemente VII le sucedió el papa Paulo III. En 1536 murió la pobre Catalina, lo que hizo concebir al Papa la esperanza de un posible arreglo con Enrique. Justamente ese mismo año el Rey acusó a Ana Bolena de infidelidad, enviándola al cadalso. ¿Volvería ahora al redil que había abandonado? Era difícil, porque Enrique se encontraba realmente a gusto como jefe supremo de la Iglesia y dueño de inmensos tesoros, si bien en el terreno de los amoríos no encontraba estabilidad ya que a Ana Bolena siguieron varias mujeres sucesivas, que hicieron del resto de su vida una verdadera bacanal de matrimonios y divorcios. El Papa acabó por excomulgarlo, librando a sus súbditos del juramento de fidelidad. Pero dicha medida, que en la Edad Media solía tener gran repercusión, apenas si causó efecto.

Mientras tanto, Enrique seguía adelante por el camino del cisma, pero, y es un dato de gran importancia, en modo alguno permitió que en Inglaterra se infiltraran las ideas luteranas. Por eso no sólo luchó intensamente contra los católicos sino también contra los luteranos. Cromwell hubiera de-

seado quizás un acercamiento al protestantismo, pero el Rey no lo avaló, manteniendo su política de ir por una parte contra los católicos fieles a Roma, que se negaban a reconocerle como jefe de la Iglesia, y por otra contra los luteranos, que procuraban introducir nuevas doctrinas. En modo alguno hubiera aceptado hacerse protestante. Incluso en 1536 y en 1538, cuando esperanzados por su rebelión llegaron a Inglaterra algunas delegaciones alemanas, no consiguieron modificar los principios doctrinales del Rey. Vanamente le suplicó Melanchton que fuera hasta el extremo en el camino de la reforma. Al revés, una comisión de obispos y teólogos, vigilada por el mismo Enrique, mantuvo formalmente los siete sacramentos. No le era posible olvidar que años atrás había refutado a Lutero, de ahí su empeño por mantener la doctrina de la transustanciación, el celibato de los sacerdotes, la observancia del voto de castidad, aun entre los religiosos expulsados de sus monasterios, las misas privadas y la confesión auricular; desechaba, en cambio, la comunión bajo las dos especies. Todo ello estaba incluido en el llamado *Libro de los obispos*. Quienquiera no observara alguna de las disposiciones contenidas en dicho libro sería encarcelado, privado de sus bienes y llevado ante comisiones especiales. Cromwell, sin embargo, no renunció a su inclinación filo-luterana e intentó un nuevo acercamiento. Hombre astuto, por cierto, conocía muy bien el punto más débil de Enrique, que era el de su pasión sexual por las mujeres, y así le puso al alcance una princesa protestante, Ana de Clèves, de la que, efectivamente, Enrique se

enamoró, acabando por desposarla. Pero pronto se cansó también de ella y la abandonó. Cromwell, a su vez, acusado de esparcir errores sobre la eucaristía, fue arrestado y llevado finalmente al cadalso.

Así se comportó Enrique con sus mujeres. Después de la frívola Ana Bolena, que había subido al suplicio entre las crueles risas de la multitud, cuatro esposas ocuparon sucesivamente el lecho real: Juana Seymour, muerta cuando daba a luz un hijo, el futuro Eduardo VI; Ana de Clèves, repudiada después de pocas semanas; Catalina Howard, a la que una acusación de adulterio tan poco fundada como la que había llevado al cadalso a Ana Bolena, la condujo por el mismo camino. Sólo la viuda Catalina Parr, con quien se casó en 1542, sobreviviría a este príncipe tan disoluto.

El Rey se acercaba al fin de su vida. Si bien había pronunciado diversas "fórmulas de fe", nunca quiso renegar formalmente del credo católico, e incluso de las ceremonias católicas. Así siguió hasta su muerte, ocurrida en 1547, a los 56 años de edad.

A Enrique le siguió su hijo Eduardo VI, nacido de su tercer matrimonio con Juana Seymour. Tenía sólo 9 años de edad, de modo que le pusieron como regente a uno de los hermanos de su madre, asistido por un Consejo, a cuya cabeza estaba Cranmer, arzobispo de Canterbury. Este si que quería distanciarse de la doctrina católica, por lo que trató de introducir algunos elementos de la corriente luterana y calvinista. Para cumplimentar dicho pro-

pósito se nombraron treinta visitadores reales, de donde resultó una verdadera transformación del culto y de la liturgia; se decidió asimismo la distribución de la comunión bajo las dos especies y la abolición del celibato. En 1549 se promulgó el célebre *Prayer-book*, que fue el primer manual completo de liturgia anglicana, que incluía el misal, el breviario y el ritual. Sólo debía haber dos libros, se decía, la Biblia y el *Prayer-book*. La palabra "misa" fue sustituida por "Cena del Señor", quitándosele su carácter de sacrificio. Era la cena luterana o calvinista.

Ahora sí Inglaterra había entrado en la órbita protestante. Cranmer, ya enteramente calvinista, quiso revisar la liturgia anglicana, reuniendo un grupo de protestantes para reformar el recientemente introducido *Prayer-book*, que parecía aún demasiado católico. Esta reforma nos indica mejor que nada el estado del anglicanismo al fin del reinado de Eduardo VI. El cisma primitivo de Enrique, en el que se habían conservado casi en su integridad las doctrinas y la liturgia antiguas, se estaba transformando ya en una mezcla de luteranismo y calvinismo, lo que quedó de manifiesto en el nuevo *Prayer-book*, hecho público en 1552. Asimismo se publicó un *Catecismo* en inglés y latín para uso de los colegios, donde se introdujeron las principales ideas protestantes.

A la muerte de Eduardo VI, y tras algunas turbulencias, subió al trono la legítima heredera, *María Tudor*, hija del matrimonio de Enrique VIII y Catalina. Tenía entonces 38 años y se había con-

quistado la estima popular por su fidelidad a la religión católica, en razón de lo cual fue recibida triunfalmente en Londres, cosa que muestra a las claras que las nuevas ideas protestantizantes no habían echado todavía raíces suficientemente profundas. María era bien española, de nacimiento y de educación. Su padre no se había ocupado demasiado de ella; fue su madre, Catalina de Aragón, quien le dio todo su afecto y quien la educó esmeradamente. Desde un principio mostró su propósito de que el reino que se aprestaba a gobernar retornase a la fe católica. Pero dicho propósito chocaba con dos dificultades. La primera era el encono que tres decenios de propaganda antirromana había suscitado en el pueblo inglés contra el pontificado, y la segunda, el hecho de que quienes se habían incautado de tantas propiedades eclesiásticas en modo alguno se mostraban proclives a devolverlas.

Haciendo suyos los consejos de Carlos V, María siguió al comienzo una política moderada, limitándose tan sólo a tomar algunas medidas que llevasen al restablecimiento de la unidad católica. Lo primero que hizo fue renunciar al título de "cabeza suprema" de la Iglesia; luego repuso en sus diócesis a varios obispos injustamente destituidos. En lo que toca a Cranmer, herramienta de Enrique VIII en la ruina de su madre, e instigador de toda la política anticatólica, se limitó a castigarlo con cárcel mitigada; pero cuando aquél hizo público un violento escrito polémico contra la misa, ordenó recluirlo en la Torre de Londres. Luego obtuvo del Parlamento la disposición de retrotraer todo al estado en que se hallaba a la muerte de Enrique VIII. Los eclesiás-

ticos debían volver al celibato y la Corona restituyó a la Iglesia los bienes que le habían sido arrebatados. Había que ver lo que harían los nobles que se habían apoderado de tierras de la Iglesia.

El pueblo estaba feliz, principalmente porque María había devuelto la misa a sus despojadas iglesias y catedrales. La actitud de los ingleses ante la Santa Sede no era tan unánime. Si el declinar del prestigio papal afectó a los italianos que estaban tan cerca de los Papas, con mayor razón afectó a los ingleses, que se hallaban lejos. El vicario de Cristo era considerado por muchos de ellos como un príncipe italiano, cuya intervención en los asuntos eclesiásticos de Inglaterra no dejaba de resultar irritante. El nacionalismo al estilo germánico, y el culto del príncipe nacional, que aportó el Renacimiento, dejó allí evidentes secuelas. Por eso lo que los ingleses más valoraron no fue tanto el acercamiento a Roma cuanto el hecho de que la misa hubiera vuelto con María. Carlos V, ya anciano, pero político avezado y de gran experiencia, sabía que la mayor dificultad vendría de parte de los que se habían apoderado de las tierras de la Iglesia; "*quant a la doctrine* –le dijo al cardenal Pole–, *ils s'en souçient fort peu*".

Parecía que todo iba bien encaminado cuando la Reina tomó una decisión que pudo resultar chocante; contraer enlace con Felipe II, el heredero de España. Quizás fue un error de Carlos V. el sugerirle a María dicha idea. Como consecuencia del nacionalismo imperante por aquel entonces, difícilmente en Inglaterra se pudiese ver con buenos ojos

un casamiento angloespañol, aun entre los católicos. Para el pueblo inglés, el matrimonio de María con Felipe era susceptible de ser entendido como un peligro para su independencia, ya que si bien la gran mayoría de los ingleses eran ciertamente católicos, quizás no estaban preparados a que su acercamiento a la Santa Sede se tramitara a través de España. Tampoco a María le gustaba demasiado la idea de Carlos V. Sin embargo, entendiendo que en dicho enlace podría encontrar un apoyo para la restauración católica de Inglaterra, y consiguientemente para la gloria de Dios, aceptó la sugerencia. Luego se enamoraría apasionadamente de Felipe, sin encontrar una reciprocidad semejante en su marido, más frío y circunspecto. Advirtiendo Carlos el peligro antes señalado, le escribió a María exhortándola a ser una buena inglesa, moderada en castigar a los rebeldes, para no dar a los enemigos de la religión de su marido el menor pretexto con que vituperar su patriotismo.

María Tudor había sido formada en un catolicismo al mejor estilo español, esto es, frontal y sin tapujos. Sea lo que fuere, lo cierto es que la nobleza y el pueblo estaban encantados con aquella joven de continente apuesto y varonil. El 25 de julio de 1554, fiesta de Santiago, patrono de España, la reina de Inglaterra contrajo enlace con el príncipe. La actitud de Felipe fue moderada, tratando de evitar cualquier tipo de política persecutoria. En 1555 fue llamado a Bruselas, donde su padre se disponía a abdicar, con lo que se ausentó de Inglaterra durante veinte meses. Dicho alejamiento trajo penosos resultados.

El Papa, que era Julio II, lleno de gozo por el giro de los acontecimientos en Inglaterra, eligió al cardenal Reginaldo Pole como legado pontificio en aquel país, previa aceptación del Parlamento. Su entrada en Londres por el Támesis, fue acompañada de un cortejo triunfal; le acogieron María y se esposo Felipe, la Reina en la puerta del palacio y el Rey en lo alto de la escalera. La Asamblea suplicó a los soberanos que notificasen a la Santa Sede su arrepentimiento y pidieran el perdón. Ante los Lores y los diputados de los Comunes arrodillados, el cardenal pronunció en latín y luego en inglés la solemne fórmula de absolución. Era la reconciliación de Inglaterra con la Santa Sede. A continuación resonó el *Te Deum*. Todas las glorias católicas del pasado se dieron cita en Londres. Al día siguiente, 25.000 fieles, reunidos en la iglesia de San Pablo, recibieron postrados la bendición apostólica. Poco después fue abolido cuanto los reyes Enrique VIII y Eduardo VI habían decretado contra la Iglesia.

Pole se abocó a su tarea restauradora. Nombrado arzobispo de Cantorbery y Primado de Inglaterra, dispuso la organización de un Concilio Nacional, con el deseo de que preparase un conjunto de medidas bajo el nombre de *"Reformatio Angliae"*, donde se entregaría a los sacerdotes una selección de homilías, de modo que pudiesen exponer con solvencia la doctrina católica, insistiéndose especialmente en los puntos controvertidos; se determinarían los estudios que habían de hacer los sacerdotes, y las cualidades que debían caracterizar a los seminaristas.

Pero las cosas no fueron tan sencillas. Pronto la reacción comenzó a dejarse notar. Mientras el cardenal Pole trabajaba intensamente, sobre todo erigiendo centros de formación para futuros sacerdotes, los enemigos de la Reina y los protestantes de todos los matices levantaron cabeza, y mostraron públicamente su desaprobación, por lo que María se vio obligada a tomar medidas rigurosas, haciendo dictar leyes contra los anglicanos. Como éstos se atrevieron a complotar contra la Reina, varios de ellos, especialmente en la última parte de su reinado, fueron ejecutados, entre otros Cranmer, diversas veces traidor a la Reina. Ello fue aprovechado por la propaganda protestante, calificando a María con el apodo de "la Sanguinaria", apodo que perdura hasta hoy en la historia oficial. María murió en 1558, y si bien después de ella Inglaterra recayó en el anglicanismo, su obra no fue estéril porque el testimonio que supo manifestar alentó el heroísmo que en adelante mostrarían los católicos en momentos de duras pruebas. Por desgracia, María y Felipe no pudieron tener hijos que heredasen el proyecto común.

Tras la muerte de María subió al trono *Isabel*, hija de Enrique VIII y Ana Bolena. Era una mujer inteligente, muy cultivada y de notable tacto político. ¿Qué pensaba Isabel en materia religiosa? La religión no era para ella más que un medio de gobierno. Había sido educada al margen del catolicismo, en la aversión al Papado, pero en la afición a las pompas litúrgicas. Interiormente era bastante escéptica con respecto a cualquier doctrina. Por lo demás, nunca supo lo que era la angustia espiri-

tual, al estilo de Lutero. Pensaba que la aceptación de Dios era conveniente para exigir después del pueblo la obediencia a los monarcas de la tierra, y que la Iglesia ejercía sobre las multitudes una influencia saludable para el Estado. La fidelidad de los católicos a un Papa extranjero le parecía una traición, pero tampoco admitía la supresión calvinista de toda jerarquía y del decoro del culto. En cuanto a las controversias sobre la justificación, la predestinación y el significado de la Eucaristía, la tenían sin cuidado, lo que la llevó a restablecer aquella fórmula híbrida a que había llegado su padre, cuya afirmación principal le parecía que era la de la autoridad suprema del soberano dentro de la nación. Así, en la inteligencia de que donde mejor encontraría cauce para su ambición sería en el anglicanismo, se propuso desde el comienzo ir eliminando el catolicismo. Lo hizo paso a paso, con la ayuda de su principal consejero William Cecil, llegando finalmente a la más intensa persecución de los católicos y la consiguiente consolidación, esta vez definitiva, del anglicanismo.

Una prueba de su astucia nos la ofrece su decisión de comenzar haciéndose coronar según el rito católico. Más aún, en el transcurso mismo de la ceremonia, juró conservar la religión católica, y luego dispuso que la apertura del Parlamento se iniciara con una misa solemne en rito católico, como si en modo alguno estuviese en su intención romper lanzas con los miembros católicos del Parlamento. Luego anunció oficialmente a Paulo IV su coronación. Pronto, sin embargo, comenzó a descubrir sus intenciones, dando libertad a los protes-

tantes encarcelados y llamando del destierro a otros que habían sido perseguidos. Varios de ellos lograron entrar en el Parlamento, con lo que pronto obtuvo una ligera mayoría en las Cámaras, pudiendo así dar comienzo a las medidas anticatólicas. Retiró enseguida al embajador en Roma y estableció oficialmente la nueva "religión del Estado" en base a dos leyes. La primera fue el "Acta de Supremacía", en virtud de la cual todos debían jurar que reconocían a la Reina como autoridad suprema en los asuntos religiosos. La segunda fue el "Acta de Uniformidad", por la que se establecía el "credo" que había que profesar y la "nueva liturgia" que debía observarse. De los 16 obispos, 15 se negaron al juramento, por lo que fueron depuestos y suplidos por obispos obsecuentes. Once de ellos murieron en la cárcel. Dos hechos fundamentales lograron exacerbar a la Reina, convirtiéndola en una terrible perseguidora. El primero fue con ocasión de María Estuardo, prima de María Tudor, hija de Margarita, ésta última hermana de Enrique VIII. María, reina de Escocia, casada con el rey de Francia, era la heredera legítima del trono inglés, puesto que Isabel aparecía como bastarda, no sólo a los ojos de Europa, siendo hija de Ana Bolena, y nacida mientras aún vivía la esposa de su padre, sino por la misma ley que había promulgado el propio Enrique en que declaraba nulo y sin efecto su matrimonio con Ana. El legítimo derecho de la joven reina de Escocia al trono inglés hacía que los ojos de la gente se volvieran hacia ella, a pesar de ser Escocia, en aquel tiempo, no sólo extraña, sino enemiga de los ingleses.

Por aquellos años apareció en Escocia un reformador, *John Knox*, personaje valiente y buen orador. Era sacerdote, e influido por lecturas de San Agustín, mal interpretadas, se había separado de la fe tradicional, un poco a la manera de Lutero. Encontrábase en Londres cuando María Tudor subió al trono de Inglaterra. Huyó entonces a Escocia, donde un grupo de Lores protestantes le pidió que presidiera una Congregación por ellos fundada. Comenzaron enseguida los consabidos ataques a conventos, la destrucción de imágenes, etc., mientras se acusaba a los sacerdotes católicos de ser ladrones y adúlteros. Knox promulgó asimismo una *Confesión escocesa*. Calcada en la doctrina de Calvino, se expresaba en ella una desolada visión del hombre pecador, una moral sombría y terrible, un culto austero que suprimía la misa y toda la liturgia, al tiempo que se negaba el reconocimiento al "obispo de Roma". Fue Knox un gran organizador, superando casi a su maestro Calvino. En el implacable *Libro de disciplina*, que hizo publicar, impuso un sistema moralizante tan rígido como el del reformador de Ginebra, donde se incluía el control de la piedad privada, la educación de los niños a cargo del Estado, las penitencias públicas... La iglesia escocesa fue conocida como iglesia *presbiteriana*, porque tras abolir toda jerarquía, había puesto la dirección de la comunidad en manos de ministros, ancianos y diáconos, democráticamente elegidos. Escocia sigue siendo presbiteriana hasta hoy.

Esta nación, que Inglaterra quería para sí, se había convertido en un volcán. Grandes turbulencias religiosas y políticas hicieron que su reina, Ma-

ría Estuardo, acosada por sus súbditos, que actuaban en colaboración con los protestantes ingleses, se acogiese ingenuamente a la "hospitalidad" de su prima Isabel. Ésta quizás la hubiera ayudado, si hubiese estado a su alcance, pero en realidad no era ella la que gobernaba sino Cecil, quien había sostenido la rebeldía en Escocia. Fue por influjo de este hombre que Isabel la hizo encarcelar. Como muchos católicos ingleses consideraban a María Estuardo como su legítima soberana, algunos de ellos trataron de liberarla. Incluso hubo quien intentó asesinar a Isabel. El ánimo de la Reina se fue exacerbando contra todos los católicos, y no sintiéndose segura en el trono mientras viviera su rival, se desembarazó de ella haciéndola asesinar, después de diecinueve años de cautiverio.

La incitación a hacerlo provino de Cecil y los suyos. ¿Qué les movió a ello? Bajo su férula estaba Jacobo I, el hijo de María, rey coronado de Escocia, quien había sido educado en el calvinismo para que así se apartase de su madre y de la religión de sus mayores. Ellos temían que en una de ésas Isabel se muriese. Si María seguía en prisión, los ingleses exigirían la libertad de la reina católica, lo que hubiera implicado una guerra civil, en cuyo caso las enormes fortunas que habían sumado Cecil y sus secuaces habrían, por lo menos, corrido peligro, si es que no resultaban confiscadas. Parecía, pues, conveniente que María muriese antes de que la posible muerte de Isabel los pusiera a todos en un brete. La desdichada Isabel, lo quisiera o no, debía cargar con la responsabilidad, y por lo tanto era preciso arrancarle una orden de su puño y letra

donde se dispusiese la ejecución de María. Para lograrlo, organizaron una tramoya. La mostraron a María como si desde la cárcel estuviese planeando el asesinato de Isabel para luego ser proclamada reina de Inglaterra. Enseguida pidieron que fuese ejecutada. Isabel aceptó la ejecución de María, pero no quería que fuese pública y oficial, para no quedar como responsable ante toda Europa. Estaba realmente atrapada. Al fin tuvo que ceder. María Estuardo fue decapitada en el hall del castillo de Fotheringam. El joven Jacobo, su hijo, protestó por el asesinato, pero secretamente lo aprobó, confesando ante sus amos ingleses que hubiera sido estúpido perder el trono por la vida de su madre. Este hecho tuvo sobre la Cristiandad una repercusión tan honda como los asesinatos en Rusia de la familia imperial. Tras la muerte de Isabel, Jacobo subió al poder. En su momento tendría que enfrentar la llamada "Conspiración de la Pólvora", ostensiblemente destinada a aniquilar al Rey y al Parlamento. Sobre ella hubo diversas versiones, pero por lo general se la atribuyó a los católicos, de modo de inclinar la balanza del pueblo hacia el protestantismo. En adelante el nombre "católico" quedaría envilecido para la gente.

El segundo hecho que enfureció a Isabel fue la excomunión que San Pío V le lanzó en 1570. Desde entonces la persecución se hizo formal. El mero ejercicio de un acto sacerdotal, el ofrecer hospedaje a un sacerdote, eran castigados con severas penas, no excluida la de muerte. Comenzó así un período que fue testigo de los más espléndidos actos de heroísmo de parte de muchos que se habían propues-

to defender el catolicismo de su patria. Entre tantos, queremos nombrar al jesuita Edmundo Campion, quien entró en 1580 en Inglaterra, haciendo proezas de valor, y murió mártir con varios de sus compañeros. En el curso de esos años se crearon varios seminarios en el exilio, para que los jóvenes ingleses se fuesen allí formando. Uno de ellos funcionó en Valladolid. Gregorio XIII, por su parte, estableció otro en Roma, que fue, como el anterior, un semillero de mártires.

La persecución arreciaba. Cuando Felipe II se enteró del asesinato de María Estuardo, se decidió a entrar en combate contra la Inglaterra protestante, para lo cual preparó una poderosa flota, que se llamó la "Armada Invencible". Pero por razones que sólo Dios sabe, fue desbandada, con lo que Isabel pudo celebrar su triunfo definitivo sobre los católicos.

A juicio de Belloc, sería injusto pensar, como algunos lo han pretendido, que el período 1559-1572 puede ser llamado *isabelino*. Isabel Tudor no fue una gran reina, que condujo a Inglaterra en marcha ascendente hacia nuevos y grandes destinos; "fue el mascarón de proa de una nueva plutocracia, de los hombres que habían amasado inmensas fortunas con el saqueo de la Iglesia". De por sí ella era conservadora, todos sus instintos estaban lejos de cualquier tipo de protestantismo. Pero siempre se vio dominada por una camarilla de quienes eran en la práctica sus amos, no abiertamente, sino a fuerza de intrigas, quienes la aterrorizaban con incesantes conspiraciones de los católicos. A la cabe-

za de aquellos intereses creados estaba William Cecil; sus parientes acabaron por ser los jefes de la nueva clase dominante, y ello desde el momento en que Isabel subió al trono hasta mucho después de su muerte. La nueva religión con que Cecil y los suyos buscaron sustituir a la antigua no era en verdad calvinista, porque el calvinismo era algo tan poderoso que los habría barrido del mapa. Su objetivo no era "establecer" un credo, bueno o malo, al cual ellos adhiriesen, sino "impedir" a toda costa cualquier tipo de retorno a la antigua sociedad tradicional, en cuya destrucción estaban basadas sus enormes fortunas. "El período del desarraigo del catolicismo de Inglaterra, más de cincuenta años, fue en realidad «el período de los Cecil», más que de Isabel, pero debe tenerse en cuenta que los Cecil, padre e hijo, no eran sino los dirigentes y portavoces de los nuevos y enormes intereses creados."

Por eso, como sigue observando Belloc, la historia que se les pide aceptar a los ingleses, no es sino propaganda. Al leerla, podría imaginarse que Inglaterra era una nación protestante, con una tendencia anticatólica especialmente pronunciada; que en medio de ese pueblo inglés, totalmente homogeneizado, sobrevivían unas pocas personas, emergentes y excepcionales, denominadas "católicos romanos", a quienes se hacía preciso suprimir en aras de la supervivencia nacional. La verdad es exactamente lo contrario. En medio de un pueblo tradicionalista y desapasionado, de temperamento católico por herencia e inclinación, cada vez más orgulloso de su nacionalidad, un grupo pequeño se impuso de modo tiránico, pero nacional, utilizando

como instrumento a una minoría de fanáticos que aborrecía el antiguo credo de los ingleses, y que tuvo la habilidad de utilizar la indiferencia del pueblo por los detalles de ese credo, recurriendo en grado sumo a la nueva religión del anti-romanismo. El instrumento principal de quienes gobernaban fue la obstrucción sistemática de las avenidas por donde podía mantenerse una vida católica normal. A partir de esta observación, la visión de Belloc se vuelve más panorámica. Durante toda la segunda mitad del siglo XVI, escribe, la masa de Inglaterra era católica, en tradición y sentimientos. La misma situación se mantenía aún a principios del siglo XVII. En los primeros años del reinado de Jacobo I, cerca de la mitad del pueblo conservaba simpatías por el catolicismo. Una cuarta parte poseía esas simpatías en grado variable, y la mitad de esta cuarta parte estaba dispuesta a grandes sacrificios por confesar abiertamente su catolicismo, todavía en tiempos de la caída de los Estuardos, en 1688, Pero no amainaba la constante presión persecutoria oficial; se hacía imposible la práctica de una vida católica, y lo que fuera la profesión general y normal de la tradición nacional en materia religiosa se redujo a ser sólo un sentimiento, luego pasó de un sentimiento a un simple recuerdo, y, finalmente, después de 1688, se extinguió.

Los últimos años del reinado de Isabel se caracterizaron por una especie de obsesión contra los católicos, y de algún modo también contra los calvinistas puritanos. Wyndham Lewis destaca las maneras tan diversas como murieron María e Isabel. La muerte de la primera fue serena, apacible y con-

fortada, como la de Carlos V, por su religión; en cambio la de Isabel, acontecida unos años más tarde, fue horrible y desesperada, lanzando cuchilladas a los tapices, rehusando todo alimento, desencajada y muda, con los ojos extraviados, arrastrándose durante días y noches inacabables.

Hechos ulteriores desarrollaron la trama de la consolidación del protestantismo en Inglaterra hasta la actualidad.

IV. La respuesta de la Iglesia

La Reforma protestante trajo consigo graves consecuencias, aun en el campo social. Ante todo, al exaltar al individuo, debilitó el espíritu comunitario que había caracterizado a la Edad Media. El sentido corporativo que aglutinaba a los individuos en las familias, en las corporaciones, en las formas tradicionales de la vida aldeana, fue gradualmente perdiendo vigencia. Asimismo adquirió rango social el principio de la competencia así como la práctica de la usura. No fue ésta algo nuevo, por cierto, introducido por la Reforma protestante. Ya existía en la Edad Media, pero en aquel entonces era vista como algo aberrante. En cambio ahora, especialmente desde Calvino, se la fue considerando como algo legítimo, normal y hasta benéfico, ya que era deber del hombre hacerse rico. La usura, así desencadenada, contribuyó a la acumulación de los capitales, arrebatando la gestión de la economía de manos de los particulares e incentivando la tenden-

cia a la avaricia. Los Estados protestantes, especialmente Inglaterra y Holanda, iniciaron actividades comerciales y bancarias más activas, que estuvieron en el origen de lo que hoy llamamos Capitalismo industrial. Otra consecuencia importante fue el desencadenarse del subjetivismo en filosofía. En el campo de la religión, el criterio de verdad ya no tendrá nada que ver con la autoridad de la Iglesia, ni con la tradición, sino que dependerá de la propia *experiencia religiosa*, como comenzó a denominársela. Se confundió la fe con la emoción personal, en razón de lo cual si dicha emoción no se experimentaba, la verdad dejaba de ser tal.

1. *¿Contrarreforma?*

La Iglesia no podía permanecer con los brazos cruzados. Se ha calificado de "contrarreforma" la reacción que en ella se produjo contra la "reforma". Cabe aquí señalar un equívoco. Y es el que se suscita al emplear la expresión "reforma" para designar el movimiento protestante. Nosotros hemos tratado de evitarlo, calificando siempre a la "reforma" de aquel signo con el adjetivo "protestante". Sin embargo muchos historiadores católicos hablan simplemente de "reforma" para referirse al movimiento contestatario. Ello no deja de ser lamentable. Porque de ningún modo podemos considerar como una "reforma" real, ni en el dogma, ni menos en las costumbres, a lo realizado por Lutero, Calvino o Enrique VIII. En todo caso se trataba de una sedicente "reforma". Por eso entre algu-

nos historiadores católicos se ha ido introduciendo la costumbre de designar a toda aquella corriente con la expresión de "movimiento protestante", o simplemente con la palabra "protestantismo", y, si se prefiere seguir empleando la palabra "reforma", cabe perfectamente aplicarla a la obra positiva que realizó la Iglesia Católica en el curso del siglo XVI. Pero como ésta se puede confundir con la protestante, conviene llamarla "reforma católica", según lo hemos hecho habitualmente en estas páginas.

Al mismo tiempo es oportuno señalar la inconveniencia de otra expresión con que algunos han querido designar la obra de respuesta católica. Manteniendo la expresión "reforma" para designar la innovación protestante, califican al emprendimiento católico como "contrarreforma". Esta denominación, muy utilizada por los católicos, es empleada también por los protestantes, que se valen de ella para mostrar que toda la obra de restauración católica no fue sino el resultado de una "reacción" contra la reforma protestante, un acto de autodefensa. El término no resulta convincente, ya que parece suponer que sólo después de Lutero y como réplica a las consecuencias del movimiento contestatario protestante, apareció y se desarrolló el movimiento de renovación católica. En realidad, ya con anterioridad a Lutero había florecido una reforma católica. Es cierto que la obra de los innovadores y los lamentables efectos de su difusión en el campo de la Cristiandad, necesitaban de una respuesta que implicase una reforma interior, la cual alcanzaría un notable desarrollo a raíz del Concilio de Trento. Sin embargo hay que reconocer que an-

tes de Trento y antes de la aparición de un grupo de auténticos católicos militantes a los que luego nos referiremos, la verdadera reforma se había iniciado y se hallaba en pleno desarrollo.

Quede, pues, en claro, que la reforma católica no comenzó con el Concilio de Trento, sino que es bastante anterior; ni surgió sólo a modo de respuesta frente a los "novadores", sino de acuerdo a los impulsos interiores que brotan del vigor íntimo y tradicional de la Iglesia, procedentes de la fidelidad a su propia esencia. La reforma protestante constituyó, por cierto, un acicate para la reforma católica. Pero no es lo mismo "ocasión" que "causa". La causa fue la misma que la de todas las reformas anteriores: devolver a la Iglesia su rostro divino-humano, el rostro de Cristo. En el triple campo de la fe, las costumbres y la organización eclesiástica, el Concilio de Trento dará respuesta a preguntas que habían sido formuladas al menos desde hacía un siglo, e incluso elegirá soluciones que desde tiempo atrás habían propuesto los hombres más lúcidos de la Iglesia. Ello no quiere decir que, como lo señalamos más arriba, el protestantismo no haya representado un papel, dialécticamente hablando, en el hecho de la respuesta católica. Siempre estará en pie aquella frase del Apóstol: *"Oportet haereses esse"*, en el plan providencial de Dios es conveniente que haya herejes, porque la aparición de herejes y de herejías hace que la Iglesia se vea impelida a precisar mejor su doctrina y fijar con mayor firmeza sus posiciones, cosa que probablemente no hubiera hecho con tanto apremio de no haber existido errores que combatir. Sea lo que fuere, en

el caso que nos ocupa, el ímpetu que la impulsó a llevar a cabo este combate fue muy anterior al ataque luterano y no puede ser considerado sólo como una mera consecuencia de la conmoción que provocó el protestantismo.

2. *Prolegómenos de la reforma católica*

¿Cuáles fueron estos antecedentes? Ya a principios del siglo XVI, antes de que Lutero comenzara a sacar las uñas, se dejaba percibir en muchas partes un ansia de renovación, un deseo de ir nuevamente a las fuentes de la espiritualidad y del evangelio. Ante todo, entre los mismos Papas. Destaquemos la figura de Adriano VI, quien tomó medidas de reforma y trató enérgicamente de ponerlas en práctica. Algo semejante podemos decir de Paulo III, de la familia de los Farnesio; si bien era un hombre del Renacimiento, que llevaba una vida poco edificante, luego cambió, y se entregó con fervor a la obra de reforma, entendiendo que para ello debía comenzar por la curia romana. Decidido a concretarla, llamó en su ayuda a una pléyade de hombres eminentes y decididos partidarios del emprendimiento, erigiendo una "Comisión de Reforma", para que redactara un plan completo y detallado. Dicha Comisión hizo público un "Dictamen", donde se afirmaba de manera contundente la voluntad de la reforma. Fue este Papa quien dispondría la celebración de un Concilio, como necesario para completar la reforma de la Iglesia.

Entre los precursores de Trento se cuentan también varios obispos. En relación con el deseado retorno a las fuentes escriturísticas, recordemos cómo antes de que Lutero tradujera al alemán el Nuevo Testamento, ya Cisneros, en España, había hecho componer y publicar una "Biblia políglota". Pero aquel gran cardenal no se limitó a ello sino que, con el apoyo de los Reyes Católicos, inició una espléndida reforma, totalmente católica. El mismo, en persona, fue visitando todos los monasterios de Castilla, invitándolos a reformarse. Otro de los grandes prelados, también en España, fue Santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia, predicador tan elocuente que Carlos V lo llevó al púlpito de su corte, pero al mismo tiempo reformador tan eficaz que ya en vida se lo llamaba "el nuevo apóstol de España". A estos grandes obispos españoles se debe el hecho de que las innovaciones protestantes no hubiesen podido encontrar terreno propicio en España. También en Italia encontramos obispos reformadores. Nombremos entre otros a Giberti, obispo de Verona, quien logró en su diócesis una conversión generalizada. Predicando con el ejemplo, vivía en su palacio como si fuera un monje. Siempre en camino, recorrió todas las parroquias de su diócesis, removiendo a los sacerdotes indignos y animando a los remisos. Así logró que su clero volviera a la moral y a la disciplina, con el consiguiente progreso en el pueblo cristiano. Cuando tenía que ausentarse, encargaba a un grupo de "vicarios foráneos" que hicieran cumplir sus disposiciones, previamente distribuidas en el clero. Dichas disposiciones fueron tan atinadas que muchos de

sus artículos pasaron literalmente a los cánones del Concilio de Trento. Así como en España e Italia, hubo también grandes obispos en Alemania e Inglaterra.

Igualmente, desde el interior de las Órdenes y congregaciones religiosas, tan cuestionadas luego por Lutero y sus secuaces, brotaron en las primeras décadas del siglo XVI varios conatos de renovación. Casi no hubo Orden antigua que en los cuarenta años que precedieron al Concilio de Trento no se autorreformara, cuando era necesario hacerlo. El proceso fue casi el mismo en todas ellas: un hombre de Dios suscitaba en el seno de la Orden, roída por la decadencia, un grupo nuevo, de estricta observancia, resuelto a retomar a los orígenes, al carisma fundacional, para volver a vivir en total fidelidad la regla primitiva. Tras diversas dificultades, el pequeño grupo llegaba a prosperar y a imponerse. Veamos lo que sucedió en las Órdenes mendicantes, tan burladas por Lutero. Los dominicos se pusieron al trabajo, sobre todo en el campo intelectual, como se mostró especialmente en España, donde fray Francisco de Vitoria, maestro de Salamanca, dejando de lado ciertos barroquismos escolásticos, logró que el tomismo refloreciera; sus discípulos, Melchor Cano y Domingo Soto, continuaron su obra. También este anhelo reformador se manifestó entre los franciscanos, con los frailes llamados "recoletos". El más célebre en España sería San Pedro de Alcántara, a quien Santa Teresa tomó por consejero cuando se propuso reformar el Carmelo. Luego vendrían los capuchinos.

Hacia el año 1530 apareció un nuevo tipo de religiosos, los llamados "clérigos regulares". Aun siendo religiosos, vivían en medio de los sacerdotes diocesanos, sin la obligación del coro y dedicados al apostolado. En esta corriente debe incluirse el proyecto fundacional de San Ignacio, que comenzó a gestarse desde 1521. Sin duda que cuando estuvo estudiando en París ha de haber oído hablar de la aparición de los luteranos y de sus esfuerzos por esparcir las nuevas ideas, pero la decisión de fundar un nuevo instituto religioso, la Compañía de Jesús, no provino de dicho conocimiento sino de las mismas entrañas del espíritu evangélico que lo alimentaba y de su ansia de reforma, que fue anterior al protestantismo. Señalemos también cómo el mismo año de la rebelión de Lutero se constituyó una hermandad de eclesiásticos y laicos, con el fin de despertar en el pueblo el espíritu cristiano. Fue el llamado "Oratorio del amor divino", en base al cual se formó la Orden de los Teatinos, por iniciativa de San Cayetano. Un historiador dice de ellos: "Para mejor atraer a interesar a los legos, sus miembros trataban, ante todo, de celebrar el santo sacrificio de la Misa, como centro de la vida religiosa, con la mayor dignidad y solemnidad posibles. En Roma en ninguna otra parte como en los teatinos se celebraba el culto con más decoro y solemnidad. Los sermones eran bien preparados, sólidos, persuasivos y fervorosos [...] También para el clero su celo por las almas y su desinterés constituían un poderoso estímulo, despertaban y acrecentaban el amor al estudio y a las prácticas ascéticas."

Podríase decir que el gran mérito del Concilio de Trento fue haber dado una forma oficial, completa y definitiva, a este vasto movimiento de reformas pretridentinas que se había ido gestando en el seno de la Iglesia cada vez con mayor vigor.

Todas estas manifestaciones de despertar religioso significaban que la Iglesia, a pesar de las graves deficiencias de sus miembros, no había muerto, y al tiempo en que, a raíz del luteranismo, tantos frailes, tantos sacerdotes y tantas religiosas rompían con el compromiso de sus votos y volvían al mundo que habían antes abandonado para entregarse a Dios, nuevas falanges de hombres y de mujeres, enamorados de la Iglesia, se apretaban más en torno a ella.

Pregúntase Belloc por qué, más allá de estos intentos de renovación, se esperó tanto y no se convocó de inmediato el deseado Concilio que preparase la restauración de la Iglesia enferma. El pensador inglés adelanta tres razones. La primera es que la organización oficial de la Iglesia en cierta manera se había anquilosado. Una grande y generalizada corrupción la había vulnerado sobremanera, dejando en los labios un cierto gusto a escepticismo y una indiferencia crecientes. No sólo la moral estaba muy debilitada, sino que el conjunto se encontraba entumecido y atrofiado. Frente a la decrepitud espiritual y psicológica de tantos de sus miembros, el ataque exterior se mostraba juvenil, enérgico y explosivo. Según todas las apariencias, la reforma desde adentro, fuera de la esperanza que podían despertar algunos grupos selectos, se mostraba poco

menos que imposible. Los enemigos de la Iglesia no hubiesen triunfado tanto si los funcionarios eclesiásticos de principios del siglo XVI, tocados por el espíritu decadente del Renacimiento mundano, se hubiesen adelantado para denunciar sus propias culpas, la vida frívola, las costumbres impuras, etc.

La segunda razón se deriva de la primera y está relacionada con ella, y es que las iniciativas de los protestantes iban hacia adelante con el fervor que suelen experimentar los que quieren crear algo nuevo. Un odio intenso y apasionado los guiaba. Ahora bien, lo que está establecido desde hace tiempo siempre tarda en despertar para su defensa. Los argumentos claros y convocantes parecían pertenecer inicialmente al enemigo.

La tercera razón, finalmente, está también en conexión con las otras dos. El evidente debilitamiento de la gente de Iglesia, vueltos muchos de ellos "funcionarios", fue lo que proporcionó su oportunidad al enemigo. El entramado eclesiástico oficial de la Iglesia, gravemente enfermo desde fines de la Edad Media, debía recobrar su salud antes de encontrarse capacitado para enfrentar con éxito la ofensiva que venía desde afuera.

De hecho, cuando se notó que la tormenta se iba tornando borrascosa, es decir, pocos años después del tumulto inicial que originó la protesta de Lutero, la primera idea que se le ocurrió al Papado fue la de un concilio. Mucho antes de que se decidiera su convocatoria, Carlos V había sugerido la ciudad de Trento como el lugar más adecuado, ya que se encontraba ubicada en un punto ideal, entre

Italia y Alemania. ¿Por qué esa idea no se concretó sino que quedó flotando en el aire y sólo se llevó a cabo cuarenta años después de la primera propuesta del gran Emperador? Algunas razones ya han quedado consignadas más atrás.

Mientras tanto, los acontecimientos políticos se habían espesado. Alemania se encontraba dividida en dos partes, una de las cuales, la "reformada" y antiimperial, estaba dispuesta a negociar sin escrúpulos con todos los enemigos de Carlos V, cualesquiera fuesen. De hecho, los príncipes protestantes no cesaban de tejer alianzas. Aunque envalentonados por Francisco I, que les envió un embajador, y por Enrique VIII, que les concedió subsidios, sin embargo no se decidieron a entrar en acción. Carlos V, por su parte, no quería violentar las cosas, ya que había otro peligro, a su juicio más apremiante, y era el de la amenaza de los turcos, cuyos corsarios devastaban el Mediterráneo, y por tierra presionaban en las fronteras de Hungría. El Emperador se resolvió a actuar, lanzando contra Túnez un ataque en gran escala, merced al cual logró liberar a 20.000 cristianos cautivos. Francisco I, que siempre antepuso sus intereses a los de la Cristiandad, al ver que su adversario adquiría un gran poder político y de alguna manera cerraba el círculo a su alrededor, se lanzó a negociar con Solimán II una asombrosa alianza. Terrible traición, ya que este sultán encarnaba el apogeo del poder otomano. Tras haber conquistado la isla de Rodas, había destruido a los húngaros en Mohacs y luego sitiado a Viena, dominando el Mediterráneo central. Para completar la traición, Francisco reafirmó su alianza

con los príncipes protestantes. Tanto éstos como Enrique VIII estaban contestes en considerar al musulmán como un poderoso aliado contra el Emperador. El mismo Lutero gritaba que los turcos eran el "Gog y Magog" de la justa cólera divina.

A Carlos V las cosas no le iban bien. Los turcos le habían infligido una doble derrota. Su hermano Fernando, archiduque de Austria, fracasó ante Budapest, y él mismo, con su flota, delante de Argel. Francisco I aprovechó entonces la ocasión para invadir el Milanesado, mientras los turcos amenazaban las costas de España. La Liga de Esmalcalda, por su parte, se sentía dueña de Alemania. Antes de su muerte, en 1543, el papa Clemente VII hizo, con el corazón dividido, ya que sus relaciones con Carlos V no eran cálidas, varias tentativas para obtener del rey de Francia apoyo para iniciar el Concilio, pero Francisco I no quería conceder nada que respondiera a los deseos de su rival detestado, el Emperador.

Como se ve, no era fácil convocar un Concilio en semejantes condiciones. Ni eran pocos los que desestimaban su oportunidad y hasta su conveniencia. Los mismos Pontífices, que quizás eran los que más sinceramente lo querían, se habían mostrado al principio titubeantes, y con razón. Recordaban demasiado bien cómo el concilio de Basilea, celebrado pocos años antes, había degenerado en un conciliábulo, tratando de definir la superioridad del concilio general sobre el Papa. Este temía que un nuevo concilio no acabara por convertirse, él también, en un conciliábulo.

Por otra parte, no pocos obispos, y justamente los que estaban más cerca del Papa, los que conocían mejor las intenciones realmente reformadoras del Pontífice y la seriedad de sus intenciones, tampoco deseaban un concilio que habría hecho tambalear inexorablemente sus puestos de privilegio, terminando con sus abusos. Por eso algunos integrantes de la curia romana, especialmente los que gozaban de beneficios y prelaturas en el extranjero sin haber jamás conocido siquiera sus sedes, recurrieron hábilmente a diversas razones para evitar su convocatoria, aseverando entre otras cosas que para reprimir la herejía luterana bastaba con oponerle las sentencias antiguas ya definidas, exagerando a propósito el peligro de que una vez más se aprovechase la ocasión para tratar de definir la superioridad del concilio sobre el Papa.

En cuanto a los protestantes, si bien Lutero y los suyos parecían propiciar el concilio, ¿lo deseaban verdaderamente? En realidad no, máxime si era convocado y presidido por el Papa. Pero ocultaban dicha repugnancia, sabiendo que rehusar su intervención en el posible concilio equivalía a rodearse de impopularidad, y por eso recurrieron a mil pretextos para evitarlo, salvando a los ojos del pueblo las apariencias de que en realidad lo deseaban. Por lo demás, afirmaron que no irían si el Concilio se celebraba fuera de Alemania.

La actitud de los soberanos no fue unívoca. Algunos deseaban con ganas el Concilio, otros intentaron obstaculizar su convocatoria. En realidad, sin el apoyo de los príncipes, el Concilio no era posi-

ble; los obispos no se habrían animado a intervenir en él contra la prohibición de sus respectivos monarcas. España, la única nación de Europa que había conservado intacto el depósito de la fe, era quizás la más proclive a su realización, e insistía para que se reuniese en Trento. No lo pensaban así, en cambio, los soberanos de Alemania y de Francia. En cuanto al Emperador, ahora era él quien vacilaba; por una parte lo deseaba, pero por otra no, para evitar enemistarse más aún con los luteranos, que en adelante formaban una parte notable de sus súbditos. En Francia se amenazaba nada menos que con reunir un concilio nacional, y se precisó toda la paciencia y la habilidad del Papa para que se cancelase aquella alocada tentativa que habría separado de Roma a no pocos prelados.

¿Qué actitud tomaría personalmente Lutero cuando comenzase el Concilio? Ya estaba casi al término de sus días, y sin embargo sacó fuerzas de su debilidad con un célebre escrito, que haría público en 1545, año en que se inauguró la solemne reunión. El libelo que denominó *Contra el papado de Roma, fundado por el diablo*, es el más violento que haya salido de su pluma. Allí llama al Papa "asno papal", "pillo desesperado", "habitación corporal de Satanás", "asno farsante", "hermafrodita y papa de los sodomitas"; "que el trueno y los relámpagos los abatan [al Papado y al Concilio], que el fuego del infierno los queme, que la peste, la sífilis, la epilepsia, el escorbuto, la lepra, el carbunco y toda clase de males los alcancen..." Como se ve, ahora Lutero rechazaba de plano el Concilio, al tiempo que exhortaba a los príncipes

protestantes que le quitasen al Papa todos sus dominios para luego "tomar a él mismo, a los cardenales, y a toda la tropa de su idolatría y santidad papal, y, como blasfemos, arrancarles la lengua por el pescuezo y clavarlos en sendas horcas por el mismo orden con que han colgado sus sellos de las bulas". También Calvino, que compartía con Lutero el odio más acerbo contra el Pontífice, dirigiría al Papa un escrito mordaz y grosero. Como Lutero y Calvino, la mayor parte de los protestantes no sólo rechazarían decididamente este Concilio, tal cual se estaba gestando, sino que reaccionarían en forma brutal contra él.

Durante el desarrollo de esa magna asamblea, ya casi a su término, Carlos V abandonaría su gestión imperial. Digamos ahora una palabra sobre sus últimos actos y su abdicación, para no interrumpir luego la exposición del desenvolvimiento del Concilio. El año 1555, el Emperador le encargó a su hermano Fernando que entablara negociaciones con los príncipes protestantes, que mantenían a Alemania en guerra. Celebróse entonces una Dieta, la llamada "Dieta de Augsburgo", donde se llegó a un acuerdo por el que quedó sellada la división religiosa de Alemania. Merced a dicho tratado, la existencia de los luteranos en el Imperio alemán, adquiría carácter oficial. Se reconocía asimismo a todos los príncipes, tanto católicos como luteranos, el derecho de elegir entre la religión católica y la protestante, e imponerla a sus súbditos. Estos debían someterse a dicha decisión; si no estaban conformes, podían emigrar. Tal fue el principio de la fórmula *cujus regio ejus religio*, "a tal territorio, tal

religión". Había que elegir entre Roma y Wittemberg. La paz de Augsburgo, al sellar la división de Alemania, mostraba de manera fehaciente la impotencia del poder imperial, lo que dejaría abierta la puerta a ulteriores guerras.

Sin duda que Carlos V, que tanto había bregado por la unidad católica del Imperio, vería ahora con imponderable desazón que la herejía conquistaba carta de ciudadanía y era impuesta a millones de súbditos suyos. Fue entonces cuando resolvió dirigirse a Bruselas donde, con solemne pompa, renunció a todos sus títulos, cargos y dominios. Depuso primero el Toisón de Oro, y después, una tras otra, las insignias del poder temporal. Su hermano, Fernando I, duque de Austria, rey de Bohemia y Hungría, recibió el gobierno del Imperio; su hijo, Felipe, heredó España, las tierras de Italia, los Países Bajos, el Franco-Condado y el Nuevo Mundo. Terminada la ceremonia de abdicación, Carlos se embarcó para España, resuelto a "hacer penitencia en reparación y enmienda de las cosas en que gravemente había ofendido a Dios". En un humilde monasterio de los Padres Jerónimos, en Yuste, al borde de Extremadura, pasó los últimos años de su vida, entregado a la meditación y la plegaria. Murió en 1558. Sus últimas palabras fueron: "Es el momento." Había dispuesto que su cuerpo fuese enterrado en la iglesia del monasterio, bajo el altar mayor, la mitad dentro y la mitad fuera de la base del altar, de manera que cuantas veces se celebrase allí la Santa Misa los oficiantes pusiesen los pies sobre su pecho y su cabeza, en señal de humillación. Felipe II, su sucesor en vastas regiones del

Imperio, ayudaría con todas sus fuerzas a llevar adelante el Concilio.

3. *El Concilio de Trento*

Fue este Concilio el que dio una forma oficial y completa al movimiento de reforma que se había ido manifestando en el seno de la Iglesia, cada vez con mayor insistencia. La reforma católica se impuso una triple finalidad: impedir mayores pérdidas a la Iglesia, reconquistar los territorios amputados por el protestantismo, y, en cuanto a la Iglesia misma, eliminar o alejar de ella todo lo que pudiera favorecer la herejía y la apostasía.

Fue Paulo III, de quien hablamos poco más arriba, el hombre providencial que dio los primeros pasos para la realización del gran acontecimiento. Creado cardenal por Alejandro VI, llevaba una vida bastante disipada, pero después, cuando fue ordenado sacerdote y luego obispo, se entregó de lleno a sus deberes, pastorales, volviéndose decidido defensor de la verdadera reforma. Siendo Papa, comenzó por reformar la curia romana, y ulteriormente, contra el parecer de casi todos los cardenales, se resolvió a convocar el Concilio, como en efecto lo hizo por una bula de 1536. Si tantas dificultades se presentaron para su convocatoria, fácilmente se comprende que no habían de faltar tampoco durante su celebración. El concilio comenzó primero en la ciudad de Vicenza, pero luego, por razones de fuerza mayor que sería largo de explicar, se tras-

ladó a la ciudad de Trento. Era ésta una ciudad imperial, pero situada lo suficientemente cerca de la frontera italiana, como para tranquilizar las peores aprensiones del Papa. La historia del Concilio fue muy movida. Durante su transcurso hubo pestes, interrupciones, y varios períodos. En el segundo de ellos acudieron, a instancias de Carlos V, que estaba todavía en el poder, algunos protestantes, representados por delegados de tres príncipes de esa confesión y de seis de sus ciudades del sur de Alemania. Mas las negociaciones llevadas a cabo con ellos no dieron resultado alguno.

Sin duda Concilios han habido más brillantes por su marco exterior y más grandes por el número de participantes, pero ninguno tan necesario, tan positivo y de efectividad tan amplia como el Concilio de Trento. Desde el comienzo se propuso una cuestión fundamental: ¿qué urgía más, fijar el dogma o reformar la disciplina? Carlos V. hizo saber, por medio de sus representantes, que a su juicio era preferible tratar primero los temas disciplinarios, lo que podía ser más potable a los protestantes, ya que una condena sin apelación de sus doctrinas, hubiera retraído demasiado a sus propulsores; otros opinaban que era mejor explicitar primero el dogma, que había sido lo más cuestionado; otros, finalmente, decían que había que atender los dos temas a la vez. De hecho se prefirió dar pábulo a esta última opinión. De ahí que encontremos en el Concilio definiciones dogmáticas y decretos de reforma. Las *definiciones dogmáticas* se refieren principalmente a aquellas verdades reveladas que la reforma protestante se obstinaba en atacar: las

fuentes de la fe, la doctrina del pecado original y de la justificación, el valor de las buenas obras, los sacramentos, etc. Dichas decisiones se presentaban en forma de cánones o fórmulas breves que definían con la mayor precisión el dogma de que se trataba, especialmente en sus puntos más controvertidos, seguidos de anatemas para quienes se empeñaran en sostener lo contrario. El Concilio tendría siempre en el horizonte la posible vuelta de los protestantes al redil. Si bien la respuesta de los mismos sería negativa, frustrando dicha aspiración, sirvió al menos para consolidar la unidad doctrinal de la Iglesia, exponiéndose las verdades de la fe en fórmulas claras, firmes y de fácil comprensión. En cuanto a los *decretos de reforma*, de aquella reforma tan ardientemente deseada, eran de índole disciplinar, y no estaban seguidos de censuras. Así, pues, con los decretos dogmáticos, por una parte, y con los de reforma por otra, realizó el Concilio la obra que entonces se necesitaba. Ciertamente no pudo ya impedir que quedara roto el bloque de la Cristiandad, pero con sus decretos dogmáticos opuso un muro firmísimo en defensa del patrimonio doctrinal católico, y con los decretos de reforma contribuyó eficazmente a la completa renovación de la Iglesia, la cual inició desde ese instante un movimiento de avance y de reconquista.

No fueron numerosos, por cierto, los Padres conciliares, pero varios de ellos, aparte de los legados, eran figuras de extraordinario relieve. Así, por ejemplo, el afamado obispo de Jaén, Pedro Pacheco; lo mismo se diga de Tomás Campeggio, profundo conocedor de los asuntos alemanes en razón

de sus repetidas legaciones; otro tanto de los dos teólogos pontificios, Pedro Laínez y Alfonso Salmerón, miembros ambos de la recién fundada Compañía de Jesús, y de los dominicos Melchor Cano y Domingo de Soto. El papel de los españoles fue muy notable, tanto que algunos denominan a Trento "el Concilio español". Respecto del método de trabajo, se declaró que ante todo se anunciarían los temas por discutir, cuyo elenco haría llegar al Papa a través de los legados pontificios. Dichos temas habían de pasar por tres estadios. Ante todo el de las "comisiones de teólogos", en sesiones privadas, donde debían ser ampliamente debatidos y elaborados hasta llegarse a las primeras conclusiones. En el segundo estadio, aquellas conclusiones pasaban a las "congregaciones generales", en las cuales tomaban parte los obispos y embajadores de los príncipes católicos; allí eran examinadas y discutidas de nuevo hasta que se llegase a una conclusión definitiva. Finalmente en las "sesiones públicas" se proclamaban solemnemente dichas conclusiones.

No vamos a entrar en detalles acerca de las distintas etapas del Concilio, que conoció notables sobresaltos, a veces por razones a él ajenas, incluso una interrupción de diez años entre sesión y sesión. El primer *tema dogmático* tratado versó sobre *las fuentes de la revelación*. La materia era fundamental, ya que los protestantes establecían la Sagrada Escritura como principio básico y único. Leer la Biblia y meditarla, interpretándola cada uno por sí, era suficiente para conocer el contenido de la fe. A esto el Concilio respondió que son dos las fuen-

tes de nuestra fe: la Escritura y la Tradición. Ambas fuentes son igualmente necesarias. La primera queda allí indicada con toda precisión; se señala cuáles son los libros canónicos, es decir, auténticos. Esto para salir al paso a los novadores que eliminaban algunos textos de la Escritura e incluso algunos de sus libros. Luego viene un decreto, a la vez doctrinal y práctico, que contiene una serie de disposiciones sobre el texto de la Sagrada Escritura, su interpretación y uso. En medio de las diversas versiones ya existentes, se declara como texto oficial la llamada *Vulgata*, obra ilustre de San Jerónimo, quien había traducido el texto original al latín. Su versión definitiva saldría a la luz en 1592. Se declara que nadie puede interpretar a su modo el libro santo; ni "en materia de fe y costumbres atribuir a la Escritura otro sentido que el que le ha dado y le da la Iglesia". También la Tradición está expresamente colocada "bajo la inspiración del Espíritu Santo". Finalmente el Concilio estableció algunas disposiciones sobre la "edición de los libros sagrados" y otros libros de teología. Se quería poner coto al abuso que se había introducido en la publicación de esta clase de obras, llevando confusión a los fieles.

En otra sesión del Concilio se promulgó el *decreto dogmático* sobre *el pecado original*, sustentado especialmente en el pensamiento de San Agustín. En dicho decreto se declara al comienzo la ocasión que lo motiva, que era la renovación de los antiguos errores y los que recientemente habían surgido. Se explica luego lo que es el pecado original y cómo se transmite de generación en generación, no por simple imitación sino por herencia,

ya que todos nacemos con él. Se añade que este pecado no puede lavarse con ningún acto de voluntad, sino sólo con los méritos de Cristo, que se aplican por medio del bautismo. Finalmente define el Concilio que la gracia que confiere el bautismo perdona toda la culpa del pecado original. No solamente "cubre" los pecados sino que los quita realmente y hace desaparecer. Con ocasión de ello, algunos quisieron afirmar, como excepción al carácter universal del pecado original, la inmaculada concepción de María, pero ante la opinión negativa de varios padres conciliares, se desistió por el momento de dicho propósito.

En cuanto al *decreto de reforma*, contiene dos temas fundamentales, estrechamente relacionados entre sí: la enseñanza de la Sagrada Escritura y de la teología, por una parte, y la predicación, por otra. Considerando la acusación protestante de que la Iglesia había abandonado la enseñanza y el conocimiento de la Sagrada Escritura, se prescribe a los prelados establecer cátedras de teología y de Sagrada Escritura en todas las catedrales y casas religiosas, debiéndose enseñar asimismo a los fieles en general. En lo que toca al segundo tema, se inculca a los obispos el deber primordial de la predicación, que deberán cumplirla por sí mismos; sólo en caso de que estuvieren legítimamente impedidos, los suplirán personas idóneas, por ellos elegidas.

Tratóse luego de *la justificación*. Era el punto candente de la gran controversia. Más allá de la refutación de las doctrinas protestantes, dependía de él toda la obra de la reforma católica. Como

señala el P. Bernardino Llorca, justamente en esos momentos en que el Emperador entraba en combate con los príncipes protestantes de la Liga de Esmalcalda, combate que terminó con la victoria de las armas católicas, un ejército selecto de teólogos y obispos entablaban en Trento la más decisiva batalla contra la ideología protestante, hasta llegar a la victoria que supone el presente decreto. Lutero y Calvino no confiaban de modo alguno en el hombre; el Concilio sí, porque sabía que el hombre lleva en sí una imagen inefable, que por muy desfigurada que esté no ha quedado anulada, como le sucedió a aquel hombre de la parábola, que bajaba de Jerusalén a Jericó: no fue muerto por los que lo asaltaron, sino que sólo quedó malherido. Ello no quiere decir que el hombre esté indemne del pecado, como lo señaló reiteradamente el Concilio al tratar del pecado original, sino que ha quedado, según la célebre expresión de San Agustín, "*vulneratus in naturalibus, spoliatus in supernaturalibus*", herido en lo natural, despojado en lo sobrenatural.

Lo que Dios le pide al hombre es que coopere en la obra de su salvación, ya que no es un ser inerte. Lo hará sabiendo muy bien que su esfuerzo es vano sin la gracia, pero también que no le será negada esa gracia si permanece abierto a ella. La fe sola no basta; son necesarias las obras. Un cristiano culpable de pecado mortal, aunque conserve la fe se halla privado de la gracia. La justificación no se obtiene, pues, por la sola fe, y menos aún por la mera convicción de estar justificado, cubierto con la sangre de Cristo, aunque permanezca interiormente muerto, como proponía Lutero. La justi-

ficación exige conjuntamente el esfuerzo del hombre, su libre albedrío, y la acción de la misericordia divina. Junto con la gracia se infunden las tres virtudes teologales, la fe, la esperanza y la caridad. De esta manera se efectúa una verdadera renovación interior del hombre, por la cual, de injusto que era, se transforma en justo; no sólo "es tenido" por justo, sino que lo "es" en realidad. Ni es verdad que Dios, como un terrible tirano, haya creado a unos para ser salvados y a otros para ser condenados, en virtud de una predestinación absurda. El Concilio elaboró también una amplia lista de los errores pelagianos, semipelagianos y protestantes. Este decreto sobre la justificación fue el más trascendente de Trento y por sí sólo hubiera compensado todas las penalidades que la gestación del Concilio trajo consigo, tanto en su convocatoria como en su desarrollo.

Por cierto que el concepto de la justificación por la fe, si se entiende bien, tiene algo de aceptable. Es claro que no se puede decir que la justificación se realice por la sola fe, pero sí que la fe justifica en cuanto que es el principio y la raíz de la justicia, que debe florecer en caridad. La justificación es la justicia de Dios, no en cuanto Él es justo, sino en cuanto hace justos a los hombres. La primera justificación señala el principio de la vida sobrenatural. El hombre justificado puede merecer constantemente, por lo cual es falso decir, como lo hacen los protestantes, que el justo peca en todos sus actos.

Terminada la consideración de este tema tan medular, los Padres conciliares entraron en la si-

guiente cuestión, que versó sobre los *sacramentos*, donde la acción inefable de la gracia sale al encuentro de la fe para conducir el fiel a su santificación. También en este punto el Concilio tuvo en cuenta las tesis protestantes. Define el número septenario de los sacramentos, así como su esencia, su eficacia y sus ministros. No son reductibles, como decía Lutero, a un simple alimento de la fe de los cristianos, ni son, como afirmaba Zwinglio, meros "signos de cristiandad", sino que confieren realmente la gracia que significan, con tal de que no se les pongan óbices. Luego el decreto va recorriendo los siete sacramentos, frente a los múltiples errores de los protestantes en esta materia. Especialmente trató sobre la Eucaristía. Allí se reafirma el dogma de la presencia real de Cristo, presencia sustancial, y no virtual, como quería Calvino, su presencia entera bajo cada especie, la transustanciación, contra la teoría luterana de la "impanación". Pero enseguida se recuerda que la Eucaristía no es sólo un sacramento, sino también, y antes que nada, un "sacrificio" ofrecido a Dios, lo que los protestantes todos negaban terminantemente, un sacrificio que al re-presentar el del Calvario, aplica la obra de la Redención. Contra cada una de las opiniones de los novadores se aporta gran abundancia de testimonios de la Escritura, de los Santos Padres, y argumentos de razón teológica. Luego se promulgó la doctrina católica sobre la penitencia y la extremaunción.

Fue mientras se trataban esos temas, que fueron llegando al Concilio, a raíz de la insistencia del Emperador, algunos enviados protestantes. Ni bien en-

traron en la sala de sesiones, empezaron a poner objeción tras objeción. Incluso llegaron a exigir que hasta que llegaran los restantes teólogos protestantes se suspendieran las discusiones; que se volvieran a discutir todas las cuestiones ya tratadas; que se pusieran como presupuesto de todo los decretos de Constanza y Basilea sobre la superioridad del Concilio sobre el Papa, y, lo que fue peor, que los cardenales y obispos quedaran libres de su juramento de fidelidad al Santo Padre. Alguno llegó a pretender que el Papa se presentase para ser juzgado por el Concilio.

Las interferencias antedichas fueron nefastas, ya que trajeron como consecuencia una nueva interrupción del Concilio. Se dijo que por dos años, pero en realidad fueron diez.

Al retomarse las sesiones, después de tan largo lapso, se continuó con los asuntos referentes a la Eucaristía. Se habló de la recepción del sacramento, resolviéndose que, contrariamente a lo que propugnaban los protestantes, no era necesario para la salvación recibir la comunión bajo las dos especies; la Iglesia resolvió mantener la costumbre de darla bajo una especie, en la convicción de que bajo cada especie se recibe a todo Cristo. Luego se volvió una vez más al tema de la misa como sacrificio, comparable por su importancia apologética y dogmática con el tema de la justificación. Se reafirmó su carácter propiciatorio en favor de vivos y difuntos, se habló del canon y de las ceremonias, del valor de la misa privada, etc. Tratándose luego del orden sagrado, se definió que era un verdadero sa-

cramento, se habló de la jerarquía eclesiástica, y de los obispos como sucesores de los apóstoles.

El decreto de *reforma* de esa sesión fue uno de los más importantes, por lo que se ha dicho también que sólo él habría justificado todo el Concilio. No era sino el corolario del capítulo doctrinal. Había que poner fin a las deplorables costumbres que deshonraban a la Iglesia y suscitaban tantas críticas, sirviendo de excusa para la falsa reforma. Las diversas disposiciones incluidas en este decreto, atendían a la reforma total, *in capite et in membris*, en la cabeza y en los miembros, como se había repetido hasta la saciedad. Cuando se trata de la cabeza, se recuerda la autoridad que reviste el Papa, su carácter de pastor universal de la Iglesia, su obligación de extirpar los abusos, de vigilar a los obispos negligentes, "porque Jesucristo le pedirá cuentas de la sangre de las ovejas derramada por el mal gobierno de los pastores". El Concilio le pide que "no se rodee más que de cardenales escogidos", dignos de su alta misión. Impresiona la libertad con que en aquel entonces se podía hablar en la Iglesia, la libertad de palabra. El arzobispo portugués de Braga no tuvo que recurrir a eufemismos para dirigirse a los purpurados: "A mi entender Vuestras Ilustrísimas Señorías tienen gran necesidad de una ilustrísima reforma." Que los Príncipes de la Iglesia lleven una vida frugal, establece el texto, ajeno a las vanidades; ya que es oficio suyo ayudar al Papa en la administración de la Iglesia será preciso que tengan virtudes sólidas y sean ejemplo para la grey. El Concilio se detiene en describir el perfil de los obispos. ¿No son acaso la clave de todo el engra-

naje? Entre el conjunto de sus deberes se insiste una y otra vez en el de la residencia, única manera de conocer las ovejas de su grey; no deberán estar fuera de su diócesis por más de tres meses. Cual verdaderos pastores se preocuparán de las necesidades de su clero y de sus fieles, no conferirán las órdenes sagradas más que a sujetos dignos, serán diligentes en visitar cada año todas sus parroquias y de predicar asiduamente, no se meterán indebidamente en la política, ni se apegarán en demasía a sus parientes, y menos aún a sus intereses económicos.

Igualmente dedica el Concilio especial atención a los sacerdotes. El perfil que de ellos bosqueja es análogo al de los obispos: deben ser puros, amantes del celibato, intelectualmente bien preparados, de modo que sean ejemplares frente a los fieles que los rodean. A semejanza del obispo, deberán residir habitualmente en sus parroquias, y en ellas explicar al pueblo la Sagrada Escritura, administrar como corresponde los sacramentos y celebrar dignamente la santa misa. Para suscitar un tipo de sacerdotes de este estilo, propone la creación de lugares apropiados donde se preparen convenientemente los jóvenes: los seminarios diocesanos, que hasta entonces no existían. Allí adquirirán una sólida preparación intelectual, con especial insistencia en los estudios humanísticos, así como una preparación teológica basada "en la Escritura, en los tratados de los Padres, en la vida de los Santos y en lo necesario para administrar bien los sacramentos, sobre todo el de la penitencia", juntamente con una formación espiritual que los prepare para

la gran misión que les espera. Se invita a todos los obispos a fundar un seminario en sus respectivas diócesis.

Tampoco olvida el Concilio a los religiosos, frailes, monjes y monjas, que también tenían necesidad de reforma. En orden a ello se establecieron reglamentos a los que deberían someterse: edad y condiciones de admisión, organización material de los conventos, modo de elegir a sus superiores, etc. Finalmente el Concilio se dirige a los fieles, que son el objeto último de todas las medidas anteriores. Allí se habla de la dignidad del matrimonio y de su sacramentalidad, impugnada por los protestantes. Se especifica asimismo el deber de los príncipes católicos, cuya reforma personal será paradigmática para sus súbditos; se les encarga que velen por el fiel cumplimiento de las prescripciones de la Iglesia, y que no se entremetan en la conducción de la misma.

Ya flotaba en el ambiente la idea de que había que ir dando término al Concilio. Sólo quedaban por tratar algunos temas puntuales como el purgatorio, las indulgencias y el culto de los santos, siempre teniendo en vista los errores de los protestantes. Hablóse asimismo sobre la invocación y veneración de las reliquias y de las imágenes; que se desarraigasen los abusos, si los había, en dicha materia. Finalmente se confiaba al Papa la preparación y publicación del Misal y del Oficio Divino corregidos, así como también de un Catecismo y un Indice de libros prohibidos.

"No sabría decir –escribe un testigo– lo que fue el júbilo espiritual de todos, su gratitud a Dios, sus himnos, cuando llegó la última sesión del Concilio." Esto ocurría el 4 de diciembre de 1563. Cuatro legados, tres patriarcas, veinticinco arzobispos, ciento sesenta y nueve obispos, diez procuradores de obispos, y los embajadores de todas las potencias católicas, firmaron solemnemente los decretos.

Tal fue el Concilio de Trento, según lo hemos considerado de manera extremadamente sucinta. Aun historiadores protestantes como Leopoldo von Ranke han formulado el juicio más favorable sobre el mismo. "Con rejuvenecida fuerza –dice– se presentaba ahora el catolicismo frente al protestantismo." Pastor, por su parte, afirma que el Concilio de Trento "echó los cimientos de una verdadera reforma y estableció de un modo comprensivo y sistemático la doctrina católica". En su historia de la Iglesia afirma el cardenal Hergenröther: "Ningún otro concilio en la historia de la Iglesia ha definido nunca tantas cuestiones ni ha fijado tantos puntos doctrinales ni promulgado tantas leyes." Fue realmente una obra inmensa. Después de tantas vacilaciones y resistencias, la Iglesia formulaba con vigor admirable y precisión perfecta un cuerpo doctrinal y un plan de renovación disciplinar, que era la única respuesta posible y condigna a la reforma protestante.

Observa Daniel-Rops que en su obra dogmática el Concilio de Trento es un monumento de sabiduría y de precisión. Se formula allí la fe de la Iglesia, sobre las bases de la Escritura y de la Tradición,

con claridad, fuerza y amplitud. Particularmente la doctrina de Santo Tomás gozó de especial relevancia. Así lo destacó Pío XI en su encíclica *Studiorum Ducem*: "¿Qué hecho demuestra más claramente la estima en que la Iglesia ha tenido siempre a tan gran doctor, que el haber sido puesto sobre el altar por los Padres tridentinos sólo dos volúmenes, la Escritura y la Suma Teológica, para inspirarse ellos en sus deliberaciones?" Trento realizó así la síntesis de más de un milenio de contemplación. Lo que allí se hizo público no fue un sistema salido del cerebro de un hombre, a la manera de las doctrinas de Lutero y Calvino, sino la expresión de la experiencia colectiva de la Iglesia de todos los siglos. Ya no se encontraba el catolicismo desprovisto de teólogos, como en los primeros tiempos del luteranismo. Los Padres del Concilio eran, en buena parte, hombres de una competencia insigne, que conocían bien la Escritura, la patrística, el derecho y la teología escolástica. Y sobre todo "sentían con la Iglesia" tan profundamente que aun en los puntos en que no estuvieron demasiado bien documentados, decidían naturalmente en el sentido de la más segura tradición. Ninguna de las grandes tesis protestantes, especialmente las fundamentales, referentes a las fuentes de la revelación, el papel de la fe, las obras y la gracia en la justificación, y los sacramentos, particularmente la Eucaristía, dejó de ser tenida en cuenta en los cánones del Concilio, para contraponerles la verdad católica.

Una vez que el Papa aprobó solemnemente el Concilio, quedaba un problema planteado, el de

su aplicación. En tiempos pasados habían sido abundantes los decretos y censuras emanados de instancias semejantes, pero ¿qué había quedado de todo ello? Para que semejante cosa no volviera a suceder se creó una "Congregación del Concilio", destinada a hacer cumplir los decretos o interpretarlos debidamente en caso de duda. En lo que toca a los decretos de reforma era ante todo a los Papas a quienes competía su aplicación, comenzando dicha reforma en sus personas y en la curia pontificia. Fue sobre todo San Pío V quien con más empuje llevó adelante dicho emprendimiento. En Roma comenzó él no sólo dando ejemplo de santidad personal y de saneamiento de su curia, sino también tomando decisiones prácticas como fue por ejemplo la erección de uno de los primeros seminarios tridentinos, que confió a los jesuitas. Bien pronto los príncipes católicos iniciaron, también ellos, la aplicación de las decisiones de Trento en su esfera, si bien no todos con la misma prontitud y energía. Sin condición alguna las aceptaron inmediatamente Venecia y los demás Estados italianos. El rey de Portugal no sólo las aceptó sino que agradeció por ellas al Papa. Felipe II las admitió para España y todos sus dominios. El emperador Fernando I y su hijo Maximiliano II demoraron un año su recepción oficial. Donde más dificultades hubo fue en Francia; aun cuando se aceptaron sin reticencias los decretos dogmáticos, se rechazaron los disciplinares, si bien de hecho los obispos los fueron introduciendo por doquier.

Tanto el *Misal*, cuya reforma se había decidido, y que luego sería llamado de San Pío V, como el

Catecismo del Concilio de Trento, que la magna asamblea había dispuesto, fueron cuidadosamente preparados por algunos de los miembros del Concilio y varios teólogos, de modo que las afirmaciones doctrinales llegaran, a través de la liturgia y la enseñanza, al conjunto de los fieles. Asimismo pronto fueron surgiendo varios *seminarios*, que dotarían a la Iglesia de un clero bien formado, debidamente preparado para las grandes tareas de la reconquista. El Papado, por su parte, que a pesar de sus defectos, había tenido el insigne mérito, con un Paulo III y un Pío IV, de hacer suya la idea de la realización del Concilio y de hacerla triunfar, encontraría en un hombre tan grande como San Pío V, inspirador de Lepanto, el sujeto más eficaz para injertar las reformas en la médula y en la sangre de la Iglesia católica.

En su libro sobre Carlos V, Lewis se lamenta justamente de que el gran Emperador no haya podido ver los efectos del Concilio de Trento, la corrección decidida de los abusos, la reaparición del entusiasmo, del sano orgullo católico, la vuelta a la piedad y a la fe, las conquistas de Loyola en Oriente y Occidente, la recuperación de buena parte del terreno perdido en Europa. Él había luchado con denuedo para ello. Como escribe el pensador inglés, hubiera tenido otra alternativa, que la propuso en teoría el maquiavélico Napoleón, según el cual Carlos se equivocó no haciéndose luterano y explotando el luteranismo para encabezar una Alemania fuerte y unida en torno a sí. Expresión de un hombre plebeyo, por grande que haya sido como militar.

Es verdad que en los momentos en que termina el Concilio de Trento la gran crisis que desde hacía medio siglo sacudía al mundo cristiano estaba lejos de haber concluido. Pero lo que no deja de ser un dato cierto, según lo señala Daniel-Rops, es que la nave de San Pedro ya no será anegada por la tormenta. Ahora estaba a salvo. El catolicismo supo enfrentarse cuerpo a cuerpo con la herejía, y logró despojarla de sus mejores medios de propaganda, al reformarse a sí mismo y rejuvenecerse, haciendo brotar, de lo más hondo de su fidelidad, el esplendor fascinante de la remozada doctrina tradicional, antigua, sí, pero siempre nueva. En adelante las almas ansiosas de Dios y de su salvación ya no necesitarían recurrir a Lutero ni a Calvino en demanda de respuesta a sus aspiraciones espirituales, sino que la hallarían en la doctrina proclamada y en santos postridentinos como Santa Teresa de Jesús o San Juan de la Cruz. Al mismo tiempo, como para compensar las pérdidas que en Europa le había infligido el protestantismo, este catolicismo, ahora glorioso y militante, enviaría a San Francisco Javier y otros grandes santos misioneros para que evangelizaran las naciones aún paganas, nuevo mundo incluido, gracias en este caso a grandes misioneros españoles y portugueses, quienes fueron como la encarnación en Iberoamérica del espíritu de Trento.

Todo resultó providencial. Al enfrentar el protestantismo tan duramente a la Iglesia, la obligó a salir del lodo, de las relajaciones, del mundanismo, de las connivencias, en que se hundía lo mejor del alma cristiana. Sin la queja protestante, ¿hubiera co-

menzado la auténtica reforma? En cierto modo, dialécticamente hablando, la Iglesia del Concilio de Trento surgió en buena parte de la iglesia de Wittemberg y de la Confesión de Augsburgo. Dirigiéndose a Lutero, le dice Daniel-Rops: "Y tú, maestro Martín Lutero, tú que tan bien conocías a San Pablo, ¿habías reflexionado en el terrible sentido que alcanzaban para ti esas breves palabras que un día escribió el Apóstol a los fieles de Corinto: *Oportet haereses esse*, "Conviene que haya herejes para que también se ponga de manifiesto entre vosotros los que son de temple acrisolado" (1 Cor 11, 19)?"

V. Grandes figuras del catolicismo militante

Trento fue la respuesta contundente a la herejía amenazante. Pero junto con dicho Concilio hemos de destacar la presencia y la actuación de algunas personas particulares e incluso de algunas instituciones que hicieron propio el espíritu de Trento.

1. *La Compañía de Jesús*

Páginas atrás hemos tratado del resurgir de varias Órdenes antiguas, que habían pasado por una prolongada decadencia. Agreguemos ahora que en este tiempo Dios suscitó Órdenes nuevas. Nos ocuparemos en especial de una de ellas, que ejerció un gran influjo en el renacimiento postriden-

tino de la Iglesia. Nos referimos a la *Compañía de Jesús*. Su fundador, Iñigo López de Loyola, tal era su nombre, nació en 1491, unos meses antes de la conquista de Granada y del descubrimiento de América. Tenía Iñigo la madeja de aquellos cruzados que, a lo largo de siete siglos, se habían empeñado en reconquistar la tierra española de mano de los moros. Su familia había sido, en su genealogía más remota, un semillero de soldados. Las siete bandas sangradas del blasón de los Loyola recuerdan las proezas de su abuelo Juan Pérez, quien junto con sus siete hijos supo combatir hasta la muerte en aquella gesta. De los cuatro hermanos de Iñigo, uno cayó luchando en Nápoles, otro en México, y un tercero moriría más tarde en tierra húngara, enfrentando a los turcos invasores. Se cumple aquí una vez más aquello de "nobleza obliga". Durante toda su vida, Ignacio fue también un combatiente, pero para Dios. Sus inclinaciones y cualidades características, la pasión de las armas, el atractivo de las damas, la bravura del noble y del soldado, quedarían en adelante sublimadas y ordenadas a propósitos más trascendentes.

Hemos señalado la coincidencia cronológica entre la defección de Lutero y la conversión de Ignacio. Éste se convirtió en Pamplona, en el marco de la larga convalecencia que debió soportar como consecuencia de la herida que afectó severamente una de sus piernas en el cerco de Pamplona por parte de los franceses. Durante aquel prolongado tiempo de reposo obligado, no encontrando en su casa solariega otro material de lectura, se entretuvo leyendo la vida de varios grandes santos, como

Santo Domingo y San Francisco, y se sintió estimulado a emularlos. Una vez mejorado, fue en romería al monasterio de Montserrat, para velar sus armas ante nuestra Señora. Luego se recluyó en la cueva de Manresa, entendiendo que Dios lo llamaba a su servicio directo, a una especie de caballería sobrenatural. Allí el Señor le inspiró los Ejercicios espirituales. La meditación llamada de Dos Banderas, una de las principales, muestra hasta qué punto la noción de combate es fundamental en el espíritu ignaciano; dicha noción se abreva en una teología diametralmente opuesta a la de los reformados protestantes, ya que en ese trascendental combate no es Dios quien hace todo, sino que ha querido ser "ayudado" por personas generosas. Ignacio insiste en la idea de "colaborar" con la gracia, de no quedarse en la sola fe sino traducirla en obras.

Es claro que sería muy restrictivo considerar los Ejercicios, y la Orden que gira en torno a ellos, como una maquinaria de guerra montada por el catolicismo para enfrentar el protestantismo. El pensamiento de Ignacio, que es en sí decididamente antiprotestante, no surgió en la mente del santo como una reacción contra Wittemberg o Ginebra. Lo que anhelaba no era inicialmente una "contrarreforma", sino una reforma católica, surgida de lo más profundo de la fe. ¿Cuál es el fin último de este combate? Sólo la gloria de Dios. Bien señala Daniel-Rops que, aventajando a Calvino, Ignacio vive literalmente el celo de los derechos de Dios, la adoración de su omnipotencia, el reconocimiento de su poder soberano, de su gloria, *ad majorem Dei gloriam*. Pero la diferencia radical que separa

a Calvino de Loyola reside en que el primero concibe a Dios en el temblor y el temor, buscando que el hombre se doblegue bajo la férula de su dueño terrible; Ignacio, en cambio, busca inclinar suavemente las libertades humanas ante la Bondad infinita, ante la divina Misericordia. Agreguemos asimismo que los Ejercicios no son sólo una forja de combatientes. Como bien lo ha advertido Henri Bremond, lejos de reducirse a un método más de ascética, intentan conducir hasta las más altas cumbres de la experiencia mística, hasta la vía unitiva. No pocos contemplativos, San Francisco de Borja, el padre Surin, Baltasar Álvarez, el padre Lallement y tantos otros, han alcanzado su perfección abrevándose en el espíritu de los Ejercicios.

La obediencia contribuiría a dar un temple militar a la Orden fundada por Ignacio. El santo se había propuesto formar una especie de escuadrón ligero, a disposición directa del Papa, para las misiones que él se dignara encomendarles. Acertadamente señala Brodrick que no es sin intención que la bula pontificia que promulgó el papa Paulo III, para aprobar la Orden, comience por las palabras *"Regimini militantis Ecclesiae"*. El hecho de que el fundador de la Compañía haya pasado por la carrera de las armas, habiéndose preparado, en cierta medida, para su misión ulterior, muestra cómo Dios gobierna los hombres y los acontecimientos. En cierta ocasión, el papa Marcelo II le dijo a Ignacio: "Reúne soldados y fórmalos bien para la lucha, que Nos los emplearemos." Con su fuerte organización, el espíritu de disciplina y el entusiasmo que animaba a sus miembros, más su calidad

moral, intelectual y espiritual, la Compañía aparecía como el instrumento providencial con que podía contar la Iglesia para enfrentar el luteranismo y recuperar el terreno perdido.

La forma que propiciaba el santo fundador no se basaba en innovaciones sustanciales, ni en un cambio de doctrina, sino en una vuelta a las fuentes, un retorno más vivo a la tradición, a los principios eternos, para mejor aplicarlos. Ignacio no preconizó ruptura alguna con la Iglesia jerárquica, aunque ésta mostrase tantos defectos y miserias, que él bien conocía; por el contrario, a años luz de la rebelión de Lutero y de Calvino, los jesuitas se sometieron humildemente a la autoridad del Pontífice. Era, en verdad, una auténtica reforma católica.

Belloc es a este respecto categórico al afirmar que "el factor principal de la resistencia y la recuperación del Catolicismo, en lo que puede denominarse *contraofensiva*, fue el surgimiento del cuerpo que hoy se conoce como los jesuitas". La Orden, que dio sus primeros pasos en vida de Lutero, fue confirmada por el Papa el año 1540.

El hecho es que cientos de hombres no se propusieron otro ideal que marchar a tierras dominadas por la herejía para reconquistar almas y regiones perdidas. El católico reformado según los principios tradicionales, como lo propiciaba Trento, se ponía naturalmente en estado de misión, como en los primeros tiempos de la Iglesia, y fue la Compañía quien se colocó al frente de dicha empresa. Reiteremos que cuando San Ignacio gestó en su mente la Compañía de Jesús, no se propuso como

objetivo expreso la lucha contra el protestantismo, pero al comprometerse a acudir donde los enviara el Papa, "sea en tierra de infieles, sea a los turcos", según rezaba la fórmula del Instituto, se había comprometido igualmente a acudir en ayuda de los que se habían extraviado en Europa. Estaba escrito que los hijos de San Ignacio, por la sólida formación que recibirían y la espiritualidad que les sería especifica, entrarían en confrontación con los protestantes. En 1546 llegaron a Trento los padres Laínez y Salmerón, dos de los primeros compañeros del fundador. Venían como teólogos particulares del Papa. Laínez tenía 34 años y Salmerón 31.

La intención restauradora se concretó más con el segundo Superior General de la Orden, el P. Laínez. Atribuyendo una especial importancia a la tarea formativa, los hijos de Loyola se abocaron pronto a la educación de la juventud, en orden a suscitar falanges de jóvenes militantes, especialmente preparados para no caer en las redes del protestantismo. Fabro, Jayo y Bobadilla se adentraron así en la Alemania ocupada por la herejía, erigiéndose allí numerosos colegios. Asimismo para la atención de dicha nación se creó en Roma el "Colegio Germánico", de modo que un grupo de jóvenes oriundos de Alemania pudiera formarse junto a la sede de Pedro. La tragedia espiritual de los pueblos germánicos reclamaba urgentemente la formación de un clero joven, especialmente capacitado para enfrentar los complejos problemas del momento. En 1512, el padre Polanco se dirigía a don Juan de Borja en los siguientes términos: "No sé si escribí otra vez cómo se trataba aquí de una obra de gran-

de caridad para la reducción de Alemania a la fe y religión de la Iglesia Católica, haciéndose un Colegio aquí en Roma, al cual se trajesen de todas partes de aquella región, incluyendo la Polonia, y Bohemia y Hungría, mancebos ingeniosos y dotados de buenas partes naturales, y nobles entre aquellas gentes, para que antes que los hábitos viciosos de las costumbres y los errores de las opiniones heréticas los depravasen, saliendo de aquella [tierra] fuesen instruidos en sana doctrina y vida virtuosa..." De dicho colegio ha afirmado Chemnitz: "Si los jesuitas se hubiesen limitado a fundar su colegio de Roma, merecerían ser considerados como los más peligrosos enemigos del luteranismo." A partir de tres ciudades claves, Colonia, Viena e Ingolstadt, los jesuitas se lanzaron a toda la Europa Central, hasta llegar a Polonia y Escandinavia.

Tal vez su página más gloriosa sea Inglaterra. Para enfrentar allí el anglicanismo, se erigió en Francia el célebre "Colegio de Douai", de donde partirían misioneros hacia las Islas Británicas; muchos de ellos morirían mártires. En pleno reinado de Isabel, cuando ya el terror era moneda corriente, llegó allí una nueva oleada de voluntarios jesuitas, para intentar la vuelta al catolicismo de sus hermanos o, en caso de no lograrlo, fecundar con su sangre el suelo patrio. "Hemos hecho un pacto todos los jesuitas del mundo –escribía uno de ellos, San Edmundo Campion, en carta a la Reina–, cuyo acrecentamiento superará todas las maquinaciones de Inglaterra, para llevar la cruz, esta cruz que Vos nos imponéis, y para no desesperar nunca de vuestra conversión. Y nunca faltará uno de nosotros para gustar la ale-

gría de vuestro patíbulo, para soportar las angustias de vuestras torturas o sucumbir en vuestras prisiones; porque así se sembró la fe y así debe restablecerse." Tras desembarcar clandestinamente, yendo de aquí para allá, acosados por la policía, obligados a mimetizarse para no ser reconocidos, aquellos héroes de Cristo dieron pruebas de una audacia cercana a la de los evangelizadores de los primeros tiempos. Si eran capturados, les esperaba casi siempre una suerte atroz: torturados ferozmente, primero se les colgaba, después, estando todavía vivos, eran entregados a un carnicero que les abría el vientre y les arrancaba las entrañas. Así pereció, en 1581, el más célebre de todos, San Edmundo Campion, antiguo e inteligente estudiante de Cambridge, que prefirió renunciar a una fácil carrera de honores en el anglicanismo, para permanecer fiel a la fe de sus mayores.

En Alemania, en Polonia y en la Europa central, si bien las circunstancias no fueron tan dramáticas como en Inglaterra, el esfuerzo de los misioneros resultó realmente admirable. Sobre todo en Alemania, regiones enteras que habían vacilado entre la herejía y el catolicismo, reanudaron su fidelidad a Roma. Numerosos príncipes que cursaron sus estudios en los colegios de los jesuitas, cuando luego llegaron al poder, trabajaron enérgicamente por la restauración católica. Uno de ellos, Guillermo V de Baviera y su hijo Maximiliano, hicieron de su reino un bastión de la religión católica, tal como permanece en nuestros días. Hungría, acosada por las hordas turcas, tras haber sido destruidos los ejércitos cristianos en la batalla de Mohacs, quedó divi-

dida en tres partes; en la zona ocupada por los turcos, los que permanecieron sometidos se mantuvieron fieles a la Iglesia de Roma, llorando al ver a Buda convertida en fortaleza del Islam; en Transilvania se enfrentaron luteranos, católicos, calvinistas y ortodoxos; en la Hungría imperial, en cambio, la situación se inclinó rápidamente en favor del catolicismo, sobre todo gracias a la acción de los jesuitas.

El emprendimiento evangelizador más notable se realizó en Polonia. Gracias a algunos obispos, y a varios jesuitas, las dudas en favor de la reforma protestante se disiparon. Un príncipe de Transilvania, Esteban Barthory, entrañablemente católico, quiso entregarse con gran generosidad a la obra de restauración católica en Polonia, para lo que llamó a los jesuitas quienes, encabezados por San Pedro Canisio, fundaron allí numerosos colegios. Después, Segismundo II, antiguo alumno de la Compañía, culminó dicha obra. Polonia volvió a ser plenamente católica, como lo sigue siendo hasta nuestros días. Más aún, pronto se convirtió en misionera, enviando a Suecia a un padre jesuita, para intentar la conversión del rey. Ya nos hemos referido anteriormente a este intento, que no obtuvo efectos perdurables. Sin embargo los jesuitas insistieron en su propósito, logrando sostener en Estocolmo una de sus casas, y erigiendo un instituto especial para la formación de misioneros destinados a Suecia, Finlandia, e incluso Rusia. Respecto a esta última nación, fue Segismundo III quien, a comienzos del siglo XVII, procuró llevar a ella el catolicismo, aprovechando el interregno que siguió a la extinción de la dinastía de Iván el Terrible, pero el adveni-

miento de los Romanov en 1613, puso definitivamente fin a sus sueños. Con todo, se llegó a un resultado positivo: en 1595, después de un paciente trabajo en que intervino el padre Possevino, los jesuitas lograron que los ucranianos, pueblo de obediencia, doctrina y liturgia bizantinas, que vivían en territorios de Polonia y Lituania, unidas por aquel entonces, retornasen a la comunión católica. Gracias a Clemente VIII, quien respetó sus ritos tradicionales, sin exigirles la latinización, pudo llevarse a cabo la unión, aunque no sin hechos violentos. El metropolita "uniata" San Josafat, caería mártir en 1623. Hasta hoy, Ucrania occidental es fiel a Roma.

Pero fue en los territorios germánicos donde la actuación de los jesuitas sostenía el corazón de los católicos. Un párroco vuelto por ellos a la fidelidad a Roma le escribía así a Lesing: "Deseo con toda mi alma ver que se expanda vuestra Compañía a través de toda Alemania, y crecer el número de sus miembros. Yo creo que no queda ningún otro remedio contra los progresos constantes y el poder de la herejía, ningún antídoto más eficaz, que colocar en el camino de su progreso hombres de carácter, eruditos, y de una eminente piedad, tales cuales vemos que vuestra Compañía produce en tan gran número, para el mayor bien de la Iglesia." Por cierto que los protestantes odiaban a los miembros de la Compañía. En Viena, decía Pedro Canisio, el nombre de "jesuita" se encuentra en todos los labios, se nos designa como demonios del infierno, venidos a este mundo para perder a las almas. Un historiador protestante escribía: "En esta

época, los progresos del Evangelio fueron netamente trabados por los jesuitas, esos hombres que el demonio hizo brotar en estos últimos tiempos, como su última pollada para la destrucción de la Iglesia de Dios."

También los jesuitas, en su afán misionero, se dirigieron a regiones donde nunca había llegado el Evangelio. Para Daniel-Rops es este uno de los aspectos más emocionantes de la historia de la Iglesia en los días de la reforma protestante. Obligada a reconocer la tragedia de la separación respecto de Roma de un tercio de sus fieles, la vieja Iglesia no se dejó abrumar ante los problemas que se le presentaban, ni se limitó a purificarse de sus manchas en virtud de los decretos de Trento, sino que en los mismos momentos en que se sentía sacudida por la terrible tempestad de la herejía, no vaciló en enviar a sus mejores hijos para que le proporcionasen nuevas fundaciones. Y así, todo lo que estaba perdiendo en Europa, lo encontraría en otros lugares del mundo, como en América o en Asia. En lo que toca a nuestra América, recordemos la espléndida figura de Santo Toribio de Mogrovejo, apóstol del Perú, de quien hemos escrito en otro lugar, y la de tantos otros apóstoles, que allí actuaron, mereciendo una mención especial los que llevaron a cabo este espléndido experimento sagrado que fueron las reducciones guaraníticas.

Resulta realmente sorprendente que una expansión misionera semejante no se manifestara en el protestantismo. Hubiérase podido pensar que las jóvenes comunidades nacidas de la revolución reli-

giosa, tendrían que haber ardido en deseos de exportar a todo el mundo sus principios. Pero no fue así. Incluso algunos de sus dirigentes llegaron a mostrarse hostiles a toda idea de evangelización. El mismo Lutero declaraba formalmente que "las otras ovejas" de que habla la parábola del buen pastor, estaban hacía tiempo en el aprisco, y que era inútil salir a buscarlas lejos; la verdadera misión había que realizarla en la Iglesia misma paganizada, la Iglesia romana, a la que era preciso cristianizar de nuevo. Además, según la teoría de la predestinación, ¿acaso los paganos, los turcos y los judíos, no se hallaban en el estado que les correspondía por voluntad de Dios? ¿Por qué oponerse a dicha voluntad? Así pensaba Calvino, según el cual había "que emplearse en el servicio de Dios y esperar que la puerta fuese abierta por sus manos". No es, pues, de extrañar, que con tales perspectivas, los diversos grupos protestantes no hayan tenido ninguna doctrina acerca de la misión en otros países. En cambio, a fines del siglo XVI, la Iglesia poseía verdaderas "sumas misioneras", varias de ellas debidas a los jesuitas, donde se explicaba la idiosincrasia de los indígenas y el modo de ganarles para el Evangelio. En Perú, por ejemplo, el año 1584 el padre José de Acosta publicó un tratado bajo el nombre de *Cómo procurar la fe a los indios*. Otro tanto pasó en el ámbito de las reducciones guaraníticas.

2. *San Carlos Borromeo*

Esbozaremos a continuación la estampa de dos grandes figuras que, entre otras, encarnaron el espíritu del Concilio de Trento. Uno fue obispo y el otro sacerdote.

Refirámonos ante todo al primero, San Carlos Borromeo, obispo de Milán. Nació en la alta Italia, a orillas del Lago Maggiore, en 1538, cinco años antes de la muerte de Lutero, y mientras los emprendimientos de Calvino se encontraban en plena efervescencia. Tras los estudios humanísticos iniciales ingresó en la universidad de Pavía para seguir la carrera de las leyes. Dicha Universidad gozaba de gran prestigio, igual o mayor que las de Bolonia y Padua. Allí recibió el título de doctor en ambos derechos. Por aquellos tiempos gobernaba la Iglesia el papa Pio IV, tío de Carlos, quien había resuelto rodearse de consejeros no sólo merecedores de confianza, sino también cultos e inteligentes. En una promoción de tres cardenales, entre ellos un joven Medici de 17 años, el 30 de enero de 1560 dio la púrpura a su sobrino Carlos, hijo de su hermana Margarita. La práctica del nepotismo ya no era bien vista, pero en este caso resultó providencial. Así fue como Carlos recibió del Papa el cardenalato teniendo tan sólo 22 años. Recuérdese que en esos tiempos la dignidad cardenalicia no estaba unida al estado sacerdotal. Carlos era sólo subdiácono, pudiendo así volver a la vida laical.

La distinción lo dejó abrumado. A su juicio no estaba debidamente preparado para un servicio de

tanta responsabilidad, ya que si bien conocía ambos derechos, ignoraba la filosofía y la teología, laguna intolerable para la prerrogativa que se le había conferido. Fue el cardenal Sirleto quien se encargó de llenar dicho requisito, haciendo que Carlos se iniciara en el pensamiento de Santo Tomás, y más en general de los escolásticos. De este modo el joven cardenal empezó a interesarse por la cultura, dedicando a su propia formación todo el tiempo que le permitía su apretada agenda. Pronto pensó en la posibilidad de emplear las tardes, que tenía libres, a recibir en su morada, sita en los palacios vaticanos, a las personas más dotadas del clero y el laicado. En dichas reuniones, alguno de los presentes leía en latín un ensayo de su autoría, al que seguía un amable coloquio. Los asuntos que allí se trataban eran al comienzo filosóficos, científicos o artísticos. Luego ocuparon el primer puesto los temas religiosos. Quien por lo general más tomaba la palabra era el mismo Borromeo. El cardenal Commendone, contemporáneo del santo, escribiría más tarde, refiriéndose a estos encuentros vespertinos: "La casa del cardenal Borromeo era el ámbito de reunión de las más doctas y más distinguidas personalidades de Roma. Él mismo, en el pleno vigor de los años y en el apogeo de su poder, no pensó en otra cosa que en poner sus conocimientos y su vida en armonía con su dignidad."

Junto con el título cardenalicio, el Papa le otorgó a su sobrino varios beneficios económicos. La afición por las bellas artes, que había dejado el Renacimiento en las capas más selectas de la sociedad, no dejó de manifestarse en el ánimo juvenil

de Carlos, quien mostró un gusto artístico poco común. Así empleó su dinero para ir adquiriendo varias colecciones de obras de arte, joyas y tapices. También fue amigo y cultor de la música; alguna vez se lo vio tocando el violoncelo. Luego veremos que se ayudaría de este talento juvenil para su labor pastoral. Como se ve, su vida, parecida a la de otros cardenales de la época, no estaba exenta de espíritu mundano. Durante esos años sus parientes entraron en relación con las casas más distinguidas de Italia. Una de sus hermanas, Camila, se casó con César Gonzaga, príncipe de Molfetta; un hermano, Federico, se desposó con la hija del duque de Urbino, Virginia Della Rovere; su hermana Ana se unió en matrimonio con Fabrizio, hijo mayor de Marc' Antonio Colonna, que pocos años después se cubriría de gloria en la batalla de Lepanto.

Pero las recepciones palaciegas, el acopio de obras de arte, las salidas de caza, a las que era muy afecto, no llegaban a satisfacer sus deseos más profundos. Lo que en el fondo anhelaba era consagrarse a Dios y a las almas. Decidió entonces recibir las Órdenes Sagradas. Tras hacer una tanda de Ejercicios espirituales en el Gesù, se le confirió la ordenación en las cercanías del palacio Venezia. La primera misa la celebró en San Pedro, en el altar de la Confesión, y la segunda en el Gesù, en la capilla donde habitualmente había celebrado San Ignacio, muerto apenas hacía seis años, en fama de gran santidad. Cuatro meses después, recibía en la Capilla Sixtina la consagración episcopal, el día de la fiesta de San Ambrosio, patrono de la arquidiócesis de Milán. Desde entonces su

vida cambió en gran manera; era menos mundano, más mortificado, más recogido, más dado a la oración, más desinteresado. Asimismo trabó nuevas amistades, entre las cuales se contaba San Felipe Neri.

Luego el Papa lo nombró "protonotario apostólico", pasando así por sus manos todas las propuestas y súplicas que se dirigían al Sumo Pontífice sobre los casos más difíciles de derecho canónico, para cuya solución lo habilitaban de manera especial sus estudios en Pavía. Era costumbre entonces que a cada nación católica, como a cada Orden religiosa, se le asignara un cardenal que, residiendo en Roma, se ocupase particularmente de sus respectivos asuntos. Pues bien, Carlos fue nombrado "cardenal protector" de Portugal, de los Países Bajos, de los Cantones católicos de Suiza, así como de los franciscanos, de los carmelitas y de algunas Órdenes más. Como era demasiado joven, el Santo Padre lo rodeó de hombres cultos y experimentados. De hecho, él abrió en la Iglesia la serie de los Secretarios de Estado, es decir, de los encargados de tratar con las potencias extranjeras. Luego el Papa lo nombró arzobispo de Milán, pero permaneciendo en Roma. Ello no era, por cierto, lo más deseable, y el Concilio de Trento, ya cercano, insistiría en la necesidad de la "residencia" de los obispos en sus respectivas sedes, según lo señalamos más arriba. Pero por ahora eso no se exigía, por lo que Carlos, permaneciendo en Roma, eligió varios vicarios que lo representasen en Milán. Sólo en 1565, siguiendo las normas promulgadas por el Concilio, trasladaría se residencia a aquella ciudad.

Como se ve, mientras estuvo en Roma no le faltó trabajo. Su primera preocupación cuando se le daba un nuevo cargo era encontrar personas dignas e idóneas, de carácter y de ciencia, pero también hábiles y laboriosas, de modo que pudiesen secundarlo debidamente. En una de sus cartas encontramos lo que sería su norma de gobierno ahora y luego: "El secreto de la ejecución –escribe– está en la constante voluntad del que la hace cumplir. Primero es preciso discernir con prudencia, pero luego ejecutar con energía, y nunca, mientras se realiza la obra, dejar caer las manos."

Borromeo tendría una destacada actuación en el Concilio de Trento. Hemos visto que en cierta ocasión dicha Asamblea resolvió interrumpir sus sesiones por dos años, suspensión que de hecho se prolongó por una década. Lo volvió a reunir precisamente Pío IV, el tío de Borromeo, y justamente cuando nuestro santo fungía de Cardenal Secretario de Estado. Los Papas, al convocar el Concilio, habían precisado su finalidad con estas palabras: "para la gloria de Dios, la exaltación de la fe católica, la extirpación de las herejías, la paz de la Iglesia y la confusión de los enemigos del nombre cristiano". El propósito fue plenamente alcanzado, devolviendo al catolicismo, frente al mundo protestante, el vigor de una renovada juventud. Pues bien, cupo a Pío IV. y a su sobrino Carlos la gloria de haber llevado a fin dicho Concilio.

Ahora había que aplicarlo. Trento tuvo la rara fortuna de encontrar un conjunto de hombres magnánimos y generosos, que se lanzaron a cumplir

sus decretos, comenzando por ellos mismos. El primero entre todos fue nuestro cardenal Borromeo. Después de haber estado bajo la alta dirección del Papa, el más grande promotor del Concilio, fue el más celoso ejecutor de sus decretos. Porque si para idear la reforma se requirió de los doctos, para actuarla se precisaban los santos. Carlos sentía por el Concilio una veneración profunda, considerándolo como un hecho realmente providencial. Enseguida se ofreció para colaborar en la revisión de los libros litúrgicos y en la compilación del Catecismo, decretadas por el Concilio. Pero lo que más le urgía era observar la ley de residencia, que obligaba a todos los obispos a dirigirse cada cual a su propia diócesis y en ella permanecer. Si se quedaba en Roma, todo el orbe católico lo habría considerado una incongruencia. Por eso insistió tanto ante su tío, quien si bien le hubiera gustado mantenerlo junto a sí, finalmente le autorizó a dejar Roma, e instalarse en su querida Milán. El Señor, que primero lo había querido entre los más hábiles y eficaces gestores del Concilio, ahora deseaba presentarlo a toda la Cristiandad como su más capaz ejecutor, mostrando así que a la verdadera reforma de la Iglesia, aun más que la ciencia sirven la virtud y el buen ejemplo.

Con su traslado a Milán, San Carlos inicia un nuevo período de su vida, comenzando una intensa actividad pastoral, que lo fatigaría por casi veinte años. Milán, una de las más grandes y ricas ciudades de la península, gozaba de fama gloriosa. Residencia preferida de varios Emperadores romanos, había sido la sede eclesiástica del gran Ambrosio,

quien con tanto denuedo defendió a la Iglesia frente al poder civil. Allí Agustín, el más grande genio de la Iglesia, había encontrado la fe y recibido el bautismo de manos de Ambrosio. Desde 1535, la ciudad perdió su autonomía, pasando a formar parte del inmenso Imperio español. Milán era la sede de los gobernadores españoles, cuya jurisdicción abarcaba, además del Milanesado, buena parte del territorio veneciano y de los Alpes suizos. La provincia eclesiástica comprendía por aquel entonces quince diócesis, con sus respectivos obispos sufragáneos. En la sola diócesis de Milán había 2220 iglesias. La situación religiosa era deficiente. No faltaba clero, pero a menudo los sacerdotes eran negligentes e ignorantes, careciendo ante sus fieles de prestigio y eficacia. Las iglesias se encontraban vacías, al punto que algunas de ellas servían de graneros. Los claustros religiosos estaban penetrados de espíritu mundano. Había monasterios tan relajados que en sus locutorios se realizaban bailes, bodas y banquetes.

Fue en 1565 cuando Carlos entró en Milán, triunfalmente recibido por los príncipes, obispos, senadores y pueblo fiel. El joven Cardenal, con todo el vigor de sus 26 años, se dirigió a la catedral, y pronunció ante el pueblo que en ella se había agolpado, su primer sermón, comenzando con aquellas palabras de Jesús: “Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros” (Lc 22, 15). El encuentro, tan largamente anhelado, entre el pastor y el pueblo, tenía toda la intimidad de una comunión mística. Eran las bodas del pastor y de sus ovejas. Al año siguiente moría Pío IV, a los 66 años,

sucediéndole Pío V, fraile dominico, severo, pero de ejemplar piedad, un hombre lleno de fe y de coraje. Ya los contemporáneos lo consideraban como un santo.

Las relaciones de San Carlos con los tres Papas que conoció de cerca fueron excelentes. Sabemos de su trato cordial con su tío, Pío IV. Éste le amaba entrañablemente, no tanto en razón de los vínculos de la sangre, sino de la estima sincera que por él sentía; de hecho nunca dejó de consultarle en los asuntos más intrincados de su gobierno. Cuando Carlos quiso dejar Roma para ir a Milán, el más tenaz opositor de dicho propósito fue su propio tío, entendiendo que más haría en Roma por la Iglesia universal que si se trasladaba a Milán. Borromeo participó luego en el cónclave que eligió a Pío V. El pontificado de este gran Papa duraría sólo seis años, pero estaría entre los más fecundos de la historia de la Iglesia. Reformó las Órdenes religiosas, corrigió la conducta de los obispos; a sus plegarias y solicitudes de Pontífice y de Soberano está inextricablemente ligada la victoria de Lepanto, que constituyó el triunfo definitivo de la civilización cristiana frente a la barbarie turca que trataba de introducirse en occidente; la infeliz reina María Estuardo encontró en el corazón de ese Papa su más decidido defensor. Carlos lo apreció sobremanera. También San Pío V. le tuvo en enorme veneración, insistiendo encarecidamente que lo acompañase en Roma como secretario suyo. Pero aun cuando Carlos prefirió permanecer en Milán, lo seguía consultando con asiduidad, llegando a afirmar "no conocer ningún prelado más diligente que él

en las cosas que tocan al culto, ni de ánimo más fuerte para defender los derechos de la Iglesia y mantener la autoridad de la Sede Apostólica". Cuando San Pío V murió, le sucedió Gregorio XIII, quien entre otras cosas, y siempre teniendo en cuenta las necesidades de la lucha contra la herejía y la consolidación de la cultura católica, erigió excelentes institutos de enseñanza, ente otros el magnífico Colegio Romano, del que ya hemos hablado; financió, asimismo, el Colegio Germánico, fundó el Colegio de los Húngaros, y dotó el Colegio de los Ingleses, de los Irlandeses, de los Griegos y de los Maronitas. También él sintió por Carlos una gran estima. Lo había conocido en Roma como joven cardenal y había sido uno de los más asiduos concurrentes de aquella peña intelectual que se reunía en las Noches Vaticanas. Él también le pedía siempre consejos. Cuando Carlos murió, reunió todos los elogios posibles en una expresiva frase: "El cardenal Borromeo fue el honor más grande del Sacro Colegio." En fin, los tres Papas apoyaron desde Roma, y sin cortapisas, la labor reformadora de nuestro santo. "Nadie –decía justamente un autor contemporáneo– ha hecho tanto bien a la Iglesia como esta sucesión de tales Papas, de vida irreprensible. Todos los que los han seguido se han vuelto mejores o al menos han sentido la necesidad de parecerlo."

Consideremos ahora la obra que realizó Carlos como arzobispo de Milán. El Concilio de Trento había prescrito, inspirándose en una antigua práctica de la Iglesia, que los obispos pertenecientes a una misma provincia eclesiástica se reuniesen cada tres años bajo la presidencia del metropolitano, pa-

ra conferir acerca de las necesidades de sus respectivas diócesis. En cumplimiento de ello, un mes después de entrar en Milán, Carlos convocó a sus quince obispos sufragáneos para el primer concilio provincial. El único objeto de esa reunión fue comunicarles los decretos tridentinos y animarlos a que los aplicasen. Más adelante habría otros cinco concilios, que durarían unas dos semanas. Además, cada año, el arzobispo visitaba toda su diócesis, y al término de dichas visitas convocaba al clero para la promulgación de aquellas leyes que la visita misma hubiese sugerido. Así reunió a sus sacerdotes unas doce veces en sus veinte años de episcopado. El encuentro duraba ordinariamente tres días; allí solía conferir con cada sacerdote sobre las necesidades especiales de sus respectivas parroquias. Las prescripciones sinodales son una mina preciosa que nos permite conocer el genio pastoral del arzobispo; ellas se convertirían en un enorme volumen, un verdadero texto de teología pastoral. Pero el pastor no se quedaba en ello: tras tomar una disposición, controlaba luego su ejecución.

De una manera perticular se abocó a la *reforma del clero*. Aunque careciésemos de biografías del santo, podríamos conocer su empeño en este campo por las actas de las reuniones que convocó, por las disposiciones que tomó, por los esquemas que aún se conservan de sus numerosos sermones, y finalmente por su epistolario oficial o privado, siempre vibrante del más ardiente y puro celo pastoral. Él había aceptado de corazón los decretos de reforma promulgados en Trento, entendiendo que debía aplicarlos primero en su propia vida per-

sonal, en orden a ser él mismo un pastor cabal. Para ello quiso contar con la compañía permanente de un sacerdote virtuoso que hiciese de admonitor suyo, con el preciso encargo de vigilar severamente su conducta y hacerle notar los más pequeños deslices. En torno a la curia se movía un centenar de personas, entre secretarios, empleados y domésticos. Para todos ellos redactó un reglamento de vida tan riguroso que sus contemporáneos decían que había convertido su casa en un convento. Tenían que hacer meditación, examen de conciencia, si era sacerdote rezar el Oficio divino, si era laico el de la Santísima Virgen, asistir a Misa todos los días, etc. Los sacerdotes habían de confesarse cada ocho días, los otros cada mes. Comían juntos, y durante la comida se hacía alguna lectura piadosa. Dos defectos especialmente se abocó a combatir en ellos: la avaricia y la envidia. Para que fuesen inaccesibles al primero, les retribuía generosamente, prohibiéndoles aceptar regalos.

Ha dicho José de Maistre que "el sacerdocio debe ser la preocupación soberana de una sociedad que quiera renacer". Si la Cristiandad se encontraba tan averiada, lo más urgente era restaurar el sacerdocio, profundamente herido. Como en aquellos tiempos no existían los seminarios, cuando un joven manifestaba deseos de ser sacerdote se le daba una preparación muy sumaria, bajo la única guía de algún párroco provecto, o a lo más en las escuelas que estaban junto a las catedrales; algunos, muy pocos, hacían cursos en las universidades. Para remediar esta deficiencia, el Concilio, en uno de sus decretos más rigurosos, había im-

puesto a los obispos el deber de erigir en cada diócesis un seminario propio. Quizás fue esta institución propiciada en Trento la que ejerció un influjo más decisivo en la reforma de la Iglesia. Inmediatamente Carlos se abocó a implementar dicho anhelo conciliar. Primero hizo construir en Milán un grande y hermoso edificio, donde ingresaron 104 seminaristas, que quedaron a cargo de 15 superiores. Luego fundó seminarios menores en zonas más alejadas. Asimismo esbozó para dichas instituciones un esquema de reglamento, que no pudo terminar. Por lo que de él nos queda, advertimos que no entraba en demasiados detalles, ya que sólo cuando una institución está en decadencia se necesita multiplicar las prescripciones. En aquel breve esquema, además de prescribir a sus seminaristas el orden del día, se detiene en la orientación que deberían seguir los estudios sagrados y profanos. Insiste en el aspecto humanístico de la formación, incluyendo la frecuentación de autores clásicos como Cicerón, Virgilio, Salustio, Horacio, Ovidio... Pero sobre todo atiende a la formación espiritual del futuro sacerdote, destacando la importancia de la meditación, el retiro y el examen de conciencia. El proyecto del Borromeo dejó huellas en la historia. Medio siglo más tarde Jean-Jacques Olier y San Vicente de Paúl, al organizar los seminarios en Francia, se inspirarían en los antecedentes de San Carlos.

Pero también el santo obispo se ocupó de los jóvenes ya ordenados. Las prescripciones que promulgó sobre la disciplina del clero son minuciosas. Ante todo insiste repetidamente en la necesidad del estudio, llegando a sugerir los autores que hay

que frecuentar. En los lugares donde son al menos cinco los sacerdotes, dispone que una vez por semana se reúnan en una especie de "día de retiro", con el fin de animarse mutuamente al estudio y a la práctica de las virtudes. De hecho, las disposiciones que tomó contribuyeron no poco a la aparición de un conjunto de excelentes sacerdotes. Los seminaristas, a su vez, le dieron las mejores satisfacciones: no sólo conocía personalmente a cada uno de los seminaristas, sino que ellos lo amaban como a un padre y él como a sus hijos predilectos; cada vez que tenía el gusto de recibir en su sede la visita de algún obispo, lo primero que hacía era llevarlo al seminario, su gloria y su corona.

También en lo que toca a los monasterios y las congregaciones religiosas, el arzobispo se preocupó por la restauración de la observancia regular. Se acabaron los bailes y las festicholas. Las religiosas enclaustradas recibieron orden de poner en sus ventanas sólidas rejas, insistiéndose en la necesidad perentoria de volver a las fuentes de sus respectivas espiritualidades.

Preocupóse, asimismo, por reformar al *pueblo fiel*. Especialmente se interesó por el fomento de la vida espiritual de los miembros de la nobleza, a la cual él mismo pertenecía, no por elitismo, sino porque sabía cuánto la sociedad dependía de ellos. Tenía el más alto concepto de dicho estamento social y de los deberes que les eran anejos, así como del peligro que acarreaban sus desviaciones, según pudo verse en lo que aconteció con los príncipes protestantes. En cierta ocasión, más precisamente,

el día de la natividad de nuestra Señora, explicando desde el púlpito a los allí presentes las razones por las que San Mateo incluye en su evangelio la genealogía real de la Santísima Virgen, concluyó: "La nobleza es un don y una gracia de Dios. No se debe despreciar este beneficio; sería una ingratitud. La nobleza es un estímulo poderoso para practicar la virtud y un gran freno para el vicio. En un noble, el vicio es más odioso; pero también la virtud brilla con mayor esplendor, y se asemeja a una piedra preciosa engarzada en oro; resplandece más que si estuviese sólo engarzada en plata." Sabía de lo que hablaba, emparentado como estaba con la mejor nobleza de Italia.

Sin embargo aquella predilección no lo llevó a despreciar, ni mucho menos, el *pueblo sencillo*. Particularmente aprovechó para su atención las visitas pastorales. Así como intuyó la importancia de los sínodos diocesanos y provinciales, de manera semejante entendió la influencia que podría ejercer sobre el pueblo mediante dichas visitas, costumbre que el Concilio había reanudado, siguiendo una práctica antiquísima. De acuerdo a la usanza de la época, el cardenal-arzobispo se hacía acompañar en dichas visitas por un séquito, a pie o a caballo, compuesto siempre por personas de variado rango. Al día siguiente de su llegada al lugar elegido, celebraba la santa misa, dirigiendo al pueblo uno de aquellos célebres sermones suyos en que la elocuencia del apóstol competía con el espíritu práctico del pastor; antes de llegar a los lugares que pensaba recorrer, se había hecho informar detalladamente de los vicios o deficiencias que carac-

terizaban las diversas localidades. Recorrió así por tres veces toda la extensión de su diócesis. Recordemos la precariedad de los caminos por aquellos tiempos. San Carlos se aventuró en las zonas más agrestes y por senderos aún impracticables. Ningún rincón de la diócesis, por apartado que fuese, permaneció inaccesible al esforzado pastor.

Bien sabía que en buena parte la inmoralidad del pueblo se debía a la ignorancia religiosa. Era, pues, preciso enseñarle incansablemente la doctrina cristiana. Haciendo suyo el anhelo que expresaron los padres conciliares, preparó e hizo publicar un Catecismo que el clero pudiese utilizar para instruir al pueblo. Fue aquel célebre *Catecismo romano*, tan preciso en la doctrina, tan completo en la exposición, tan elegante en su presentación, que aún hoy tiene vigencia. Cada parroquia organizó clases de catecismo para los chicos, y para los mayores se establecieron "escuelas de doctrina cristiana", distribuyéndose los alumnos en distintos cursos según sus capacidades, bajo la dirección del párroco y de algunos colaboradores laicos. En cuanto a los colegios, el celoso arzobispo dispuso que todos los profesores, aunque enseñasen materias profanas, hiciesen una pública profesión de fe antes de tomar a su cargo la cátedra que le había sido asignada. Asimismo impuso a los confesores el deber de interrogar siempre a los penitentes, antes de darles la absolución, sobre las verdades fundamentales de nuestra fe. Así el pueblo se fue elevando poco a poco. Con el pasar del tiempo la gente le mostraba una creciente cordialidad. Cada vez que aparecía en público, se veía rodeado por una gran multi-

tud que lo acompañaba por las calles, o por personas que lo esperaban en las puertas de sus casas, o que entraban con él en las iglesias para rezar; en una palabra, se lo veneraba como a un santo.

Por cierto que su obra de reforma encontró obstáculos, y hasta amenazas. Un tal Donato, a quien él había ordenado de diácono en una congregación religiosa, fue pagado para matarlo. Se acercó al prelado, y le disparó un balazo. Pero la bala cayó inocua a sus pies. Este hecho le valió al santo una ola de simpatía y de admiración generalizada; clero, magistrados, nobles y gente del pueblo humilde se acercó a congratularse con él; el Papa, los cardenales y todos los grandes de Europa, le escribieron para saludarlo y felicitarlo.

Encontró asimismo fuerte oposición entre los canónigos de la Scala. Era ésta una iglesia dedicada a la Virgen della Scala, donde hoy se levanta el famoso teatro del mismo nombre, con una colegiata anexa. Los canónigos se consideraban exentos de la autoridad del prelado, por lo que desconocían su jurisdicción sobre ellos. Cuando el Papa se enteró de este altercado, le hizo saber al arzobispo que no se excedía en sus atribuciones al querer extender hasta allí su derecho a la visita pastoral. Estaban un día los canónigos cantando el oficio, cuando vieron que el obispo entraba en el cementerio, contiguo a la iglesia; se levantaron furiosos, y pusieron una tranca en la puerta del templo. Después de muchas idas y venidas acabaron por arrepentirse y le pidieron perdón, que el santo no vaciló en conceder. No eran pocos los que, molestos por al-

gunas costumbres que San Carlos había querido introducir, no se cansaban de escribir al Papa y a los cardenales para quejarse, dejando entrever que el obispo era un hombre intratable. Ello llegó a tal punto que el propio santo tuvo que ir personalmente a Roma para dar explicaciones, recibiendo el apoyo del Papa por su obra reformadora.

También tuvo dificultades con las autoridades civiles. Como lo hemos señalado más atrás, el ducado de Milán estaba desde 1535 bajo la Corona de España, que se hacía representar allí por un "Gobernador", el cual a veces no sólo tenía poder político, sino también militar, poder amplio, por cierto, que la lejanía de Madrid y la dificultad de las comunicaciones hacían más vasto. Durante el episcopado de San Carlos seis gobernadores españoles se sucedieron en Milán. Si bien las relaciones del arzobispo con el Rey, que era Felipe II, y del Rey con el arzobispo, fueron siempre dignas y cordiales, no se puede decir lo mismo de los subalternos del monarca. Algunos de los gobernadores temían que el poder del arzobispo aumentara tanto que no sólo eclipsase el de ellos, sino incluso el de la misma España sobre el ducado de Milán. Lo que Carlos se había propuesto era defender siempre los derechos de la Iglesia. Entendiendo dicha disposición, el rey de España lo apreciaba sobremanera. Se decía que sus ministros temían más al cardenal Borromeo que al mismo Felipe II, porque estaban convencidos de que éste confiaba más en el arzobispo de Milán que en ellos mismos. Por lo demás, se agregaba, el Rey tenía una opinión tan alta de San Carlos, que estaba dispuesto a no hacer

nombrar ningún obispo de las ciudades italianas bajo su dominio, sin primero haberlo consultado. Se sabe, asimismo, que Felipe II había puesto el retrato del santo en su cámara, y quería que en la biblioteca real estuviese la colección de leyes promulgadas por San Carlos para el gobierno de su diócesis. El aprecio fue recíproco. Durante el episcopado de San Carlos se erigió en Milán, en el palacio de los jurisconsultos, una estatua de Felipe II; dicha estatua permanecería allí hasta 1796, cuando la revolución francesa, aprestándose a inaugurar la república cisalpina, le hizo cambiar la cabeza, y sustituyó el cetro por un puñal; así adaptada, en vez de figurar a Felipe II representó a Junio Bruto, el asesino de César.

San Carlos mantuvo también relaciones con otros soberanos de Europa, por ejemplo, con los reyes de Francia, así como de Portugal, nación de la que era cardenal protector. Su fama se había esparcido por toda Europa. Incluso María Estuardo, desde la prisión donde la tenía cautiva Isabel, se dirigió a él por carta, para pedirle su bendición, que le llegó enseguida. El santo tenía habitualmente en su escritorio el retrato del cardenal Pole, el gran exiliado de Enrique VIII.

El trato con los grandes no hizo que olvidase a los más humildes. Fue realmente edificante su permanente disposición para ayudar a los pobres de la diócesis, hasta el punto de estar dispuesto a despojarse de lo más necesario en favor de ellos. En cierta ocasión estalló en Milán una de las pestes más terribles de la época. Todos huyeron de la ciu-

dad, pero él permaneció en ella, entregándose al cuidado de los enfermos, a quienes cargaba en sus brazos cuando pocos se atrevían a tocarlos por miedo al contagio.

También su obra reformadora se extendió a las *diócesis vecinas*, principalmente a las sufragáneas de Milán en Italia. Sus viajes por ellas fueron un continuo triunfo, con arcos de honor levantados para recibirlo, caminos ruinosos hechos transitables, poblaciones enteras que acudían a verlo y recibir su bendición. "Era como si un Apóstol de Jesucristo hubiese vuelto a la tierra", dice un testigo ocular. Pero también su influjo llegó hasta Suiza, que limitaba con algunas zonas de su arquidiócesis. No en vano había sido nombrado por Pío IV cardenal protector de los Cantones católicos de dicho país. Recordemos que en Suiza las luchas religiosas eran intensas. Al gran arzobispo se debió la constitución de la famosa "Liga de Oro" entre los cantones católicos suizos, que fue llamada "Liga Borromea". Mientras iba recorriendo esa nación, se dio cuenta de que el peor peligro que corría la fe en aquellos valles, provenía de la penuria del clero y de la poca o ninguna cultura de los pocos sacerdotes que restaban. No había esperanza de tiempos mejores, porque las críticas que el protestantismo lanzaba contra el clero católico, disuadía a los jóvenes a abrazar la vocación sacerdotal. Entendió entonces que el único modo de detener aquel pernicioso influjo era oponer un buen grupo de sacerdotes cultos y de acendrada espiritualidad. Pero ello no era posible si los jóvenes aspirantes permanecían en un ambiente tan adverso. Fue entonces cuando

decidió admitir en sus seminarios a un grupo numeroso de jóvenes suizos que querían ser sacerdotes. Más aún, llegó a erigir en Milán un seminario especial para seminaristas suizos. Fue el "Colegio Helvético", de donde saldrían varones ilustres, abades de monasterios reformados y numerosos obispos. Asimismo, por encargo del Papa, fue visitador apostólico en varias de aquellas regiones, recorriendo finalmente todas las diócesis de Suiza.

Viajes terribles, lo hemos dicho. Ha quedado registrada en la historia no sólo la fenomenal resistencia de San Carlos a las privaciones y fatigas de los largos viajes, sino también su singular habilidad de alpinista. A veces avanzaba en noches de invierno, noches oscurísimas, lo que no dejaba de asombrar a los propios lugareños. Siempre llevando consigo las ideas de la reforma católica. Nada, pues, de extraño que San Carlos fuese considerado tanto por los Papas como por los pueblos, el obispo ideal, el obispo por excelencia del Concilio de Trento.

Un aspecto inobviable en su personalidad pastoral es su *veta intelectual*. También en este campo se hizo eco del entusiasmo que Trento había suscitado por la verdadera y sólida cultura. En Milán alentó a los jesuitas para que fundasen una especie de universidad, así como un colegio para los hijos de familias distinguidas, que la gente llamó "colegio de los nobles". Según lo acabamos de indicar, San Carlos pensaba que si los nobles se formaban como correspondía, podrían ejercer luego un grande y saludable influjo en el pueblo. Pero también fundó varios colegios para la gente sencilla. Asimis-

mo, por un decreto, exigió que todas las iglesias colegiadas tuviesen una "biblioteca común", como venero de conocimientos para los que buscaban formarse mejor. El mismo era un estudioso. Su método se puede resumir en estas dos máximas: "Estudiar mucho y en lo posible con la pluma en la mano", esto es, tomando notas continuamente. Cuando tenía un tiempo libre, por breve que fuese, lo empleaba para el estudio. Solía recoger los textos mejores, copiándolos en pequeñas fichas bajo un título común; luego, tras seleccionar los mejores, los ordenaba alfabéticamente para poder luego servirse de ellos si fuese menester. Hemos dicho que en sus mocedades, cuando era universitario en Pavía, sólo se había abocado al estudio de la jurisprudencia, dejando de lado la filosofía y la teología. Desde que fue hecho cardenal quiso reparar dicha falencia, estudiando intensamente filosofía y teología, en base sobre todo a Santo Tomás. Los resultados se reflejaron claramente en sus predicaciones, que serían siempre precisas en doctrina, pobladas de referencias a la Escritura y a las obras de los Santos Padres.

Si es verdad que para medir la cultura de una persona basta con revisar su biblioteca, advertimos que la suya, que legó en testamento al Capítulo de la catedral, contaba con diecinueve ediciones de la Biblia, en griego, hebreo y latín, numerosos comentarios de la Escritura, obras de los Padres griegos y latinos, especialmente de San Ambrosio, su admirado predecesor en la sede de Milán, escritos de Santo Tomás, autores de ascética, obras de fray Savonarola, 69 volúmenes de liturgia, Actas

de los Concilios ecuménicos, etc. También publicaciones de carácter profano: Dante y los principales clásicos italianos, obras de Pico de la Mirándola, de poetas latinos, de Aristóteles, de historiadores griegos y latinos, etc. Generalmente agregaba notas al margen, destacando lo que más le interesaba. Su biblioteca nos revela cuán abierto era su espíritu a todas las ramas del saber. Gregorio XIII apreciaba tanto la ciencia de San Carlos y sobre todo su erudición canónica, que lo hizo miembro de la comisión que había erigido San Pío V para la corrección del "Cuerpo de Derecho Canónico", es decir, de toda la legislación eclesiástica.

Trató igualmente de difundir en su clero el amor a los estudios. Deseaba que sus sacerdotes, sobre todo los párrocos, predicaran a menudo, y les pedía que se preparasen para ello con el estudio y la plegaria. Se propuso también difundir los buenos libros. Más aún, llegó a dotar a su seminario nada menos que de una imprenta, empresa ésta, especialmente en aquella época, digna de un monarca. Sirviéndose de esta primera imprenta episcopal pudo ofrecer a su clero óptimos libros a precios moderados; entre los primeros volúmenes que de allí salieron se encuentran los *Discursos del padre Luis de Granada*, traducidos del español, que San Carlos envió a todos sus sacerdotes.

Él mismo no escribió, o al menos no publicó mucho. Le hubiera gustado hacerlo, pero le faltó tiempo para ello. Sin embargo nos queda de él un compendio completo del gobierno de su diócesis, que contiene los decretos de los once sínodos y

de los seis concilios provinciales, las instrucciones que daba a los confesores y a los predicadores, las normas que transmitió a los párrocos, sus cartas pastorales, etc. Esta obra colosal es llamada comúnmente *Actas de la Iglesia de Milán*. Sus esquemas de predicación, en los que trabajó arduamente hasta su muerte, debían en su intención ser ordenados y reunidos en un volumen, cuyo título había ya elegido, y que era común a este género de publicaciones: se llamaría *Silva*, selva. Tras su muerte se lo editó bajo el título de *Silva pastoralis*.

San Carlos mostró asimismo especial amor por la belleza, por las *bellas artes*. Su estadía en Roma refinó su educación en este campo, haciéndose no sólo coleccionista de obras de arte, sino también propulsor de los artistas. Consideraba su mecenazgo como un verdadero apostolado. También patrocinó la causa de la música sacra. Su deseo en este campo era eliminar del ámbito de las iglesias todo lo que oliera a teatral, liberando a la música de aquellas artificiosidades que impedían a los fieles captar el sentido de las palabras. Mantuvo trato especial con Palestrina, especialmente en orden a la reforma de la música sagrada según las nuevas normas del Concilio de Trento. "En los divinos oficios y en general en las iglesias no se oigan cantos y sonidos profanos... sino graves, piadosos, distinguidos y convenientes a la casa de Dios y a la alabanza divina, de modo que se comprendan las palabras y los fieles sean incitados a la piedad." También obró con munificencia cuando se trataba de construir templos, pidiendo a los arquitectos que edificasen con el máximo decoro posible; entre los

varios proyectos que le presentaban, prefería siempre el más grandioso y el más bello, nunca echándose atrás por escasez de dinero, porque "los templos –decía– se deben edificar no según las consideraciones de las fuerzas humanas, sino conforme a la Providencia divina". Era frecuente que rechazase algún proyecto por demasiado mezquino. Hizo también quitar de las iglesias pinturas y esculturas que, si bien podían ser artísticas, no condecían con la santidad del lugar, a veces por su inspiración pagana.

Sabemos cómo el protestantismo buscó suprimir el culto externo o reducirlo a su mínima expresión. San Carlos se ubicó en las antípodas de dicha pretensión, poniendo todo su celo un instituir nuevas fiestas, propagar el amor a las indulgencias y organizar procesiones. Fomentó especialmente los dos cultos que más amaba, el culto eucarístico y el culto mariano. En lo que toca a la Eucaristía, parte principal de su programa de reforma, entre otras cosas pidió a los párrocos que exhortasen a recibir con frecuencia la comunión. En cuanto al culto de la Santísima Virgen, fomentó el rezo del rosario, aun entre los soldados, que por lo demás ya lo hacían desde el día de la batalla de Lepanto. Como se sabe, el protestantismo obviaba el culto de los santos, con el pretexto de que hay que adorar a solo Dios. Trento había respondido afirmando la legitimidad de dicho culto, mientras exhortaba al pueblo a mantenerlo vivo. San Carlos hizo suya dicha invitación. Especialmente promovió el culto de San Ambrosio, su antecesor, el santo por él preferido después de la Virgen. Asimismo fomentó la

devoción a las sagradas reliquias. Para ello renovó la antigua práctica de las solemnes traslaciones; bajo cualquier pretexto hacía llevar las reliquias de algún santo de una iglesia a otra, siempre con gran solemnidad.

También alentó las peregrinaciones. En una de sus cartas pastorales dice: "Aunque en estos infelices tiempos nuestros, en los cuales las herejías que reinan impugnan estas santas y pías obras, y el religioso ejercicio del peregrinar haya menguado bastante, no por esto debéis retraeros, hijos queridos, sino por el contrario encenderos, siendo justamente este el tiempo en que los verdaderos católicos y obedientes hijos de la Iglesia deben mostrar el celo de la fe y su piedad." Otra manera de corregir el protestantismo.

Tal fue la obra reformadora del Borromeo. Tras ella se ocultaba lo que él era en el fondo: *un santo*. No, por cierto, un santo precoz. Ya hemos visto cómo en su adolescencia y juventud, y al comienzo de su cardenalato, se había mostrado simplemente cual un joven digno, libre de las grandes miserias que eran tan frecuentes por aquel entonces, pero no lo que se dice un santo. Si comparamos a aquel elegante cardenal de Roma, tan amante de los blasones gentilicios, que se ocupó de que sus parientes se casasen con las mejores familias de Italia, y el santo arzobispo de los últimos años, vemos que hay un abismo. Llegó a ser un hombre penitente, un hombre inmolado, cuya predilección no fue otra que Jesús, y Jesús crucificado. A veces, tras días enteros de agotadores viajes, se quedaba trabajan-

do largas horas en la noche. Cuando sus familiares se lo advertían, solía responder: "Los obispos deben ser como los capitanes en tiempo de guerra: los más bravos duermen sentados sobre una silla." Para mantenerse despierto en tales circunstancias había escogido un expediente: tener en sus manos una bola de hierro, que naturalmente caía al suelo cada vez que el sueño lo dominaba. La bola, reliquia preciosa y al mismo tiempo prueba insigne de su dedicación al trabajo y a la penitencia, se conserva aún hoy en la iglesia de San Bernabé en Milán. El cardenal Sirleto, que fue siempre tan íntimo amigo suyo, esculpió una frase para expresar la inmolación continua que el santo pastor hacía de sí mismo: "No fue el cardenal Borromeo quien faltó al martirio, sino el martirio quien faltó a él." Los artistas que luego lo representarían gustaron figurarlo en sus íntimos coloquios con el Crucificado, así como en su entrega heroica durante aquella terrible peste que asoló a Milán.

Por lo demás, vivía en la mayor pobreza. El mismo que buscaba lo majestuoso en las obras atinentes al culto, huía de todo boato personal. Después de varios años de obispo, ¿quién habría reconocido en ese pastor abnegado y fervoroso a aquel joven y elegante cardenal-sobrino, que en Roma gozaba emprendiendo grandes cacerías, jugando a la pelota, o tocando el violoncelo? Su piedad era contagiosa. Cuando celebraba la santa misa lo hacía con tal devoción que los asistentes no podían contener las lágrimas. Durante la oración, su rostro, aunque pálido y macilento, parecía sereno y gozoso, reverberando la inalterable paz interior y la íntima unión

de su alma con Dios. A veces se mostraba como transfigurado: "Es una maravilla verlo –dijo un día alguien después de haber asistido a su misa–; su rostro es como el de un ángel de Dios; parece la imagen misma de la piedad." Como se ve, había resuelto de manera adecuada aquella dialéctica entre la vida activa y la contemplativa, pudiendo atender a una y otra al mismo tiempo, indicio seguro éste de la alta perfección que su espíritu había alcanzado. A este propósito dejó escrito el P. Gagliardi: "No quiero callar aquí aquello que al observarlo me hacía permanecer lleno de estupor [...] Y es que en todo el tiempo que dedicaba a los asuntos pendientes y en la conversación con tanta gente que se le acercaba para resolver cuestiones varias, por una parte era atentísimo, lo que se mostraba por la paciencia en escuchar solícitamente y en expedir toda clase de asuntos con satisfacción de todos, y por otra se veía claramente en el rostro y en la modestia de los gestos y palabras que estaba tan recogido en Dios, que me parecía estar más allá que acá." Era la transfiguración completa de su alma, la sobrenaturalidad del santo que, aun entre las distracciones del quehacer apostólico, persistía en la intimidad de Dios.

Borromeo se dejó comer por Dios y por las almas. Bien se lo ha calificado como "Doctor de los obispos", modelo de los obispos. De pastores tan santos como nuestro Toribio de Mogrovejo se ha dicho que fue "el Borromeo del Nuevo Mundo". Murió San Carlos el 5 de noviembre de 1584, a los 46 años. Toda Milán lloró a su padre: los niños, los ancianos, los huérfanos, los nobles, los semina-

ristas, los sacerdotes, los religiosos, todos entendían haber perdido al mejor de los obispos. Una multitud se agolpó en su velatorio a lo largo de varios días. Tales fueron los apretujones que hubo dos muertos. Se debió abrir una nueva puerta en la pared opuesta a la de la capilla, demoliendo el muro, para dar paso a tanta gente que quería verlo por última vez o tocar su cuerpo con rosarios u otros objetos. Pronto se pensó en su canonización. Felipe III, rey de España, dio en este sentido instrucciones especiales a su embajador en Roma, y también le escribió directamente al Papa. En 1610 fue proclamado santo en la basílica de San Pedro. En 1638, Felipe IV de España donó el ataúd, de plata y de cristal, que aún hoy encierra su cuerpo.

He aquí, pues, uno de los más conspicuos representantes de la verdadera reforma, la reforma católica. San Carlos se reformó a sí mismo, ante todo, y luego trató de reformar a su inmensa arquidiócesis.

3. *San Pedro Canisio*

Refirámonos ahora a otro de los grandes apóstoles que enfrentaron la herejía protestante, San Pedro Canisio, quien sería amigo de San Carlos Borromeo y de San Francisco de Sales. Nació Pedro el año 1521 en Nimega, ciudad de los Países Bajos. Era hijo mayor de Jacobo Canis, alcalde de aquella ciudad. Siguiendo la costumbre de la época, se agregó a su apellido una terminación lati-

na, y pasó a llamarse Petrus Canisius. En una coincidencia cronológica que no deja de impresionarnos, recibió el bautismo el mismo día en que, por el Edicto de Worms, Lutero era expulsado del Imperio, acontecimiento que señaló el inicio de la reforma protestante. Por otra extraña ·sincronía su nacimiento coincide con la herida de Ignacio en el sitio de Pamplona. Lutero rompería con Roma, e Ignacio rompería con el espíritu del mundo. Doble coincidencia providencial, máxime que el recién nacido va a ser el primer hijo de San Ignacio en Alemania y el más temible de los adversarios de Lutero. Cuando Pedro nació, las ideas protestantes ya habían penetrado en los Países Bajos, lo que explica que en el momento en que su madre enferma entró en agonía, alertase a su marido y le suplicase "afirmarse con dientes y uñas a la religión católica".

Ya adolescente, Pedro recibió una espléndida formación en la ciudad de Colonia. Allí hizo el *trivium* y el *quadrivium*. En general, no mostró especial inclinación por los estudios humanísticos. El más humilde texto de la Vulgata le parecía siempre más seductor que la más brillante poesía de los vates greco-romanos. Luego estudió en la Universidad de aquella misma ciudad, recibiéndose de maestro en Artes.

Cuando tenía 22 años hizo Ejercicios espirituales con el P. Pedro Fabro, uno de los primeros compañeros de San Ignacio, resolviendo entrar en la Compañía de Jesús. Probablemente fueron los Ejercicios de mes, como lo recomendaba San Ignacio.

El mismo Fabro lo acogió en la nueva Orden, siendo su maestro de novicios en Colonia, el primer noviciado que tuvieron los jesuitas. Al parecer, el Beato Fabro le comunicó algo de su espíritu, ya que esa gracia, sencillez y modestia que lo hizo tan atractivo con las almas, se vuelven a encontrar en el carácter de Canisio. Refiriéndose a su padre espiritual, Pedro le escribía a un amigo de Colonia: "He encontrado para mi gran felicidad al hombre que buscaba, si es que se trata de un hombre y no más bien de un ángel de Dios. Jamás he visto ni oído a un teólogo más sabio y más profundo, ni hombre de una santidad tan impresionante." Enseguida alaba los Ejercicios que cambiaron su alma y la llenaron de fuerza.

Realizó luego sus estudios eclesiásticos, mostrando especial interés por los Padres de la Iglesia, quizás inspirado en el desprecio que mostraban Lutero, Calvino y otros protestantes por las obras de esos autores. No era poco para un joven de 25 años, que se revelaba familiar de Tertuliano, San Cipriano, San Agustín, San Gregorio y San Bernardo. Luego Ignacio, que quizás estaba ya pensando en hacer de Pedro el apóstol de Alemania, le ordenó ir a Roma para darle el último toque a la formación de un sujeto tan precioso para el futuro de su misión en aquella nación especialmente vulnerada por el luteranismo. Tras terminar sus estudios eclesiásticos y ordenarse de sacerdote, pronunció sus votos solemnes en una ceremonia que presidió el mismo San Ignacio.

La situación religiosa en Alemania era afligente. En las universidades y colegios se agolpaba una juventud licenciosa y sin gusto por los estudios serios; no pocos profesores estaban tocados por el luteranismo, y algunos de ellos daban libre curso a la difusión de los libros heréticos. El pueblo, por su parte, no sólo se mostraba negligente en el cumplimiento de las prácticas más vitales del catolicismo, sino que tampoco disimulaba su desprecio por la autoridad de los pastores y de la Iglesia. También el clero estaba en decadencia. No se respetaba el celibato. En Baviera el 90% del clero vivía en concubinato notorio o secreto, y en su mayor parte eran ignorantes de la doctrina católica. Como decía el P. Jayo, otro de los compañeros de Ignacio, la Escritura y la teología "yacen muertas y enterradas". Era una verdadera originalidad estudiar las obras de Santo Tomás. Por lo demás, muchas parroquias estaban sin pastores o eran atendidas por sacerdotes herejes. Los príncipes católicos, amenazados por sus enemigos protestantes y poco sostenidos por la nobleza de sus propios Estados, mostraban timidez e indecisión, de donde una política de compromiso y de concesiones, que a la postre sólo aprovechaba a los novadores. La misma actitud, o casi, en los príncipes eclesiásticos, algunos de ellos celosos, pero siempre obstaculizados en sus buenos deseos por el elemento heterodoxo de sus diócesis, y la resistencia que encontraban en el clero, sobre todo en los Capítulos. Así lo señala Canisio en una de sus cartas. Fue, pues, allí donde lo destinaron sus superiores, con la bendición del Papa. Pedro se sintió feliz con el destino, lanzándo-

se a ese apostolado, según lo atestiguan sus notas íntimas, con la firme convicción de una gran obra que cumplir.

Una vez llegado a Alemania, comenzó a recorrerla, a pie o a caballo. Primero llegó a Straubing, uno de los principales centros de Baviera, por lo que los protestantes habían tratado de ganarla para la reforma por ellos patrocinada. Canisio comenzó a predicar copiosamente. Poco lo ayudaron las autoridades, más aún, hicieron lo posible por frustrar sus esfuerzos, pero no pudieron con él. Pronto Straubing estuvo fuera de peligro.

De allí se dirigió a Colonia, donde se encontró con una situación extraña. El arzobispo, Hermann von Wied, era un hombre enigmático. Carlos V no lo tenía ni por protestante ni por católico, sino más bien por pagano, siendo a la vez una persona inculta, que no sabía latín "ni como para llegar al fin de *Confiteor*". Colonia era, después de Roma, la ciudad del mundo más rica en recuerdos de santos, pululando en ella las reliquias, algunas de discutible autenticidad, como las de los Macabeos y de los Magos. El arzobispo se había propuesto purgar la ciudad de tales "supersticiones", y para que lo ayudase en ello invitó nada menos que a Melanchton, dándole cita en la ciudad de Born. Canisio pensaba que valía mil veces más un pueblo sencillo y piadoso, que rezaba humildemente ante las reliquias, que aquellos "arqueólogos" escépticos, que por sistema ponían en duda la autenticidad de todo. Llegó Melanchton con varios compañeros suyos. La fe corría grave peligro en la capital del Rin.

Al enterarse de la situación, Paulo III exhortó al clero y al senado a no ceder frente al arzobispo. Melanchton, por su parte, se dirigió a Colonia para "misionar" allí sin tapujos. Justamente durante esos días pasó por esa ciudad el Emperador, quien arrancó al arzobispo la promesa de expulsar a los predicadores luteranos, pero no bien se fue, von Wied retomó su conducta. Los padres de la Compañía que allí estaban eran muy mal vistos por los herejes y por los católicos componenderos. Según parece, fue en aquellos momentos cuando se comenzó a llamarlos "jesuitas", una etiqueta peyorativa, de origen protestante. Canisio tomó el calificativo como un elogio, el de ser los seguidores de Jesús. Mientras tanto, la distancia con el obispo se iba acrecentando. "Es notable ver cómo somos cordialmente detestados por nuestro arzobispo, cuya fe exhala un olor muy desagradable al olfato de los católicos." Al fin el senado, incentivado por el pastor-mercenario, ordenó detener a Canisio y los suyos, lo que de hecho no se cumplió, para tristeza del santo. Un tiempo después, el arzobispo fue depuesto, y Colonia pudo así conservar la fe. Hasta hoy esa ciudad es una de las más católicas del mundo, entendiendo haber contraído con Canisio una deuda trascendental, por lo que hasta el presente le muestran especial veneración.

Tras un intervalo en Italia, más particularmente en Messina, capital de Sicilia, donde Canisio residió durante algún tiempo, volvió de nuevo a la Alemania de sus amores, recorriéndola sin descanso. No siéndonos posible rehacer punto por punto su itinerario, limitémonos a algunos de los lugares por don-

de pasó. Uno de los que predileccionó fue Viena. También allí la situación religiosa era dramática. En veinte años no se había ordenado ningún sacerdote. Nada de extraño, ya que el sacerdocio y la vida religiosa estaban muy desacreditados. El ideario de Lutero encontró un edificio ya averiado, que la herejía resquebrajó aún más hasta llegar casi al derrumbe. Ello no habría sucedido si el error hubiese encontrado la reacción condigna. Especialmente estaba afectada la famosa Universidad, donde la mayor parte de los profesores y de los estudiantes habían sido ganados por la herejía, o al menos debilitados en su fe. Acongojado por tal situación, el rey Fernando pidió ayuda a San Ignacio, quien enseguida mandó a varios padres que empezaron a dictar cursos de teología en la Universidad. El Rey quería que se publicase un manual de doctrina cristiana, que fuese apto para el pueblo, y también para los estudiantes y sacerdotes.

Canisio se lanzó a la acción apostólica, sobre todo con los jóvenes universitarios, creando un pensionado para ellos en orden a consolidar la fe de esos muchachos. Justamente por aquellos tiempos San Ignacio iniciaba en Roma el Colegio Germánico, con el propósito de suscitar una nueva generación de sacerdotes alemanes, bien formados e inmunes al error imperante en su nación. Deseando reclutar los primeros alumnos se dirigió a Canisio, quien envió a Roma 23 estudiantes bien seleccionados, originarios de todas partes de Austria y Alemania. Desde 1552 hasta 1600, novecientos alumnos pasarían por dicho Colegio; al volver a Alemania tendrían una parte decisiva en la res-

tauración del catolicismo. Mientras tanto, Canisio predicaba incesantemente en la catedral de Viena, reuniendo en torno a sí un grupo decidido que encabezaría la reconquista religiosa de la ciudad imperial. Los enemigos lo odiaban y en cierta ocasión quisieron matarlo, por lo que el rey Fernando debió ponerle custodia armada.

A juicio del santo, la situación no permitía demoras. Poco antes le había escrito el cardenal Truchsess: "Si Austria y Baviera, los dos más importantes países, si no los únicos, en que el catolicismo subsiste todavía, caen en poder de los herejes, se acaba la Iglesia de Alemania." Pues bien, fue precisamente a estos países donde la Providencia lo envió; fue allí donde desplegó todos los recursos de su genio y de su celo. Pronto una responsabilidad nueva cayó sobre sus espaldas. Para hacer progresar la Compañía en Austria, Baviera y el Tirol, cuya capital, Innsbruck, pronto tendría su propio colegio, dirigido por los jesuitas, San Ignacio decidió fundar una Provincia de la Orden, que llamó de "Alemania superior", y en 1556 lo nombró a Canisio primer Provincial. Dicha Provincia abarcaría también a Bohemia.

Por aquellos días, Fernando, que acababa de asumir como Emperador, convocó una Dieta, que se reuniría en la ciudad de Augsburgo. Por ese motivo lo llamó a Canisio, el cual haría de ese sitio el centro de su ministerio y la ciudad de su corazón. Probablemente tenía algo de estratega, ya que no se equivocó al reconocer el posible protagonismo de Augsburgo para el porvenir del desarrollo de la religión en el sur de Alemania. La ciudad era muy

antigua. Había sido fundada por Augusto, de ahí su nombre, el año 14 antes de Cristo. Cuando a sus puertas llegó la reforma protestante, la mayoría de sus habitantes se plegó a ella. Quizás fue por eso que Canisio la eligió como residencia de su provincialato: era la primera ciudad del Imperio en esa época, y estaba situada "en el meollo mismo de Alemania", siendo como una torre desde donde se podía avizorar toda la nación. De hecho, la ciudad fue retornando poco a poco al catolicismo. Advirtiendo dicha transformación un testigo confesó: "He aquí un hecho sin precedentes en la historia de la Reforma: el espectáculo de una gran ciudad, que tras haber pasado lentamente al protestantismo, luego volvía a Roma." Los canónigos de la catedral así informaron a la Santa Sede: "Nuestra Iglesia estaba hasta ahora infestada por los impíos y devastada de muchas maneras. Luego vino Pedro Canisio, para reconstruirla una vez más a partir de sus fundamentos." Cuando se enteraron de que con ocasión del Concilio de Trento querían llamarlo para que fuese a Roma, volvieron a escribir diciendo que si se iba "los predicadores luteranos recobrarían ánimo; mientras permanece aquí ellos están llenos de temor y no saben qué hacer, viendo al pueblo precipitarse hacia él".

Al término del Concilio sucedió un hecho de ribetes novelescos. Un sacerdote de la Nunciatura en Viena había sido encargado de entregar a todos los obispos alemanes las resoluciones del Concilio, con un escrito en que el papa Pío IV les daba a los prelados las instrucciones correspondientes. Pero en el transcurso del viaje, el emisario fue atacado

por unos bandoleros y el escrito del Papa desapareció. Buscaron, pues, otro enviado. Sería Canisio. El Papa lo llamó para encargarlo de dicha misión. No debía presentarse como emisario pontificio, le dijo, nadie había de saber nada de la finalidad de su viaje, que lo haría con la excusa de que estaba recorriendo como provincial las casas de la Compañía. "Una cosa me maravilló en la persona del Papa –dejó escrito más tarde aludiendo a su despedida del Santo Padre–, su mirada rebosaba sensibilidad y su corazón estaba en todo momento lleno de paternal afecto a Alemania."

Al año siguiente, Fernando lo reclamó para intervenir en una nueva Conferencia religiosa entre protestantes y católicos, era vez en la ciudad de Worms. Sería su delegado personal. Canisio no creía demasiado en ese tipo de reuniones. Ya en el pasado se habían realizado cinco tentativas semejantes, que resultaron fallidas. En la presente ocasión eran seis teólogos de cada lado. Entre los protestantes se encontraba el infaltable Melanchton. Éste arengó a los presentes denunciando las "sectas católicas", y sobre todo los "decretos impíos" de Trento. Canisio le respondió con grandeza: Ustedes, les dijo, reprueban los abusos de la Iglesia. También nosotros los reprobamos. Pero lo que ustedes más cuestionan son cosas que tocan a la doctrina de la fe. La única manera seria de discutir tales asuntos no puede ser sino partiendo de los principios de la Escritura en su interpretación auténtica, es decir, la que provenía de los Padres y del consenso constante de la Iglesia. Los protestantes se desmadraron, acusando al Papa de diversos delitos, pero so-

bre todo se las agarraron con Canisio. Uno de ellos dijo: "El principal autor de los herejes es este Canisio." Y le colgaron una calumnia, ¡la de haberse acostado con una abadesa! El santo perdió las pocas esperanzas que tenía. Como ni siquiera se pudieron poner de acuerdo en los principios esenciales, la Conferencia terminó en un fracaso. Canisio lamentó la ceguera de sus oponentes, su dureza de corazón, sus sofismas; no se podía establecer concordia religiosa con hombres que niegan los primeros principios. Según lo acabamos de señalar, él siempre había pensado que tales reuniones eran inútiles. Los hechos lo confirmaron en su idea. Sea como fuere, dice un historiador que este Coloquio "marcó la crisis del protestantismo alemán: de él datan el reflujo y el derrumbe de la corriente protestante en Alemania".

Hemos dicho más arriba que la jurisdicción de Canisio como provincial de la Compañía en Alemania abarcaba la región de Bohemia, por lo que visitó con frecuencia a Praga y a Pilsen. Asimismo le encargaron que fuese a Polonia, nación también alcanzada por la propaganda protestante. Su Rey tenía trato amistoso con varios herejes, y si bien prometía alejarse de ellos, no cumplía sus compromisos. Los obispos se quejaron de su modo de comportarse, pero eran débiles, y no se atrevían a reclamar con fuerza, por lo que Canisio lamentaba que "ellos mismos son médicos incapaces de curar los terribles males de esta edad, o como marineros desatentos en medio de una violenta tempestad". Cuando murió, ya anciano, uno de aquellos prelados, el obispo nombrado para sucederlo, era real-

mente excelente. Una de las primeras medidas que tomó fue introducir la Compañía en su país. Los jesuitas, encabezados por Canisio, llegaron a tener un papel decisivo en la reconversión de Polonia, que así se salvó de la herejía, permaneciendo católica hasta hoy. Poco después, el santo iría a Cracovia, como consejero teológico del Nuncio en Polonia. Su mirada era realmente católica, es decir, universal, siempre soñando con nuevas fronteras, según lo revela en carta al padre Laínez: "Me gustaría mucho ver más difundida la Compañía en este país, porque ofrece un campo tan poco cultivado a los trabajadores de Cristo; permite también una escapada hacia las regiones vecinas. El diablo es dueño incontestado en Lituania, Rusia y Prusia, y en esos vastos territorios de los tártaros... ¡Si la luz del Evangelio pudiese disipar las tinieblas espesas de la infidelidad y la Compañía lograr en esas regiones del Norte los resultados ya obtenidos en las Indias!"

Pero fue Alemania su principal campo de apostolado. La mayor parte de las grandes catedrales del Imperio, Ingolstadt, Viena, Praga, Ratisbona, Worms, Colonia, Strasburg, Würzburg, y sobre todo Augsburgo, lo tuvieron, durante varios años, como predicador ordinario. En la práctica, el catolicismo se mantuvo, o se reconquistó y floreció, en las regiones donde él ejerció su ministerio. Así lo han reconocido varios obispos y personas calificadas, tanto entre los católicos como entre los protestantes. Uno de estos últimos escribe en un diccionario bajo el título *Canisius*: "No solamente impuso a la marcha hacia adelante del protestantismo una detención definitiva, sino que en parte preparó y en parte

consumó el pleno triunfo del catolicismo en esos países." Otro de ellos, tras decir que "nunca la Iglesia católica tuvo campeón más infatigable", agrega: "Se debe reconocer que desde el punto de vista romano, merece el nombre de apóstol de Alemania."

Por su decidida adhesión a Roma, se le ha reprochado a veces el no haber sido verdaderamente alemán. Ciertamente no lo fue según la manera chauvinista de entender las cosas. Pero sí en un sentido más profundo; amó a Alemania católica más que nadie, la amó de la misma manera que sus antepasados la habían amado; su gran anhelo era que un día reviviese la Alemania de sus ancestros. En toda su correspondencia, sobre todo en la que dirigía a Roma, se trasunta dicho amor. Canisio amó especialmente a la Alemania de su tiempo, devastada por la herejía, y se hizo abogado de su nación ante la Santa Sede, suplicando a las autoridades romanas tratar a los alemanes con delicadeza. A un jesuita español, que suspiraba por marcharse de Alemania e ir a Italia, le escribió: "Lo más hermoso, y para nosotros más glorioso y para Cristo más grato que podemos hacer ahora es olvidarnos de Italia y de España, y entregarnos en cuerpo y alma únicamente a Alemania, y no por un año, sino por toda la vida. ¡Trabajemos con todas nuestras fuerzas y con todas nuestras ansias por Alemania! Mientras no se nos llame a otra parte de este campo encomendado a nuestros cuidados, no suspiremos por ninguna otra cosa sino por hacer producir el campo alemán." Un compañero del santo así le hablaba de él a San Ignacio: "Es el orgullo y el ornato de toda Alemania. Día y noche

se agota sin tregua por promover la verdadera religión. Su pasado afirma qué terrible martillo resulta ser para los enemigos de la Santa Iglesia."

Bien lo ha dicho el amigo de Canisio, ya que éste consagró buena parte de su vida a la *lucha contra la herejía*, en orden a reimplantar la verdad católica conculcada. A su juicio, la herejía era como "una enfermedad más peligrosa que cualquier lepra, una peste más mortal que todas las otras pestes, un crimen más detestable que todas las rapiñas y otras perversidades". Pero respecto del hereje ordinario, del hombre o la mujer nacidos en el luteranismo, o atraídos por él, no experimentaba sino sentimientos de la más sincera compasión. Pensaba que no había que juzgar a todos los herejes de la misma manera, siendo preciso "distinguir entre los maestros y los discípulos, los seductores y sus víctimas". No era tampoco ingenuo. Habiendo asistido a los últimos coloquios con los protestantes, miró como vana toda política de conciliación doctrinal, cualquier tipo de compromiso en el campo de las ideas. En la acción práctica, confiaba más en la suavidad que en la fuerza. Sin embargo, cuando los intereses de la Iglesia entraban en juego, olvidaba a veces la dulzura que le era característica y habitual.

Una de las cosas que menos soportaba era la actitud de aquellos que se contentaban con ser meros espectadores de la situación, de aquellos que se resignaban a aceptar la triste situación, "roncando en medio de la tempestad". Dicha tesitura suscitó el odio de los protestantes: "Canisio es un cíni-

co", decía Melanchton. Lo llamaban "*canis austriacus*", el perro austríaco.

Estando como provincial en Baviera y en Austria, ordenó quemar o hacer desaparecer todos los libros de herejes, o al menos obviar el nombre de sus autores para impedir que los estudiantes les cobrasen afecto. En 1554, San Ignacio le había escrito una carta con precisas instrucciones a este respecto. Dicha carta tiene dos partes. En la primera le propone diversas medidas negativas en orden a erradicar la herejía, y en la segunda las disposiciones positivas para solidificar lo que quedaba de fe católica en el pueblo. Allí señalaba la necesidad de que el Rey se mostrase claramente como enemigo de la herejía, que apartase a los herejes de su Real Consejo, que a los profesores de universidades y colegios que hubiesen adherido a la herejía se les quitase de sus cátedras, que los libros heréticos fuesen quemados, que no se tolerase curas o confesores tildados de herejía, ya que, como dice, "más vale estar la grey sin pastor, que tener por pastor a un lobo". Era, por otra parte, lo que de manera inversa hacían los luteranos. Los profesores de la universidad de Wittemberg debían prestar juramento de suscribir la Confesión de Augsburgo. Ningún católico podía ocupar cátedra alguna. ¿Por qué la verdad no podía tomar en su favor los mismos recaudos que la herejía? Para Ignacio no había cosa más grave que difundir el error. Según el P. Brodrick, parece haber aprobado la muerte para los que propagaban la herejía, cosa generalmente admitida en aquel tiempo. "Todo depende del sentido de los valores –comenta el jesuita inglés–. Si

un hombre cree que las almas son más importantes que los cuerpos, juzgará la destrucción de un cuerpo un mal menor que la herejía, que destruye la vida sobrenatural del alma. Esta consecuencia parecía más natural en el siglo XVI que en el XX, donde la mayoría de la gente ya no cree siquiera que posee un alma."

En la segunda parte de su carta, San Ignacio sugiere las medidas positivas que se deberían tomar para remozar la fe y la piedad. Helas aquí: nombrar en todos los puestos de influencia buenos católicos; elegir con cuidado los obispos, predicadores y confesores; enseñar al pueblo la doctrina católica; ejercer una censura rigurosa sobre los libros; proveer a los niños e iletrados de un manual único de la doctrina católica, a los curas y sacerdotes, de un texto más extenso, y a la gente más competente, de un resumen de teología escolástica; establecer varios seminarios en Austria y crear colegios, especialmente para jóvenes nobles, dada la influencia que éstos podrían luego ejercer.

El Papa, por su parte, ordenó por Bula que en el futuro ningún clérigo o laico pudiese enseñar filosofía, teología, derecho, medicina, gramática, y otras artes liberales, sin hacer previamente profesión de fe católica. Canisio dio a conocer y ordenó cumplir lo que el Papa y el Concilio habían dispuesto. En un discurso que pronunció en la universidad de Colonia, ante profesores y miembros del Senado, afirmó que había que cerrar las puertas a personas de fe poco segura, velar sobre los impresores para que no publicasen libros peligrosos, no recibir

misioneros extranjeros que pudieran ser protestantes camuflados, en una palabra, emprender la reforma de la Universidad de acuerdo a los decretos del Concilio de Trento, y no admitir a nadie como profesor, si antes no había hecho profesión de su fe según la fórmula de aquel Concilio.

Finalmente Canisio entendió que para enfrentar debidamente la reforma protestante había que acentuar de manera especial aquellos puntos por ella aminorados o controvertidos, como la devoción a la Virgen, las peregrinaciones, el culto de los santos, la confesión y la comunión frecuentes, etc.

Mantuvo nuestro santo un *trato asiduo con los príncipes y señores temporales*. Nada ansiaba más que la aparición de príncipes convencidos de su responsabilidad, no sólo en el terreno temporal sino también en el campo religioso. Con el emperador Carlos V mantuvo las mejores relaciones. En una de sus cartas le dice: "Doy infinitas acciones de gracias al Dios todopoderoso que nos da a Vuestra Sagrada Majestad por Soberano y Emperador siempre Augusto, y de todo corazón felicito por ello a Vuestra Majestad. Nosotros que vivimos en esta pequeña Compañía de Jesús seguiremos cumpliendo nuestros deberes de oraciones y de Santos Sacrificios a vuestra intención, dirigiéndonos a Aquel que ha fundado al Santo Imperio Romano, lo dirige y lo hace ilustre. Que Él colme a Vuestra Majestad de un celo ardiente por la causa de la religión, vuestra primera inquietud de siempre. Amén."

También tuvo estrecha relación con Fernando I de Austria, y con los duques de Baviera, Alberto V. y Guillermo V. Aprovechaba sus misivas epistolares y su trato para exhortarlos a cumplir su deber de gobernantes católicos y templarles el espíritu, ya que eran, según les decía, "los guías temporales de la Alemania católica". Una carta suya al duque de Baviera resulta esclarecedora a este respecto. En ella le habla de la triste situación de "nuestra Alemania", repleta de católicos con poco celo, donde la gente, que está siempre discutiendo sobre la fe, es cada vez más estéril en las obras. Y ello, le agrega, mientras la flota turca está al acecho, y sus ejércitos hacer cautivos a multitud de cristianos, al tiempo que nos arrebatan ciudades espléndidas y provincias cristianas para agregarlas a su Imperio. ¿No será un castigo de Dios por nuestras disensiones religiosas? Lo exhorta luego a usar de su posición en la presente coyuntura, imitando al gran Carlos, modelo de príncipes alemanes, que frenó con fuerza el ataque protestante, sobre todo en España. "Él podrá sostener vuestra piedad e inspirar vuestras acciones, reforzando vuestras decisiones contra los que en lugar de restaurar la religión católica, la dejan casi extinguirse por sus vacilaciones, su connivencia, su silencio o su consentimiento." Así, concluye, se preservará la gloria de vuestra noble familia "y las generaciones futuras publicarán las alabanzas de la Casa de Baviera, la única, o casi única, en el Imperio, que reclama justamente el título de católica, porque nunca defeccionó de su fe a pesar de tantos asaltos, rodeada, como está, de todos lados por sectarios".

En carta al cardenal Truchsess, donde le comenta la coronación del nuevo emperador Fernando, escribe: "Quizás, por un justo juicio de Dios, la razón de carecer de jefes como Teodosio es nuestra falta de obispos como Ambrosio." Al día siguiente le señala algo semejante al obispo recién elegido para Viena: "El Emperador, si no me equivoco, se revelará a Vos como un Teodosio, en la medida en que os vea obrar como otro Ambrosio." Este último, obispo de Milán en el siglo IV, por su firme actitud frente a Teodosio, Emperador romano, había logrado que éste terminara con la propaganda del paganismo. A Fernando II, que había estudiado con los jesuitas de Ingolstadt, le envió un escrito con "instrucciones sobre la oración, para un Príncipe Cristiano". A un amigo, secretario del rey de Polonia, le escribía que en lugar de perder tiempo en cuestiones cortesanas, tratara de asesorar a su Rey para que llevara adelante una política definidamente católica. "En medio de estas grandes tempestades, elijamos un viento mejor. Cristo duerme, el navío se bambolea y todo perece perdido. Pero confiemos, ya que no duerme el que custodia a Israel."

Su asiduo trato con los príncipes ocasionó que el Emperador lo invitase a participar, como lo señalamos anteriormente, en una de las Dietas por él convocadas, en calidad de consultor. Desde allí escribiría: *"Gott helfe in diesem grausamen Ungewitter"*, Dios nos asista en esta violenta tempestad. De hecho, no se interesó solamente por los temas estrictamente religiosos, sino también por los temporales y políticos, en el grado en que afectaban a

la Cristiandad. Particularmente se mostró preocupado por la amenaza turca. En carta al padre Polanco le decía: “Los turcos están muy cerca de nosotros, y cada día acentúan su avance en Hungría. Ya se entrevé su llegada a Viena y el asedio a la ciudad [...] Nadie sabría expresar la gravedad de la crisis, donde están comprometidas Alemania entera y el Imperio. ¡Podamos derramar nuestra sangre por el amadísimo Nombre de Jesús!” Fue por insinuación de Canisio que el archiduque de Praga se dirigió a defender Hungría con sus soldados, no sin antes restaurar, por un decreto, la vieja costumbre de tañir a mediodía las campanas de las iglesias, para invitar a los cristianos a rezar por los ejércitos que combatían a los turcos. Canisio estaba pendiente de estos acontecimientos.

Cuando la batalla de Lepanto, pronunció un encendido sermón: “El domingo 7 de octubre plugo a Dios reducir el orgullo de nuestros enemigos. Se presentaron seguros de la victoria. Nuestros hombres se reconciliaron con Dios por la confesión y la penitencia, y tras la piadosa exhortación de su General [don Juan de Austria], se comprometieron a combatir por el solo nombre y la gloria de Cristo... ¡Un enemigo embriagado de orgullo y de insolencia por triunfos sin número, reducido a la confusión por un ejército cristiano, bajo un General austríaco que confiesa públicamente su fe y, crucifijo en mano, exhorta a sus hombres a combatir bravamente por el honor de Jesús crucificado!” Don Juan era, a su juicio, un nuevo Carlos Martel.

Escribiéndole al cardenal Truchsess le confió sus temores por la paz de Augsburgo, concluida entre el rey Fernando y los príncipes protestantes, donde quedó legalizado el protestantismo en el Imperio, gracias al principio: *"Cujus regio, ejus religio"*. ¿No era acaso el triunfo de una situación de hecho, un empate dramático, que hacía perenne la existencia del protestantismo? La Reforma recibía la sanción de la ley, viéndose reconocida por primera vez y formalmente, no como una situación pasajera, sino como algo permanente. Quedaba así destruido el Estado católico.

Por lo demás, la relación de Canisio con los *pastores de la Iglesa* fue también muy estrecha. Bien sabía que sólo con buenos pastores, la Iglesia estaría en condiciones de afrontar la tempestad que se había desatado. En un informe de 1557 se declaraba que las seis novenas partes del pueblo alemán eran luteranas; dos novenas pertenecían a sectas diversas; sólo una permanecía católica. No se equivocaba Adriano VI cuando afirmaba que la reforma protestante era "un castigo por los pecados de los hombres, especialmente por los pecados de los sacerdotes y de los prelados de la Iglesia". Si los pastores no hubiesen tenido una fe tan aminorada, un corazón tan tibio, si hubieran hecho sólo lo mínimo de lo que les pedía su cargo, habría sido imposible el éxito de la reforma protestante. Canisio tenía bien en claro esa idea en la cabeza. Cuando tiempo atrás publicó una nueva edición de las obras de San Cirilo de Alejandría y de San León Magno, lo había hecho, entre otras cosas, para mostrar arquetipos de pastores, en el convenci-

miento de que la Iglesia es, en gran medida, lo que la hacen sus obispos. En la dedicatoria del primer volumen presenta al patriarca de Alejandría como un modelo para los obispos de Alemania, sobre todo porque éstos debían afrontar problemas semejantes; ya no eran Nestorio y Apolinario, sino Lutero y Calvino. Habían de batallar con el celo de Cirilo en el corazón, con su autoridad y su piedad apostólicas. Pero, según allí mismo señala, hoy como ayer Judas vela mientras Pedro duerme.

De ahí que no considerara tiempo perdido tratar con los obispos para poder influir sobre ellos. Así fue como se acercó a los cardenales Ethon Truchsess y Stanislas Hosius, ambos hombres eminentes. Igualmente, durante varias sesiones del Concilio de Trento, asesoró a pastores que se dejaban abordar. A Julius Echter, amigo suyo, que acababa de ser elegido principe-obispo de Würzburg, le escribe una carta donde le dice que tendrá, por cierto, grandes dificultades de parte del clero y del pueblo, pero que no deje de confiar en las promesas divinas "que deben dar coraje y confianza a los jefes católicos, aun en medio de las más grandes tristezas y de los peores peligros". De hecho, se convirtió en el consejero fiel de ese obispo, como lo era de los cardenales anteriormente nombrados. Particularmente apreció a San Carlos Borromeo y al cardenal Miguel Ghisleri, futuro Pío V. En sus cartas a los obispos amigos les sugería los lobos que debían separar del rebaño, las escuelas y bibliotecas que era preciso sanear, los ministros del santuario que había que ir preparando, más bien buenos que numerosos, les decía, en una palabra, la reforma

que era menester llevar a cabo, la de su Iglesia y su clero, sin duda, pero también su propia reforma interior. A instancias del cardenal Truchsess, llegó a escribir una obrita que llamó *De officio et reformatione episcopi*. Ni el afecto y veneración que sentía por los buenos obispos, ni la amistad con que algunos lo honraron, hicieron que declinase su voz cuando juzgaba que tenía que hablar. Varias veces, no siempre, obtuvo el eco deseado. Cuando encontraba algún obispo que favorecía a los luteranos, sabía enfrentarlo con entereza. Recordemos aquel arzobispo de Colonia que mostraba simpatía por los herejes. Canisio no se quedó con los brazos cruzados sino que confirió el caso con el Emperador, en ocasión de que éste estaba de paso por esa ciudad; luego reiteró su pedido de audiencia, encontrándolo nuevamente, esta vez en los Países Bajos, e insistió ante el obispo de Liège, tío del Emperador, logrando finalmente que aquel obispo componendero fuese removido de su cargo y sustituido por otro, que era digno.

A un obispo dubitativo le escribe: "Algunos encuentran tan ambigua su explicación de las doctrinas controvertidas, que los herejes lo creen de ellos; su simpatía, afirman, va hacia ellos... El resultado: los católicos dejan de asistir a sus sermones, pues les hace dudar de lo que han aprendido en su juventud [...] Cuando cita un texto del Evangelio que los herejes desvirtúan, y que requiere una explicación, usted duda, y como los marinos que entornan una roca, o los viajeros que evitan una serpiente, pierde tiempo en cuestiones menos útiles para el pueblo [...] Me dirá que un hombre debe adap-

tarse a sus oyentes y no predicar a destiempo. Si lo hace por popularidad, no lo admito, porque la popularidad no vale el peligro corrido por una sola alma."

Canisio fue un *apóstol del verbo*, sea en forma oral, o escrita. Ya desde que era subdiácono había manifestado dotes de gran predicador, defendiendo con denuedo en una parroquia de Colonia la doctrina de la Iglesia. A partir de entonces, y durante medio siglo, no cesaría jamás de blandir, según la expresión de San Pablo, esa espada del espíritu que es la palabra de Dios. Desde el púlpito pronunció un sinnúmero de sermones, en presencia de públicos vastos y selectos. Los redactaba primero por escrito, línea tras línea, y ponía al margen las palabras claves.

Si bien su predicación era la de un buen teólogo, fiel discípulo de Santo Tomás, entendió que no sólo debía mantener la solidez de la doctrina, sino también llegar al pueblo sencillo, tan vulnerado por las corrientes heréticas. Así se propuso publicar un manual, un catecismo para la juventud, que contuviese la doctrina ortodoxa, contrariando los errores que cundían entonces por Alemania. Los luteranos habían hecho algo semejante, claro que para propagar sus ideas. El mismo Lutero los había precedido con gran éxito, repartiéndose más de cien mil ejemplares de su catecismo. San Ignacio estuvo de acuerdo con el proyecto de Canisio. También el rey Fernando se interesó en el mismo, exhortándolo a llevar adelante su obra, con la intención de hacerla obligatoria en sus provincias,

como texto único de enseñanza. En el mismo sentido le escribió a San Ignacio. Éste le contestó diciéndole que, a su juicio, sería mejor dividir la obra en dos volúmenes, uno dedicado a los sacerdotes del campo y otro que sirviese de ayuda para los profesores. El Rey accedió a ello, y publicó un edicto donde tras afirmar que siendo la religión la cosa más sagrada sobre la tierra y el contrafuerte del Estado, y habiendo catecismos que corrompen a la juventud, al punto que por ellos muchos jóvenes dejan la fe de sus padres, resolvió que se hacía necesaria "la acción de un piloto experimentado en el curso de una tempestad". Así dispuso que se publicase un libro de segura ortodoxia, un catecismo único para todos. El libro de Canisio apareció en latín, bajo el título de *Summa Doctrinae christianae*. Se divide en cinco capítulos: la fe, la esperanza, la caridad (en esta última parte se explica el Decálogo y los preceptos de la Iglesia), los sacramentos, y finalmente la justicia (acá se trata de los pecados, las buenas obras, las virtudes cardinales, etc.). Las preguntas son cortas y cuidadosamente redactadas, mientras que las respuestas se extienden en ocasiones a tres o cuatro páginas. Pronto apareció en Viena la traducción alemana, con un oracional adjunto.

De la *Summa Doctrinae christianae* Canisio hizo tres manuales, destinados a diversos públicos. El *Catechismus maior*, contra el gran catecismo de Lutero, adaptado para estudiantes de colegios y clases superiores; el *Catechismus minor*, para alumnos de clases inferiores, con preguntas y respuestas; y un *Catechismus minimus*, para niños y rudos.

El plan se revela muy logrado. Encontramos en dichos textos riqueza de contenido, concisión de estilo, sabor escriturístico y patrístico. Cada una de las grandes afirmaciones doctrinales es refrendada con citas de los Santos Padres.

El emperador Fernando los impuso, según era su intención, como textos exclusivos en todos los colegios e institutos católicos del Imperio. Otro tanto hizo Felipe II en España. Pronto los catecismos circularían en quince lenguas diferentes. Un protestante, el Dr. Drews, así se expresa refiriéndose a esta obra: "El Catecismo de Canisio se ha hecho un nombre en el mundo y a través de los siglos. Es difícil encontrar un libro que goce de mayor difusión que el suyo, ya que 130 años después de la fecha de su aparición, conoció cerca de 400 ediciones [...] Su plan y desarrollo son de una habilidad consumada, y la ejecución es un modelo de lucidez y de exactitud, sin rivales entre los libros católicos. Todas las doctrinas morales y los mandamientos de la Iglesia medieval en él retoman vida nueva, y la fuerza que allí se contiene muestra que se abre la edad de la Contrarreforma." Los protestantes se enfurecieron. Uno de ellos trató a su autor de "perro de monje, terrible blasfemador de Dios, grosero cabeza dura, idólatra, lobo y asno del papa en persona". Otro escribió un libro para probar que "no hay error, mentira y blasfemia en todo el ciego sistema de la Papistería, de los que Canisio sin pudor no dude en cubrirse". Sin embargo en un Diccionario se reconoce: "Los Catecismos de Canisio significan sin duda más para la Contrarreforma que los Catecismos de Lutero para la Reforma." Siglos

después Pío XI diría que el Catecismo de Canisio "no era indigno de los Padres de la Iglesia". Un autor alemán del siglo XX asegura que "aun en nuestros días, en algunos lugares se puede oír a los padres preguntar a su hijo: «¿Has aprendido tu Canisio?»" "Canisius" y "Catecismo" fueron tenidos por sinónimos. En última instancia, su Catecismo no constituyó sino una prolongación del Catecismo del Concilio de Trento, vuelto más accesible a todos los cristianos.

No fueron los Catecismos la única obra del santo. Escribió también otros libros, como por ejemplo un manual de piedad para uso de Fernando II de Austria. Pero su obra teológica más importante la redactó con motivo de la aparición de un extenso escrito del croata Flacius Illyricus, así llamado porque vivía en la región denominada Iliria. Este hombre, muy aficionado al luteranismo, había escrito varios libros llenos de odio al catolicismo. Su obra principal se llamó *Centurias de Magdeburgo*. El designio principal del autor era demostrar la corrupción gradual del ideal apostólico inicial y la intrusión de los Anticristos en el templo de Dios. Allí se decía que la religión de los Evangelios y de la primitiva Iglesia era buena, preludiando el luteranismo, como se ve por el tema de la justificación por la fe, que propició Lutero, doctrina netamente paulina. Todo aquello se fue tergiversando por el catolicismo en el curso de los siglos. Las *Centurias* llegó a ser una especie de "*Summa*" anticatólica, donde se reunían todos los argumentos contra Roma y los Pontífices. Entre otras fábulas absurdas, incluía la ridícula historia de la papisa Juana, aquella mu-

jer que, según la leyenda, se hacía pasar por hombre; llegada a Roma fue hecha cardenal, y luego Papa, reinando durante dos años, hasta que en un paseo sintió dolores de parto...

Los jesuitas salieron a responder la obra de Flacius. El primero que lo hizo fue San Roberto Belarmino, quien publicó sus famosas *Controversias*, monumental tratado latino, traducido pronto a todas las lenguas, donde luego de exponer las doctrinas de Lutero y de Calvino, se daba la respuesta correspondiente desde el punto de vista de la fe católica. También expuso el pensamiento de otros autores protestantes, entre los cuales nuestro Flacius, no desdeñando contestar las más absurdas fábulas de las *Centurias*, incluida la de la papisa Juana. La obra constituyó un arma espléndida tanto para los predicadores como para los profesores. San Roberto fue proclamado "profesor de controversia" en la Universidad Gregoriana de Roma, luego lo nombraron obispo de Capua y cardenal, dedicándose a formar cientos de discípulos para la lucha doctrinal. Con justo título San Pío X lo declaró Doctor de la Iglesia.

También Pedro Canisio, a pedido de San Pío V y de San Francisco de Borja, desenmascaró en un libro los errores de las *Centurias*, en base sobre todo a los Padres griegos y latinos, principalmente el Crisóstomo y San Agustín, así como recurriendo a autores medievales y de su época. De dicho libro dijo el padre Alfonso Salmerón: "Revela una rara y maravillosa piedad, profundos conocimientos, una cuidadosa lectura de los Padres, un gran senti-

do de la controversia, y la interpretación genial y ortodoxa de la palabra de Dios, todo ello expuesto en un estilo tan límpido y tan oportuno, que el lector queda impresionado, transportado y maravillosamente encantado." En carta al mismo Canisio le escribía: "Es el cometido de un bravo soldado, cuando se encuentra en el campo de batalla, luchar con el enemigo cuerpo a cuerpo, y darle golpes mortales; fuera de las filas lleva una vida tranquila y piensa solamente en la paz. Tú estás en Alemania en el campo de batalla [...] A ti te toca combatir valientemente, comprometerte cada día a nuevos combates, tirar tajos y estocadas con tu espada, la palabra de Dios, usada para sostener falsas doctrinas, a cada hereje insolente que te desafía al combate, cual otro Goliat [...] Pero para nosotros, que vivimos en paz, nuestro deber es otro: sostener a los católicos en su fe ancestral, e implorar todas las bendiciones y favores del cielo sobre ti, que haces frente al enemigo..." El cardenal Hosius le confió al padre Polanco que la unción de Canisio le hacía soñar con los antiguos Doctores de la Iglesia.

Cierta vez, para sembrar confusión, algunos protestantes hicieron correr la voz de que Canisio se había pasado a sus filas. Para desmentir tamaño infundio, el santo hizo pública esta conmovedora declaración: "Te confieso, Padre, Señor del cielo y de la tierra, mi Creador y mi Redentor, mi fuerza y mi salvación, que no he cesado desde mi infancia de alimentarme del pan sagrado de tu palabra [...] No reconozco a Lutero; rechazo enteramente a Calvino; a todos los herejes les grito «anatema». No quiero nada de común entre mí y los que no com-

parten conmigo la única y misma regla de fe en la Iglesia Romana, Una, Santa, Católica y Apostólica [...] De esta Iglesia Romana, que otros menosprecian con blasfemia, me proclamo hijo; y de su autoridad no me separo ni el espesor de un cabello. Jamás rehusaré derramar mi sangre y mi vida en testimonio por la Iglesia de Roma [...] Con San Jerónimo, profeso libremente que quienquiera se una a la caridad de Pedro, es mío; con San Ambrosio, deseo seguir en todo a la Iglesia Romana; con San Cripriano, la tengo con reverencia por la raíz y matriz de toda la Iglesia Católica. Permanezco en la doctrina de la fe que he aprendido desde mi infancia, que afirmé en mi adolescencia, que corroboré en mi edad madura, y que he defendido hasta acá con lo mejor de mis débiles medios. No es por una ventaja temporal o el favor de alguna persona, ni contra mi conciencia [...] que he soportado o sostendré aún el peso de un teólogo católico [...]" La Iglesia, que nunca dudó de su fidelidad, no tardó en reconocerle sus méritos. El papa Pío IV lo felicitó no sólo por su inteligencia sino también por su coraje en refutar a los herejes y tratar de volver a llevar las ovejas perdidas al rebaño de Pedro, al tiempo que lo exhortaba a insistir en su trabajo y a no cansarse de obrar el bien.

Muy relevante consideró Canisio la tarea del escritor católico. A dos sucesivos superiores generales de su Orden, San Francisco de Borja y el padre Rodolfo Aquaviva, les propuso el proyecto de formar un grupo de escritores, que se compondría de sujetos capaces, reunidos de diferentes países, para trabajar concretamente en la composición de

obras de controversia y la refutación de los errores en boga. Que a cada panfleto luterano respondiesen con algún escrito católico. Cuando encontraba a alguien con talento para escribir, le suplicaba y lo animaba, hasta que obtenía de él la promesa de un libro. De sí mismo llegó a preguntarse si no haría mejor en dejar el ministerio de la palabra para consagrarse al apostolado de la pluma. "Un escritor –decía– vale más en Alemania que diez profesores."

Otra faceta de la personalidad de San Pedro Canisio fue su predilección por los jóvenes. Alguien ha afirmado "que lo más canisiano que hubo en Canisio fue su amor por la juventud". En razón de ello no podía sino compartir la idea de los jesuitas de que la mejor influencia que se podía ejercer sobre un pueblo era a través de los *colegios y universidades*. Se ha dicho que si todas las demás obras de Canisio no hubiesen existido, si el único fruto de su vida hubiese sido la educación de la juventud, bastaría ello para que se lo considerase como el gran apóstol de Alemania. Resulta impresionante la lista de las ciudades donde Canisio estableció colegios, o preparó el terreno, o respaldó su fundación: Colonia, Viena, Praga, Ingolstadt, Innsbruck, Strausburg, Treveris, Friburgo, Dillingen, München, Würzburg... Este conjunto de colegios pusieron un coto al avance de la herejía, que debió detener su marcha al toparse con esos bastiones de la fe católica. Asimismo usó Canisio toda su influencia para que se estableciesen en Roma diversos institutos de jóvenes de diversos países: bohemios, polacos, alemanes, daneses, noruegos, ingle-

ses y de otras naciones, para que allí fuesen instruidos en las diversas ramas del saber, de modo que se convirtiesen luego en lo que él gustaba llamar "los caballeros de la Santa Fe" en sus diversas patrias. Además recomendó que el Papa y los Cardenales invitasen a pasar algunos días a sus palacios de Roma a hijos de las familias nobles de Bohemia, Polonia y Alemania, para que se aficionasen más a la Santa Sede.

Tampoco descuidó las universidades, institución imprescindible para formar dirigentes. Así, cuando con algunos compañeros llegó a Ingolstadt, lo primero que hizo fue pedirle al duque Guillermo IV que les diese una casa independiente, para trabajar en la Universidad, de modo que en dicha residencia pudiesen recibir jóvenes y formarlos debidamente. Allí establecieron un colegio. El "*collegium*", en este caso, no correspondía por aquel entonces a lo que hoy llamamos así, sino que era una especie de pensionado de estudiantes, una pequeña ciudad universitaria donde se alojaba un grupo de jóvenes; en ese lugar comían, estudiaban, rezaban y descansaban, bajo el control de algunos jesuitas, que se abocaban a la formación espiritual, intelectual y moral de sus moradores. Principalmente trataban de introducirlos en el conocimiento de Santo Tomás, complementando dichos estudios en las clases de la Universidad. Canisio los quería pocos pero decididos, aguerridos en su fe, mejor que una multitud dispuesta a flirtear con los enemigos de la Iglesia. "En estas «horas de tempestad» –decía– se necesitan jóvenes que sean tratados como enemigos por los enemigos de Dios, amigos de sus

amigos, verdaderos hijos de la Iglesia." Tales eran los jóvenes que se requerían en circunstancias tan difíciles, "cuando el peligro de naufragio es común a todos". Sólo teniéndolos reunidos y formándose como un conjunto de amigos y de combatientes, se lograrían los resultados apetecidos. Grupos renovados de sacerdotes y laicos saldrían de esos "colegios", agrupándose para regenerar Alemania.

Pronto Canisio redactó para dichos colegios, especialmente los de Praga e Ingolstadt, sendos reglamentos, que serían los primeros ensayos del futuro *Ratio Studiorum*, que regiría también a los colegios entendidos en el sentido como hoy los entendemos. Una sección se consagra a la tarea del prefecto de estudios, otra a los profesores, y la última a los estudiantes. Allí se determina que los profesores, que deberán ser paternalmente cordiales con los jóvenes, levantando siempre sus ojos a la imagen del único Maestro perfecto, nuestro Señor, no dirán una sílaba por tratar de atraerlos a la Compañía. A fines del siglo XVI, sólo tres años después de la muerte de Canisio, la Compañía tenía a su cargo cuarenta colegios en las zonas influidas por la herejía. Muchos de los que allí realizaban sus estudios abrazaron el sacerdocio, jugando un importante papel en la reconquista.

También insistió el santo en la necesidad de erigir *seminarios* en tierra alemana, según lo había decidido el Concilio de Trento. "Sin buenos seminarios –le escribe al padre Aquaviva–, los obispos no llegarán nunca a remediar el mal actual." En un sermón que predicó en la catedral de Augs-

burgo se preguntaba por qué había tan pocos sacerdotes. Lo que en realidad faltaba era el celo de las almas. Éste no podía arder en los sacerdotes veteranos que recitaban el Oficio más con los labios que con el corazón; que no ponían amor de Dios en su canto, como lo hacía David; ni celo, como Jeremías; ni deseos, como Pablo. "Llevamos fuego en nuestros pechos, pero permanecemos fríos. Tantos pastores infieles, tantos perros mudos y doctores ciegos." De ahí la urgencia de suscitar un nuevo clero. Habría que implorar de Dios muchas y generosas vocaciones. "El Señor duerme, es verdad, pero dormita sólo para poner a sus elegidos en prueba, dejando venir sobre ellos una cruel tempestad; y cuando toda esperanza parece desvanecerse, se levanta y, con un gesto, apacigua los vientos desencadenados. Él quiere que aceptemos durante este tiempo nuestro peligro, nuestra debilidad, nuestra nada; que golpeemos con nuestra oración y nuestras lágrimas a la puerta de la gracia; entonces él viene a abrirnos y coronar nuestra perseverancia."

Luego de haber permanecido durante treinta años en Alemania, recorriendo todas las regiones a su cargo, sus superiores lo destinaron a *Suiza*. Sería una nueva etapa, la última, de su vida. Se trasladó, entonces, a la ciudad de Friburgo, donde comenzó a predicar con la frecuencia que sus fuerzas le permitían. Ya era anciano, un fantasma del hombre vigoroso que había sido. Sin embargo todavía suscitaba emoción cuando, con voz tenue, explicaba que los jesuitas habían sido hechos para "enseñar a la juventud, predicar al pueblo, lograr

que volviesen los pecadores, ayudar a los enfermos, hacer retornar al camino de la verdad a los que se han perdido lejos en la herejía". Sacando fuerzas de no se sabe dónde, se propuso instalar una imprenta en la ciudad. No podía con su genio, siempre pletórico de creatividad. Si "los libros tenían siempre para él algo de sacramental", como dijo el P. Brodrick, ahora que no podía predicar tanto como antes, sentía una necesidad irresistible de enviar a aquellas tierras muchos de esos silenciosos embajadores de su misión. "Por persuasión del Rev. Padre Pedro Canisio, que permaneciendo acá constituye el ornato de nuestra ciudad –afirmaron los senadores de Friburgo–, hemos adquirido una imprenta, con gastos considerables, y contratado los servicios de un impresor." En buena parte gracias a Canisio, el cantón de Friburgo fue preservado de la herejía, e incluso conoció un verdadero reflorecimiento de la piedad católica.

Ya el santo se encontraba tan débil que apenas si podía caminar. Entonces retomó la pluma para dirigir un afectuoso adiós, con mano temblorosa, a los colegios por él tan amados de Innsbruck y de Friburgo. Nos cuentan las crónicas que un día les dio una plática a sus hermanos de vida religiosa. Para extrañeza de todos, quiso pronunciarla no en la capilla sino en el jardín de la casa. "Tenía que hablaros hoy, y durante mucho tiempos dudé sobre qué tema. Me decidí por fin a reuniros en nuestro jardín, en este hermoso mes de mayo, y espero que nadie levante objeciones contra esta idea. Como otros religiosos, poseemos un jardín unido a la casa; los monjes de los antiguos tiempos velaban

con cuidado para que cada monasterio tuviese el suyo. ¿Cuál era la razón de ello? Sabían que el arco no puede estar siempre tenso; el religioso no puede rezar sin interrupción, cantar, estudiar, meditar, o dedicarse a otros ejercicios espirituales, ya que el cuerpo tiene necesidad de recreación. Conocían también todas las ventajas que los religiosos sacan del buen uso de su jardín. Recordaban, por ejemplo, que eran los hijos de su primer padre, Adán, por cuyo amor Dios plantó un jardín desde los comienzos [...], y les volvía a la memoria cómo aquél fue echado para un miserable exilio, como consecuencia de su desobediencia a Dios. Pero un jardín habla también del segundo Adán, que eligió comenzar allí su Pasión, y expió por su obediencia el pecado del primer Adán [...] ¿Dónde Cristo tenía la costumbre de rezar por la noche, sino en el Monte de los Olivos, donde se encontraba un jardín, hecho conocido de Judas, que allí fue a buscarlo con la cohorte? ¿Dónde eligió ser enterrado? ¿Dónde se apareció a Magdalena? Y cuando resucitó, ese sembrador que iba a esparcir su semilla, se presentó bajo la apariencia de un jardinero [...]

"Veamos ahora la manera razonable de usar de nuestro jardín. Cuando en él entramos, y llegamos a la fuente, debemos purificar nuestra intención, como siempre al empezar una acción nueva [...] Debemos subir para llegar allí, y cada cual puede acordarse de textos como «He aquí que subimos a Jerusalén» o «Pedro y Juan subieron al templo [...]» Allí pueden ver como un libro abierto donde aprenden a conocer a Dios [...] Las páginas de este libro son las hojas de los árboles, las flores y el cés-

ped, si sabemos leerlos, porque Dios no ha hecho nada, por humilde que sea, que no declare al sabio la sabiduría, el poder y la bondad de su Creador, o no deje de incitarlo a su alabanza y a su amor, puesto que todo lo ha creado en número y en medida, algunas cosas para uso del hombre, otras para su placer, otras también para la belleza de este mundo.

"Pero nuestro jardín nos reserva una lección nueva: sus flores y sus árboles nos enseñan la obediencia en nuestra vocación, el agradecimiento, la sumisión y el respeto de Dios, y al mismo tiempo nos convencen de la locura de nuestros pasos cuando deseamos u obramos contra las disposiciones divinas. Yo puedo decir al jardín: «El invierno ya ha pasado, la lluvia ha cesado, las flores aparecen sobre nuestra tierra» (Cant 2, 11); pero mi alma está todavía en medio del invierno, mi alma no ofrece floración alguna. Desgraciado de mí, si el Jardinero vuelve entonces a buscar fruto y flores en su jardín [...]"

¡Espléndida plática de comunidad de este hombre tan anciano, rebosante de sabiduría! Siempre, hasta el fin, siguió sintiendo en sus entrañas el dramatismo de la época. Sus epístolas postreras están llenas de ansiosas alusiones a las guerras religiosas de Francia, o a la agonía de los Países Bajos bajo la opresión calvinista. ¡Le dolía la Iglesia! Su última carta es del adviento de 1597. Ocho días después entregó su espíritu al Señor.

Cerremos esta breve biografía de San Pedro Canisio, hombre realmente polifacético: educador de

la juventud, predicador y misionero, organizador y sostén de su Orden religiosa, consejero y director espiritual de príncipes, amigo de los buenos obispos, campeón del catolicismo en las Dietas del Imperio, teólogo del Concilio, nuncio de los Papas, escritor proficuo... En su vida tan ajetreada hay una idea dominante, una idea que es misión: oponer a la pretendida reforma de los novadores un movimiento de verdadera reforma católica, para consolidar la fe en los territorios que permanecieron fieles a Roma y hacer de esos lugares un baluarte contra el avance del protestantismo que amenazaba con invadir la Alemania entera.

En la Europa de aquel tiempo fue Canisio uno de los más decididos propugnadores del Concilio. Tan impregnado estaba de su espíritu que, al decir de varios estudiosos, si se hubiesen perdido todos los decretos de dicha Asamblea, se los habría vuelto a encontrar en el corazón del santo. A este respecto ha escrito un historiador protestante alemán: "Quizás los decretos de Trento hubieran permanecido letra muerta, si la Curia Romana no hubiera encontrado el auxiliar que tomó a pecho hacerlos cumplir: la Compañía de Jesús. Ella se encontraba entonces establecida en Alemania gracias a Pedro Canisio, y durante más de veinte años este jesuita debía ser allí el gran promotor de sus actividades." Los principios del Concilio constituyeron el fondo mismo de las tendencias que impulsaron su apostolado. Y ello no sólo en Alemania, como vimos, donde trabajó durante cuarenta años, sino también en Holanda, Bélgica, Italia, Sicilia y Austria. Asimismo fue el primer jesuita que penetró en Polonia,

luego de la irrupción luterana. En 1600 esa nación se convertiría totalmente, en buena parte por la obra de sus hermanos en religión. "Hace poco tiempo aún –escribía en 1598 el Nuncio en Polonia– se podía temer que la herejía sumergiese al catolicismo; hoy es el catolicismo quien lleva la herejía a la tumba."

Uno de los principales ciudadanos de Augsburgo confesaba: "Tenemos a Herr Canisius por un teólogo y un predicador tan santo y tan sabio, que en justicia debería parecer una preciosa joya al venerable capítulo [de la ciudad], e incluso la gloria de Alemania, y un pilar de la Iglesia universal." León XIII dijo de él que era "un hombre de una elevada santidad, otro Bonifacio, apóstol de Alemania". De hecho, la acción de Canisio en el siglo XVI, y la de Bonifacio en la época carolingia, pueden ser puestas en paralelo. Ambos fueron los dos grandes apóstoles de Alemania, uno para convertirla al catolicismo, otro para devolverla a la Iglesia.

Alguien dijo de él: "¡Oh feliz Iglesia que mereció en esta tempestad poseer un defensor de tanta envergadura!" En su historia eclesiástica, refiriéndose al santo, escribe Juan Schuck: "Se queda uno desconcertado al seguir el curso de su vida y tratar de descubrir las huellas que va dejando ya aquí, ya allí; tan ancho es el campo en que se mueve. Ancho, no solamente por el espacio en que se mueve, sino también por los asuntos que trata. Canisio domina toda clase de actividades apostólicas. Funda una serie de colegios y de casas, que a la larga serán puntos de apoyo y bases de la obra de edu-

cación y formación católica; está como en su centro lo mismo en la cátedra que en el púlpito, en la corte que en las asambleas nacionales, de las que apenas se celebró una en su tiempo a la que no asistiese; es consejero de los obispos alemanes, de los príncipes, del Papa; es él, y esto es menester destacarlo, lo mismo apóstol de la palabra hablada que apóstol de la palabra impresa. De su pluma salieron más de 30 obras." Pío IX lo beatificó en 1864. En 1925, Pío XI lo canonizó y lo proclamó Doctor de la Iglesia.

VI. El esplendor postridentino

Mucho costó convocar el ansiado Concilio ecuménico de la Iglesia. Bien dice W. Lewis que un sagrado deber de todos los liberales parece haber sido disminuir la importancia de este Concilio, sosteniendo que fue un fracaso desde el comienzo, que no estuvo bien organizado, que su método de votación era equivocado, que no resultaba representativo, que el Papa no lo deseaba (lo cual tiene algo de verdad), que al Emperador tampoco lo entusiasmaba demasiado, que no sirvió de nada, que sus miembros eran casi todos españoles, o que eran casi todos italianos, etc, etc. Sea lo que fuere, lo cierto es que el Concilio que se inauguró en Trento el 13 de diciembre de 1545, durante el pontificado de Paulo III, y se clausuró en 1563, siendo papa Pío IV, significó un espaldarazo a la verdadera reforma católica y al renacimiento católico en Euro-

pa. De haberse realizado cincuenta años antes, quizás su hubiera podido salvar la unidad de Occidente. Como lo hemos dicho más arriba, pocos meses después de la inauguración del Concilio, murió Lutero en su pueblo natal de Eisleben, a la edad de 63 años.

Se ha afirmado que el Concilio no tuvo en cuenta las opiniones de los protestantes. No fue así. Carlos V atendió seriamente su demanda de ser atendidos por la magna asamblea, a la que de hecho asistieron con salvoconductos imperiales y tuvieron la máxima libertad para exponer sus posiciones. El Emperador había abrigado grandes esperanzas en ello, pero como no era teólogo, aunque sí un hombre de fe arraigada, creyó que había que empezar por los abusos y por las medidas disciplinares, no apreciando quizás la magnitud del abismo doctrinal que separaba la antigua fe de la nueva. Por eso, no bien los delegados protestantes comenzaron a hablar, se advirtió cuán difícil era la reconciliación apetecida. Poco después Carlos V se retiró de la función pública. Cuando en el palacio de Bruselas, en una conmovedora ceremonia, descargó sobre su hijo Felipe buena parte del peso del gobierno, su último y principal consejo fue: "Hijo mío, mantén en toda su pureza la fe católica." A lo que éste contestó: "Así lo haré, padre mío." Felipe cumpliría formalmente su promesa hasta el extremo.

1. *Los Papas que aplicaron el Concilio*

Ya antes de que se iniciase, el papa Paulo III había preparado la renovación que el Concilio propiciaría, incluyendo en el Sacro Colegio a obispos convencidos de la necesidad de la reforma, hombres de vida íntegra y de alma ardiente. Refiriéndose a este Papa, afirmó por aquel entonces un obispo polaco: "Para juzgarlo rectamente no es necesario más que observar los consejeros de que se ha rodeado." Para muestra basta mencionar a los cardenales John Fisher, Reginaldo Pole, Pedro Caraffa, Miguel Cervini, entre otros, algunos de los cuales, además de ser hombres de Iglesia, fueron grandes diplomáticos, canonistas insignes o elevados humanistas. Tomó asimismo diversas medidas como crear una "comisión de reforma" y restaurar la Inquisición. Además, advirtiendo el papel que representaba el libro en la propagación de la herejía, instauró el Indice, o sea, una lista de libros prohibidos. Luego convocó el Concilio, con todas las dificultades que conocemos. Eran momentos sumamente difíciles, como él mismo lo reconocería, "en medio de toda esta turbulencia de herejías, de discusiones, de guerras, en medio de las más terribles tempestades que jamás haya afrontado la barca de Pedro". He aquí justificado, una vez más, el título de nuestra serie: *La Nave y las tempestades*. Aquel Papa experimentaba angustia y suplicaba al Señor "que le reconfortara y armara su espíritu de fuerza y de constancia, y a su inteligencia del don de la sabiduría".

Una vez terminado el Concilio, quedaba por dar el paso decisivo, su aplicación. Tres Papas afrontaron dicho emprendimiento, por lo que la gente los llamó “Papas reformadores”.

El primero fue *Miguel Ghisleri*, que tomó el nombre de Pío V (1566-1572). Era un fraile dominico de intensa vida interior y extraordinario celo por la fe católica frente a las nuevas y deletéreas corrientes ideológicas. Desde un principio se entregó de lleno a los dos objetivos que se había propuesto: la reforma de las costumbres, según los decretos tridentinos, y la defensa de la fe combatida en todas partes. En lo que concierne al primer punto, comenzó reformándose a sí mismo, como lo había postulado el Concilio, ofreciendo el más vivo y austero ejemplo de espíritu religioso, y esmerándose en preocuparse por los pobres, entre quienes distribuyó las grandes sumas que otros Papas habían dedicado a banquetes y fiestas.

En el primer consistorio que siguió a su elección, pronunció un discurso realmente definitorio. “No paralizaremos el progreso de la herejía –comenzó diciendo– sino moviendo el Corazón de Dios. Corresponde a nosotros, luz del mundo y sal de la tierra, llevar la claridad a los espíritus y animar los corazones con el ejemplo de nuestra santidad y de nuestras virtudes.” Por cierto que no se quedó en palabras. Pronto Roma supo que el nuevo Papa vivía en una celda monacal, no bebía más que agua, y se pasaba horas enteras en oración ante el Santísimo. Se abocó asimismo al mejoramiento espiritual del pueblo y la reforma de las costumbres, lu-

chando contra las fiestas inmorales y procurando con energía suprimir todo tipo de usura, para lo cual creyó conveniente relegar a los judíos a ghetos y barrios propios. La reforma de la Curia romana incluyó la supresión total del nepotismo. En adelante el Papa escogería los nuevos cardenales y obispos entre los que sobresalían principalmente por sus cualidades morales. Fue un golpe de timón decisivo, ya que una buena parte de los dignatarios eclesiásticos se consideraban más como príncipes seculares que como pastores religiosos. Urgió también el Papa el cumplimiento de la ley de residencia de los obispos, en que tanto había insistido el Concilio. Se advirtió a los recalcitrantes que si permanecían en Roma corrían el riesgo de ir a parar al Castillo de Sant'Angelo, es decir, al calabozo. La Providencia le deparó para todo ello el ejemplo admirable de San Carlos Borromeo, cuya actividad reformadora sirvió de modelo a otros muchos prelados. Al mismo tiempo, el Papa se preocupó por la mejora de las Órdenes religiosas.

Asimismo, y para dar cumplimiento a los decretos tridentinos, Pío V llevó a término la redacción y la ulterior publicación del célebre *Catecismo*, designado como *Catecismo tridentino o Catecismo de Pío V*. De hecho existían ya algunos catecismos, pero por lo general estaban destinados al pueblo y a los niños. El nuevo catecismo, profundo y claro a la vez, tenía por destinatarios tanto al clero como al pueblo cristiano en general. Juntamente con la enseñanza de la verdadera doctrina cristiana, debía ordenarse el culto y la liturgia católica. Por ello, si-

guiendo igualmente el encargo recibido de Trento, quiso Pío V publicar una nueva edición del *Oficio divino*, que necesitaba ciertamente de reforma; estaba demasiado abultado, e incluso contenía himnos mitológicos, del gusto renacentista. También promulgó el *Misal Romano*. Hubo además una cuarta publicación de que se habla menos. Entendiendo este gran Papa dominico, que el pensamiento de Santo Tomás podría ser la base más sólida para reedificar la Iglesia "como una mole estable frente a las tempestades", tras proclamar al Aquinate Doctor de la Iglesia, dispuso que dos teólogos preparasen una edición definitiva de la *Summa Theologica*, de modo que pudiera ser enseñada en las Universidades.

Pero entre tanto no olvidaba el Papa otros objetivos de su pontificado, cuales eran la defensa de la fe y la respuesta al peligro turco. Para ello tuvo que enfrentarse de manera decidida ante todo con el protestantismo, que había hecho grandes progresos en Alemania, Suiza e Inglaterra, y amenazaba apoderarse de Francia y los Países Bajos, y también con el Islam, que acosaba peligrosamente a la Cristiandad. En lo que toca a la lucha contra el protestantismo, es evidente que su acceso al trono pontificio levantó un dique de contención al avance aparentemente invicto de los novadores en el centro y norte de Europa, particularmente en los Países Bajos, Francia e Italia. A los príncipes en estado dubitativo, los exhortó a definirse de una vez, volviendo plenamente al seno de la Iglesia, a promover en sus países la reforma católica, y a luchar con todos los medios a su alcance contra la herejía.

En Alemania, Maximiliano II, que parecía inclinado a peligrosas concesiones, poniendo en pie de igualdad a católicos y protestantes, fue frenado por el Papa con una amenaza de excomunión. En los Países Bajos, el duque de Alba, que luchaba contra los protestantes, recibió el aliento de Pío V y su bendición. En Polonia, Segismundo II, cuya situación en el trono era débil, trataba de reconducir a su pueblo a la fe romana, y el Papa lo ayudó lo más que pudo. En todas estas naciones logró su objetivo, preparando el posterior contraataque. Mucho más difícil se presentó la situación en Inglaterra. Como la reina Isabel estaba firme en el trono y no parecía cejar en sus propósitos anticatólicos, el Papa la excomulgó, esperando así quebrantar su poder y ayudar a la resistencia católica. Es probable que la época no estuviese predispuesta para un acto de este género, tan del espíritu medieval. Históricamente fue en esos tiempos la única excomunión de un príncipe. Por lo demás, tuvo un efecto contraproducente, ya que la Reina se afianzó en el poder, retomando con nuevos bríos la persecución a los católicos. Mucho más eficaz fue la labor de Pío V en Italia, donde encontró el apoyo de los príncipes, y también en España, donde la Inquisición secundó sus propósitos.

Quizás su política fue más exitosa en lo que toca al Islam, ya que logró volcar a una parte importante de la Cristiandad en la campaña contra los turcos. Envalentonados éstos con las grandes victorias de Solimán el Magnífico, bajo el reinado de su hijo, Selim III, se propusieron conquistar la isla de Chipre, para invadir después a Italia, con la intención

manifiesta de llegar hasta la misma Roma. Ante tal peligro, el Papa logró constituir "la Santa Liga", formada por Venecia, España y la Santa Sede. Una flota se reunió bajo el mando de don Juan de Austria, quien el 7 de octubre de 1571 hizo frente a la armada turca en el golfo de Lepanto. Sobre la proa de la nave almirante, con un crucifijo en las manos, don Juan en persona dirigió la acción. La flota enemiga fue incendiada o cautivada. A bordo de un navío de los vencedores se encontraba un soldado herido, con el brazo dislocado. Era Miguel de Cervantes, quien cantaba con sus compañeros el *Te Deum* de la victoria. El triunfo fue resonante, dejando sumamente herido al poder musulmán.

Tras San Pío V, subió al trono pontificio Hugo Buoncompagni, quien tomó el nombre de *Gregorio XIII* (1572-1585). Si bien tiempo atrás había llevado una vida bastante borrascosa, bajo el influjo de Carlos Borromeo se convirtió, entregándose de lleno al ideal de la reforma católica. Al ser elegido Papa emprendió la más decidida batalla tanto en pro de la reforma católica como de la defensa de la fe contra el protestantismo. Apoyándose decididamente en la Compañía de Jesús, a la que encomendó importantes misiones de reforma, se rodeó de colaboradores eminentes, al tiempo que seleccionó cuidadosamente los prelados que iba nombrando en diversos países de Europa. De este modo y con el apoyo del cardenal Borromeo, logró progresos sustanciales.

En lo que toca a la defensa de la fe, amenazada por la reforma protestante, se empeñó en consoli-

dar algunos Colegios que funcionaban en Roma, para que de ellos saliesen los futuros militantes de la Iglesia en los territorios "ocupados". Así, el famoso "Colegio Romano", ideado por San Ignacio para ser como el seminario de todas las naciones, especialmente las más afectadas por la herejía, recibió del Papa un nuevo edificio, con decenas de aulas, centenares de habitaciones y abundantes rentas. En homenaje a este gesto del Papa, en adelante aquel Colegio fue designado como "Universidad Gregoriana". De manera semejante dotó al "Colegio Germánico", destinado a formar en la doctrina más ortodoxa a los jóvenes seminaristas alemanes, que luego retornarían a su patria. Asimismo estableció otros Colegios semejantes, como el "Colegio Húngaro", que luego unió con el Germánico, el "Colegio Inglés", instituido para la debida formación de los ingleses fugitivos de su patria, el "Colegio de los Griegos" y el "Colegio de los Maronitas".

El tema del peligro turco, nunca del todo soslayado, a pesar de la batalla de Lepanto, siguió atormentando la mente del papa Gregorio. A pesar de todos sus esfuerzos no le fue posible, como lo había logrado su predecesor, organizar de nuevo una Liga entre los príncipes cristianos para retomar la cruzada contra los turcos, y también contra Isabel de Inglaterra. Por otro lado, envió al célebre jesuita Antonio Possevino con una embajada especial a Rusia, por ver si ésta se volvía a unir con Roma, lo que tampoco resultó. Mucho más exitoso fue su trabajo en pro de la renovación interior de la Iglesia. Las nuevas órdenes religiosas, en unión con

las antiguas, ahora rejuvenecidas, trabajaron intensamente para la causa de la reforma eclesiástica.

En 1585 moría Gregorio y fue elegido Félix Peretti, quien eligió llamarse *Sixto V* (1585-1590). Era un franciscano de humilde origen pero de talento superior, un hombre realmente genial. Antes que nada se abocó a establecer el orden en los Estados pontificios, que dejaban mucho que desear, restableciendo rápidamente la justicia. Asimismo desarrolló una intensa actividad edilicia. Sixto V fue un gran mecenas, protector de las artes y de las ciencias, merced a lo cual logró hermosear a Roma con insignes monumentos. Fue en su tiempo cuando se dio término a la cúpula de San Pedro, tras lo cual ubicó en el centro de la plaza el célebre obelisco, que hasta entonces se encontraba en el antiguo circo neroniano. Asimismo estableció en la Santa Sede quince dicasterios, con el encargo de despachar los diversos asuntos de la curia romana. Para cumplimentar mejor la reforma tridentina en los diversos países de Europa, insistió en la visita *ad limina* de los obispos diseminados a lo largo y lo ancho de la Cristiandad, donde debían rendirle cuenta del modo como en sus diócesis se iba aplicando la reforma católica.

El siglo XVI contempló un verdadero resurgir católico. No fue ya el resultado de un movimiento contestatario o rebelde, al estilo de los protestantes, que atentaban contra la existencia misma de la Iglesia, o contra la doctrina católica. Debía permanecer intacto al patrimonio secular heredado por la Iglesia, las verdades de la fe, los preceptos de la moral,

los sacramentos, la autoridad jerárquica, los ritos litúrgicos, todo lo esencial, buscándose más bien la forma de hacerlo fecundo no sólo en cada alma, sino también en el orden temporal, y también poniéndose muchísimo más cuidado en la selección y formación del clero. Este resurgir no iba enderezado contra las instituciones de la Iglesia, sino contra los defectos de sus hombres. Tal fue la reforma católica, la verdadera, gracias a la cual en la segunda mitad del siglo XVI la misma Iglesia presentó un aspecto completamente diverso, se mostró remozada, rejuvenecida.

2. *Renovación de la vida cristiana y de los estudios*

La vida cristiana comenzó a reflorecer. Se acabaron las dudas y las explicaciones retorcidas sobre la presencia de Cristo en la Eucaristía. La Santa Misa, fijada en el Misal de San Pío V, adquirió una solemnidad y una veneración que distaba de poseer antes. Todas las antiguas prácticas de devoción cobraron nuevo vigor. Las peregrinaciones a Tierra Santa, a Loreto, a Santiago de Compostela, a Mont Saint Michel, encontraban siempre nuevos cultores. Con motivo de los años jubilares, llegaron a Roma grandes multitudes, tres millones, por lo menos, en 1600. En contraste con el descrédito de la Eucaristía por parte de los protestantes, se introdujo la práctica de la Adoración Perpetua, de modo que el Cristo eucarístico, expuesto alternativamente en las iglesias de una ciudad, no fuese nunca olvidado. Aún no había llegado la época de San Claudio

de la Colombière y de Santa Margarita María de Alacoque, pero ya estaba en germen la devoción al Sagrado Corazón en Pedro Canisio, Pedro de Alcántara, Juan de Ávila, etc. El culto de la Virgen, vilipendiado también por los protestantes, se incentivó de manera sorprendente. Numerosísimos eran los fieles, hombres y mujeres, que practicaban los Ejercicios espirituales de San Ignacio, verdadera escuela de militantes católicos. En España brotó una corriente mística, en la que destacan figuras señeras como Santa Teresa de Ávila y San Juan de la Cruz. Especialmente Teresa y sus monjas se convertirían en la encarnación vital del espíritu de Trento. Según ella misma nos lo declara, experimentaba verdadero dolor físico cuando oía contar las atrocidades que los protestantes cometían contra los monasterios ingleses o alemanes. "¿No están hartos, Señor de mi alma –decía–, de los tormentos que os dieron los judíos?" Su aspiración más anhelada era cargar sobre sí los dolores del Cristo místico, desagraviando a la Iglesia por los tormentos que entonces le infligían Lutero y los herejes. Pero para poder hacerlo con eficiencia debía tender seriamente a la perfección. Tal fue el fundamento eclesial de la reforma verdadera que proyectó y llevó a cabo en el Carmelo. Lo primero que hizo fue establecer una observancia más estricta en los monasterios. Y se largó luego a fundar nuevas casas reformadas. "Esto es particular consuelo ver una iglesia más [donde se adora al Santísimo Sacramento], cuando me acuerdo de las muchas que quitan los luteranos." Su reforma fue realmente "católica", brotada desde las entrañas de la Iglesia,

propia de una hija de la Iglesia, no como la de Lutero, que para atacar a la Iglesia se puso en la vereda de enfrente. En cierta ocasión le dijeron que tuviera cuidado, que podían acusarla ante la Inquisición. "A mí me cayó esto en gracia y me hizo reír, porque en este caso jamás yo temí, que sabía bien de mí que en cosa de fe, contra la menor ceremonia de la Iglesia que alguien viese yo iba, por ella o por cualquier verdad de la Sagrada Escritura me ponía yo a morir mil muertes; y dije que de eso no temiesen, que harto mal sería para mi alma si en ella hubiese cosa que fuese de suerte que yo temiese la Inquisición; que si pensase había para qué, yo me la iría a buscar."

Florecieron asimismo los *estudios sagrados*. 'Al reafirmar Trento las bases del catolicismo, la Iglesia se convirtió en un venero doctrinal. Ya había pasado el tiempo en que los católicos se encontraban faltos de campeones de la fe, incapaces de responder a las argumentaciones de Lutero y de Melanchton, de Zwinglio y de Calvino. En este sentido, los protestantes favorecieron a la Iglesia sin haberlo pretendido, haciendo que sus apologistas profundizasen en aquellas verdades discutidas y las asentasen sobre bases más sólidas.

La teología conoció un nuevo esplendor. España engendró a Melchor Cano, Domingo de Soto, Domingo Báñez, y toda la prestigiosa escuela de Salamanca, gloria de la Orden de Santo Domingo. Coimbra, el centro universitario de Portugal, se convirtió en el bastión de los teólogos de la Compañía. También Lovaina, cuya Universidad atraía a miles

de alumnos, conoció un auge llamativo. En Roma, desde que el Colegio Romano se convirtió en la Universidad Gregoriana, aparecieron maestros brillantes como Toledo y Belarmino. Junto a la teología especulativa apareció la teología llamada positiva, con Melchor Cano, primero, y luego los jesuitas. Los protestantes habían sostenido que la Escritura era la única fuente de la fe y que la Iglesia católica había desnaturalizado la auténtica doctrina. Se les contestará ahora en base a la Biblia y a los Padres, y este recurso se agregará a la teología especulativa, aportándole un notable enriquecimiento. Asimismo se establecieron las adecuadas distinciones entre las diversas ciencias sagradas: exégesis, patrología, moral, historia de la Iglesia, historia del dogma. La teología se liberó de las excrecencias de la escolástica decadente, tan burladas por Erasmo. Melchor Cano tenía la elocuencia de un Cicerón. En una palabra, la teología, al convertirse en la aliada de la apologética, ocupó un lugar decisivo en la defensa de la Iglesia y en la empresa de la reconquista del pensamiento. La *Summa Theologica* de Santo Tomás, que San Pío V hizo editar, se convirtió en el texto clásico de todas las Universidades. Ya los Padres de Trento habían recurrido a ella para encontrar soluciones a los grandes problemas que en el transcurso del Concilio se habían ido planteando. San Ignacio, por su parte, dispuso que los miembros de la Compañía siguiesen los lineamientos de la Suma "como la doctrina más segura y más comúnmente recibida".

Por cierto que no todo fue tan rectilíneo. Aun dentro de la Iglesia hubo debates, especialmente

en torno al tema de la gracia, tema candente en la controversia con los protestantes. El P. Molina, que era jesuita, publicó en Lovaina en 1588 una obra bajo el nombre de *El libre albedrío y los dones de la gracia*, que fue bien acogida por sus hermanos de Orden. Los dominicos, dirigidos por fray Domingo Báñez, le salieron al paso. La idea esencial de los teólogos jesuitas era que no se había de insistir demasiado en la omnipotencia omnímoda de la gracia, por temor a que la gente creyese que el hombre no era libre, y así dejase caer los brazos. Los tomistas, por su parte, sostenían que había dos tipos de gracia: la gracia suficiente, que toda persona posee, pero que no conduce necesariamente al buen obrar, y la gracia eficaz, don gratuito de Dios, que se impone a la voluntad libre del hombre. El molinismo parecía dejar más a salvo la libertad del hombre, mientras que el tomismo dejaba más a salvo la omnipotencia de Dios. Las discusiones duraron más de veinte años. Fue una polémica ardua, de gran nivel teológico, que al menos tuvo el mérito de mostrar con qué ardor aquellos teólogos afrontaron los grandes temas planteados por la reforma protestante en busca de soluciones católicas.

El movimiento cultural se manifestó asimismo en *los colegios*, regenteados a menudo por los jesuitas, quienes atendían cuidadosamente no sólo a la formación espiritual e intelectual, sino también a los métodos de enseñanza. Muchos de esos colegios fueron mixtos, es decir formados por jóvenes laicos y por estudiantes jesuitas que se preparaban para el sacerdocio. Tiempo después, los colegios

se separaron de los escolasticados, convirtiéndose, bajo la dirección de los padres, en verdaderas fraguas de dirigentes católicos. El *Ratio studiorum*, promulgado en 1599, estableció un sólido programa de estudios, con base humanística. De tales colegios saldrían hombres notables como Corneille, Molière, Descartes, Lope de Vega, Bossuet...

También *las Órdenes religiosas* conocieron una notable renovación. Es cierto que aún quedaban muchos monasterios decadentes, ya que la situación no se podía revertir de un día para el otro. Pero poco a poco se fueron reformando, en el sentido católico de la palabra. Así sucedió con los benedictinos. Pero más especialmente con los frailes mendicantes. Bajo el hábito marrón de los franciscanos aparecieron los capuchinos, anhelando "reformarse"; el Papa los reconoció "como verdaderos hijos de San Francisco". Algo semejante pasó entre las monjas. Bastó a veces una abadesa fervorosa y enérgica para que pronto se restableciese la clausura y se despidiese a las relajadas.

Aquí y allí comenzaron a aparecer nuevas Órdenes e institutos religiosos. A comienzos del siglo XVII florecieron los Hermanos de San Juan de Dios; en Roma, San Camilio de Lelis, convertido por San Felipe Neri, fundó un instituto –los camilos–, para la atención de los enfermos incurables. Nació también la Orden de la Visitación, fundada por San Francisco de Sales, quien quiso unir en sus monjas las vocaciones de Marta y de María, la acción y la contemplación; luego fueron convertidas en una Orden claustrada. Aparecieron asimis-

mo los Clérigos de las Escuelas Pías, fundados por San José de Calasanz, para dedicarse a la educación de la juventud. Junto a los institutos religiosos, debemos colocar otras instituciones que, sin ser propiamente congregaciones religiosas, constituían estados de perfección, trabajando también en pro de la renovación católica; entre ellas, el célebre Oratorio de San Felipe Neri, en Italia, y su similar en Francia; también el Instituto de los Lazaristas o Sacerdotes de la Misión, fundado por San Vicente de Paúl.

Pero, por sobre todo, la reforma católica se preocupó de elevar el nivel espiritual y doctrinal del clero. De los seminarios tridentinos salió una pléyade de excelentes pastores, quienes enseguida empezaron a influir en la sociedad. Un hombre tuvo en esa tarea especial importancia, Pedro de Bérulle. Habiendo sido esmeradamente educado, entró en contacto con algunos discípulos franceses de Felipe Neri, que habían instaurado el Oratorio en el barrio donde aquél vivía. De su corazón generoso surgió la idea de crear una nueva sociedad de sacerdotes, inspirada en el espíritu del Oratorio, pero adaptada a las necesidades del apostolado en Francia. Se la llamó "el Oratorio de Jesucristo", en alusión a la oración de Cristo durante su vida mortal. Sus miembros no eran religiosos, sino sacerdotes que trataban de abocarse con todas las energías de su alma a la perfección en la vida sacerdotal. No se obligaban mediante votos, pero trataban de practicarlos en espíritu. Especialmente se dedicaron a la renovación del clero, ayudando a los sacerdotes en las parroquias, organizándoles re-

tiros, fundando seminarios. Bérulle fue hecho cardenal y murió dos años después. Así entendió su vocación reformadora, recordándole al clero el sentido de su vocación y preparándolo adecuadamente para el servicio de la Iglesia. San Vicente de Paúl será hijo espiritual de Bérulle.

3. *Una pléyade de santos*

El postconcilio suscitó una multitud de santos, muy diferentes entre sí, pero unidos por un ideal común. Nombremos entre ellos a San Pío V, San Ignacio, San Cayetano, San Carlos Borromeo, Santa Teresa, San Francisco Javier, San Pedro Canisio. Fueron el fruto más escogido de Trento y los que mejor encarnaron el espíritu de dicho Concilio. Este período de admirable vitalidad espiritual, un verdadero fruto de Trento, se prolongará por largo tiempo.

En el año 1626 la basílica de San Pedro estaba engalanada. Una muchedumbre inmensa se agolpaba en su interior. Trompetas de plata rasgaban el espacio sagrado. Comenzaron los coros de la Capilla Sixtina. La Iglesia se aprestaba a anunciar cinco nuevos santos, cuatro varones y una mujer, todos pertenecientes a aquella generación aparecida durante el vendaval protestante y formada por cristianos eminentes, que habían entregado a la Iglesia su fervor y sus energías para restablecerla en sus gloriosas tradiciones. Seis años antes, Carlos Borromeo había sido llevado a los altares. Los

cuatro de ahora eran Teresa de Ávila, Felipe Neri, Ignacio de Loyola y Francisco Javier, tan distintos entre sí. El quinto fue San Isidro Labrador, a quien no lo incluimos arriba porque vivió en el siglo XII; la historia nos cuenta que un día, mientras estaba trabajando la ruda tierra de Castilla, brotó del surco abierto una fuente. ¿No sería un preanuncio de lo que sucedería en la Iglesia durante este postconcilio? El surco estaba abierto y una fuente de agua viva brotaba ahora desde el fondo del viejo suelo cristiano.

¡Cómo había cambiado la situación! Hacía cien años, la imagen era totalmente diversa: Lutero estaba actuando en Alemania, ganando príncipes para su causa; la Iglesia parecía inerme y paralizada, con desdoros que la afeaban. Ahora, en cambio, como señala Daniel-Rops, el triunfo cuatro veces simbólico de estas canonizaciones: en Teresa, la Iglesia glorifica la intimidad con Dios; en Felipe, la alegría de ser católico; en Ignacio, el espíritu militante y combativo; en Francisco Javier, el alma católica, universal, que no conoce fronteras. Como se ve, la Iglesia mostró de manera fehaciente su autocapacidad para reformarse. Cuando todo parecía ir a la ruina, cuando la tempestad parecía devastarlo todo, la Nave logró superar la borrasca, siguiendo su marcha gallarda hacia las riberas de la eternidad. La Iglesia encontró de nuevo su fervor, su juventud. Más adelante vendrán nuevamente días difíciles, pero el hecho es que pasó victoriosamente por esta terrible experiencia, que a los ojos de los hombres pareció en su momento humanamente insuperable.

Dentro de la pléyade de santos que se alimentó del espíritu del Concilio, parece necesario destacar una figura prominente, al parecer escogida por la Divina Providencia para resumir en su propia existencia lo mejor que se escondía en el inmenso esfuerzo de la Iglesia para dar un término feliz a aquella terrible encrucijada de la historia. Nos referimos a San Francisco de Sales. Durante los sesenta años que siguieron a la clausura del Concilio, la Iglesia realizó una labor trascendente. Y en ella San Francisco de Sales tuvo un papel protagónico. Nació Francisco al sudeste de Francia, en la región de Saboya, y realizó sus estudios en París, en un colegio de los jesuitas, que se esmeraban por formar en el humanismo y el catolicismo fervientes. A los 18 años sufrió una dura prueba interior, un aluvión de angustias y de dudas en torno a la gracia, la predestinación, la salvación eterna, la condenación fatal, el mismo drama que atormentó a tantos hombres de su tiempo. Con la ayuda de Dios, pudo triunfar de la desesperación haciendo un acto heroico de abandono. "¡Oh Señor, si estoy condenado a no veros nunca, al menos no permitáis que os maldiga y blasfeme!" Su actitud diverge totalmente de la de Lutero, en crisis semejante. Superadas las vacilaciones, decidió ser sacerdote.

Luego se dirigió a Padua, donde permaneció cuatro años, teniendo allí ocasión de conocer la obra de Santo Tomás y de descubrir con admiración a San Agustín y otros Padres de la Iglesia. Tras ordenarse de sacerdote, se sumergió en su ministerio, visitando enfermos, socorriendo a pobres y confesando sin descanso. Chablais, una comarca de Sa-

boya, se había hecho protestante. El obispo quería reconquistarla, y para ello lo pidió ayuda a San Francisco de Sales. Los protestantes se negaban a escuchar sus sermones. Recurrió entonces el santo a pequeñas hojas de controversia, que haría distribuir y pegar en todas partes. Pronto logró que casi todo el pueblo volviese a la grey católica. Tales resultados trascendieron, al punto que el papa Clemente VIII quiso conocerlo personalmente. Tan buena fue la impresión que de él tuvo que decidió nombrarlo obispo coadjutor de la diócesis de Ginebra. Al igual que San Carlos Borromeo, dirigirá aquella diócesis durante veinte años. Debió residir en la pequeña ciudad de Annecy, puesto que Ginebra, cuyo título episcopal poseía, estaba en manos del calvinista Teodoro de Beza. Organizó admirablemente la catequesis diocesana, gustando enseñar él mismo a los niños. Como carecía de dinero para erigir un seminario, lo suplió en cierta manera con semanas de retiros espirituales para el clero. Fue un espléndido orador, predicando cada día en la catedral, donde una multitud gozaba escuchándolo.

Sin embargo el celo apostólico no le permitió confinarse en su pequeña ciudad, sino que lo impelió a salir de ella. Durante semanas enteras recorrió su extensa diócesis, siempre a caballo. Asimismo escribió numerosas cartas a sus amigos y dirigidos. El rasgo más evidente de su carácter fue la mansedumbre. "Soy la persona más afectiva del mundo –confiesa él mismo– y debo cuidar de amar a sólo Dios y a todas las almas por Dios." Ello no significa que fuese almibarado: "Amo a las almas independientes, vigorosas y nada femeninas." Su

carácter era tan fuerte como sensible. Multitud de personas, sencillas o distinguidas, sobre todo jóvenes, acudían a él. Buscó la colaboración de Juana de Chantal, alma realmente exquisita, para que lo ayudara en su labor apostólica. Ella fue la fundadora y primera superiora de aquella Orden por él tan querida: la Visitación, de que hablamos poco antes. Otra de las dirigidas suyas, Mme de Charmoisy, le inspirará su libro *Introducción a la vida devota*, donde el santo se dirige a los fieles en general. Luego escribió el *Tratado del amor divino*, de un nivel más místico. Las *Conversaciones espirituales* y la *Correspondencia* completan su obra.

Escribiendo sobre nuestro santo y su obra publicada, señala Daniel-Rops a cuánta distancia nos coloca, a pesar de la proximidad geográfica, de la persona y de la obra de Calvino, especialmente de su *Institución cristiana*. Propiamente fue su contrapartida. En modo alguno ignoraba la penosa realidad del pecado, que tanto descorazonaba a los protestantes, pero estaba cierto de que también existía la gracia, que penetra hasta el fondo del hombre y que es mucho más poderosa que el pecado. Quizás su principal mérito resida en haber puesto la mística al alcance de todos. Refiriéndose a ello escribía Bossuet: "La vida espiritual e interior estaba relegada a los claustros y se la creía demasiado salvaje para aparecer en la corte y en el gran mundo. Francisco de Sales fue el escogido para sacarla de su retiro." El mismo santo decía: "Es un error, una herejía, querer suprimir la vida devota de la compañía de los soldados, del taller de los artesanos, de la corte de los príncipes y de la vida de los casa-

dos." En esta perspectiva hay que entender la intención del santo al fundar, con la ayuda de Juana de Chantal, la Orden de la Visitación. El nombre del nuevo instituto debía ser originariamente: "Hijas de Santa Marta". Su deseo era que llevaran la presencia de Cristo a todo el mundo, especialmente visitando a los pobres y a los enfermos, como la Virgen María visitó a su prima Isabel, llevándole a Cristo. De allí el nombre de "Visitación". La idea pareció demasiado atrevida a las autoridades eclesiásticas de entonces, por el hecho de que tuviesen que salir del claustro y mezclarse con la gente. Al final, el obispo de Lyon lo persuadió de que fuesen puramente contemplativas, como lo son hasta hoy.

Las devociones que el santo cultivó tuvieron eco en el pueblo fiel, especialmente la de los ángeles, tan venerados por el gran obispo, y sobre todo la del ángel custodio. Asimismo propició la comunión frecuente. Llamado a Lyon por ciertos asuntos, se puso en camino, pero murió en el viaje el año 1622, a los 55 años de edad. Cuarenta años después fue canonizado y Pío IX lo declaró Doctor de la Iglesia.

4. *Florecimiento de las artes*

La Iglesia de Trento abrió un nuevo capítulo también en el campo del arte, más que por razones estéticas porque advirtió el papel apologético que podía desempeñar frente a la herejía y su capacidad para exaltar los valores del cristianismo. Para Daniel-Rops el gran acontecimiento de este perío-

do es precisamente el hecho de que la Iglesia tomara en sus manos el arte. Es cierto que ya no será el arte de la Edad Media, tan cristiano y tan empapado de simbolismo. Tampoco será un arte de tipo renacentista. Mientras que el Renacimiento, sobre todo en el siglo XV, la época de los "genios", señaló el triunfo del individualismo creador, el período siguiente, inspirado por el Concilio, suscitaría un arte católico de nueva estirpe. No pocos artistas, influidos por el ambiente de la reforma católica, fueron más creyentes que en épocas anteriores. El mismo Miguel Ángel, en los últimos años de su vida, siguió una inspiración más mesurada y más cristiana que antes. "¡Ahora comprendo cuán grávida de error estuvo la apasionada ilusión que me condujo a hacer del arte un ídolo soberano!" Desapareció casi del todo el tipo del artista mundano y caprichoso, que teñía de inspiración paganizante aun los temas religiosos. En su lugar, se multiplicaría otro tipo de artista, creyente práctico, y a veces de insigne piedad. El arte se convirtió en una forma de exponer la doctrina, al punto de que el mismo artista llegó al convencimiento de que su trabajo creador era una parte de la apologética católica. Mientras que en la época del Renacimiento el tema de la obra, aunque fuese religioso, no era más que un pretexto para desplegar formas y colores, desde las postrimerías del siglo XVI y durante el siglo XVII, lo más importante es el contenido doctrinal que el artista, inspirado por algún consejero teológico, trataba de expresar. Fue así como después del Concilio surgió un arte combativo, cuyos mejores exponentes se empeñaron en resaltar todo lo que el protestantismo

había puesto en cuestión: el culto a la Virgen, el primado del Papa, los sacramentos, la eficacia de las obras y de las oraciones por los difuntos, la mediación de los santos, la veneración de imágenes y reliquias. Todas las verdades católicas impugnadas fueron defendidas por el arte aliado con la Iglesia.

Al mismo tiempo que la reafirmación de la fe católica, el arte postridentino trató de expresar la gloria de la Iglesia renovada, de una Iglesia que había recuperado sus fuerzas y sus certezas, como lo dejan ver sobre todo la arquitectura, la pintura y la escultura de aquella época. Cuantas veces se trató de la relación de la tierra con el cielo, como en las Anunciaciones y Transfiguraciones, una sensación de magnificencia se desprende de esas obras de arte, pobladas de nubes, en lienzos de oro y púrpura, símbolos de la Iglesia triunfante. Asimismo la arquitectura, dejando de lado las mesuradas armonías del Renacimiento, adoptó un nuevo estilo de iglesia, cuyo prototipo sería la del Gesù, en Roma. Era la Iglesia que vencía y que superaba airosamente la tempestad del protestantismo. Majestuosas fachadas de cuerpos superpuestos, frontones poblados por estatuas, naves enormes y únicas, entornadas por pequeñas capillas laterales, con cúpulas monumentales en el cruce de la nave central y la nave del transepto, construcciones que hacen pensar en el salón de un palacio por la abundancia de los mármoles de colores, estucos y oro: tal fue el modelo del edificio religioso, lo más distante posible del despojado templo protestante, que adoptó la llamada Contrarreforma y que la Compañía de Jesús extendió por todo el mundo católico. Es cierto que

legítimamente podemos lamentar la pérdida del sentido del misterio, que tan bien había caracterizado el arte románico y el arte gótico. Pero se trataba de dar una respuesta teológica a la herejía, una respuesta hecha piedra, pintura y escultura, hecha solemnidad. Eran las obras que brotan de la fe, la parte del hombre que exalta la gloria de Dios.

Evidentemente, como señala Daniel-Rops, había desaparecido la generación de "genios" del Renacimiento italiano. Los de ahora eran "talentos", grandes, desde luego, pero que no poseían ya la fuerza creadora de sus antecesores. De aquella raza de titanes sólo sobrevivía en Roma Miguel Ángel. En Venecia, tres artistas permanecían aún en el nivel de los grandes: Tiziano, el Tintoreto y el Veronés, tres maestros que se pusieron al servicio de la Iglesia renovada, celebrando ellos también su victoria.

No sólo la arquitectura, la escultura y la pintura, resultaron beneficiados por el triunfo de la Iglesia. También lo fue la música. Desde finales de la Edad Media, la música religiosa estaba en crisis; el gregoriano se encontraba en decadencia, la polifonía era teatral, la melodía encubría las palabras, sin permitir que se entendiera lo que los cantores decían. La sesión XXIII del Concilio reaccionó vigorosamente contra dicha situación, disponiéndose que en los seminarios se enseñase el canto gregoriano, al tiempo que se prohibía que en el acompañamiento de las voces se introdujera nada profano. En lo que toca a la música polifónica, sólo se admitía si no hacía imposible la inteligibilidad de las palabras. Algunos Padres propiciaron la abolición lisa y llana

de la polifonía sagrada, en aras del gregoriano. Gracias a Dios terció en la polémica un gran genio musical, Giovanni-Pierluigi de Palestrina, llamado así por haber sido maestro de capilla en la ciudad de Palestrina. Cuando el obispo de este lugar fue elegido Papa bajo el nombre de Julio III, llevó a Roma al gran compositor quien al hacer escuchar su música dejó patente la sublimidad de sus obras, de modo que los más exigentes reformadores admitieron la compatibilidad de dicha partitura con la sagrada liturgia. Así se evitó la tragedia que hubiera significado la exclusión total de un género tan espléndido como la polifonía. Era Palestrina un creyente sincero, amigo de San Felipe Neri, para cuya obra apostólica escribió varios "oratorios". Su ingente producción musical –93 misas, 600 motetes, sin hablar de numerosas piezas profanas– rezuma pureza y fe. Destaquemos también otra gran figura en este ámbito, la de su discípulo y émulo Tomás Luis de Vitoria, un músico español que vivía en Roma, quien de algún modo superó a su maestro por el carácter místico de sus composiciones.

En medio de este contexto proliferaron las iglesias, mucho más espaciosas que en épocas anteriores, costeadas frecuentemente por mecenas eclesiásticos o seculares. En los sesenta años que siguieron al Concilio, el número de nuevos templos, cuadros y esculturas, fue muy superior al de los sesenta precedentes, cuando los grandes artistas estaban en plena efervescencia. El nuevo arte nació en Italia, más propiamente en Roma, en torno al Papado restaurado y rejuvenecido; desde allí se propagó a los países latinos y germanos, sobre to-

do en Austria y en las regiones de Alemania que habían permanecido fieles al catolicismo. Se lo llamó *arte barroco*. Esta palabra tenía originalmente un sentido peyorativo; según el diccionario, designa algo extravagante, tanto en sentido físico como moral. Su etimología parece provenir del portugués, donde se llamó así a las piedras irregulares y de inferior calidad. Otros lo hacen derivar de la palabra italiana "*parruca*" o peluca, a cuyas ondulaciones y entorsijamientos comparan los adornos barrocos. Durante mucho tiempo se lo consideró como una degeneración del arte renacentista, mucho más parco en medallones, estatuas y relieves, pero hay entre ambos estilos franca oposición, como lo mostró el gran experto en arte Emile Mâle en su obra *El arte religioso después del concilio de Trento*. El barroco, como forma de arte, se define por su exuberancia, la búsqueda de efectos, la atención en los detalles, la preferencia por materiales ricos y decorados suntuosos. También este arte llegó a España y por su intermedio a Hispanoamérica, si bien se trató de un barroco especial, muy distinto del italiano. El influjo de la Compañía de Jesús en el barroco es comparable a la del Cister con respecto al arte gótico.

Paralelamente al arte barroco existe un barroco literario, por ejemplo el de Luis de Góngora, así como un barroco de la música, e incluso de la vida hogareña o palaciega, con sus quintas y jardines, no exentos de rebuscamiento. Pregúntase Daniel-Rops a qué podemos atribuir dicha evolución. Quizás al hecho de que la sociedad acababa de salir de una crisis tremendamente grave, con ese ardien-

te deseo de vivir que suele seguir a todas las épocas dramáticas de la historia, con esa sensibilidad que toma revancha vital después de los violentos golpes que ha tenido que soportar. Sea lo que fuere, el hecho es que la Iglesia tomó en sus manos esta corriente y la aplicó en su pastoral, viendo en el arte barroco una manera excelente de expresar el júbilo y la magnificencia de las celebraciones litúrgicas, y de corresponder con la suntuosidad y el esplendor de esa fe encontrada de nuevo y restaurada en toda su fuerza. ¿Detestan los protestantes las imágenes, los ornamentos y la solemnidad de las iglesias? Razón de más para oponerse a ellos poblando de estatuas de santos las fachadas, los pilares y las capillas, y para cubrir de oro y mármoles las paredes de la casa de Dios. El entusiasmo de los artistas hace juego con el entusiasmo apostólico de los misioneros, al estilo de Javier.

Lo que más queda destacado en el barroco es su intención apologética. Un tema artístico retomado aquí y allá fue el de "la Virgen triunfadora de Lutero y de Calvino" o el de "San Ignacio pisoteando la herejía". La proclamación de nuevos santos dio pie para nuevos motivos artísticos. La minusvaloración de la figura de nuestra Señora por parte de los protestantes multiplicó las imágenes de las *Madonnas*. Multitud de ángeles, motivo barroco por excelencia, sobrevuelas las piedras y los lienzos. Y por encima de todo, la gloria de Dios, *ad maiorem Dei gloriam*, que es el lema de los hijos de San Ignacio, y la consiguiente gloria de la Iglesia, coronan aquella apologética de las formas artísticas, acompañadas por el majestuoso sonido del

órgano, cuyo uso se generalizó precisamente entonces, inundando las amplias naves con su solemnidad y armonía. Las imágenes están en movimiento, con su ropaje flameando, como si soplase un viento impetuoso. ¿No habrá sido una manera de contradecir la idea protestante de la parte, prácticamente nula, que le corresponde al hombre en su propia salvación?

Si bien todas las artes se asociaron en esta glorificación de Dios y de su Iglesia, podríase decir que el arte que predileccionó el barroco, donde el estilo llega realmente a la obra maestra, fue la pintura, no sólo en las amplias superficies murales que la arquitectura ofrecía a los artistas, sino también en el entorno de los altares, con sus cuadros y retablos, inmensos, rutilantes de colores. Entre los grandes que se pusieron al servicio de la Iglesia nombremos al Caravaggio en Italia, y en España, donde el barroco se mostró más dramático, adaptándose mejor al genio de la raza, a Ribera, Zurbarán e incluso Velázquez. Pero el más destacado exponente de la pintura barroca fue Rubens, oriundo de Amberes, quien estudió en Venecia y Roma, y luego de pasar por España, volvió a Flandes, su tierra natal. El gran artista supo expresar en sus obras el espíritu de aquellos Países Bajos del sur, que permanecieron fieles al catolicismo. Trabajó de manera intensa para la Iglesia, representando incansablemente escenas de la vida de Cristo y de los santos, siempre con la intención de exaltar la gloria de Dios y de la Iglesia. En él, siempre apasionado y audaz, se encuentra toda la exuberancia y fuerza vital de esos tiempos de reforma católica.

No deja de resultar extraño, pero sólo un país escapó a la marea triunfante del barroco. Fue Francia, cuyo espíritu es tan ajeno a dicha corriente, ocultando la pasión tras la mesura y equilibrio propio de la raza. Daniel-Rops, un escritor tan francés, es el que lo ha justamente observado. Quizás sospechaban los peligros del arte barroco, por ejemplo el de la sensualidad, e incluso la mezcla de cierto paganismo con la inspiración cristiana, al punto que a veces no queda claro si lo que embriaga a un Rubens, por ejemplo, es el júbilo católico o la alegría dionisíaca. "El barroco corre el peligro de quedar reducido a un mero decorado: la pendiente que lleva del barroco al preciosismo es evidente y el final de la carrera será, ya en pleno siglo XVIII, ese otro arte de gabinete llamado «rococó», en el que ya no tendrá lugar la fe católica. Pero por el momento el barroco, en plena juventud, sigue siendo ese arte fervoroso y entusiasta que corresponde a una Iglesia en plena renovación, si bien lleva en sí el germen de su propia destrucción." Concordamos plenamente con esta idea del pensador francés. Quizás por eso no nos guste demasiado el arte barroco, tan grandilocuente y a veces hasta sensual. Nuestras preferencias se inclinan en favor del arte románico y gótico, que nos parece más cristiano, más simbólico, más mistérico. Con todo, sería vano negar las virtualidades del barroco y su meritorio carácter militante.

El año 1612 culminó en Roma la reconstrucción de la basílica de San Pedro, que según lo señalamos al comienzo de este curso, tuvo ocasionalmente que ver con la rebelión de Lutero, a raíz de las

indulgencias concedidas a quienes colaboraran en dicha empresa. La grandiosa basílica sería solemnemente consagrada el año 1626, 1300 años después de que fuera consagrada su predecesora, la basílica constantiniana. Así terminó aquella página de la historia del arte, donde se habían sucedido cinco generaciones de artistas, clausurándose también una de las páginas más agitadas de la historia de la Iglesia. Aún hoy este monumento se nos presenta en toda su grandiosidad. Cuando se lo contempla desde las orillas del Tíber, y se lo sigue observando hasta llegar a la plaza, cuando, cruzando su colosal pórtico, se penetra en la nave monumental y luminosa, la nave central, con sus pilares y muros a manera de bastiones, cuando se llega a su cruce con el transepto, y se admira la imponente cúpula, desde donde cae del cielo un chorro de luz sobre el lugar mismo donde descansa el primero de los Papas, se percibe lo que los artistas quisieron hacer sensible, a saber: la grandeza, la magnificencia, la majestad de la Iglesia, centro del mundo católico, de la Iglesia construida sobre la roca de Pedro.

La basílica de San Pedro, cuya grandeza se revela especialmente en los días de las grandes solemnidades, cuando se ve colmada por las multitudes, es la expresión, hecha piedra y hecha arte, de la fe reafirmada en toda su plenitud por el Concilio de Trento, donde sus participantes mostraron la voluntad decidida de no transigir en lo esencial y de no dejarse erosionar por la herejía, entrando en componendas con los adversarios. Por cierto que, como lo insinuamos más arriba, uno puede

preferir otro estilo de iglesias, o extasiarse en las naves de Chartres, o quedar sobrecogido ante una humildísima capilla de la quebrada de Humahuaca, hecha de adobe y paja, expresión de una fe tan profunda como sencilla. Pero, más allá de los gustos personales, lo que resulta innegable es que la basílica de San Pedro constituye la expresión cabal de aquella gran página de la historia de la Iglesia que fue la del Concilio de Trento, un concilio que en modo alguno fue un acto meramente administrativo, o de retorno a la disciplina exterior, sino un designio de renovación interior, de impulso decidido a la santidad personal y a la restauración de la Cristiandad. La armonía genial de la cúpula, obra maestra de Miguel Ángel, es todo un símbolo altamente expresivo de la sabiduría católica, que logró superar los excesos del Renacimiento y del Humanismo, sin que por ello se perdiera cuanto en aquellos movimientos se escondía de fecundo para el futuro. De dicha armonía fueron fruto hombres como San Francisco de Sales, o místicos como Santa Teresa o San Juan de la Cruz, o misioneros lanzados hacia la América hispánica, como Santo Toribio de Mogrovejo o San Roque González de Santa Cruz, o a los extremos orientales del mundo, como San Francisco Javier.

Un último detalle. En el frontón de la puerta central de la basílica romana resplandece un mosaico de Giotto, por desgracia bastante deteriorado, el llamado *de la Navicella*. Allí aparece Jesús, en medio de la tempestad, ayudando a Pedro vacilante a caminar con osadía sobre las aguas. Es la Iglesia que ha ido superando las sucesivas encruci-

jadas de la historia, y ahora también esta nueva tempestad. La Iglesia que brotó del Concilio de Trento no es una Iglesia nueva, como la que querían los protestantes, sino la Iglesia de siempre, si bien presentando al mundo un nuevo rostro, apropiado a las condiciones del tiempo. La Iglesia de los Apóstoles y de los mártires, la Iglesia que venció al arrianismo, la Iglesia que evangelizó a los bárbaros, la Iglesia que supo inspirar a los gobernantes para que no se dejasen dominar por la marea de los musulmanes, la Iglesia de las Cruzadas, la Iglesia que logró vencer a los cátaros, la Iglesia que resistió el peligro de mundanización que trajo consigo el Renacimiento paganizante, la Iglesia siempre nueva, siempre fiel, la Iglesia eterna.

Bibliografía consultada

Ludovico Pastor, *Historia de los Papas*, vol. VII, Gustavo Gili, Ed., Barcelona 1911.

Jacques Maritain, *Tres reformadores*, Club de Lectores, Buenos Aires 1986.

Ricardo García Villoslada, *Raíces históricas del luteranismo*, BAC, Madrid 1969.

- *Martín Lutero*, 2 vols., BAC, Madrid 1973.

Hilaire Belloc, *Las grandes herejías*, Tierra Media, Buenos Aires 2000.

- *Así ocurrió la Reforma*, Ed. Thau, Buenos Aires 1984.

Albert Greiner, *Lutero*, Aymá, S. A. Editora, Barcelona 1968.

D. B. Wyndham Lewis, *Carlos de Europa, emperador de Occidente*, 3ª ed., Austral, Espasa-Calpe Argentina, Buenos Aires 1942.

Daniel-Rops, *La Iglesia del Renacimiento y de la Reforma*. La reforma protestante, Luis de Caralt, Barcelona 1956.

- *La Iglesia del Renacimiento y de la Reforma*. La reforma católica, Luis de Caralt, Barcelona 1957.

Ignacio de Loyola, *Obras completas*, BAC, Madrid 1977.

Jean Schuck, *Historia de la Iglesia de Cristo*, Dinor, San Sebastián 1957.

B. Llorca, R. García Villoslada, *Historia de la Iglesia Católica*, vol. III, Edad Nueva, BAC, Madrid 1967.

James Brodrick, S. J., *Saint Pierre Canisius*, 2 vols., Spes, Paris 1956.

Raphael Sineux, O. P., *Los doctores de la Iglesia*, Tradición, México 1980.

Cesare Orsenigo, *Vita di San Carlo Borromeo*, Milano 1911.

Ivan Gobry, *Luther*, La Table Ronde, Paris 1991.

La Conférence entre Luther et le Diable au sujet de la Messe, racontée par Luther Lui-même, Ed. Saint-Rémi, Paris 1875.

Alfredo Sáenz

LA NAVE Y LAS TEMPESTADES



La Sinagoga y la iglesia primitiva
Las persecuciones del Imperio Romano
El arrianismo

TOMO 1

Primera Tempestad

La Sinagoga y la Iglesia primitiva

Segunda Tempestad

Las persecuciones del Imperio Romano

Tercera Tempestad

El arrianismo

TOMO 2

Cuarta Tempestad

Las invasiones de los bárbaros

Alfredo Sáenz

LA NAVE Y LAS TEMPESTADES



Las invasiones de los bárbaros

Alfredo Saenz

LA NAVE Y LAS TEMPESTADES



La embestida del Islam

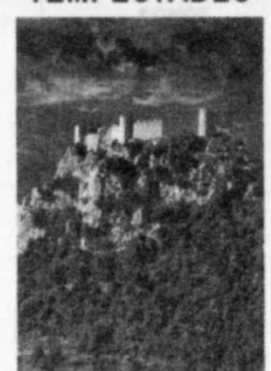
TOMO 3

Quinta Tempestad

La embestida del Islam

Alfredo Sáenz

LA NAVE Y LAS TEMPESTADES



La Querella de las Investiduras

La Herejía de los Cátaros

TOMO 4

Sexta Tempestad

La Querella de las Investiduras

Séptima Tempestad

La Herejía de los Cátaros

Alfredo Saenz

LA NAVE Y LAS TEMPESTADES



El Renacimiento y el peligro de mundanización de la Iglesia

TOMO 5

Octava Tempestad

El Renacimiento y el peligro de mundanización de la Iglesia



Zwinglio



Calvino



Enrique VIII

EL espíritu protestante nació en el seno del catolicismo y sigue naciendo en él y de él. La Reforma protestante brota y sale de la Iglesia católica. Se plantea en sus comienzos como lo auténtico frente a lo inauténtico. [...]

En lo estrictamente eclesial, la deriva protestantizante, de la que no están libres ni las más altas esferas del clero, es reconocible dondequiera haya un receso de la devoción a la Eucaristía, a María y al Papa; de la piedad sacramental en general; una devaluación de las mediaciones, una disminución o pérdida del sentido de lo sagrado, un olvido o positiva aversión a "los que fueron antes", una pérdida de la memoria, un desamor por las tradiciones; una indisciplina exegética que huele a *Sola Scriptura*.

HORACIO BOJORGE
Del *Estudio Preliminar*



S. Pío V



S. Carlos Borromeo



S. Pedro Canisio

ISBN 950-9674-76-1